

John Crowley

**El verano  
del pequeño  
San John**



Lectulandia

Mil años después de la Tormenta, que ha destruido la sociedad industrial, los sobrevivientes se han dividido en comunidades aisladas, con sus propias y minúsculas culturas. En Belaire Pequeña viven los del Habla con Verdad, que practican una ética de franqueza total, un misticismo alimentado por intoxicantes, y un estilo sinuoso de vida y conversación. Vecinos Próximos son las gentes más reservadas y puritanas de la Lista de la doctora Botas, aficionadas a los gatos, y descendientes de una organización feminista que llegó a anunciar el fin del mundo.

Junco que Habla, de Belaire Pequeña, pretende ser santo, tener una vida de textura transparente en la que todos los hombres puedan verse a sí mismos. Así va de un lado a otro: examina los artefactos misteriosos e irrepetibles creados por los ángeles, que ahora viven en las ciudades flotantes del cielo; comparte la vida arbórea de un ermitaño; rechaza los modos y costumbres de la Lista; conoce a los saqueadores, que aún reverencian los restos de la civilización tecnológica.

Por último se encuentra con Mongolfier, enviado en paracaídas desde un puesto de ángeles, y registra con él las vicisitudes de su propia hagiografía en cristales de ocho caras. Alcanza así una apoteosis irónica: la aceptación otoñal de una conciencia infeliz en un libro titulado El Verano del Pequeño San John, y que instruirá a los ángeles nosotros sobre las virtudes de la gente de la superficie.

**Lectulandia**

John Crowley

# **El verano del Pequeño San John**

ePub r1.0  
fenikz 14.09.14

Título original: *Engine Summer*  
John Crowley, 1979  
Traducción: Matilde Horne

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Lance Bird, quien también piensa que las manos-de-serpiente pueden ser la mejor parte de una historia.

*... dijo un hombre una vez: ¿Por qué tanta renuencia? Si con sólo seguir las parábolas, tú mismo te transformases en parábolas y te librarías así de tus afanes cotidianos.*

*Dijo otro: Apuesto que eso es también una parábola.*

*Dijo el primero: Has ganado.*

*Dijo el segundo: Aunque por desgracia sólo en la parábola.*

*Dijo el primero: No, en la realidad; en la parábola has perdido.*

FRANZ KAFKA  
De «Parábolas y Paradojas».

# EL PRIMER CRISTAL



MUCHAS VIDAS

# Primera Faceta

—¿Dormido?

—No. Despierto.

Me dijo que cerrara los ojos.

—Y espera —dijo—, hasta que te pidan que los abras.

—Oh. Puedes abrirlos ya... ¿Qué ves?

—A ti.

—Yo...

—Te pareces a... una muchacha que conozco. Más alto. ¿Todos los ángeles son altos?

—¿Qué más ves?

—La hierba en que estamos sentados. ¿Es hierba?

—Como hierba.

—Veo el cielo. A través de tu tejado de vidrio, Oh, ángel, ¿puede ser?

—Es.

—Estoy aquí, entonces. Aquí. Él tenía razón, yo podía venir aquí... ¡Ángel! ¡Veo las nubes bajo nosotros!

—Sí.

—Os he encontrado, entonces. He encontrado lo más grande que se había perdido.

Sí. Estábamos perdidos y tú nos encontraste. Estábamos ciegos y nos ayudaste a ver. Bueno. Sólo podrás... quedarte... poco tiempo, así que...

—¿Qué quieres de mí?

—Tu historia.

—Eso es todo cuanto soy ahora, ¿no? Mi historia. Bueno, la contaré. Pero es larga. ¿Cómo podré contarla toda?

—Comienza por el principio: continúa hasta llegar al fin. Entonces te detienes.

—El principio... Si no soy más que una historia ahora, he de tener un principio.

¿Empezaré por mi nacimiento? ¿Será ese el principio? Podría empezar por ese guante de plata que llevas; el guante y la bola de plata... Sí, empezaré por Belaire Pequeña, y por vez primera que oí hablar del guante y la bola; y así el principio será también el fin. De todas maneras, tendría que empezar por Belaire Pequeña, porque en Belaire Pequeña empecé, y allí espero terminar. En cierto modo, siempre estoy en Belaire Pequeña. Allí fui creado, su centro es mi centro; cuando digo «yo» me refiero sobre todo a Belaire Pequeña. No puedo describirtela, porque ha cambiado; cambiaba conmigo mientras yo cambiaba. Pero verás a Belaire Pequeña si te hablo de mí... o al menos de algunas de las formas que puede tener.

»Yo nací en la habitación de mi Mbaba. Mi Mbaba es la madre de mi madre, y en los años de mi primera infancia vivía con ella casi todo el tiempo, como es costumbre. Recuerdo mejor la habitación de mi Mbaba que cualquiera de los miles de recovecos que hay en Belaire Pequeña; era una habitación que no cambiaba nunca, siempre tenía los mismos límites, aunque pareciera mudarse de un sitio a otro a medida que yo crecía, pues las paredes y los recintos de rededor cambiaban sin cesar. No era una de las más viejas, la vieja madriguera de túneles construida por San Andy que es el centro de Belaire Pequeña (habitaciones minúsculas de piedra ángel, esos bloques porosos y grises, y los viejos cuartos donde guardan todos los secretos); tampoco era uno de esos cuartos amplios e inexistentes de afuera, de paredes claras y traslúcidas que cambian día a día y se pierden poco a poco en los bosques hasta que Belaire Pequeña desaparece sin dejar rastro y comienza el mundo. La habitación de Mbaba estaba del lado de la Mañana, no lejos del Sendero, y tenía paredes de madera y suelo de tierra cubierto de esteras y montones de escarabajos y una vez una culebra negra que se quedó allí nueve días. Y claraboyas que la hacían brillar como si estuviera húmeda en las mañanas y apagarse poco a poco con el anochecer antes que encendieran las lámparas. Puedes ver desde afuera la habitación de Mbaba, porque tiene una pequeña cúpula y ventanucos a los lados con aspas pintadas de rojo que se mueven con el viento.

»Fue una tarde a fines de noviembre, cuando yo nací. Casi toda la gente estaba otra vez adentro, en las entrañas estrechas y abrigadas de Belaire Pequeña, y rara vez salían; el humo y los víveres para el invierno ya habían sido almacenados. Mi madre se encontró una vez en el cuarto de Mbaba, con Mbaba y Risa Alta, comadre y, además, doctora famosa. Estaban comiendo nueces y bebiendo soda de frambuesas cuando yo empecé a nacer. Esa es la historia que me han contado.

»La comadre me puso de nombre Junco que Habla. Me puso este nombre por el junco que crece en el agua, y que en los días de invierno como el día en que yo nací parece hablar cuando el viento sopla en la caña hueca y muerta.

»Mi cuerda es cuerda Palma, la cuerda de San Roy y San Dean. Muchas personas de esa misma cuerda tienen nombres relacionados con la palabra. El de mi madre era

Di una Palabra, y el de mi Mbaba Así fue Dicho. También hay nombres que aluden a la mano —por algo es cuerda Palma— como Siete Manos y Pulgar. Como siempre he sido Palma, la Belaire Pequeña que te puedo describir es la de Palma y parecida a mi cuerda. Pero pregunta a alguno de cuerda Hoja o Hueso y te describiré un lugar muy diferente.

»La bola y el guante de plata. Yo tenía siete años, y era un día de noviembre; lo recuerdo porque fue también el primer día que me llevaron a ver una comadre, como es costumbre en la época del año en que has nacido, cuando tienes siete.

»En el cuarto de la Mbaba las aspas de los ventanucos de la cúpula crujían por encima de mi cabeza con un leve clac-clac-clac. Yo observaba a la Mbaba que descendía por la escala de sogas suspendida de la puerta de la cúpula; volvía de dar de comer a los pájaros. Un gorrión entró con ella revoloteando y aleteó ruidosamente contra los tragaluces, dejando caer excrementos blancos sobre las esteras del suelo. Hacía frío ese día, y la cabeza de la Mbaba asomaba de un chal grueso y peludo orlado de sonajas, aunque en los pies sólo llevaba anillas.

»Mi madre me había dicho que la Mbaba se estaba haciendo solitaria, como les ocurre a los viejos; y era verdad que a medida que yo crecía la Mbaba pasaba cada vez más tiempo en ese cuarto. Sin embargo, nunca estaba realmente sola. Porque todo alrededor, contra las paredes, estaban los arcones de la cuerda Palma que Mbaba custodiaba. Los arcones son como... como colmenas. A lo que más se parecen es a Belaire Pequeña, con esos cajones intercomunicados, repletos de secretos, repletos de historias. Cada uno de los cien cajones tiene signos y tallas diferentes, de acuerdo con lo que guardan; cada cajón fue ideado para guardar justo lo que guarda, y revelar cómo eso fue a dar allí, qué ha hecho, qué historias pueden contar. La Mbaba nunca estaba sola, con todos esos recuerdos dentro de los cajones en los arcones tallados de cuerda Palma.

»Yo estaba acostado en la cama de Mbaba, desnudo bajo las mantas abrigadas, observando y escuchando. La Mbaba iba y venía por el aposento hablando sola; con un dedo largo se apretaba la boca sumida y desdentada, como si tratara de acordarse de algo. Desistió y fue a ocuparse de la pipa. La pipa del cuarto de Mbaba es antigua y muy hermosa, de vidrio verde y modelado como una cebolla, y cuelga de unas cadenas bajo la cúpula. Los cuatro tubos enroscados alrededor brillan como serpientes y en lo alto hay un cuenco de metal que tiene la forma de la cabeza de Santa Bea, la boca abierta para recibirlas migajas del pan de Santa Bea.

»La Mbaba encendió una cerilla y la sostuvo en una mano mientras con la otra llenaba la boca de Santa Bea con las migajas de color azul verdoso del pan de la barrica. Acercó la cerilla al pan, bajó uno de los largos tubos y aspiró; tina burbuja oscura trepó desde el fondo de la pipa hasta más arriba del nivel de líquido, y allí estalló expulsando el humo. Unos cordones de humo espeso y rosado se trenzaron

alrededor de las cadenas por encima de la boca de metal, ascendiendo hasta la cúpula; alrededor de Mbaba todo era una niebla rosada, el humo le salía por la nariz y la boca. El olor del pan de Santa Bea es un olor bueno, seco y especioso, tostado, cálido, un olor con muchos entresijos. El sabor no es como el olor; sabe... sabe a todo. A cualquier cosa. A todo a la vez. Sabe a otras cosas comestibles: frutos secos a veces, o hierbas ácidas, o avellanas. Y también a madera quemada y diente de león; patas de saltamontes; tierra, mañanas otoñales, nieve. Estos pensamientos y el olor del pan me hicieron saltar de la cama; corrí envuelto en mi manta y corrí por el suelo frío hasta donde Mbaba me llamaba por señas, sonriendo. Me acurruqué junto a ella; Mbaba gruñó bajó para mí uno de los tubos de la pipa. Y si sentados los dos, yo y la madre de mi madre, estuvimos fumando y charlando.

—Cuando andábamos errantes —dijo la Mbaba, una burbuja de risa subió dentro de mí, pues ella iba a hablar de cuando andábamos errantes. Pudo haber sido cualquier historia esa mañana, pues la Mbaba sabía tantas como objetos guardaba en los arcones tallados, pero esta es la que contó:

—Cuando andábamos errantes, y hace de esto muchísimo tiempo, antes de que se pensara en ninguno de los que hoy viven, o en las cuerdas, o aun en Belaire Pequeña, San Andy se perdió. San Andy se perdió siete veces en los tiempos en que andábamos errantes, y esta fue una de las siete. Se perdía porque tenía que empujar el carretón de San Roy con todos los tesoros de Belaire Grande que llevaba dentro, y toda nuestra historia. En los tiempos de que te estoy hablando, San Andy erraba a solas, empujando el carretón, hasta que llegó a un campamento. Había fuegos encendidos y la gente estaba sentada alrededor para calentarse. El carretón de San Andy fue para ellos motivo de asombro, aunque no podían imaginar cómo se abrirían muchos (le los cajones). También San Andy hubiera querido sentarse al calor, y echar un bocado tal vez, pero estaba atareado enseñando el ingenioso carretón a la gente del lugar. Al fin dijo: «Si me permitís que me siente y me descongele un poco, podré entreteneros con un par de milagros». Bueno, le permitieron sentarse pero no le dieron de comer ni de beber. San Andy se cansó de esperar y resolvió poner a la gente de buen humor con un milagro.

»Ese fue el primer milagro que hizo. De uno de los cajones del carretón sacó un guante de plata que silbaba puesto en la mano, y una bola que silbaba la misma nota. San Andy mostró las dos cosas y la gente estaba muy impresionada, me parece. Pero de pronto San Andy arrojó con fuerza a la oscuridad la plateada bola silbadora. Todos oyeron cómo sonaba entre los árboles. San Andy seguía de pie con la mano enguantada y la palma extendida. Y enseguida la bola vuelve y se posa otra vez en la mano de San Andy, ligera como un pájaro. Todos los presentes estaban maravillados. San Andy volvió a lanzar la bola una y otra vez mientras la gente silbaba y aplaudía. Pero cada vez la bola tardaba menos en volver, y pronto cesaron los silbidos y los

aplausos, y por último dijeron: “Bueno, ya estamos aburridos de ese milagro, queremos otro”. San Andy sabía que eran muchos los milagros que se podían hacer con la bola y el guante de plata, pero él no sabía cómo hacerlos; los hombres lo azuzaban con palos y comentarios, de modo que San Andy puso a un Lado la hola y el guante y dijo: “Haré otro milagro. Veréis a un hombre que no tiene dientes y come carne cruda”. Y abrió la boca para mostrarles que era desdentado como un melón, igual que yo.

»La gente admitió que el caso era quizá interesante, pero no tenían carne cruda, dijeron, sólo carne cocida. San Andy, que estaba muy hambriento, les dijo que daba igual. Trajeron la carne se la pusieron delante; y entonces él de improviso abrió la boca y mostró una dentadura completa de dientes perfectos, blancos y luminosos. Desgarró y trituró la carne con aquellos dientes maravillosos que rechinaban, abriendo la boca para que todos pudieran ver y oír.

»Una vez que hubo comido hasta hartarse se levantó y se marchó, mientras todo el mundo seguía aún impresionado por el milagro. Aunque sin embargo no se atrevieron a tomar la bola y el guante de plata para ellos, así que no puedo probarte que esa parte de la historia sea cierta. Pero en cuanto al resto, mira.

»Y como lo hacía a menudo al final de una historia, Mbaba se levantó, fue hasta uno de los arcones tallados, miró por fuera los cajones, y tocó los signos con los dedos hasta dar con el que buscaba. Sacó del cajón un estuche de madera que parecía una boca, del estuche-boca extrajo la perfecta y luminosa dentadura blanca de San Andy, que me mostró con ojo, centelleantes.

—Una dentadura postiza —dijo—. Le va bien a cualquiera.

Y se la metió en la boca, la ajustó con la lengua, abrió la boca bien grande para que yo pudiera ver. Yo lloraba de risa. Mbaba parecía tener en la boca un bocado grande de algo, y cuando la abrió eran... ¡dientes!

—Así fue como él lo hizo, así —dijo—, con estos mismos dientes, viejos como el mundo y todavía como nuevos.

—Eso fue en el tiempo de mi nacimiento, en mi séptimo año; hace ya casi diez.

—¿Qué sucede?

—Nada. Continúa.

—¿Qué dije que te sobresaltó?

—Continúa.

—Bueno... Los séptimos años. Cada séptimo año visitas a una comadre que conoce bien tu cuerda, y ella examina el Sistema para ti y así sabes en qué estás. No sé por qué ocurre cada séptimo año, pero hay muchas cosas que nosotros contamos de siete en siete. Y se diría, por los septenios que me ha tocado vivir, que los séptimos años son de algún modo aquellos en que eres tú. Hay otros momentos en que puedes consultar a una comadre: para desatar un nudo, o cuando tú mismo no te entiendes.

Pero en el primer séptimo año todos van a visitarla, y cada siete años a partir de entonces: catorce, veintiuno, veintiocho... y el primer séptimo año es por añadidura un año rosa.

»Pero para explicarte lo del año rosa, tengo que hablarte de los Cuatro Potes, y de la Lista de la doctora Botas que los prepara. Y antes de eso de la Liga, y de la Tempestad que acabó con el mundo de los ángeles... quizá mi historia no tenga en realidad un comienzo.

# Segunda Faceta

**L**a comadre que Mbaba me llevó a ver era una mujer vieja, amiga de juventud de Mbaba, y se llamaba Pintada de Rojo. Mbaba me dijo que la joven Pintada de Rojo era de cuerda Agua, y en ese entonces, antes de que aprendiera a interpretar el Sistema y se hiciera comadre, se llamaba Viento.

—No siempre ha sido experta en nuestra cuerda —me dijo Mbaba mientras me preparaba para salir. Casi se le veía el aliento en el aire frío—. Sólo la ha estudiado en los últimos años.

—¿No después que yo nací?

—Bueno, sí, desde antes de eso —dijo Mbaba—. Pero en realidad no han pasado tantos años, sabes. Estábamos listos para irnos. Es muy sabia, sin embargo, todos lo dicen, y conoce bien la cuerda Palma y todas sus rarezas.

—¿Qué rarezas?

—¡Vamos! —dijo ella, y me tiró de las orejas—. Tendrías que saberlo mejor que nadie. —Salimos Y Mbaba me explicó—: Vive cerca del Sendero; le gusta oír las pisadas de los que pasan. San Roy —me refiero al Pequeño San Roy—, por supuesto, no a San Roy el Grande decía que el Sendero está trazado sobre tus pies. Belaire Pequeña nació en el centro de los viejos túneles y se extendió en aposentos que se comunican entre sí, grandes y pequeños, como un panal, pero no regulares como las celdas del panal. Atraviesa colinas y un río, y hay escaleras y recovecos. Cada habitación es distinta de las demás en forma y tamaño y por cómo se entra y se sale, desde los cuartos grandes con pilares de troncos hasta los cuartos minúsculos centelleantes de espejos. Y mil clases más, los viejos del centro que no cambian nunca, y los nuevos que cambian constantemente más afuera. El Sendero nace en el centro y corre en una larga espiral por la vieja madriguera y los cuartos espaciosos del medio, y así se prolonga hasta salir y llegar al bosquecillo de los álamos temblones, próximo a la puerta de la cuerda Bucle del Lado de la Tarde. En Belaire Pequeña la única salida al exterior es el Sendero, y nadie que no haya nacido en

Belaire Pequeña podrá encontrar el camino hacia el centro. El Sendero no se distingue de lo que no es Sendero; lo tienes trazado en tus pies. No es más que un nombre para el único camino que atraviesa todos los cuartos, todos comunicados entre sí, y si no sabes cómo corre el Sendero, podrías deambular eternamente por esos cuartos.

La habitación de Pintada de Rojo estaba en la espesura interior, muy cerca del centro. Allí, sentadas en los pequeños y antiguos aposentos de piedra, frescos en verano y cálidos y acogedores en invierno, las comadres observaban las cuerdas entrelazadas como en una red que se extiende por toda Belaire Pequeña. La habitación de Pintada de Rojo estaba casi a oscuras; no tenía una claraboya como la de la Mbaba, sólo una lente en el techo, ampollada y de color verde pálido: La Mbaba llamó desde afuera, con la mano apoyada en mi hombro.

—Pintada de Rojo —dijo.

Alguien rio o tosió, y Mbaba me empujó adentro. Yo nunca había visto una habitación tan vieja. Las paredes eran de esos bloques grises que llamamos piedra ángel. Aquí y allá uno de los bloques estaba puesto de canto y los orificios ovalados, que según dicen los atraviesan por dentro, eran los cuatro ventanucos de la pared. Por esas aberturas, y a la luz de la lente de vidrio del techo, yo alcanzaba ver las cascadas del río.

La Mbaba me sentó y yo, atento e impaciente, traté de no ponerme nervioso. Cuando Pintada de Rojo entró en el cuarto, miró primero a la Mbaba y rio entre dientes, y movió las manos dándonos la bienvenida, y los brazaletes le tintinearón en las muñecas. Era más vieja que la Mbaba, y usaba unas grandes gafas que centellearon cuando movió la cabeza para responder al saludo de Mbaba. Se sentó frente a mí, levantó los pies descalzos, y apoyó los brazos sobre las rodillas. No hablaba conmigo, pero me estudiaba con los ojos, por detrás de los espejuelos brillantes, mientras yo escuchaba la charla de Mbaba. Al fin habló y la voz era lenta y espesa como una corriente de aceite, con inflexiones que yo comprendía sólo en parte.

Mientras charlaban, Pintada de Rojo sacó de un saquito algunos copos de pan de Santa Bea, y los extendió sobre un papel azul para liar un gordo cigarro. Buscó en el bolsillo una cerilla larga y me indicó que me sentara junto a ella. Yo me acerqué despacio, alentado por las manos de Mbaba. Pintada de Rojo me dio la cerilla y observó cómo yo la frotaba contra la pared áspera y la sostenía entre las manos para encenderle el cigarro. Ahuecó los carrillos, aspiró con ruido, y apareció una nube rosada. La curiosidad franca y amistosa con que ella me miraba, hizo que yo sonriera y me sonrojara al mismo tiempo. Ella fumó y luego me dijo:

—Hola, eres un chico simpático y me siento con ganas de charlar. No esperes que diga demasiado de mi misma, pero soy comprensiva y puedo ayudarte. Quiero que

estés cómodo aquí; sé que es un lugar extraño, pero pronto nos sentiremos bien juntos, luego seremos amigos...

No, claro que no, no dijo nada semejante, pero en lo que dijo, en el saludo de ella estaba todo eso, porque Pintada de Rojo hablaba con verdad, y era buena en eso, tan buena que mientras hablaba no podía ocultarme lo que en realidad pensaba. Por supuesto, en aquel entonces yo entendía muy poco: cuando ella conversaba con la Mbaba, las dos decían cosas que yo no podía oír.

—Tú no hablas con verdad —me dijo Pintada de Rojo.

—No —le respondí.

—Bueno, lo harás muy pronto. —Me puso una mano sobre el hombro, y arqueando las cejas rizadas, me miró—. Te llamaré Junco, como te llama tu Mbaba, si me permites; tu nombre Junco que Habla es un bocado demasiado grande para mí.

Eso me hizo reír: ¡un bocado demasiado grande! Le dijo una palabra a la Mbaba, dándole a entender que ella y yo necesitábamos estar solos, y cuando la Mbaba se marchó, aplastó la colilla de cigarro crepitante y me indicó que la siguiera al aposento contiguo más pequeño.

Allí sacó de un arcón una cajita angosta que le cabía justo en la palma arrugada.

—Tu Mbaba me dice cosas buenas de ti, junco —dijo. Abrió la caja. Dentro había cuatro potecitos redondos con tapa, cada uno de un color distinto: uno negro, uno plateado, uno blanco de hueso, y uno azul, límpido como el crepúsculo invernal—. Dice que te gustan las historias.

—Sí.

—Yo conozco muchísimas. —El rostro de Pintada de Rojo tenía una expresión grave y reposada, pero los ojos le brillaban detrás de los cristales centelleantes—. Todas ciertas.

Nos reímos los dos; y el peso y la exuberancia de la risa de ella, aunque leve y baja, me estremeció. Supe entonces que Pintada de Rojo era una mujer muy sagrada: quizá una santa.

—¿Por qué dices sagrada?

—Sagrada. Guiño me explicó una vez que en los tiempos antiguos decían que una cosa era sagrada si te ataba la lengua. Nosotros decíamos que una cosa era sagrada si te hacía reír. Eso es todo.

Pintada de Rojo escogió el potecito negro, lo abrió y frotó con el pulgar la pasta de color rosado que había dentro; luego me frotó los labios con el pulgar. Me pasé la lengua por los labios. La pasta no sabía a nada. De otra de las gavetas sacó un juego concéntrico de cajas negras y tubos con lentes diminutas, y montó todo en el aposento más grande debajo de la araña lente, con los tubos apuntados a un espacio Manco que había en la pared. Tiró de un cordel que cerraba la pupila de la lente verde del techo, hasta que la luz se posó con una mancha brillante y diminuta en un espejo detrás de

las cajas. La luz de la lente se reflejó a través del tubo; un círculo verde pálido iluminó la pared.

Pintada de Rojo abrió entonces con cuidado una caja alargada, miró un momento las placas de vidrio apretadas en la caja, y extrajo una. Pude ver, mientras ella la sostenía a la luz, que tenía una figura inscrita y cuando la deslizó detrás de la lente, esa misma figura apareció de pronto proyectada en la pared, muy aumentada y tan nítida como si estuviera dibujada allí mismo.

—¿Es el Sistema de Archivo? —le pregunté en un susurro.

—Lo es.

Años más tarde Guiño me dijo el nombre completo del Sistema de Archivo, y se lo hice repetir una y otra vez hasta que yo mismo lo aprendí de memoria, y luego continué repitiéndolo, como una rima tonta. A veces, por las noches, lo recito para mis adentros hasta que me quedo dormido: Sistema Abreviado de Archivo para Inventarios Multiparamétricos Wasser-Dozier de Personalidades Parasociales, Novena Edición. Guiño trató de explicarme qué significaba, pero he olvidado lo que dijo; y hasta las comadres que se pasan el día observándolo lo llaman sólo Sistema de Archivo. Es del Sistema de Archivo de donde derivan las cuerdas, aunque los ángeles que crearon el Sistema ignoran la existencia de las cuerdas, y el Sistema sea cientos de años más viejo que las cuerdas que las comadres descubrieron en él.

—Tiempo atrás —me explicó Guiño—, no lo utilizaban para guardar conocimientos, sólo para registrar hechos concretos; pero los ángeles que lo concibieron habían creado algo más, y ahora que ignoramos qué clase de hechos se registraban en el Sistema, pues se han perdido, viene a descubrirse este conocimiento de las cuerdas y que los hacedores no supieron ver. Ocurre con frecuencia.

Yo observaba la pared donde veía reflejadas las figuras que significaban mi cuerda, y es en verdad una cuerda importante, con dos grandes santos.

—Hay dos santos en mi cuerda —dije.

—Eres muy listo —dijo Pintada de Rojo—. Tal vez, puedas decirme algo más.

Me lo dijo con afecto, pero yo estaba avergonzado por haber hablado de algo que apenas conocía. Ella esperó un momento, cortésmente, por si yo quería decir algo más, y se rio con benevolencia de mi silencio; y entonces se volvió al Sistema, y al cabo de un rato se puso a hablar. En parte conmigo, en parte consigo misma, de nuestra cuerda y sus modos, y de cómo la cuerda Palma atiende a las necesidades de la vida, y mientras hablaba me tocó la mano, y yo seguía sentado allí, en el canapé, junto a ella. No haría nada que ver en aquel cuarto excepto la figura brillante de la pared, nada que oír excepto la voz queda de Pintada de Rojo. Cuando mis labios empezaron a adormecerse, a dejarse vencer por una extraña laxitud, casi no me di cuenta. Lo que sí advertí fue que las preguntas de Pintada de Rojo, y mis respuestas, parecían tornar cuerpo. Cuando ella hablaba, no era tan sólo que hablara: todo cuanto

decía cobraba una existencia real. Cuando preguntaba por mi madre, mi madre estaba allí, o yo con ella, en las colmenas del tejado, y me decía que apoyara el oído contra el panal y escuchara el murmullo incesante de las abejas que se habían encerrado allí para pasar el invierno. Cuando Pintada de Rojo me preguntó por mis sueños, fue como si los volviera a soñar, como si de nuevo volara y gritara de terror y de vértigo al sentirme caer. En ningún momento dejé de tener conciencia de que ella estaba allí, a mi lado, hablando conmigo, y de que yo le estaba contestando; sin embargo, era el efecto de la sustancia de color rosado, por supuesto, pero yo ni de eso me daba cuenta, aunque sabía que no me había movido, y la mano de ella seguía aún sobre mi mano, yo no dejaba de viajar de arriba abajo por la vida.

Más aún, el viaje parecía durar tanto como mi vida misma; pero al fin aquellas escenas que me parecían sólidas y consistentes empezaron a desdibujarse, a diluirse poco a poco hasta que fueron menos reales que la cara de Pintada de Rojo, sentada junto a mí; y abriendo la boca en un bostezo desmesurado, y sintiendo que había dormido toda una noche con un sueño reparador, volví un poco sorprendido a la pequeña habitación de Pintada de Rojo, donde todavía brillaba la imagen en la pared.

—Junco que Habla —me dijo con dulzura Pintada de Rojo—. Eres Palma, sin duda, y Palma doble.

Yo me quedé callado, porque ya sabía a mi edad que esa circunstancia era de algún modo un secreto, un secreto del que uno nunca hablaba, y quizás hasta vergonzante: que mi padre Siete Manos fuese cuerda Palma, lo mismo que mi madre. No es común que los padres sean de la misma cuerda; es casi tan raro como que sean hermanos. Las comadres advierten contra esa condición; facilita la aparición de nudos, dicen.

—¿Cuándo piensa marcharse Siete Manos? —preguntó Pintada de Rojo.

—No sé —respondí, sin sorprenderme que ella conociera el secreto de Siete Manos: parecía saberlo todo. Tampoco me sorprendió que ella supiese que esta era mi mayor pena—. Pronto, dice; nada más.

—Y tú quieres que no se marche.

Otra vez callé, temiendo lo que mis palabras pudieran revelar. Siete Manos, aunque en verdad lo veía muy poco, era mi mejor amigo; y cuando en medio de un juego o una historia se quedaba en silencio, y suspiraba, y hablaba de lo grande que es el mundo, un miedo terrible me atormentaba: miedo porque el mundo —más allá de Belaire Pequeña— era grande; era inmenso y desconocido; y yo no quería perder ahí a Siete Manos.

—¿Por qué quiere marcharse? —preguntó ella.

—Quizá para desatar un nudo.

Ella se levantó (oí un crujido de articulaciones) y sacó de la caja larga otra lámina de cristal. La puso delante del espejo en la caja al lado de la primera y movió un poco

el tubo para aclarar la imagen. De improviso, todo se transformó. El dibujo de líneas finas había cambiado: ahora había colores, sombras, zonas de oscuridad.

Lo observó con una mirada atenta, soñadora.

—Junco —dijo—, la vida tiene muchas formas, ¿lo sabías? Hay vidas que son como escaleras, y vidas que son como círculos. Hay vidas que parten de Aquí y acaban Allá, y vidas que parten de Aquí y acaban Aquí. Hay vidas rebosantes de sustancia, y vidas que no contienen nada.

—¿De qué forma es la mía?

—No sé —dijo ella simplemente—. Pero no como la del hombre Siete Manos. Eso es indudable. Dime una cosa: ¿qué harás cuando seas mayor, y hables con verdad?

Yo agaché la cabeza, porque parecía presuntuoso; no hubiera sido lo mismo decir que quería soplar vidrio, o criar abejas, o aun ser comadre.

—Me gustaría buscar cosas —dije—. Quisiera encontrar todas las cosas nuestras que se han perdido, y traerlas de vuelta.

—Bueno —dijo ella—. Bueno. Aunque hay cosas perdidas, sabes, que quizá sería mejor no encontrar. —Pero al mismo tiempo le oí decir: no abandones tu idea, junco, es una buena idea—. ¿Se lo has dicho a Siete Manos?

—Sí.

—¿Y él qué dijo?

—Dijo que las cosas que se pierden, se pierden para siempre, que todas van a parar a la Ciudad del Cielo.

Ella se rio, aunque tal vez no de eso, sino de algo que veía en la intrincada figura de la pared.

—Cuerda Palma —dijo—, y se quedó un rato silenciosa. Haz una cosa, junco que Habla —añadió al fin—. Pregúntale a Siete Manos si te llevará con él cuando se marche.

El corazón me dio un brinco.

—¿Me llevará?

—No —dijo ella—. No lo creo. Pero ya veremos qué pasa. Sí. Es lo mejor. —Y me señaló la figura en el recuadro—. Hay un camino de salida. Se llama Nudo Pequeño, y no es un camino tan largo...

Ya había visto suficiente; fue como si despertara de una especie de sueño. Se levantó, retiró los dos cuadrados de cristal y los limpió; luego sacó el espejito y también lo limpió, y puso todo a un lado. Mientras, vi en el fondo de la caja el signo palma, símbolo de mi cuerda. Así que todo el contenido de la caja era mi cuerda.

—¿Cómo —dije, señalando la caja—, cómo lo...?

—Tendrías que tener tantos años como yo —dijo— para saber cómo lo hace, si es eso lo que quieres decir. —Guardó todo, sin prisa, y se volvió hacia mí—. Pero

piénsalo —dijo—. Son todos de cristal, como los dos que viste, delgados y transparentes.

—Entonces podrías poner tres al mismo tiempo en el tubo, y la luz brillaría atravesándolos a todos, y verías cómo cambia, cómo...

Pintada de Rojo aplaudió sonriéndome.

—O siete, o diez, tantos como seas capaz de descifrar al mismo tiempo. —Se arrodilló junto a mí y me miró de cerca. Todos tienen nombres, junco, y todos tienen algo que añadir sobre ti, puesto que eres Palma. Cada uno sumado a los demás cambia el total y crea una diferencia. El Sistema de Archivo es muy sabio, junco, mucho más sabio que yo.

—¿Cuáles son los nombres? —le pregunté, sabiendo que no me los diría.

—Bueno —dijo—, tendrás tiempo de aprenderlos, si quieres aprenderlos. Escúchame, junco: ¿Te gustaría venir a verme, a menudo? Hay unos chicos que vienen a menudo. Les cuento historias, y charlamos, y les muestro cosas. ¿Te parece divertido?

¡Divertido! Ella acababa de comprobar que yo era cuerda Palma, y que me encontraba allí en presencia de una sabiduría que sobrepasaba mi entendimiento.

—Sí —logré decir, esperando que mi poca veracidad le permitiera saber cómo me sentía.

La cara se le arrugó en sonrisas detrás de los espejuelos.

—Muy bien —dijo—. Cuando hayas hablado con Siete Manos, y hayas hecho, escúchame bien ahora, hayas hecho exactamente lo que él te pida o diga, ven a verme. No creo que te lleve mucho tiempo. —Me acarició el pelo—. Vete ahora, junco que Habla. Desenrédate. Luego vuelve.

Notó mi asombro, mi confusión y mi excitación y la risa de ella resonó por el cuarto, diciendo mil cosas y destilando mil años de santidad.

Cuando salí, Mbaba se había ido. Todo estaba bien; las habitaciones de Pintada de Rojo quedaban cerca del Sendero, y aunque en Belaire Pequeña había lugares en los que yo nunca había estado, no podía perderme porque el Sendero estaba trazado sobre mis pies.

# Terceira Faceta

**H**ay sitios en Belaire Pequeña donde es posible encontrarse con personas de determinada cuerda. A la orilla del río y más lejos, junto a los sauces del lado de la Mañana, te encuentras con los cuerda Agua, es natural; pero la cuerda Agua es una cuerda fácil: siempre hacen lo que uno espera de ellos. Con los cuerda Palma no es tan sencillo, pero yo, desde luego, sabía dónde buscar. Encontré a Siete Manos con algunos amigos en una de las viejas habitaciones abovedadas con suelo de tierra, construidas hace cientos de años del lado de la Tarde como salas de asamblea, cuando todavía había asambleas. La luz penetraba por las grandes planchas de vidrio orientadas hacia el sol vespertino, y del pequeño grupo bullicioso que hablaba sentado al calor, el humo trepaba hacia el sol como nubarrones de tormenta.

Todos eran Palma. Pero no porque no admitiesen a gente de otras cuerdas, sino porque las otras cuerdas se cansan pronto de la charla interminable de los sobreentendidos y manos-de-serpiente y bromas complicadas que los otros no encuentran muy graciosas. Ellos siguen hablando. Como yo.

Me intimidaba hablarle en presencia de todos, así que le pregunté si podía charlar con él a solas. Siete Manos me miró con una sonrisa extraña, pero al verme tan serio, supongo, se levantó con un gruñido y fue conmigo al otro lado de una de las vigas que apuntaban los vidrios del tejado. Aún tenía en los labios la misma sonrisa; a los cuerda Palma nada los turba tanto como la intriga, los secretos, y que les preguntes por ellos mismos y no por el mundo en general. Así que lo abordé sin más:

—Cuando te vayas de Belaire —dije, con un nudo en la garganta y poniendo en mis palabras toda el habla con verdad que yo conocía—, ¿me llevarás contigo?

—Bueno, gran hombre —respondió. Me llamaba gran hombre, y yo sabía que lo decía en broma, pero aun así me gustaba. Se alisó los faldones alrededor del cuerpo y se sentó con la espalda apoyada contra la viga. Tenía un modo peculiar de sentarse con los largos brazos colgando sobre las piernas, y sosteniéndose el pulgar de una mano con la otra; yo lo imité.

Él me miró, meneando la cabeza con aire pensativo, esperando quizá que yo hablara otra vez para tener una idea más clara del porqué de la pregunta, pero no dije nada más. Pintada de Rojo consideraba importante que se lo preguntara, si bien ella no creía que fuese a llevarme; así que me limité a esperar.

—Te diré —dijo al cabo. No es probable que me marche hasta dentro de mucho tiempo. Que me marche de veras. Es preciso... bueno, es preciso hacer un montón de preparativos. Así son las cosas. Quizá cuando yo esté listo para irme, tú también lo estés.

Había algo en lo que había dicho, como el eco de otra cosa por detrás de las palabras. Yo hablaba ya con suficiente verdad como para poder oírlo, mas no tanto aún como para saber qué era eso. Él extendió la mano y me palmeó ligeramente el muslo.

—Te diré una cosa, sin embargo —dijo—. Si algún día decides marcharte, también tú tendrás que hacer preparativos. Escucha: empezaremos por hacer un viaje corto, juntos.

—¿Un viaje?

—Sí. Un pequeño paseo. A modo de preparativo, digamos. ¿Has visto alguna vez la Carretera?

—No.

—¿Te gustaría?

No dije nada, me encogí de hombros varias veces como indicando que me gustaría, si esperaba eso de mí.

—Pregúntale a Mbaba, y si ella dice que está bien, y lo dirá, iremos mañana, siempre que no llueva. Vendré a buscarte temprano.

Pintada de Rojo me había dicho que tenía que hacer exactamente lo que Siete Manos me pidiera; dijo también que ella no creía que él me llevara, pero él no me había dicho que no. Yo hubiera tenido que estar contento por eso, y contento de que me hubiese invitado a compartir esos preparativos; sin embargo, me sentía intranquilo y atribulado. Así son las cosas cuando tienes un nudo con alguien. Nada, ni siquiera los sentimientos más simples se cruzan entre tú y el otro sin enredarse.

Pero, así fue, como el otro día me encontré en medio del puente que atraviesa el río llamado Ese Río. Un puente construido con vigas de hierro rojas de herrumbre, el único desde que el puente de peatones que llegaba a la Carretera se desplomó en el agua, antes de que yo naciese. La noche anterior había caído escarcha y el viento helado soplaba cruel sobre Ese Río.

Siete Manos y yo avanzábamos con cautela de barra en barra mirando, y tratando de no mirar allá abajo, entre los hierros, el agua negra e iracunda. El viejo metal chirriaba y rechinaba en el viento que arreciaba sin cesar. Yo seguía a Siete Manos, pisándole los talones, aferrándome a las barras que él había aferrado; un moho espeso

y pegajoso nos cubría la ropa y las manos; yo sentía las mías congeladas por el hierro.

De pronto llegamos a un vacío. Siete Manos se detuvo delante de mí y escudriñó. Pronto el puente todo sería inservible; aquí al fin se había desprendido una viga, y el resto no tardaría en correr la misma suerte. Mientras Siete Manos observaba, pensativo, arriba y abajo, el viento le azotaba contra la cara los largos cabellos y le sacudía las largas mangas anudadas; y entre tanto el puente oscilaba y rechinaba, y allá abajo el agua corría precipitada y turbulenta. Siete Manos me miró con una sonrisa, se frotó las manos, se las calentó con el aliento, tomó impulso y saltó.

Supongo que di un grito. Pero Siete Manos se había abrazado a la péndola de hierro, y ahora colgaba de ella; de un manotazo buscó en el metal frío un asidero mejor, y se irguió hasta quedar frente a mí, con el pecho jadeante y la cara sucia de moho.

—Vamos, Junco, ven —me dijo entre jadeos—, pero yo me quedé quieto, mirándolo. Siete Manos montó de un salto sobre la viga y cruzó los pies por debajo.

—Siéntate —me dijo—, y me senté. Yo era más pequeño que él y no alcanzaba a cruzar los pies. Siete Manos me tendió los brazos largos, indicándome con las manazas que me inclinara hacia él. Le torné las muñecas, de huesos y tendones duros, y a una seña de él me lancé al aire. Sin apartar los ojos de la viga, y sin mirar el agua, me columpié en el vacío, sentí en los hombros un golpe seco y... arriba; una de mis piernas resbaló por la viga, y al cabo de un momento de forcejeo sentí que recobraba el equilibrio. Con la cara apretada contra el pecho de Siete Manos, me acomodé en la viga hasta sentirme seguro, aunque sin soltarle las muñecas. Le oí reír. La cara grande, exultante, estaba muy cerca de la mía, y yo también me reía jadeando, y al fin me solté poco a poco y me sostuve sin ayuda.

—Preparativos —me dijo Siete Manos—. ¿Te das cuenta? Si te propones ir a alguna parte, tienes que creer que eres capaz. De algún modo, por algún camino.

Llegamos a la cabecera del puente y nos dejamos caer por los puntales; allí nos quedamos los dos, callaos un rato, mirando el puente que acabábamos de vencer; y de pronto deseé más que nada ir con él cuando de veras partiese, y compartir con él todas sus aventuras.

—¿Me llevarás —le dije— si he crecido bastante? ¿Cuándo será?

—Bueno, gran hombre, bueno. De nuevo oí la sombra por detrás de las palabras, casi un lamento, pero ahora yo sabía que no era por mí. Se puso de pie. Tenemos que llegar a la Carretera mientras es de día —dijo—, si queremos verla.

Durante un tiempo trepamos cuesta arriba atravesando bosques cubiertos por inmemoriales hojas muertas, bancas bajo la escarcha, y al salir de la espesura continuamos trepando por las caras de unas rocas manchadas de líquenes grises hasta una meseta pedregosa. El cielo era un techo gris, bajo y compacto, y a medida que ascendíamos nos parecía que se acercaba. Cuando llegamos a la cresta de la colina,

alcanzamos ver sobre los cerros distantes, grises y espigados, una delgada grieta de cielo azul, que plateaba la orla de las nubes. Siete Manos señaló a lo lejos una hilera de siempreverdes.

—Del otro lado de esos árboles —dijo veremos, la Carretera.

Las ráfagas trías taladraban la parte escarchada de mi mejilla expuesta al viento y empezaban a desgarrar la techumbre compacta de las nubes cuando de pronto, enseguida de atravesar la hilera de siempreverdes, irrumpimos en una altura rocosa que dominaba un valle. Del otro lado del valle, por encima de los cerros, las nubes se movían rápidas en un cielo rosado y azul; y a medida que se dispersaban sobre nosotros, el cielo era otra vez alto, altísimo, y de un azul muy profundo... ¡qué vientos serían aquellos! Pronto el sol del atardecer llegó a nuestra cumbre, iluminando el valle que se extendía ante nosotros, e iluminando la Carretera.

Porque allí estaba Carretera. Corría por el valle, pero brevemente; se abría camino entre las ondulaciones del valle con un ímpetu imperioso, arrollador, imposible... nunca en mi vida había visto yo algo tan grande. Había allí tantos prodigios. ¿Cómo decirte que los vi todos a la vez?

Ante todo no era una sola carretera sino dos. Dos carreteras y cada una de ellas bastante ancha para que veinte hombres pudieran alinearse cómodamente de borde a borde. Y las dos a la par, listas para echar a correr como dos ardillas, grises como ardillas. Corrían juntas hasta perderse de vista sin que cambiara el ancho de cada una ni la distancia que las separaba, ojo con ojo hacia... ¿dónde?

Muchas millas valle abajo giraba en una voltereta. Se enroscaba y desenroscaba sobre sí misma, corría arriba y abajo por puentes y rampas para transformarse a lo lejos en algo que parecía una enorme hoja de trébol, sólo por diversión, como un niño gigante en un tempestuoso y cataclísmico salto mortal.

Allá muy lejos la Carretera se topaba de pronto con una elevada colina, donde por fuerza hubiera tenido que detenerse; y allí ocurría el último prodigio: no se detenía. Cada una de las partes encontraba una caverna o una abertura abovedada y perfecta y entraba en la colina. Y más lejos saldrían sin duda por el otro lado para continuar y extenderse, saltando y arqueándose y alisando la tierra arrugada y quebrada con aquellas rectas de factura angélica.

—¿A dónde va? —pregunté.

—A todas partes —respondió Siete Manos, mientras se sentaba en cuclillas—. De Esta Costa a la Otra Costa, y cuando llega allí regresa de nuevo por otros sitios, da la vuelta y parte una vez más. Y se cruza y recruza mil veces, y vuelve a doblar y se abre como una telaraña en mil caminos.

—¿Y es toda como aquí?

—Como aquí o más grande.

—¿Más de dos?

—No. Siempre dos. Una para ir, otra para venir. Más ancha y enroscándose como ahí le ves, pero en flores inmensas. Y confundíéndose con Ciudades, llevando puentes a cuestras y túneles bajo el vientre. Eso dicen. Algún día lo veré.

—¿Para qué... servía?

—Para matar gente —respondió Siete Manos simplemente, como un momento antes—. Eso decían los santos. Por ella iban y venían los automóviles. De noche hubieras podido verlos desde aquí, con todas las luces encendidas; yo sé que iban iluminados, con luces blancas delante y rojas atrás, y así la Carretera que venía era totalmente blanca, y la que iba totalmente roja.

—¿Y cómo los mataba Carretera?

—Oh, no era Carretera quien los mataba. Los mataban los coches. La gente iba en esos coches, y dentro de ellos apenas había espacio para sentarse y acomodar los brazos y las piernas, de modo que la gente se rompía con facilidad; el coche mismo podía doblarse en dos y romperte como un cascanueces.

»Y eran veloces, sabes, más veloces que los murciélagos pero menos cautelosos, y por eso siempre chocaban. San Clay dijo que él lo supo por San Roy el Grande, y San Roy había visto la Carretera en los días postreros, cuando ya había millones y millones de aquellos automóviles, como hormigas a lo largo de una senda, como cardúmenes de peces; San Roy decía que la Carretera mataba en un año a tantas personas como las que hoy viven en Belaire Pequeña, dos veces más.

Me quedé mirando aquella cosa soberbia de color gris paloma. Allí, en la parte más cercana, las malezas habían resquebrajado la piedra y unos árboles jóvenes y altos crecían en la zanja que separaba las dos partes. Uno podía ponerse en el centro de una mitad, y ser lanzado como un proyectil en línea recta a la Otra Costa, los ángeles sabían a qué distancia; iba a pasar por delante de cosas que quienes hablan con verdad han olvidado durante cientos de años, y llegar por fin a la Otra Costa, y cruzar al otro lado y ser disparado de vuelta al punto de partida, y sin salir ni una sola vez de Carretera. Y sin embargo mataba gente.

Ahora el cielo se había despejado y el viento que subía a las alturas azules empezaba a amainar. Siete Manos se levantó y echó a andar barranca abajo hacia la Carretera. Yo lo seguí.

—¿Por qué no paraban entonces? —pregunté—. ¿Por qué no paseaban por Carretera, o la miraban, simplemente?

—Lo hicieron, al final, cuando todo se derrumbó —dijo Siete Manos, buscando donde apoyar el pie—. Pero en los días antiguos no les preocupaba demasiado; no tenían miedo, eran ángeles. Y, además, había millones, no importaba que se matasen unos cuantos miles.

Llegamos al borde y caminamos hasta el centro de la parte más próxima, de frente a aquel nudo enorme a millas de distancia, y a la Otra Costa, muchísimo más lejos.

—Nosotros vinimos por Carretera —dijo Siete Manos pisando con cuidado la lisa superficie—. Santa Bea y San Andy vinieron por ella en el tiempo de los Santos, y aquí, en este mismo sitio, dejaron Carretera y reconstruyeron Belaire Grande. Pero ya conoces esa historia.

Yo la conocía un poco. Ignoraba que aquel fuese el sitio, aquella la Carretera que habíamos dejado.

—Cuéntame —pedí.

—Bueno —dijo Siete Manos—, ayúdame a encender una hoguera.

Juntamos astillas y leña menuda y preparamos la pira en plena Carretera, y Siete Manos sacó de la manga una cerilla y la encendió. Cuando la leña crepitó con una llama pequeña y brillante, nos sentamos junto al fuego, nos envolvimos las manos en las mangas, nos alzamos las caperuzas, y Siete Manos empezó a hablar.

—Había casi mil de los nuestros. Habíamos errado, oh, no sé, cien años, ciento cincuenta y en todo el tiempo que siguió a la Tempestad nunca olvidamos la Comuna de Belaire Grande ni el habla con verdad. Habíamos permanecido juntos, y otros se nos habían unido. Y habíamos venido aquí. Era la primavera; hicimos un alto en el camino para pasar la noche, y aquí nos sentamos en plena Carretera y levantamos las tiendas y descargamos las cosas, y Santa Bea y San Andy abrieron el viejo carretón, y encendimos los fuegos; bueno, imagínate mil, todos aquí con fogatas encendidas.

»Santa Bea conversó con San Andy hasta altas horas aquella noche. Hablaron de los niños y de los ancianos; hablaron y hablaron de las cosas que sabían de Belaire Grande y de las viejas épocas, de cómo podía ser que los carretones se hubiesen perdido y con ellos tantos recuerdos. Ya entonces habían olvidado muchas cosas. Y supongo que también ellos, como ahora nosotros, escudriñaron la Carretera por la que habían venido. Y fue entonces, decía San Andy, cuando a Santa Bea se le ocurrió la idea. Tú sabes cuál fue la idea.

—Belaire Pequeña.

—Ella dijo: «Estamos en primavera. Y esta región de los campos es muy hermosa y fértil, y muy pintoresca, además». Y preguntó si acaso no habían pasado ya bastantes años desde los tiempos de la muerte ruina de los ángeles, que nunca habían dañado demasiado estas tierras; y si no había llegado el momento de detenerse. No habría peligro de que San Andy se perdiese para siempre con el precioso carretón. Hacía ya mucho tiempo que la Tempestad había pasado, destruyendo el mundo creado por los ángeles; quizá todas aquellas faltas habían sido perdonadas, quizá largo tiempo atrás. Y ellos habían aprendido muchas cosas, pensaba Santa Bea, y acaso fuera hora ya de dejar de aprender y empezar a vivir un poco.

»Pero San Andy no sabía. Él sólo sabía seguir andando. Dijo: “Nosotros huimos de los ángeles. Los de la Liga no son nuestros amigos. Hay mucha gente que no nos quiere”. Y Santa Bea dijo: “Los ángeles han muerto y ya no están. En cuanto a los

otros”, añadió, “nos prepararemos contra ellos”.

»Y en las cenizas junto al fuego trazó el círculo que es hoy Belaire pequeña, con la puerta secreta y el sendero cuyos vericuetos nadie conoce, salvo los del habla, y dijo: “La haremos toda de piedra de ángel, y no tendrá ventanas, y será un solo cuerpo, como Belaire Grande”.

»Bueno, logró convencer a San Andy. Es una mujer muy persuasiva, solía decir San Andy. Y entonces reunieron a todas las comadres alrededor del fuego, y al amanecer habían decidido reconstruir Belaire Grande, aquí en una región que los ángeles dejaron intacta, excepto la Carretera, que la atraviesa casi sin detenerse.

»Y así aquel día los del habla con verdad abandonaron la Carretera y no volvieron a andar por ella.

Ahora el sol había descendido hasta el horizonte y el viento se había sosegado casi tan de improviso como se levantara. Pero hacía más frío, y me arrebujé en el capote.

—Tú, sin embargo, tendrás que andar por la Carretera —dije—. Algún día.

—Sí, gran hombre —dijo él en voz baja. Algún día.

Y cuando lo dijo —no sé por qué, si por la aventura que habíamos compartido, o por la historia que me había narrado, o porque entonces y por primera vez él sabía cuál era la verdad— comprendí que Siete Manos no se iría de Belaire Pequeña ni echaría a andar por la Carretera hasta donde ella lo llevase. Este era el nudo que había habido entre nosotros, que yo le hubiese creído cuando lo dijo y que yo sintiera a la vez rencor y admiración porque él había decidido hacerlo, y que él, que en lo más recóndito del corazón sabía que nunca lo haría, me rechazara por haber creído que era capaz, cuando en realidad no lo era. Él me había hablado con verdad, incluso cuando me dijo que planeaba irse y que soñaba ver cosas, pero hasta ese momento yo no había podido oírlo. Con algo que parecía un susurro, sentí que el nudo se desataba en mí, y que me dejaba triste.

—Algún día, le dije.

Bajo la caperuza, el rostro de Siete Manos estaba serio, y también triste; pues, en aquellas dos palabras yo le había dicho lo que acababa de saber.

Alrededor de nosotros y hacia atrás y adelante, la Carretera parecía brillar débilmente a la luz moribunda, como si consumiera un antiguo resplandor. El cielo era inmenso sobre el valle. Y me pregunté de pronto si en verdad habría ciudades en el cielo, y si las había, si ellos podrían vernos desde allí: dos hombres diminutos y una hoguera cuyo hilo de humo trepaba en línea recta desde el punto mismo en que Santa Bea se había detenido, un humo blanco mezclado con el humo rosado del pan de Santa Bea, que habíamos encendido y compartíamos ahora; dos hombres en medio de la enorme Carretera, por donde antes corrieran millones. Era de noche, era noviembre. Había dos, y habían sido millones. ¿Llorarían los ángeles en la ciudad del

cielo, lamentándolo?

—No.

—No. Los ángeles no lloran.

—Los ángeles lloran, pero por ellos mismos. Y nunca te vieron allí.

# Guarta Faceta

**E**ra otro día cuando eché a andar, a solas por el sendero para ir al cuarto de Pintada de Rojo. Había dejado a la Mbaba dormida, y mientras caminaba deprisa por el pasadizo todavía oscuro, iba comiendo una manzana. Si hubieras estado allí arriba, suspendido en el aire como un ángel y mirando, me habrías visto corretear alrededor de Belaire Pequeña, en una espiral larga y lenta, excepto un trecho en el que tuve que pasar por encima de unos cuerpos dormidos. Cuando alcancé a oír el murmullo del agua, la gente, ya despierta, se estaba vistiendo; crucé una habitación en la que había seis hombres sentados, desayunando, riendo y charlando. Belaire Pequeña empezaba a despertar. Los hombres trepaban por las escalas, abrían las claraboyas, olían el aire cortante de la mañana y bajaban otra vez. Yo tropezaba de frente con los que salían. Hacía más calor que cuando había ido con Siete Manos a ver la Carretera, y la gente se quedaría afuera en los cuartos soleados, y volverían al anochecer trayendo algo para el invierno: un juego de anillos o herramientas, o una gran pipa que durante el verano habían colgado en los cuartos de afuera. Algunos irían a los bosques a recoger las últimas nueces del año; o se reunirían con otros en los cuartos de afuera para tejer y charlar, si eran cuerda Hoja. O para subir a los tejados más altos de Belaire y tapar las goteras del invierno, si eran cuerda Bucle. O para discutir los asuntos de la cuerda, si eran Susurro, o los asuntos de otras cuerdas, si eran Agua, o los asuntos del mundo si eran Palma; y comadrear sobre todas las cosas que recordaban y oyeran decir sobre los santos allá en los años en que andábamos errantes y en los más lejanos de Belaire Grande y en los tiempos antiguos todavía más remotos, para que nada cayese en el olvido.

Siempre hay en el Sendero miles de cosas que ver, que te detienen, manos-de-serpiente que quieres explorar, personas a quienes deseas oír. En una manos-de-serpiente próxima a los aposentos de Pintada de Rojo encontré a unos amigos jugando a rodilla-de-quién, y esperé mi turno...

—Para un momento. Antes, cuando la nombraste, una mano-de-serpiente era algo

en la conversación. Ahora es un paraje. Y explícame también eso de rodilla-de-quién, ya que te has parado.

—Está bien. Ya te hablé del Sendero. El Sendero es como una serpiente, se enrosca alrededor de toda Belaire Pequeña con la cabeza en el centro y la punta de la cola cerca de la puerta de los cuerda Bucle, pero sólo alguien que conozca Belaire Pequeña puede ver por dónde va. A cualquier otro puede parecerle que se abre en todas direcciones. Así pues, cuando corres por el Sendero, pero descubres que no es más que una serie de cuartos intercomunicados que se enroscan en un pequeño laberinto y que no tiene salida y siempre vuelve al Sendero... ahí tienes una mano-de-serpiente. Asoma de la serpiente que es el Sendero como una multitud de dedos diminutos. Y, además, los llamamos manos-de-serpiente porque las serpientes no tienen manos, como si dijéramos que el Sendero es uno solo. Pero una mano-de-serpiente es también algo más: también una historia es también un Sendero, así quisiera yo, por tanto, ha de tener manos-de-serpiente. Las manos-de-serpiente son a veces lo mejor de la historia, si la historia es larga.

Rodilla-de-quién. Yo nunca he sido muy bueno en rodilla-de-quién, pero como cualquier otro chico de Belaire llevaba siempre conmigo la pelota y las pinzas: parte del equipo de todo muchacho. Mi pelota era un hueso de cereza con un cordel enroscado alrededor: las pinzas son una caña tan larga como tu antebrazo, rajada casi hasta el extremo y con unas clavijas para poder atrapar la pelota. Se juega de muchos modos, con una o varias pelotas, con dos personas o con muchas sentadas en círculo, tantas como puedas alcanzar con las pinzas. Juegues como juegues, la pelota está en equilibrio sobre tu rodilla; tú levantas así la rodilla... y uno te saca la pelota con las pinzas y la pone sobre la rodilla del otro. Las distintas maneras de jugar dependen de las distintas maneras de anunciar en qué rodilla jugarás, y a quién le toca el turno.

Hay que jugar con mucha rapidez, en eso está la gracia, y si dejas caer la pelota o juegas cuando no te corresponde tienes que pedir permiso, si quieres seguir jugando, y los otros pueden decir Sí o No.

—¿Y cómo ganas?

—¿Ganar?

—¿Cómo vences a los otros?

—¿Vencerlos? No es una lucha, es un juego. Sólo tienes que mantener la pelota en movimiento y no interponerte en el camino de los otros; y retener la pelota sobre la rodilla, además. Se necesita mucha concentración, y no te puedes reír demasiado, aunque a veces es muy divertido. Los de cuerda Bucle son muy buenos jugadores; ponen caras muy serias y atentas y las pinzas vuelan todo alrededor nic, nic, nic. Además, todos los de cuerda Bucle parecen tener rodillas chatas, anchas.

Como quiera que sea, un sitio en el círculo quedó vacío y yo me senté. La chica que estaba enfrente, en cuya rodilla yo iba a jugar, me miró una vez con unos ojos de

un azul asombroso, asombroso porque tenía los cabellos renegridos y espesos, y también las cejas; se arqueaban hacia abajo y casi se encontraban en lo alto de la nariz. Me echó una mirada fugaz, para cerciorarse de que era mía la rodilla en que estaba jugando, y puso la pelota.

—¿Rodilla-de-quién? —dijeron, y comenzamos. Gritos de triunfo o impaciencia. ¡Fallo! Ya van dos.

La chica de enfrente jugaba con una especie de concentración abstraída, consciente del juego, pero como si estuviese soñando. 1.a boca entreabierta mostraba unos dientes blancos y diminutos.

—¿Rodilla-de-quién? —dijimos.

—Abejón, mueve cuerda Susurro —dijo el director y un chico larguirucho y risueño de cuerda Hoja, luego de una rapidísima mirada alrededor del círculo, movió la pelota de la chica que estaba enfrente de mí, cuerda Susurro; sí, yo también la hubiera elegido. No sólo por aquel aire absorto, ese aire de no estar del todo presente, no sólo porque parecía (a mis ojos al menos) ser el centro del círculo sin tener que proclamarlo. Había algo más: un cierto susurro. Cuando me tocó jugar con ella, alzó de pronto hacia mí aquellos ojos de un azul asombroso. La pelota cayó al suelo.

¡Fallo!

La chica recogió la pelota sin volver a mirarme. Ahora yo trataba de jugar bien, pero titubeé, dejé pasar mi cuerda cuando la cantaron. Pronto quedé fuera de juego.

Y todo esto, lo que he contado sobre el juego, fue una mano-de-serpiente en mi historia; pero así como hay manos-de-serpiente que parecen partes del Sendero, hay también partes del Sendero que parecen manos-de-serpiente. Cuando me puse de pie, también ella se puso de pie; mientras nos alejábamos, otros ya reclamaban nuestros sitios. Llegué al Sendero y la vi, caminando delante hacia los cuartos de Pintada de Rojo; la seguí desde lejos. En un recodo, se detuvo y me esperó.

—¿Por qué me sigues? —preguntó. Las cejas arqueadas le daban una expresión permanente de enojo, que ella muchas veces no sentía, pero yo lo ignoraba entonces.

—No te seguía. Iba a visitar a una comadre llamada Pintada de Rojo.

—Yo también. —La chica me observó sin mucha curiosidad.

—¿No eres un poco joven?

Eso era indignante. Ella no era mayor que yo.

—Pintada de Rojo no opina lo mismo.

Ella cruzó los brazos pálidos, delgados, sombreados por un vello oscuro.

—Vamos, entonces —dijo, como si tuviese que protegerme y no quisiera hacerlo.

Le pregunté cómo se llamaba y me dijo Una Vez al Día; no se molestó en preguntar cómo me llamaba yo.

Pintada de Rojo dormía aún cuando entramos en el más grande de los dos cuartos; nos sentamos entre los otros reunidos allí, que me observaron y preguntaron mi

nombre. Esperamos, tratando de no hablar, pero era difícil, y pronto oímos a Pintada de Rojo que iba y venía por el otro cuarto.

De repente asomó una cara soñolienta, parpadeando, sin gafas, y desapareció otra vez. Cuando por fin salió, va no tratamos de quedarnos callados, y ella se sentó en medio del alboroto y lio con calma un cigarro azul. Alguien se lo encendió, y luego de aspirar tina profunda bocanada, Pintada de Rojo miró en torno y se sintió mejor. Nos sonrió, y palmeó la mejilla de la chica que le había encendido el cigarro. Así comenzó mi primera mañana con Pintada de Rojo.

—Cuando andábamos errantes —dijo, y empezó a contar la historia de San John y la mosca que yo le oyera a la Mbaba. Trajo para nosotros una cesta de manzanas, y mientras comíamos nos contó la historia al estilo de ella, que era Agua, con muchos falsos comienzos y pequeñas ironías en las que no podías entretenerte, pues perdías el hilo; y la historia no era del todo igual a la que yo conocía. Cuando por último San John echó la mosca a volar, nadie se rio. En boca de Pintada de Rojo la historia parecía haberse convertido en un enigma. O en algo que era preciso resolver, aunque al mismo tiempo uno sabía que la respuesta se encontraba en la historia, que no era un enigma sino una respuesta, una respuesta a algo que tú no habías preguntado.

Abejón, el chico de cuerda Hoja, masticando un buen trozo de manzana, le preguntó por qué nos había contado esa historia. A los cuerda Hoja no les gustan los misterios.

—Porque fue contada por un santo —respondió Pintada de Rojo—. ¿Y por qué son santos los santos? —dijo, y mirándonos de hito en hito, esperó una respuesta.

—Porque recordamos sus vidas —dijo alguien.

—¿Y cómo recordamos sus vidas?

—Porque... porque ellos las contaban de tal modo que era imposible olvidarlas.

—¿De qué modo?

—Hablaban con verdad —respondió una chica de cuerda Agua llamada Día de Lluvia.

—¿Y qué es hablar con verdad? —le preguntó Pintada de Rojo.

La chica empezó a responder como cuerda Agua que era: Estaba la Comuna de Belaire Grande —dijo, y luego—. Pero hubo un comienzo casi anterior a este y explicó que en los tiempos antiguos la mayoría de la gente no tenía casas para toda la vida. Excepto los habitantes de la Comuna de Belaire Grande, de mil cuartos. Allí la gente vivía un poco como vive ahora en Belaire Pequeña. Pero, además, ellos eran ángeles —dijo. La Comuna era alta, y viajaban en ascensores, hablaban por los teléfonos...

—Sí —interrumpió Pintada de Rojo—. Los teléfonos. Parece ser que entonces cuanto más tenían que viajar los ángeles, y hablarse desde lejos, más separados estaban. Cuanto más se empequeñecía el mundo, más distancia había entre ellos. No

sé cómo la gente de Belaire Grande escapó a este destino, pero los niños que crecían en ella, y se marchaban, descubrían que en ninguna parte eran tan felices como en Belaire Grande, y siempre volvían allí otra vez. Y así sucesivamente a lo largo de numerosas vidas.

»Ahora bien —dijo Pintada de rojo, levantando un dedo como hacen las comadres—, ahora bien, en aquellos tiempos todos hablaban con todos por los teléfonos. Todos los cuartos de la Comuna tenían un teléfono, toda persona tenía su propio teléfono para llamar y recibir llamadas. Un teléfono no es más que la voz transportada lejos mediante hilos, del mismo modo que un temblor se transmite todo a lo largo de una cuerda tensa, si mueves un extremo. La gente de la Comuna, a medida que se sentían más cerca unos de otros, empezaron a aprender ciertas cosas sobre este artefacto: que hablar con alguien por teléfono no es lo mismo que hablarle cara a cara. A un teléfono puedes decirle cosas que no le dirías a una persona, decir cosas que no sientes, ni piensas; puedes mentir, puedes exagerar, puedes malentender, porque le estás hablando a un aparato, no a un hombre. Ellos comprendieron que si no aprendían a usar los teléfonos correctamente, la Comuna no podría sobrevivir, excepto como sobrevivían un millón de otras comunas, meros sitios donde poner a la gente. Así que aprendieron.

»Nosotros no estábamos callados mientras ella nos contaba esta historia; cada uno conocía una parte y todos queríamos intervenir, y algunos contradecían lo que decían otros. La única que no hablaba era Una Vez al Día; pero nadie esperaba que lo hiciera. Día de Lluvia dijo que también entonces había comadres, mujeres viejas que conocían todo de personas y cosas, y que sabían dar consejos sobre cualquier asunto, aunque ahora se las escuchaba con más atención. Otro dijo, que al principio había cerraduras en todas las puertas, y que los conjuntos de cuartos eran idénticos unos a otros. Pero que en la época en que todos partieron guiados por San Roy, ya no había puertas cerradas, y que el interior de la Comuna estaba muy cambiado, y que ahora los cuartos eran grandes y pequeños, como hoy en Belaire. Pintada de Rojo nos escuchaba a todos, asentía, con leves movimientos de las manos y de la cabeza incorporaba lo que decíamos a lo que ella misma iba explicando, como si el tiempo no le importase.

»Lo que ellos aprendieron —prosiguió—, fue a hablar por los teléfonos de modo que quien escuchaba no tuviera más remedio que entender lo que querías decir, y que quien hablaba tuviera que decir lo que decía. Aprendieron un modo de hablar... transparente como el cristal, para que a través de las palabras pudiera verse la cara.

»Decían de sí mismos que hablaban con verdad. En aquellos tiempos las personas que pensaban de ese modo eran una iglesia. Y por lo tanto ellos eran la Iglesia del Habla con Verdad.

»Los del habla con verdad decían: Nosotros pensamos y sentimos lo que decimos

y decimos lo que pensamos y sentimos. Ese era el lema. Además, se oponían a montones de cosas, como todas las iglesias; pero ya nadie recuerda qué cosas.

»La Comuna de Belaire Grande sobrevivió mucho tiempo; educaba a los niños y aprendía a hablar. Pero llegó el día inevitable en que todo desapareció, primero las luces y por último los teléfonos. Y San Roy el Grande los condujo a Carretera. Y anduvimos errantes. Esto ocurrió en el tiempo de los santos, que perfeccionaron el habla de la Comuna, cuando aún íbamos de un lado a otro, y mientras se construía la madriguera de túneles como en las historias que ellos mismos contaban, y que nosotros recordamos y contamos.

»Y eso tengo que decir ahora: antes de que se hablara con verdad, cuando aún charlabais por los teléfonos con otra gente, y había tanta confusión, y a veces alguien se ofendía o dos personas se peleaban, ya las comadres decíamos: “Tiene que haber un nudo en la cuerda”. ¡Un nudo en la cuerda! Me hace reír.

Y Pintada de Rojo estalló en una risa grande y líquida, y nosotros nos reíamos con ella.

Una Vez al Día no se estaba riendo. Estaba mirándome serenamente, sin curiosidad: sólo mirándome.

# Quinta Faceta

**H**ubo veces durante aquellos inviernos que pasé con Pintada de Rojo en que pense que no podía haber una forma de vida más maravillosa y extraña que la de una comadre. Toda nuestra sabiduría tiene su origen en esos cuartos antiguos próximos al centro de Belaire, en la mente misma de la comadre, cuando ella se sienta a estudiar el Sistema de Archivo o a pensar en los santos. Las cosas se juntan, y el santo o el Sistema revelan algo nuevo que no se creía que pudiera estar allí, pero que una vez nacido se extiende en espirales como el Sendero a lo largo de las cuerdas, y es modificado por ellas a medida que avanza. Pasaban los años y me hacía mayor, y las historias de los santos que contaba Pintada de Rojo me fascinaban cada vez más. Un día me quedé con ella cuando todos se marcharon, con la esperanza de oír alguna otra cosa, y Pintada de Rojo me dijo:

—Recuerda, junco, no hay nadie que no prefiera ser feliz a ser un santo.

Yo asentí, aunque sin entender lo que quería decirme. Me parecía que si alguien era un santo tenía necesariamente que ser feliz. Yo quería ser un santo, aunque no se lo había dicho a nadie, y con sólo pensarlo ya me sentía feliz.

Pero tal vez a los ojos de los otros no pareciera feliz, un muchachito tímido, menudo, un chico de cuerda Palma con un afán excesivo de saber, con un deseo secreto que me distraía y enmudecía; tal vez fue el mismo deseo lo que ha dejado en mí todos esos recuerdos extravagantes. Los cuerda Hoja recuerdan expediciones, hazañas, de los veranos en que andaban desnudos, de los inviernos en que construían madrigueras de nieve. Los cuerda Bucle recuerdan habilidades y los cuerda Hilo acertijos y los Ayuda gente; los recuerdos de todos son de cosas, parece, pero los míos no; son recuerdos de cosas indecibles, y no es posible ponerles nombres que se puedan olvidar. Y recordando a Pintada de Rojo, ahora sé que no quiero ser santo... que prefería ser feliz.

—¿Entiendes algo de lo que digo?

—Creo que entiendo, un poco. Y conozco a alguien que lo entendería, bien.

—Es cuerda Palma. Probablemente A menos que no haya cuerdas aquí...

—Sí. En cierto modo. Creo que podría ser cuerda Palma.

—¿Estas llorando? ¿Por qué?

—No. Continua. ¿Fue esa toda tu educación, las historias de los santos?

—Oh, no. Hubo otras cosas. Pintada de Rojo nos hablaba de los tiempos antiguos, historias largas y fabulosas imposibles de recordar de cabo a rabo, a menos que tengas la memoria de una comadre. La más larga que recuerdo se llamaba Dinero, y duró varios días y abarcaba épocas enteras y a veces perdías el hilo. Era difícil creer que todo fuese cierto, pero lo contó ella, que hablaba con verdad, y había pruebas, aunque no muy convincentes, de los fantásticos ir y venir y poderes de esa cosa. No era más que un trozo de papel rectangular, gastado y ajado como la piel, cubierto de figuras diminutas, hojas, creo, y una cara entre las hojas. Parecía una cosa mágica, es cierto, pero no para que murieran por ella, y con tanta frecuencia, como Pintada de Rojo repetía una y otra vez.

Pero sobre todo, lo que Pintada de Rojo decía no era tan importante como el modo de decirlo: a menudo no nos hablaba realmente de nada, y sin embargo, poco a poco, y con una habilidad que sólo puedo ver si miro hacia atrás, y que nunca podré explicarte, nos iba convirtiendo al habla con verdad. Nosotros éramos sinceros entonces cuando íbamos a verla; los niños no pueden ser de otro modo, aunque no digan la verdad; pero cuando al cabo de un año, o dos o cinco años (el tiempo que según ella necesitara cada uno de nosotros), salíamos de la casa de Pintada de Rojo, hablábamos con verdad; en aquella forma antigua que nos parecía inexplicable, pero que ya no abandonábamos. Pensábamos y Decíamos lo que Pensábamos y Sentíamos.

Hasta Una Vez al Día, aquella criatura morena de Santa Oliva, la cuerda Susurro guardadora de secretos... hasta ella aprendió, casi de mala gana, a hablar con verdad. Ya no podía mentirme, no realmente. Si hubiera podido, si no hubiera sido veraz, quizás mi vida no estaría ahora tan ligada a la de ella, y mi historia no sería mi historia.

Un día en que Pintada de Rojo concluyó la historia del Dinero, Una Vez al Día se acercó a mí mientras yo me alejaba y me tomó por el brazo. Yo estaba demasiado sorprendido para hablar: ella lo había hecho como si fuese cosa de todos los días, aunque en verdad apenas si me había hablado después de la primera vez.

—¿Te parece que Pintada de Rojo es sabia? —me preguntó.

Le dije, por supuesto, que la creía muy sabia, tal vez la persona más sabia del mundo.

—Sabe mucho —dijo Una Vez al Día—. Pero no todo.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Hay secretos.

—Cuéntamelos.

Me miró de soslayo, con una leve sonrisa, pero no dijo más. De pronto, en un recodo del Sendero me hizo entrar en un cuarto encortinado. Estaba casi a oscuras, y atestado de objetos que yo no alcanzaba a distinguir; alguien dormía y roncaba apaciblemente.

—¿Crees que sabe todo sobre el Dinero?

No le contesté. Por algún motivo, el corazón había empezado a latirme con fuerza. Una Vez al Día me miró a la cara, sacó del bolsillo un objeto que parecía brillar en la oscuridad, y me lo mostró.

—También esto es Dinero —dijo. Pintada de Rojo no explicó nada de este Dinero.

Era un pequeño disco de plata, y en un lado había una cabeza que parecía sobresalir en la superficie reluciente; una cabeza no dibujada sino cortada en el metal, de modo que a la luz mortecina del cuarto los ojos brillaban y parecían estudiarme. Una Vez al Día dio vuelta el disco y me mostró el otro lado: un halcón con las alas extendidas. Luego me tomó la mano y me puso en la palma el Dinero, tibio aún de la mano de ella.

—Si te doy Dinero —dijo, tendrás que hacer lo que yo diga. Aferró mis dedos sobre el disco. Ahora lo has tomado continuó. Pintada de Rojo había dicho que en el pasado la gente daba dinero para que otros obedecieran. Me sentía como si estuviera participando de un pecado tan antiguo como la tierra misma. Pero no quería rechazar el Dinero que tenía en la mano.

—¿Qué deseas —dije, con la garganta casi demasiado seca para hablar, qué deseas que haga?

Ella se rio, como si se tratase de una broma o de un truco. No me contestó y echó a correr.

Yo sentía bajo el pulgar el relieve de la cara en el Dinero, las facciones y el cabello peinado hacia arriba.

En los días siguientes ella no apareció en la habitación de Pintada de Rojo; alcancé a atisbarla con algunos adultos de la misma cuerda, dedicados a sus propios menesteres y no dio señales de haberme visto; y cuando un día llegó tarde y se deslizó entre nosotros en el cuarto de Pintada de Rojo, no me dijo nada. Era como si nada hubiese ocurrido entre nosotros; tal vez nada había ocurrido, para ella. Yo acariciaba el Dinero en mi bolsillo y pensaba en ella y sólo en ella. ¿Qué palabra usaba Pintada de Rojo? Una palabra antigua: yo estaba comprado.

La forma en que la gente se mete en las entrañas populosas y tibias de los túneles durante el invierno, se parece mucho a la forma en que salen de ellos apenas vuelve el calor, lentamente: los viejos se quedan adentro bien abrigados hasta el final de la primavera, pero los chicos ya andan correteando por las afueras antes de que la nieve se haya derretido, volviendo a casa con flores de azafrán y constipados. Yo pasaba los

días en el bosque, explorando con Siete Manos, recogiendo flores con Di una Palabra, pero a menudo a sogas; y una noche cruda vi algo que acaso pudiera revelarme los secretos de Una Vez al Día.

La encontré vestida de rojo jugando a los Aros con una chica de su misma cuerda. Como no podía decirle lo que quería delante de otro, me senté, observé y esperé. Una partida de Aros puede durar varios días, depende de qué cuerda la juegue. Los cuerda Susurro la usan para augurar el futuro de un modo que nunca he entendido; y Una Vez al Día hablaba e reglas que sacaron de quicio a la otra chica, de modo que a larga se marchó. Estábamos solos. Una Vez al Día arrojaba al tablero de las figuras los aros enlazados, fruncía los labios, y los volvía a recoger.

—Hace calor aquí.

—Afuera se está bien —dije.

—¿De veras? —preguntó ella mientras miraba de soslayo los aros arrojados al descuido.

—Quiero mostrarte una cosa que te gustará. Allá, en el bosque.

—¿Qué cosa?

—Es un secreto. Si te llevo, no podrás decírselo a nadie.

Bueno, ellos adoran los secretos, los coleccionan, y Una Vez al Día trató de sonsacarme, pero viendo que yo no hablaba, se levantó al fin y me pidió que la llevase.

El bosque retoñaba con pálidos verdes, la primavera había henchido los arroyos, y las plantas germinaban en la tierra blanda. Algunas nubes tenues se alejaban por el cielo frío, pero el sol calentaba en esas primeras horas de la tarde, y nosotros, que llevábamos las mantas de lana sobre los hombros, tropezábamos con los montones de hojas muertas y las raíces húmedas del bosque profundo. En las ramas relucientes y negras las hojas nuevas parecían de cristal, y cuando pasábamos entre ellas esparcían el agua de la lluvia matutina.

—Aquí —susurré cuando llegamos al sitio. ¿Qué?

—Sube. Yo te ayudaré.

Una Vez al Día trepó, grácil y torpe, por los grandes troncos caídos que habían echado unos pocos brotes primaverales. Los muslos en tensión se le ahuecaban en los flancos, a causa del esfuerzo; el verdín de los troncos le había manchado las piernas pálidas y tersas, y tenía ahí un diminuto arañazo de color rubí. Nos encontramos al fin en una horqueta angosta que nos permitió ver allá abajo, en una cueva protegida por una maraña de raíces, a toda una familia de zorros. Apenas distinguíamos a la madre y la cría, sin duda invisibles desde cualquier otro sitio. Y mientras espiábamos, vimos volver al macho de cola reluciente con una alimaña muerta colgándole de las fauces.

Observamos en silencio a los cachorros que se restregaban inquietos contra el vientre de la madre, daban unos pasos inseguros, y volvían a hociquearla.

Una Vez al Día me había pasado un brazo alrededor del cuello y se había echado sobre mi espalda para ver mejor, apretando la mejilla contra la mía. Miraba absorta, en silencio y supe que mi secreto la había impresionado. Sentí que se me dormía una pierna, pero no quería que ella se moviese.

—¿Cuántos hay? —preguntó en un susurro.

—Tres.

—¿Y los tiene todos al mismo tiempo?

—Como los mellizos.

—¿Mellizos?

—Cuando una mujer tiene dos niños a la vez.

—Nunca oí nada parecido.

—Mbaba me lo ha dicho. Pasa a veces.

Una Vez al Día se separó al fin de mí y bajó por los troncos. Observó desde abajo mi descenso: y con un movimiento de cabeza se apartó el cabello de los ojos cuando yo saltaba desde el último tronco, se acercó a mí, pidiéndome con la mirada que yo hiciera lo mismo; nos encontramos, y ella me tornó la cara entre las manos, sonriendo, y me besó. Creo que le sorprendió la vehemencia de mi respuesta y al cabo de un momento se apartó y me empujó estirando un brazo, mientras se pasaba el dorso de la mano por la boca, sonriendo siempre.

—Ahora yo te mostraré un secreto —dijo.

—¿Qué?

—Ven.

Me tomó la mano y me llevó de regreso por el bosque reverdecido hacia donde las veintitrés torres de Belaire Pequeña se alzaban entre los árboles, y de allí a lo largo del Sendero hasta el corazón mismo de la vieja madriguera.

—¿Adónde? —le pregunté mientras corríamos. Ella señaló, echando la cabeza hacia atrás, y con el destello de una sonrisa, pero no dijo nada. Pronto nos encontramos rodeados de muros de piedra de ángel; había pocas luces y las puertas eran bajas. También allí hacía calor. Estábamos caminando sobre los tanques y las piedras que calientan a Belaire Pequeña. En un recodo ella se detuvo, indecisa; de pronto empujó un cortinado antiguo, y entramos en una habitación minúscula, oscura y calurosa, con un solo tragaluz diminuto en un rincón. A través de él la tarde dibujaba un rombo de luz sobre la pared de piedra.

Miré asombrado: sobre un arcón, apoyada contra la pared, había una pierna. Una Vez al Día me miró y soltó una pequeña carcajada. No era, me di cuenta al cabo de un rato, una pierna de verdad; era una pierna falsa; amarilla cerosa como de carne muerta, con piezas de metal oxidado y viejas correas; pero yo no podía dejar de mirarla.

—¿Qué es? —le pregunté en un susurro.

—Es una pierna —dijo ella, y me tomó la mano y la estrujó. Yo quería preguntarle de quién era, pero me quedé allí inmóvil y sin hablar, sintiendo que la mano se me humedecía entre las manos de Una Vez al Día.

—Ven aquí —me dijo, y me arrastró al otro lado del cuarto; sobre nosotros, en la pared, colgaba un objeto. Me lo señaló.

—Nunca, nunca le dirás a nadie que estuviste aquí y que viste esto —me dijo ella en un susurro apremiante, imperioso. Es una cosa muy secreta de mi cuerda. Te lo contaré, aunque no tendría que hacerlo.

Los ojos azules de Una Vez al Día me miraban con serenidad, y yo asentí, serio también.

La cosa de la pared era de plástico. Tenía la apariencia de una casita minúscula, de tejado alto y puntiagudo, pero era plana, excepto una pequeña repisa que sobresalía en el frente. Tenía dos puertas, una a cada lado. Tres personas vivían en la casa, y una de ellas —mientras la observaba se me erizaron los pelos de la nuca— entraba en aquel momento por la puerta de la derecha con ligeras sacudidas, en tanto las otras dos salían, también sacudiéndose, por la puerta de la izquierda. La que desaparecía en el interior era una mujer vieja, encorvada, encapuchada y nudosa, y se apoyaba en un bastón; las que salían eran dos niños y caminaban tomados del brazo.

—¿Cómo se mueven? —pregunté.

—Ese es el secreto —dijo Una Vez al Día.

Entre las dos puertecitas había un cuadro extraño rosa y azul; mostraba una montaña enorme (unas figuras diminutas la miraban desde abajo) que era cuatro cabezas, cuatro cabezas humanas; cuatro cabezas grandes como montañas, cuatro cabezas que eran una montaña; grandes caras serias, y una con gafas, parecía.

—Esta —dijo Una Vez al Día, señalando a la vieja cuya nariz ganchuda asomaba apenas por detrás de la puerta—, se esconde cuando brilla el sol. Y entonces salen estos dos. —Señaló a los niños, y miró arriba la claraboya brillante—. ¿Ves? Y cuando el tiempo cambia, caminan. Es viejo como el mundo. Hay montones de secretos.

—Y esos cuatro —dije, ¿quiénes son?

—Esos son los cuatro hombres muertos. Y están locos.

Nos quedamos mirando aquellas cuatro caras pétreas, y detrás el cielo falso, rosado y azul.

—Ellos tienen la culpa —dijo Una Vez al Día.

Hacía calor en aquel cuarto, y a mí me ardía y escocía todo el cuerpo, pero a pesar de todo tiritaba. La pierna falsa, aquella cosa de la pared que caminaba cuando había luz y oscuridad; un secreto que sólo conocían los de cuerda Susurro. Y la mano de ella, pequeña y caliente en la mía.

En ese momento una nube pasó por delante del sol, y el rombo de luz desapareció

de la pared. Yo observé a la anciana y a los niños diminutos, pero no se movieron.

# Sexta Faceta

—¿Cómo voy a contarte todo esto? ¿Cómo? Para contarte una sola cosa es preciso que antes te cuente todas las historias; todas las historias dependen de las historias que se conocen de antemano.

—Puedes contarlo; puede contarse. ¿Acaso no es eso ser un santo? ¿Contar todas las historias en la historia única de tu propia vida?

—Yo no soy un santo.

—Tú eres el único santo. Continúa: yo te ayudaré si puedo. Tendrás que terminarla; antes del anochecer: al menos antes del alba.

Yo quería decir: la cuerda Susurro está enrollada dentro de las cuerdas de Belaire, como una promesa antigua nunca rota del todo, o como el fragmento de un sueño que te ha quedado en la mente el día entero hasta que llega la noche y vuelves a soñar. Mas para poder decirlo he de hablarte de las cuerdas. De la liga Larga de las mujeres, de cómo nació y de cómo se disolvió. De Santa Oliva y de cómo vino a Belaire y descubrió la cuerda Susurro. De la Lista de la Doctora Botas y de los hombres muertos; de cómo yo llegué aquí, a contártelo.

Las cuerdas. Tu cuerda, eso eres tú, mucho más que tu nombre o que el rostro que te mira desde el espejo, aunque veamos, tu rostro y tu nombre, pertenecen a la cuerda a que perteneces. En Belaire Pequeña hay muchas cuerdas, nadie sabe cuántas con exactitud, pues algunas comadres afirman que ciertas cuerdas no son cuerdas sino partes de otras cuerdas. Tú naces y creces en tu cuerda; y cuanto más eres tú mismo, más eres de tu cuerda. Hasta que, si no eres común llega un momento en que tu propia cuerda crece y devora a las otras, y dejas de ser de una única cuerda. Te dije que Pintada de Rojo había sido cuerda Agua, y que su nombre era Viento; ahora era mucho más, y no tenía ninguna cuerda que pudiera nombrarse, aunque por el modo de hablar, de mover las manos, la manera de vivir, en las cosas pequeñas, seguía siendo Agua.

Agua y Bucle y Floja; Palma y Hueso y Hielo; la diminuta cuerda Hilo de San

Gene, y la cuerda Orilla, si es que existe. Y todas las otras. Y Susurro.

¿Amaba yo, a Una Vez al Día a causa de sus secretos o llegué a amar esos secretos a causa de Una Vez al Día?

Le gustaba más la noche que el día, más la tierra que el cielo; yo era lo contrario. Le gustaba lo de dentro más que lo de fuera, los espejos más que las ventanas, los vestidos más que la desnudez. A veces yo pensaba que prefería dormir a estar despierta.

En aquel verano y luego en el invierno, y en el verano siguiente, llegamos a adueñarnos de Belaire Pequeña. Así se dice. Cuando eres bebé vives con tu madre y te mueres con ella si ella se muere. Muy pronto vas a vivir con tu Mbaba, sobre todo si tu madre está ocupada, como la mía con las abejas; las Mbabas tienen más tiempo para los niños, y tal vez más paciencia, pero sobre todo más historias. Desde el cuarto de Mbaba sales a explorar, como yo a los tejados donde están las colmenas o a lo largo de la reconocible serpiente del Sendero, aunque siempre vuelves a donde te sientes más seguro. Pero todo es tuyo, sabes —lo de dentro y lo de fuera— y a medida que creces aprendes a adueñártelo. Duermes donde estás cansado, y comes y fumas donde tienes hambre; y cualquier cuarto es tuyo si estás en él. Cuando tiempo después fui a vivir con la Lista de la Doctora Botas, pude observar que los gatos viven allí como nosotros de pequeños: cualquiera que sea el lugar en que estás, es tuyo, y si es blando te quedas, y tal vez te duermes, y observas a la gente.

Una Vez al Día y yo teníamos nuestros sitios predilectos: los laberintos de cuartos por los que iba y venía la gente llevando y trayendo noticias, las manos-de-serpiente de la vieja y abrigada madriguera donde había arcones que al parecer no eran de nadie, repletos de viejos harapos y otras rarezas. A ella le encantaba disfrazarse y jugar a que era distintas personas, santos y ángeles, héroes de la Liga Larga, personajes de historias que yo no conocía.

—Yo era Santa Oliva —dijo, mostrando a la luz de una claraboya un brazalete de gemas azules que había encontrado en un arcón y tú eras el Pequeño San Roy y estabas esperando mi llegada.

—¿Cómo espero?

—Esperas ahí, simplemente. Años y años. —Envuelta en una capa larga y lóbrega, ella iba y venía con pasos majestuosos—. Lejos, muy lejos de aquí la Liga está reunida. No se reunían desde la Tempestad, hace mucho, muchísimo tiempo. Ahora han vuelto a reunirse. Aquí estamos, reunidas. —Se sentó con solemnidad y me puso una mano en la frente; luego me miró y habló en un tono más natural—. Mientras estamos reunidas aquí, tú escuchas —dijo—. Adelante.

—¿Cómo?

—Los visitantes. Los visitantes que llegan y preguntan.

—¿Qué visitantes?

—Esto pasaba hace cientos de años. Había visitantes entonces.

—Está bien. —Incliné la cabeza, como si estuviera escuchando—. Un visitante imaginario me decía que las mujeres de la liga Larga habían vuelto a reunirse. ¿Qué están resolviendo? —le preguntaba yo.

—Él no lo sabe —dijo Una Vez al Día—, porque es hombre. Pero las mujeres han venido a la asamblea, trayendo a los bebés y ayudando a las más viejas, todas las mujeres.

—Pero las mujeres de Belaire no.

—No. No. —Una Vez al Día alzó la mano.

—Ellas esperan. Todos vosotros esperáis, para saber qué ha decidido la Liga.

Yo seguía esperando, mientras la Liga deliberaba.

—Tú de algún modo sabes —dijo Una Vez al Día—, sabes que alguien está por llegar, alguien que viene de esa reunión a Belaire Pequeña, aunque quizá pasen años, y trae noticias...

—¿Cómo lo sé?

—Porque eres el pequeño San Roy —dijo, perdiendo la paciencia conmigo. Y él sabía.

Se levantó, y con pasos menudos y lentos para alargar el viaje, vino hacia mí.

—He aquí a Oliva, que ya viene de la reunión. Avanzaba lentamente, mirándome a los ojos mientras yo esperaba desde hacía años en la madriguera, sabiendo que vendría.

—Es de noche dijo, los pasos tan lentos, tan cortos que se tambaleaba al andar. Cuando menos lo esperas, de pronto... Oliva ha llegado. Se irguió y miró alrededor sorprendida de encontrarse allí.

—Oh —exclamó—, Belaire Pequeña.

—Sí —dije—. ¿Eres Oliva?

—Soy quien esperabas.

—Ah —dije—. Bueno. —Ella me miró, expectante y traté de imaginar qué habría dicho el pequeño San Roy.

—¿Qué hay de nuevo, en la Liga?

—La Liga —me dijo Oliva solemnemente— ha muerto. He venido a decírtelo. Y tengo un montón de secretos que sólo tú podrás oír, porque has esperado y has sido fiel. Secretos que la Liga ocultó a los del habla, pues éramos enemigos. Se hincó junto a mí y acercó la boca a mi oreja. Ahora te los contaré. Pero todo cuanto oí fue un zumbido sin palabras.

—Ahora —dijo, mientras se levantaba.

—Espera. Cuéntame los secretos.

—Te los he contado.

—No. De verdad.

Una Vez al Día meneó la cabeza, lentamente.

Ahora —dijo, imperiosa—, iremos a tu cuarto pequeño y viviremos juntos para siempre. Se quitó la capa de los hombros angulosos y la dejó caer; se arrodilló delante de mí, sonriendo, y me empujó hacia atrás hasta acostarme. Se echó a mi lado, acercando a mi mejilla una mejilla aterciopelada, con una pierna cruzada sobre mi pierna. Para siempre-repitió.

—¿Por qué la Liga Larga y los del habla son enemigos? —le pregunté a Siete Manos—. ¿Qué secretos nos ocultaron?

Siete Manos estaba en plena labor haciendo vidrio. El vidrio de Belaire Pequeña es famoso, todavía los mercaderes vienen a buscarlo, y él había estado toda la mañana preparando la amalgama de cenizas de haya y arena fina con trocitos de vidrio angélico recogidos aquí y allá; echó en la mezcla una botella rota verde como el estío y dijo: No sé nada de los secretos. Y los del habla nunca fueron enemigos de la Liga, aunque la Liga pensara que sí. Todo se remonta a los últimos días de los ángeles, cuando estalló la Tempestad. Una Tempestad que empieza como cualquier otra, en uno de esos días de aire quieto, sofocante y amarillo y con grandes nubes altas a lo lejos en el oeste; y parece venir más rápido cuando está más cerca, y de repente hay lluvia en las montañas, y un viento frío, y ya la tienes encima. La Tempestad que acabó con los ángeles fue así: aunque eran poderosísimos, la tempestad estaba amenazándolos, acaso siempre había estado amenazándolos, desde el comienzo. Sin embargo, pocos parecían verla venir, excepto la Liga de las mujeres, y ellas se prepararon.

»Y entonces, cuando por fin la Tempestad se descargó en mil formas diferentes, multiplicándose, les pareció muy repentina. Pero a la Liga no la tomó por sorpresa.

Pisó los fuelles y la hoguera rugió otra vez.

La Tempestad duró años, y cuando todo voló en añicos por los aires y los millones de ángeles se quedaron solos y desvalidos, y la gran muerte y el gran dolor se multiplicaron junto con la Tempestad y afligieron todos los rincones de la tierra. Le tocó a la Liga Larga la tarea de socorrer, de salvar lo que podía salvarse, y apartar el resto; de reparar las ruinas de los ángeles que pudieran repararse, o sepultarlas para siempre. Y para esta enorme tarea la Liga rompió un largo silencio, y todas las mujeres se dieron a conocer unas a otras, pues hasta entonces la Liga había sido secreta. Y durante años y años la Liga larga de las mujeres salvó y sepultó, hasta que el mundo fue distinto. Hasta que fue como es ahora.

La amalgama de vidrio estaba lista, y Siete Manos levantó el largo soplete, puso en él una bola, y la movió en círculos, con abstraída atención.

—¿Y todos hacían lo que la liga decía? ¿Por qué?

—No sé. Porque ellas eran las únicas que estaban preparadas. Porque habían inventado una nueva forma de vida, para reemplazar la forma de vida de los ángeles.

Porque a alguien tenía que escuchar la gente.

Empezó a soplar, con la cara roja, los carrillos increíblemente redondos. La bola verde creció hasta transformarse en un globo. Cuando tuvo el tamaño justo, Siete Manos la cortó rápidamente por arriba, e hizo girar el soplete. Lo que había sido un globo se ensanchó, se acató como un plato, y parecía que iba a desprenderse en cualquier momento.

—Pero los del habla no escuchaban.

—No. Durante aquellos años, íbamos de un lado a otro, y edificábamos Belaire. Las mujeres de Belaire nunca quisieron pertenecer a la Liga, nunca reconocieron que la Liga las incluía aunque fuese una liga de todas las mujeres, en todas partes. Pero a nuestras mujeres no les interesaba casi nada excepto el habla y las historias y los santos. Supongo que esto enfureció y frustró a las mujeres de la Liga, las enfureció porque necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener, y las frustró porque estaban convencidas de que la liga sabía lo que era mejor para el mundo.

—¿Lo sabían? —El plato de Siete Manos se había enfriado transformándose en una fuente, de un verde tenue y estriado.

—Tal vez sí. Supongo que nuestras mujeres pensaban que no era asunto de ellas. Sin embargo, hubo algo raro —dijo—, mientras retiraba del soplete la fuente de vidrio. Ocultaron a todos la terrible sabiduría de los ángeles, para que el mundo fuese diferente, y sólo la liga conoció la verdad. Quienes más aborrecían a los ángeles fueron en definitiva los únicos que sabían lo que sabían los ángeles.

—¿Cómo qué?

Siete Manos levantó el círculo de vidrio moteado de burbujas y de estrías verdes, como la superficie agitada de un estanque diminuto.

—No me preguntes a mí —dijo—. Pregunta a las mujeres.

Mbaba me preguntó:

—¿Es tu chica de cuerda Susurro quien te empuja a hacer estas preguntas?

No contesté. De todas las cuerdas, Susurro es la que se enreda menos. Los nudos se hacen en otras cuerdas.

—Bueno —dijo Mbaba—. No conozco ninguno de los secretos que conocía el Pequeño San Roy. Supongo que habrá contado todo lo que sabía. San Roy quiso hacerse comadre, pero al final dijo que no era bastante listo. Sin embargo, se pasaba la vida con las comadres, sirviéndolas y ayudándolas, corriendo por el Sendero y trayendo y llevando mensajes. Y oyéndolas hablar. El Pequeño San Roy decía que él era como un pensamiento en las mentes de las comadres, y corría por toda Belaire con cubos llenos de agua y la cabeza repleta de ideas.

»Después, cuando vivió con Oliva, contó historias penosas, pero siempre lo había hecho, aunque él tal vez no lo pensara así, nadie lo sabe.

»En aquellos tiempos estaban empezando a estudiar el Sistema de Archivo, y

Oliva llegó a conocerlo tan bien como cualquiera. El Pequeño San Roy le decía: «Si la búsqueda de tu identidad empieza a parecerse a una cacería, es hora de que la olvides».

»San Roy decía, de Oliva, que cuando ella estaba oscura, era muy oscura, y que cuando estaba clara, era más clara que el aire. No sé lo que quería decir. Tal vez cuerda Susurro lo sepa.

Cuando interrogué a Pintada de Rojo, ella me dijo: Ignoro qué secretos de los ángeles pudo traer Oliva. No están en la historia que conozco. Hay un gato, y una luz. Y ninguna otra cosa.

»Fue una noche de mediados de octubre, cuando San Roy estaba sentado cerca de la salida, esperando la luna llena.

La claraboya de muchos paneles, que ahora está en el corazón de Belaire, estaba entonces más afuera, y no había sitio mejor para sentarse a contemplar la luna. El Pequeño San Roy estaba absorto esperando la luna llena cuando, en el instante en que aparecía la Luna Pequeña, pálida y diminuta, anunciando la Luna Grande, un ruido lo sobresaltó, y al alzar los ojos vio delante de él un enorme gato amarillo. San Roy decía que se le erizaron los cabellos cuando vio al gato, que lo miraba de frente. Y mientras el gato seguía mirándolo, una bola de luz entró flotando por la puerta.

»Una esfera de luz blanca, del tamaño de una cabeza, que flotaba a la altura de los ojos de un hombre, leve como una flor de cardo. Siguió flotando hasta detenerse sobre la cabeza del gato. Y una ráfaga de viento sopló de pronto y la luz flotó otra vez hasta que quedó suspendida sobre la cabeza del Pequeño San Roy. Ahora bien, el Pequeño San Roy, como todos los de su cuerda, veía cosas que ningún otro podía ver, así que observó las señales y siguió allí, sentado, esperando lo que iba a ocurrir, lo que él va adivinaba: y mientras esperaba sentado e inmóvil, alguien entró siguiendo al globo de luz: una mujer alta, delgada, con una nariz picuda, de cabellos grises muy cortos. “Oh”, dijo al ver al Pequeño San Roy. Aquí estoy.

»Y San Roy le dijo: “Sí”, porque ahora sabía quién era ella: la mujer que había estado esperando.

»Por fin.

»El gran gato de ella se había echado perezosamente en el suelo con la cabeza apoyada en las garras, y la mujer fue a sentarse con San Roy, ciñéndose la capa alrededor del cuerpo. “Bueno”, dijo, “ahora me llevarás ahí adentro, y llamarás a quienes han de escucharme”. «Por favor», dijo Roy. Enseguida, te llevaré adentro; conozco a quienes han de escucharte, quiénes primero, quiénes últimos, pero...

»Bueno, la mujer esperaba. Ahora la Luna Grande iluminaba el cuarto, eclipsando la luz de ella. San Roy habló al fin: ha pasado largo tiempo desde que se reunió la Liga, desde que supimos que alguien, o algo, iba a llegar. Fui yo quien lo supo y se lo dije a Belaire Pequeña, y esperaba este momento. Y lo que ahora te pido es sólo por

eso. Me gustaría ser el primero en enterarme de la noticia. Ahora, antes que los demás.

La mujer lo miró un largo rato y luego le sonrió amablemente. «Siempre se dijo que la Liga Larga era muy temida aquí, y que nadie prestaba atención a sus noticias. ¿Han cambiado las cosas?».

»San Roy también sonrió. “Hay cosas viejas”, dijo, “y cosas nuevas”. Supongo que también la Liga habrá cambiado ahora.

»Pero ella dijo: “No. Ya no hay nada nuevo en la Liga. Eso es lo que he venido a deciros, como se lo han dicho otras a los antiguos enemigos de la Liga; en aquellos viejos, remotos tiempos, teníamos enemigos en todas partes, y eso han ido a anunciar las mujeres: La Liga ha muerto. Ha muerto para siempre. Durante mucho tiempo nuestra fuerza ha estado flaqueando, como es inevitable en toda gran fuerza, y nada ha ocurrido capaz de estimularla y hacer que florezca otra vez. Hoy el mundo es diferente. No sé qué importancia pueda tener que nos hayamos puesto todas de acuerdo, pero tal vez este reconocimiento último sea el mayor de los triunfos. Sea como fuere. A eso he venido. Sólo a decirlo. La Liga Larga de insigne memoria ha muerto. Mi nombre es Oliva, y he venido a traer la noticia, y si queréis recibirme, a quedarme y ayudar”.

En aquel momento los únicos sonidos que se oían en el cuarto eran los del gato y la luna.

Pintada de Rojo se quitó las gafas tomándolas por las patillas, y las limpió con cuidado.

—Qué secretos le trajo a Roy y que los cuerda Susurro heredaron, no lo sé —dijo. Esto sé sin embargo de los cuerda Susurro: que para ellos un secreto no es algo que no quieren decir. Para ellos un secreto es algo que no se puede decir.

# Septima Faceta

**A**lgunos años, en los días que siguen a las primeras heladas, el sol vuelve a calentarse durante un tiempo, es otra vez verano. El invierno se acerca; te das cuenta por el olor que tienen las mañanas, las hojas secas amarillean, ya a punto de caer. Pero sigue el verano: un verano breve y falso, tanto más precioso porque es breve y es falso. En Belaire Pequeña-por alguna razón que ya nadie recuerda decíamos que era el verano mecánico del Pequeño San John. Tal vez porque el verano parecía interminable; pero aquel año y en aquella estación era como si Una Vez al Día y yo no pudiéramos separarnos (así como los cuerda Bucle no hubieran podido desenredar un rayo de sol y sacarlo de un cristal), aunque nos hiciésemos daño, aunque quisiéramos que nos separasen. Cuando no estábamos juntos, nos buscábamos. No es raro que uno piense que el amor, que tanto se parece a esa estación, no terminará nunca; pues a veces piensas que una estación no terminará nunca, por más que te digas y sepas que un día terminará.

En aquel verano del Pequeño San John fuimos con un viejo panadero de la cuerda Huesos llamado En un Rincón a cosechar el pan de Santa Bea. Nos permitió acompañarlo como un favor a la Mbaba de Una vez al Día, a quien conocía desde hacía muchísimo tiempo; un favor, pues éramos demasiado jóvenes para ayudar. Dormimos con él en el cuarto cerca de la salida, y despertamos cuando la luz del alba atravesó las paredes amarillas y traslúcidas. Un brumoso amanecer que se transformaría en una mañana seca, calurosa y espléndida. Una Vez al Día, tiritando y bostezando a la luz blanca, se apretaba contra mí para entrar en calor, mientras esperábamos a que todos se reunieran, muchos llevando palos largos con ganchos en la punta. Tras algunas consultas y un recuento de cabezas, nos internamos en el bosque, siguiendo el curso del río, hacia la brumosa espesura horadada por ocasionales rayos de sol.

En un Rincón pensaba que llegaríamos a la plantación de pan al atardecer, la hora en que los árboles están más grandes.

—De noche, cuando refresca, se hacen más pequeños —dijo—. Como las campanillas, sólo que en vez de cerrarse, encogen. Y esta es sólo una de las rarezas de esos árboles.

—¿Cuáles son las otras rarezas? —preguntó Una Vez al Día.

—Ya las verás —respondió En un Rincón—, esta tarde, y esta noche, y mañana. Ya verás todas las rarezas.

No había un sendero para llegar hasta la plantación; los otros cosechadores se habían dispersado tanto que solo de vez en cuando veíamos a uno o dos caminando a la par de nosotros a través del bosque. Muchos, además de los del habla, fumaban el pan de Santa Bea. Pero el paraje en que crece sigue siendo nuestro secreto, y caminábamos tratando de no dejar rastro que pudiera llevar a otros a la plantación. Cuando hubiésemos cosechado y preparado el pan, la gente vendría a Belaire a buscarlo, lo que era divertido, y supongo que beneficioso para todos.

Dejamos la foresta al atardecer, saliendo de entre las sombras de los pinos susurrantes a un prado ancho de hierbas plateadas mecidas por el viento. Los otros cosechadores avanzaban a nuestra derecha e izquierda en dos largas filas, ocultas a ratos hasta los hombros, trazando surcos oscuros en la hierba.

Había una loma elevada en el terreno, y varios de los cosechadores ya habían llegado a la cima y desde allí nos llamaban a voces y agitando los brazos.

—Desde allá arriba podréis verlos —dijo En un Rincón—. Daos prisa. —Echamos a correr hasta la cresta de la loma, donde se alzaban unos postes de cemento altos y erguidos como guardianes.

—Mira —dijo Una Vez al Día, deteniéndose junto a uno de los postes—, oh, mira.

Abajo, en el pequeño valle de un río, el sol caía sobre el agua de plata brillante. Y caía también sobre la plantación del pan de Santa Bea, que vivía allí y (creo) en ningún otro lugar de este mundo.

¿Hiciste alguna vez pompas de jabón? Cuando soplas despacio, y el agua jabonosa es espesa, puedes hacer toda una pila de burbujas, grandes y pequeñas, sobre el cazo de la pipa. Bueno: imagínate una pila de burbujas del tamaño de un árbol, las pompas grandes en la base, tan grandes como tú, y arriba las pequeñas, más pequeñas que tu cabeza, que tu mano, flotando a la deriva en una cola ondulante; una pila enorme e irregular de esferas, que parecen tan insustanciales como burbujas y sin embargo bastante pesadas como para aplastar a las de abajo y transformarlas en sacos elípticos. E imagínalas no diáfanas y cristalinas como las pompas de jabón sino translúcidas: por arriba de color rosa pálido a la luz del sol, y por abajo y los lados con sombras verdes y azules. E imagínate ahora tantos de esos montones de burbujas como abetos hay en un bosquecillo, todos levemente inclinados, todos saltando y rebotando como en una danza solemne; y el sol de la tarde los atraviesa y pone en el

suelo manchas de colores. De eso vive Belaire pequeña.

Corrimos cuesta abajo hacia las burbujas, cruzando las grandes plazas de hormigón resquebrajado, dejando atrás los edificios ruinosos y sin techo, dispuestos a la manera angélica en cuadrados exactos con líneas rectas entre ellos: caminos agrietados e invadidos por la maleza.

—Son burbujas de verdad —dijo Una vez al Día, sorprendida, riendo—. Nada. Absolutamente nada.

Eran membranas, secas y escamosas como piel de víbora, y adentro nada más que aire. Tenían un olor especioso, dulce y polvoriento.

Todos los cosechadores se agrupaban ahora a la claridad rosada de las burbujas. Se sonreían, se palmeaban unos a otros, palpaban y pellizcaban la piel de las burbujas de abajo, toscas y gruesas, y se protegían los ojos con la mano para observar las de más arriba, pálidas y delicadas. Había sido un buen verano, húmedo y caluroso, y no habría escasez en el invierno. Habían amontonado en el suelo los palos provistos de ganchos, y estaban sacando de un gran saco unos rollos de soga delgada. Luego, todos nos dispersamos (Una Vez al Día y yo detrás de En un Rincón) alrededor del bosque para luego avanzar encontrarnos en el centro.

En un Rincón buscó un trozo corto de soga y lo ató con fuerza alrededor del cuello plumoso de un tallo, por debajo de las burbujas de la base. A nosotros —a Una Vez al Día y a mí— los tallos nos llegaban a la altura del pecho, y había muchos tallos para sostener cada árbol.

—Aunque en verdad no los sostienen —dijo En un Rincón—, y esa es otra rareza. Los tallos están menos para sostener las burbujas que para impedirles que echen a volar. Veis, cuando el sol calienta el aire por dentro, el árbol entero crece, se vuelve enorme, como ahora, y más liviano. El aire caliente es más liviano que el aire frío. Y si no estuvieran sujetas a los tallos...

—Echarían a volar y se irían flotando —dijo Una Vez al Día.

—Se irían flotando —dijo En un Rincón, mientras las manos viejas y rudas tiraban con fuerza de la soga, desatando el tallo. Ahora estábamos en la espesura, avanzando con lentitud hacia el centro; alrededor de nosotros las paredes verde-azuladas se abultaron y bambolearon en la brisa casi imperceptible. Era estimulante; te daba ganas de saltar y gritar.

—Más livianas que el aire —dijo, riendo, Una Vez al Día—. ¡Más livianas que el aire!

En el centro de la plantación había un claro, y en el centro del claro estaban las ruinas de los edificios bajos y las torres altas de metal, combadas y mohosas, algunas de ellas tumbadas de rodillas; todo de frente a un gran pozo central, y en aquel pozo, como diseñada para insertarse en él, una mole compleja y agazapada de metal negro, alta y con muchos remaches, de la que brotaban puntales que mordían el borde de

cemento del pozo: una araña gigante saliendo de su guarida. De la giba le asomaban por doquier máquinas de usos insospechables. Los edificios y torres de alrededor parecían haberse dormido mientras los servían.

—¿Es la plantadora? —pregunté.

—Sí, la plantadora —respondió En un Rincón.

Se enrolló en el hombro lo que quedaba de la soga y nos indicó que lo siguiéramos; Una Vez al Día esperó a que yo le tomara la mano, y caminó pegada a mí mientras nos acercábamos a la plantadora.

—Fue hasta las estrellas —dije.

—Es verdad. Y regresó.

Esa y otras cien como ella habían ido a las estrellas; y cuando regresaron, después de tantos siglos, atiborradas de los conocimientos más extravagantes... no había nadie para recibirlas. De todo cuanto quedaba sobre la tierra, ellas eran las únicas que sabían aún para qué servían, y como no había hombres que las recibiesen, esos conocimientos quedaron guardados dentro de ellas. Y allí se sentaron a esperar con una paciencia infinita, pero nadie acudía, pues todos estaban en la Carretera, o muertos o desaparecidos. Y al fin las plantadoras, oxidadas y putrefactas, murieron esperando, las memorias se desintegraron, los cerebros angélicos se pulverizaron.

—Y qué extraño —dijo En un Rincón—, pensar que las llamaban plantadoras porque serían las primeras de una serie de máquinas que plantarían hombres en otras estrellas. Y ahora aquí la veis, convertida en una verdadera plantadora: ha plantado el pequeño árbol globo de otro mundo, aquí, en esta tierra, lo ha plantado como en un tiesto negro y viejo en el que una Mbaba cultiva caléndulas.

Un poco más arriba era enorme; crecía, toda negra, y nos echaba desde lo alto unas miradas iracundas. Las juntas y los mecanismos que la apuntaban eran de una fortaleza inverosímil: un metal tan macizo, tan inoxidable, unos soportes de factura tan perfecta, tan tenaces. En el centro había algo que quizá, era una puerta abierta y rota; y de esa puerta brotaba un bocado espumoso de uvas gigantes, las burbujas contrahechas del árbol primitivo, madre de todos los otros. De esa planta madre había brotado los retoños de color verde y azul, y descendiendo entre puntales y chapas de la plantadora, habían penetrado en la tierra, como si fueran raíces; y más tarde habían aflorado otra vez, —dijo En un Rincón—, lo mismo que los otros tallos.

Todo es una sola planta —dijo—, si en verdad es una planta.

Nuestra labor del día había terminado, y mientras el sol se ocultaba, juntamos leña y preparamos las hogueras sobre las plazas de cemento más allá del pan.

—No sé de dónde viene —dijo En un Rincón, mientras apilaba en un círculo los troncos que nosotros le traíamos y que calentarían toda aquella noche—. Pero me imagino algunas cosas de ese lugar. Es frío, pienso, y mucho más grande que este; allá estos árboles nunca crecen tanto como aquí, y los seres vivos se mueven muy

lentamente o no se mueven.

Contemplamos la plantación, los árboles van empequeñecidos por el frío del anochecer.

—¿Por qué lo piensas? —pregunté.

—Porque he estado fumándolo desde que era muchacho. Porque con él he crecido y me he hecho hombre, y mis ojos y mi sangre y mi cerebro están hechos en parte de esa sustancia. Y creo saber: pienso que me lo ha contado él mismo.

Dicen que las plantadoras eran muchísimo más sabias que cualquier humano. Yo me pregunto: si esa plantadora volvió desde quién sabe dónde y descubrió que nadie aprendería jamás lo que ella sabía, ¿no podía haber soltado su carga, con la esperanza (¿sería capaz de tener esperanzas?) de que algún día los hombres aprendieran un poco, como había aprendido En un Rincón? Sospecho que no.

Con sus dedos nudosos, En un Rincón sacó de la tabaquera un puñado de pan del año anterior.

Era todo de color verde-azul, sin el rosado de las esferas, y cuando lo puso en la gran pipa de calabaza que llevaba colgada del cuello, brilló con una extraña luz interior.

—Se suponía que no era bueno fumarlo todo el tiempo. Y se dijo más tarde que si se lo fumaba todo el tiempo había que pasarlo por agua, como en las pipas grandes. Pero vosotros, los jóvenes, no hacéis caso. Y yo creo que sabéis lo que hacéis. No os hará daño; nunca hizo daño a nadie. Pero os cambia. Si os hacéis hombres y no sólo coméis alimentos de hombres, sino también este.

La causa de esa creencia, en los días antiguos, la creencia de que hacía daño, fue Santa Bea, por supuesto. Fue después del primer invierno crudo en Belaire Pequeña, cuando ella descubrió la plantación de burbujas, que tan bien olían al calor del sol; y Santa Bea tenía hambre. Y no porque se muriera o enfermara por haber comido el pan; pero cuando San Andy la encontró, semanas después, todavía debajo de los árboles, tenía las ropas hechas jirones, comía el pan cuando sentía hambre, y se había olvidado de él y de los del habla y de la nueva Comuna que ella misma había fundado. Y aunque vivió aún bastante tiempo nunca volvió a decir tres palabras juntas que tuvieran algún sentido para San Andy.

—Esa pipa, la que tú fumaste, en el cuarto de tu Mbaba...

—Sí. Durante mucho tiempo, desde que se aprendió a fumarlo. Cientos de años atrás, todas las pipas tuvieron la forma de la cabeza de Santa Bea, con la boca abierta para recibir el pan.

El pan siseó y crepitó cuando En un Rincón le acercó una cerilla ahuecando los carrillos alrededor de la vieja caña mascada. La primera nube rosada trepó en espiral. En un Rincón le pasó la pipa a Una Vez al Día, y ella inhaló, y una bruma rosada y leve le brotó de los pulmones, la nariz y la boca, y yo me estremecí, asombrado de

súbito ante ese acto tan extraño. Extraño aunque lo había presenciado y practicado casi toda la vida.

En el bajo cielo azul titilaron las primeras estrellas. Una brisa ligera reavivó el fuego en la pipa, y arrebató el humo. El hogar del humo era una estrella, quizás una que veíamos desde allí. Pero por muy alto que lo llevase el viento, ya nunca más podría volver.

El día siguiente amaneció encapotado, y desde el sur, río arriba, llegaron las balsas. Los cosechadores trabajaron de sol a sol con los palos ganchudos. Separando los grandes racimos de los tallos estrangulados, y levantándolos (en este día nublado no eran más livianos que el aire, pero casi tan livianos) y los llevaban hasta la orilla, con gritos e instrucciones, y los aseguraban a las balsas con ganchos y sogas. Una Vez al Día y yo no fuimos muy útiles, pero corrimos y empujamos y tironeamos junto con los demás, porque había que transportar todos los racimos mientras fuera de día, de lo contrario se derrumbarían como tiendas y ya nadie podría moverlas.

El último racimo fue trasladado a flote hasta el sitio en que los cuerda Bucle quemaban leña de arce, y secaban el carbón, y lo trituraban y cernían y empaquetaban. En todo el claro sólo quedaron los tallos verdiazules, y los hombres de las balsas los cubrieron con arpilleras para el invierno, y otros envolvieron con plásticos y lonas la plantadora para proteger al árbol madre de la nieve; bueno, la cosecha había concluido, y Una Vez al Día y yo habíamos ayudado; y viajamos de vuelta en la penúltima balsa.

Exhausta, apoyó la cabeza en mi regazo, y nos envolvimos en una manta gruesa y peluda que alguien nos dio, pues soplaba un viento frío; en la superficie del río flotaban las grises hojas secas.

—Está llegando el invierno —dije yo.

—No —dijo ella, soñolienta—. No está llegando.

—Alguna vez tiene que llegar.

—No.

—Bueno, si el invierno...

—Chist... —dijo ella.

# Octava Faceta

**E**n un invierno lluvioso, mucho después del año que pasé con un santo, después de la carta de la doctora Botas, en un invierno en que estuve solo y a menudo durmiendo, descubrí una treta de la que mi mente era capaz: a veces, a mitad del camino entre la vigilia y el sueño, mi mente rejuvenecía. ¿Cómo explicarlo? Es como si yo, durante un rato, fuera un yo más joven; o como si me devolvieran completo todo un momento del pasado, y esto ocurría de modo tan repentino que con frecuencia no me daba cuenta de qué momento era ese: antes de llegar a saberlo me quedaba dormido, o el esfuerzo de concentración me despertaba, y el momento se perdía.

Bueno, era un juego interesante, y no me faltaban ocasiones para practicarlo —en realidad no tenía ninguna otra cosa que hacer—, y a veces conseguía hacerlo durante mucho tiempo y revivía un momento del pasado con todo mi ser, excepto un pequeño ojo que observaba maravillado. Yo creía estar al final de mi vida en aquel invierno interminable, y consideraba justo que se me permitiera rever, en fragmentos y atisbos, mi corta vida, que tan larga me parecía entonces: como la Mbaba cuando revisaba el contenido de los arcones tallados. Yo no elegía ese momento, y podía ser dos o diez. Podía estar en los tejados en un día de estío, con la cabeza latiéndome al calor bajo un sombrero y un velo, ocupándome de las abejas junto con mi madre. O en el corazón de Belaire, en pleno invierno, aprendiendo a jugar a los aros con una Una Vez al Día, la cabeza llena de las enseñanzas de aquel invierno, de los efluvios de aquel invierno: porque cada estación de cada año —¿de cada día acaso, de cada mañana y cada anocheecer?— tiene su sabor propio, peculiar, totalmente olvidado, hasta que lo saboreas otra vez.

Yo podía pasarme las horas escuchando a Pintada de Rojo, la voz rica y pastosa que hilvanaba las historias de los santos, y empezando a entender por qué todas aquellas historias eran de algún modo una única historia: una simple historia acerca de la vida y de cómo ser un hombre, una historia que, simple como era, no podría ser

contada.

Y en una ocasión cerré los ojos. Esperé, y no me moví, y me encontré en mi décima primavera, sentado con los demás a la puerta de los cuerda Bucle, contemplando los árboles en flor que cubrían de pétalos el camino que bajaba hacia el sur, y observando a un grupo de viajeros que venían por ese camino a buscar el pan, unas figuras nítidas vestidas de negro contra el rosa y el blanco de la primavera. Alrededor de mí, la transparencia de las paredes de los cuerda Bucle, de un amarillo pálido a la luz del sol; a mis pies el suelo de tierra cubierto de esteras de colores vivos; a mi lado, envueltos en capas adornadas, los mercaderes de cuerda Agua y los pálidos sacos de pan. Y junto a mí, Una Vez al Día, que en ese momento me soltaba la mano. Desperté y abrí los ojos en pleno invierno, helado, y con el corazón palpitante; y oí caer la lluvia fría.

Durante semanas y semanas, en aquella primavera, Una Vez al Día no había hablado de otra cosa que de los mercaderes de la Lista de la doctora Botas, que estaban por llegar. Los mercaderes de la Lista venían todas las primaveras, eran casi nuestros únicos visitantes, y todo un acontecimiento en Belaire Pequeña, pero para los cuerda Susurro eran algo más que visitantes.

—Son primos míos —decía Una Vez al Día, una palabra que yo ignoraba; cuando le pregunté qué quería decir, no supo explicármelo, excepto que era un vínculo que la ligaba estrechamente a ellos.

—¿Cómo puede ser? —dije—. Ellos no son del habla. No son de tu cuerda. Ni siquiera sabes qué nombres tienen. Ni uno solo.

—Mi cuerda es la de Oliva —dijo ella—, y Oliva era de la Liga. También la Lista de la doctora Botas. Eso es ser «primos».

—La Liga ha muerto —dije—. Oliva lo anunció.

—No hables de lo que no sabes —dijo ella.

Ahora eran doce o más los que venían por el camino, casi todos hombres con sombreros bajos de alas anchas adornados con guirnaldas de flores. Cuando estuvieron cerca oímos los cantos; o acaso no fueran cantos, porque no había palabras, ni melodía, sólo un rumor en diferentes tonos y volúmenes, un ronroneo aquí, un trémolo allá, un zumbido que cambiaba cuando alguien enmudecía o algún otro se incorporaba al coro, cada uno con su propio sonido. Los viejos de cuerda Agua, hombres y mujeres, bajaron por la colina a recibirlos, y detrás de ellos fueron los más jóvenes, a recoger los fardos de los viajeros, los paquetes y atados y cajas liados con cordeles. Hubo saludos por doquier. Tranquilos y formales, y los hombres con sombreros negros y las altas mujeres entraron por la puerta de los cuerda Bucle a los hermosos cuartos que ellos preparan cerca de las afueras, donde yo esperaba con Una Vez al Día y donde otros venían a saludar a los viajeros. Las sonajas de los viajeros tintineaban, y ellos hablaban con acentos extraños, arrastrando las palabras,

en una lengua antigua y confusa, y los bultos que traían fueron puestos a un lado hasta que se sirvieron las sodas de frutas y las nueces de invierno. Una Vez al Día no apartaba los ojos de los visitantes, aunque si de pronto alguno la miraba, ella volvía rápidamente la cabeza; yo nunca la había visto sonreír como les sonreía a ellos.

A la distancia, negros y barbados, tenían un aspecto severo, pero vistos de cerca eran muy diferentes; las túnicas que vestían, largas y rectas, estaban muy adornadas con oro y colores, y recogidas en pliegues complicados, y muchos de ellos llevaban las sonajas en lugares tan inverosímiles que te reías cuando tintineaban. Con aquellos campanilleos y las largas sonrisas, te hacían sentir que eran gente sencilla y muy apacible, con gracia y energía suficientes para quedarse allí sentados todo el tiempo. Me recordaron a Pintada de Rojo cuando narra la historia del gato de Santa Oliva.

Los mercaderes de la cuerda Agua distribuyeron el pan de la cosecha otoñal entre los viajeros, y las campanillas y brazaletes tintineaban cuando ellos se pasaban de mano en mano los centelleantes puñados de copos para tocarlos, olerlos y examinarlos. El viejo En un Rincón echaba puñados de pan en la gran boca de bronce de Santa Bea —de tamaño casi natural— que coronaba una enorme pipa de cristal ambarino, instalada allí, en los cuartos exteriores el día anterior, en espera de los visitantes. Era muy vieja, de hacía cientos de años, y uno de los tesoros más preciados de los cuerda Bucle, aunque no tenía otra historia que su propia vejez, y los de la cuerda Palma no la habrían considerado tan maravillosa.

Uno de los mercaderes se acercó, se agachó con movimientos gráciles, y se sentó al lado de Una Vez al Día. Era un hombre de tez cetrina, y arrugado como una nuez, de muñeca y manos nudosas, pero tenía una sonrisa franca y ojos vivaces que también sonrieron cuando la miró; pero ella, azorada, volvió la cabeza. Cuando él miraba para otro lado, ella lo volvía a mirar; cuando él la miraba, ella apartaba los ojos. De pronto, ella se quitó de la muñeca el brazaletes de gemas azules que encontrara en un viejo arcón y que había reclamado como suyo.

Se lo tendió al hombre, y él lo tomó delicadamente con unos dedos de uñas amarillas.

—Es bonito —dijo, y lo examinó a la luz—. ¿Deseas canjearlo? ¿Qué quieres a cambio?

—Nada —dijo ella.

El hombre la miró arqueando las cejas, y pasó el brazaletes de mano en mano; luego sonrió, cerró el brazaletes alrededor de la muñeca, sin decir una palabra, le dio una ligera sacudida para acomodarlo entre los otros adornos, y volvió a ocuparse de las mercancías. Una Vez al Día, con una sonrisa secreta, recogió una punta de la túnica negra del hombre y la retuvo en la mano.

En el transcurso de la tarde los hombres y mujeres de la Lista abrieron sus estuches, mostraron las mercancías, y se repartió el pan. Habían traído varios

estuches, con Cuatro Potes en cada uno: el negro, que contenía una sustancia rosada era el que me había hecho soñar junto con Pintada de Rojo; los otros son para distintos usos; la Lista los llama «las hijas de la medicina», y sólo ellos conocen los secretos de los Potes. Tenían herramientas y extraños objetos de plata angélica, que ellos llamaban «acero inoxidable». Tenían cajas y jarras repletas de hierbas aromáticas y especias secas, azúcar de remolacha y polvo para las pulgas de los gatos; para los cuerda Bucle, cosas viejas que era necesario reparar, herramientas afiladas, tuercas angélicas y los correspondientes tornillos; para los cuerda Palma, cosas viejas encontradas, llaves, silbatos y una bola de vidrio con una casita dentro y nieve que caía.

Les cambiamos estas cosas por tazones y otros objetos de vidrio, gafas con montura de plástico. Papel de fumar, rosa, amarillo y azul; panales, caparazones de tortuga pulidos que parecían de plástico, y metros y metros de cinta plástica transparente en la que había centenares de cuadros diminutos, y con la que se hacían cinturones. Y por supuesto pan, en sacos, tan precioso para los viajeros como las medicinas de ellos para nosotros. En dos o tres cuartos el trueque proseguía, entre el humo dulzón, el murmullo de la charla, y las paredes amarillentas, cada vez más oscuras; eran tantos los que querían hacer algún trueque, o simplemente ver a los visitantes y oírlos hablar, que yo tuve que ceder mi sitio, pero Una Vez al Día no se apartó del hombre moreno que ahora llevaba puesto el brazalete de gemas azules.

Esa noche los visitantes durmieron con los cuerda Susurro, de a dos y tres en los aposentos alejados del Sendero y próximo a las afueras —estas eran las precauciones que se tomaban antaño, ahora meras fórmulas, pero que aún se observaban—, y si a altas horas de la noche pasabas por los cuartos de ellos, los veías charlando animados, o riendo todos juntos. Y yo pasaba, por cierto, sin atreverme a entrar, aunque nadie me lo hubiera prohibido y rondaba por las afueras, tratando de escuchar a hurtadillas lo que ocurría entre ellos.

A las primeras luces me desperté a solas, gritando porque vi de pronto una cara que me observaba, pero no había nadie. Como en respuesta a una llamada, y demasiado dormido aún para desoírla, corrí por el Sendero hacia la puerta de los cuerda Bucle, yendo por los charcos sombríos de luz azul que las claraboyas vertían en los cuartos; no encontré a nadie despierto. Pero cuando estaba llegando a la puerta de los Bucle, alcancé ver unas figuras que iban hacia el Sendero, y me escondí y espí.

La Lista de la doctora Botas se marchaba, guiada por una mujer de cuerda Susurro, llevando a hombros unos grandes tardos, que deformaban las siluetas en la penumbra. La mujer les señaló la puerta, un rectángulo de amanecer azul cada vez más claro, y se retiró sin despedirse. Ellos esperaron un momento hasta que estuvieron todos reunidos y luego fueron hacia la puerta; y una figura menuda se

precipitó desde el Sendero, corriendo para alcanzarlos.

Yo salí de mi escondite y tomé el brazo de Una Vez al Día; no sé por qué, aunque en ningún momento lo había sospechado, no estaba sorprendido.

—Espera —le dije.

—Suéltame —dijo ella.

—Dime por qué.

—No.

—¿Volverás?

—No me preguntes.

—Dime que volverás. Promételo. De lo contrario te seguiré. Se lo diré a Siete Manos, y a En un Rincón, y a tu Mbaba, y todos te seguiremos y te traeremos de vuelta.

Le hablaba en un murmullo frenético, rápido, sólo a medias consciente de lo que le decía. No la había soltado, y de pronto ella me aferró el brazo con que yo la sujetaba, y quedamos unidos, mirándonos fijamente a las caras apenas visibles.

—Te di Dinero —dijo ella en voz baja pero resuelta. Yo tenía el Dinero en mi manga; nunca me separaba de él—. Te he dado Dinero y harás lo que Yo te diga. —Apartó mi mano. No me sigas. No le digas a nadie a dónde he ido, ni hoy ni mañana, ni hasta que esté muy lejos. No pienses en mí nunca más. Por el Dinero que te di.

Yo la miraba en silencio, con miedo y desesperanza, y ella se alejó.

El último de la Lista de la doctora Botas, el hombre moreno y nudoso, volvió vivamente la cabeza para mirarla cuando ella corrió tras ellos.

—En la primavera —le dije—. En la primavera regresarás.

—Esta es la primavera —dijo ella sin volverse.

Fui hasta la puerta y vi cómo se alejaban, bajo caras y sombreros, en la bruma del amanecer, en una hiera ordenada que iba hacia el sur; y vi a Una Vez al Día, vestida de azul y con el pelo negro flotando al viento, que corría, corría hacia ellos, y antes que a causa de la niebla, o de las lágrimas, yo los perdiera de vista, me pareció ver que alguien le tomaba la mano.

Ese día me escondí, porque si iba a ver a alguien me harían preguntas, si hablaba con alguien las palabras me traicionarían. Estuve casi a punto, en la agonía de mi incertidumbre, de buscar a Siete Manos; pero no lo hice. Nadie, si yo no daba la alarma, la echaría de menos; podía estar en cualquier parte, a salvo, en la maraña de Belaire; pero yo no sabía si eso era lo mejor. No sabía nada, de modo que dejé que ella lo decidiera. Pensaba: esto estaba arreglado; los cuerda Susurro lo habían arreglado; los adultos lo habían decidido. Yo ignoraba si era verdad. Pero trataba de creerlo. Y me escondía.

Buscando sitios donde poder estar a solas, me interné en las profundidades de la vieja madriguera. Y fui a dar, tarde, al cuarto al que Una Vez al Día me había llevado

en la primavera pasada. El cuarto con paredes de piedra ángel donde estaba colgada la casita de los niños y la vieja, que entraban o salían por las puertecitas de acuerdo con el tiempo, y donde la pierna artificial se erguía en un rincón.

¿Cómo era posible que yo no lo hubiese sabido? Habíamos sido como dos dedos de una misma mano; y, Además, éramos del habla. Sin embargo, yo no lo había sabido, así como ahora no podía entenderlo.

Tal vez, pensaba yo, fue en aquel preciso momento, en aquel amanecer, cuando se decidió; pero yo no lo podía creer. Ella lo había decidido, lo había planeado, lo había pensado y meditado —no podía ser de otro modo— durante días y días, y yo, sin embargo, no lo había sabido.

Recordaba lo que ella me había dicho: primos; y que ella, por ser Susurro, era de la Liga, como la lista de la doctora Botas, aunque estuviese lejos. Yo pensaba que Oliva había traído muchos secretos de los cuerda Susurro, pero que la Lista de la doctora Botas tenía que conocer muchos más, así como sabía de medicina y viajaba, como la Liga antigua en otros tiempos. Yo pensaba en lo que me había dicho Pintada de Rojo, que para los cuerda Susurro un secreto no es algo que no quieres decir, sino algo que no puede decirse.

Pensaba en todas esas cosas, pero no les encontraba sentido. Observé la casita de plástico colgada en la pared. Sobre la repisa estaba ahora la vieja, ella sola; los dos niños permanecían ocultos.

La vieja sale cuando oscurece, había dicho ella, y los dos niños cuando brilla el sol. Y cuando el tiempo cambia, cambian ellos. Y los cuatro hombres muertos. Locos por añadidura, había dicho.

Pero allá arriba brillaba el sol, y la primavera florecía.

Yo no entendía nada, nada en absoluto, y en aquel cuarto pequeño y oscuro lloré largo rato, escondido y a solas, con la casa y la pierna y todos los secretos no revelados.

—Era un barómetro.

—¿Qué?

—Un barómetro. La casita de la pared. Era un barómetro. Un instrumento que indica los cambios del tiempo. Una máquina. Nada más.

—Sí. Los cambios del tiempo. Pero no entiendes...

Espera. Este cristal se ha terminado.

# EL SEGUNDO CRISTAL



LA RISA DEL HOMBRE COJO

# Primera Faceta

—¿Qué es eso?

—Un cristal. Un cristal de ocho caras, ¿ves? Lo he reemplazado por otro. Ahora podemos seguir.

—No entiendo. ¿Por qué nos detuvimos?

—Los cristales registran lo que dices. Todo cuanto has dicho quedó... quedó grabado, impreso en las facetas de este cristal; no puedo explicarte cómo. Luego se puede reproducir con otro aparato, y oír de nuevo exactamente lo que dijiste: palabra por palabra.

—Como los libros que Guiño tenía.

—Sí. En cierto modo...

—Pero ¿para qué quieres una cosa semejante? Yo mismo ahora soy algo así, lo sé, aunque tenga la impresión de que estoy aquí realmente. No soy más que una especie de cristal, o... o una mosca atrapada en un bloque de plástico...

—¿Qué?

—Una mosca. Atrapada en un bloque de plástico. Esa era una de las cosas que tenía Guiño... Dime.

—¿Quién soy?

—Junco que Habla.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única cierta ahora.

—Es muy confusa. Yo me siento yo mismo, y sólo yo; pero no es posible.

—Sigue con tu historia; es menos confusa. Lo mejor es que te limites a contarla del principio al fin... eso es algo que sabemos de ti. ¿Quieres contarle de Guiño?

—Guiño.

—Si Guiño era un santo, entonces yo no lo soy; si Guiño no era un santo, entonces acaso sea verdad que yo pueda llegar a serlo. Transparentes: Pintada de Rojo decía que así eran los santos, transparentes, o que trataban de serlo, y así soy yo

ahora, ¿no es cierto?

Ella decía: «Los santos descubrieron que el habla con verdad era algo más que hacerse entender; lo importante era que cuanto mejor hablabas, más se veían las otras gentes en ti; como si te hubieses vuelto transparente».

Fue al final de mi segundo septenio, y yo había ido a verla para que me interpretase una vez más el Sistema de Archivo; y antes de que ella se pusiera a trabajar con los lentes de vidrio nos sentamos a charlar, comiendo manzanas, lo que me recordó el primer día que fui a aprender con ella.

—¿Por qué ahora no hay santos? —le pregunté.

—Bueno tal vez haya santos. Lo que pasa con los santos es que nadie sabe que son santos hasta mucho después que han muerto, cuando la gente ve que sus historias han sobrevivido. De modo que si ahora hay santos, nosotros no lo sabemos.

—Pero no ha habido santos. Desde hace muchas vidas.

—Eso es verdad —dijo ella—. El Pequeño San Roy y Santa Oliva fueron los últimos; y San Gene, si es un santo, como piensan los cuerda Hilo. Pero hay épocas de calma, sabes, y pueden durar cientos de años, y no hay más trabajo entonces que el de aprender lo que se descubrió en las épocas atareadas; y luego viene una época de nuevos descubrimientos. Gente en actividad.

—Siete Manos piensa que ahora está comenzando una de esas épocas.

—¿Piensa eso?

—Habla de marcharse de Belaire, «irle al encuentro sin esperar», dice.

—¿Sí?

Comprendí que ella dudaba que Siete Manos supiera realmente algo nuevo, o tuviese intenciones de salir a descubrirlo.

—Y Una Vez al Día se marchó —dije.

—¿Quién? —dijo Pintada de Rojo—. Ah, la chica de cuerda Susurro. —Me miró con interés—. ¿Supongo que se fue para aprender a ser santa?

—No lo sé.

—¿Irás tras ella?

—No sé —dije—. No.

Cuando se descubrió al fin la ausencia de Una Vez al Día, me hicieron preguntas. Dije que se había marchado con la Lista, y por su propia voluntad, pero no les dije por qué, ni si regresaría; y ellos comprendieron que era cierto. La noticia corrió rápidamente por toda Belaire, y hubo reproches, y poco faltó para que se celebrara una asamblea; los mensajes volaban por el Sendero, las comadres se reunían, pero nadie pudo saber con seguridad si los adultos de cuerda Susurro habían conocido de antemano el proyecto de Una Vez al Día, o si la Lista la había invitado, o cómo habían sucedido las cosas. Entre los del habla con verdad no tendría que haber tales misterios, pero los hay. El Pequeño San Roy decía: «El habla con verdad sería una

simple forma de decir la verdad, si la verdad misma fuese simple, y si pudiera decirse».

Cuando en la primavera siguiente los mercaderes de la Lista volvieron a Belaire, ella no estaba con ellos. Mientras esperaba a que llegaran, yo había imaginado muchas cosas, que ella volvía, pero cambiada, tanto que era irreconocible, que ya no era del habla con verdad; que no había cambiado para nada, y me saludaba como siempre, y compartía conmigo todas las maravillas que ella había visto; que estaba arrepentida de haberse fugado, y nos suplicaba con humildad que volviésemos a admitirla; que había enfermado y muerto en tierra extraña, entre los de la Lista, y que ellos nos traían su cadáver pálido y triste. Mas no regresó; y todo cuanto nos dijeron fue que estaba bien, relativamente contenta, y no recordaban qué más, nada importante, y ¿podía comenzar el trueque?

Esa primavera, antes de que se marcharan, contamos a nuestros niños.

Yo la esperaba cada primavera, pero no volvió. Cada año, esperar la llegada de la Lista, esperarla a ella fue en cierto modo esperar la primavera. La necesidad de que llegara la primavera, era entonces más urgente; el tedio del final del invierno y los primeros indicios —los aludes de nieve, el retorno de Pos pájaros— me espoleaban más que nunca. Ella, que era tan otoñal, tan de puertas dentro, llegó a significar para mí la primavera.

—No piensas seguirla —dijo Pintada de Rojo—. ¿Adónde irás, entonces?

—Bueno, no sé —respondí—. No exactamente.

—Para alguien que quiere ser santo —dijo ella—, ignoras muchas cosas. —Me sonrió—. Es una buena señal.

No me sorprendió que Pintada de Rojo conociera (aunque yo no se lo había dicho, ni a ella ni a nadie) mi propósito de marcharme de Belaire Pequeña para aprender a vivir una vida que pudiera contarse en historias, mi propósito de llegar a santo. Pero yo se lo había dicho. Ya no podía ocultarle lo que yo sabía, pensaba o quería, pues yo ahora hablaba con verdad y era ella quien me había enseñado.

—Una vida —dijo, cruzando las manos y observando la primera placa del Sistema que brillaba en la pared— es circunstancias. Las circunstancias nos envuelven, son círculos. La historia de la vida del santo, tal como él la cuenta, contiene el círculo de esa misma vida, todas sus circunstancias, y lo que recordamos de lo que él cuenta contiene la historia de la vida del santo. Esa historia es una circunstancia en nuestra propia vida. Por lo tanto el círculo de nuestras vidas contiene el círculo de la vida del santo, como los círculos concéntricos que se mueven en el agua.

Se levantó, dejando huellas de la falda sobre el duro suelo de tierra. De la caja larga que era cuerda Palma sacó una segunda lámina de vidrio y la puso junto a la otra. La imagen cambió; los colores se mezclaron y alternaron; las relaciones entre

las masas cambiaron junto con las formas.

—¿Ves? —dijo—. Los santos son como las placas de cristal del Sistema. La conjunción de los cristales es lo que revela cosas, no los cristales mismos.

—Como los santos —dije yo—, pues conseguían que sus vidas fuesen transparentes, como los cristales; y cuando ponemos las vidas de ellos delante de las nuestras, cuando recordamos las historias, pueden revelarnos muchas cosas de nosotros mismos. No las historias o la vida sino...

—La conjunción —dijo Pintada de Rojo—. Ellos eran santos no tanto por lo que hicieron sino porque al contarlo lo que hicieron se vuelve transparente, y a través de esa historia puedes ver tu propia vida, iluminada.

»Sin la Comuna de Belaire Grande no habría habla con verdad, y sin habla con verdad no habría vidas transparentes. Y los santos esperaban que una vida así nos ayudaría a librarnos de la muerte: no ser inmortales, como pretendieron los ángeles, sino libres de la muerte, con vidas transparentes aun mientras las vivimos: no por medio de instrumentos como el Sistema de Archivo o aun el habla con verdad sino transparente por las circunstancias; y así en vez de contar una historia que haga transparente una vida, nosotros mismos seremos transparentes, y en vez de recordar o escuchar la vida de un santo, la viviremos, en el momento que separa la vida de la muerte, viviremos numerosas vidas.

—¿Y cómo se podría llegar a eso? —pregunté, incapaz de entenderlo, y ni siquiera de imaginarlo.

—Bueno —respondió—, si yo lo supiera, sería quizás una gran santa. Si tú lo descubrieras, tal vez... Pero dime una cosa, junco que Habla: ¿cómo se habla con verdad?

Yo tenía que saberlo; era del habla con verdad y nunca dejaría de serlo; y, sin embargo,... ¿Cómo? La pregunta de Pintada de Rojo reverberó dentro de mí, como una cosa puesta entre dos espejos que se multiplica hasta el infinito; la mente me bizqueaba como pueden bizquearme los ojos. Reí, desanimado.

—No sé —dije—. No sé cómo.

Ella también se rio. Se inclinó hacia delante, como si fuese a confiarme un secreto, y me dijo casi en un susurro:

—Bueno, bueno, junco, ¿quieres que te diga una cosa? ¡Yo tampoco lo sé!

Todavía riendo levantó la caja larga que contenía las placas de cristal de la cuerda Palma. De pronto, mientras movía los dedos sobre los indicadores, tuvo una idea.

—Una vez me preguntaste, junco —dijo—, qué nombres tenían estas placas, y cómo se ordenaban. —Sí.

—¿Todavía quieres saberlo?

—Quiero.

—Es el día apropiado —dijo ella observándome largamente con una ternura que

era como un adiós—. Esta que ves aquí —dijo—, la primera, es el índice Cuarto, la placa de la cuerda Palma: ¿ves en el centro, donde las líneas confluyen, una figura que parece la palma de una mano? Y la otra, la que está encima de ella, se llama Primera Ranura Pequeña. Juntas son el Nudo Pequeño.

Sacó de la caja una tercera placa y la colocó detrás de las otras.

—Nudo Pequeño y Manos son el Nudo Pequeño Desatado. Puso otras dos. —El Nudo Pequeño Desatado y las dos placas Escalera son el Nudo Grande. Sacaba e insertaba las delgadas láminas de vidrio con extremo cuidado. El Nudo Grande y la Primera Trampa son la Trampa Pequeña. La Trampa Pequeña y la Expedición son la Segunda Puerta Pequeña o la Gran Trampa Abierta en cuerda Hoja. La Segunda Puerta Pequeña y el Patio de Baile son la Puerta.

Las figuras de la pared, cada vez más intrincadas y oscuras, se entrelazaban infinitamente. Cuando la placa parecía formar una imagen con las anteriores, la siguiente distorsionaba esa imagen. Y de pronto no vi nada más. Las manos de Pintada de Rojo se habían detenido en los vidrios que aún quedaban en la caja.

—Se piensa —dijo— que las placas Puerta y la Ranura Grande, junto con el Corazón Destrozado y los Fragmentos Sacudidos, forman el Nudo Grande Desatado. Pero nadie ha llegado a leerlo; nadie de quienes empezaron a entender la Puerta pudo leer mucho más. Tocó el tubo de la lente para aclarar la imagen; cada vez que movía el tubo las figuras yuxtapuestas se hacían más o menos nítidas.

Pintada de Rojo se acercó y se sentó otra vez a mi lado.

Las comadres saben bien, después de largos años de estudios afanosos, que más allá de la Puerta no hay lectura posible, no todo a la vez; y si el Nudo Grande Desatado es toda la serie, jamás será leído.

—¿Eso significa —le pregunté— que ya no tiene ninguna utilidad? Desde que lo supisteis. ¿No es así?

—Oh, no —respondió—. No, no. Pasará mucho tiempo antes que hayamos aprendido todo lo queda que por aprender, aun de Nudo Pequeño. Pero... bueno, cuando el Sistema empezó a estudiarse real mente, en los tiempos de Santa Oliva, pareció... pareció que había allí una promesa, que algún día podrían verlo todo junto, y que entonces todas las preguntas serían contestadas. Ahora sabemos que nunca será así. Cuando esto se entendió por primera vez, hubo comadres que rompieron sus Sistemas, y algunas se marcharon de Belaire; fueron días tristes.

Volvió a montarse las gafas sobre la nariz.

—En lo que a mí me toca... bueno, yo sé que hay desvíos, y manos-de-serpiente, y cosas que pueden aprenderse del Sistema a lo largo de muchas vidas. Y bastante trabajo por hacer, con toda esa sabiduría entre las cuerdas, en los nudos y enredos.

Miró la Puerta, y las luces se le reflejaron en los cristales de las gafas.

—Y la respuesta está toda allí, sabes, junco, aunque yo no alcance a leerla; lo

sabe todo, todo acerca de la gente, pero yo nunca lo sabré. Eso basta para que continúe aquí.

Calló un rato y me pareció que envejecía. Luego dijo:

—¿Cuándo piensas partir?

—En la primavera —respondí—. Espero estar preparado entonces.

—Un santo —dijo—. Sabes una cosa, junco, la primera vez que viniste a verme, hace siete años, tenías otra idea. Irías a buscar todas las cosas que habíamos perdido, para traerlas de vuelta.

—Sí.

—¿Y una de esas cosas perdidas es tu chica de cuerda Susurro?

No dije nada. Pintada de Rojo no me había mirado, seguía con los ojos fijos en la Puerta.

—Bueno, quizá al fin y al cabo no sea una idea distinta, no, de un golpe seco apoyó las palmas sobre las rodillas. —No, no leeré nada para ti este año. Si eso es lo que piensas hacer, tanto podría ser una ayuda como un perjuicio. ¿Te importa?

—Si a ti te parece bien...

—Me parece —dijo, y me indicó que la ayudara a levantarse—. Sí, me parece bien.

¿Sería posible que yo hubiese crecido casi instantáneamente, que fuese ahora más alto que ella, o era ella quien había empequeñecido también de pronto? Me tomó por los hombros con manos recias.

—Cuando te vayas —dijo— nunca te olvides de nosotros y nuestras necesidades. Cualquier cosa que encuentres, si es útil para nosotros, consévala; guarda en una caja lo que aquí aprendiste y llévala contigo, se la puede usar para eso. Y por muy lejos que vayas, vuelve con lo que hayas encontrado.

Y entonces me besó, y yo la dejé, y eché a correr por el laberinto del Sendero que conocía de memoria, a través de cuartos y pasadizos que también parecían haber encogido repentinamente. Me preguntaba cómo se leería el Sistema, y qué cosas pudo haber mostrado que se refirieran a mí y a mi propósito, qué posibilidades, qué fracasos; sentía que una cuerda, la que atara mi infancia a Belaire Pequeña, se había cortado dejándome un poco perdido, y un poco libre. Sin embargo, nadie podía saber más que ella: aunque no supiera nada más (y sabía mucho, muchísimo más), sabía cuándo decir y cuándo no decir lo que el Sistema había revelado.

Pero, ¡olvidarme de Belaire Pequeña! Ella no pudo haber pensado que fuese a olvidarla. Cuanto más tiempo estoy lejos de allí, más crece ella en mi mente, el arroyo que la atraviesa cuchicheando, las bestezuelas, los pájaros y las zarzamoras, los misterios que quizá, ocultan en el Sistema de Archivo, o en las cosas guardadas en los arcones, y ahora, después de haber vivido en la copa de un árbol, después de recibir una carta de la doctora Botas y de haber sido oscuro y claro y de haber llevado

la vida de un ave de rapiña, y de haber sido despedazado y reconstituido en una infinita cantidad de formas, aunque piense algunas veces que aquel paraje del bosque es imaginario y que no hablo con verdad, que no pienso ni siento lo que digo ni digo lo que realmente pienso y siento, que todo ha sido una invención, aun así, aunque sólo sea un sueño, es un sueño dictado por una voz que habla con verdad; una voz incapaz de mentir.

# Segunda Faceta

—Sin embargo, partiste en busca de Una Vez al Día. ¿No es verdad?  
—No sé. Tal vez sí. Yo no lo sabía.

Cuando era chico, quería encontrar las cosas que habíamos perdido; a medida que me hacía mayor y oí contar las historias de los santos, y escuchaba a Siete Manos, tuve otra ambición: quería ser un santo, deseaba tener aventuras extrañas, que yo pudiera contar; y conocer secretos olvidados, más portentosos que los que me ocultara Una Vez al Día; y en las historias que contase dar sentido al mundo.

Pintada de Rojo sospechaba que lo que yo quería en realidad era ir en busca de Una Vez al Día; que ella era, tal vez, la cosa perdida que yo más deseaba encontrar.

Y luego me decía que la aspiración de los santos es hacerse transparentes.

¿Cómo podía saber yo, aquella primavera, qué deseaba en realidad o qué sería de mí? ¿Y cómo iba a saber que todas aquellas cosas eran ciertas, que todas iban a sucederme, todas?

Bueno, no lo sabía. Lo que pensaba era esto: que a pesar de lo que Pintada de Rojo dijera de los santos, ese mismo día, en algún lugar del mundo tendría que haber un santo, un santo como el que yo quería ser; y que lo más urgente era que yo lo encontrara, y sentarme delante de él y estudiarlo, y aprender a ser lo que no alcanzaba a imaginar: transparente.

Siete Manos y yo, habíamos hecho juntos muchas expediciones, y a veces pasábamos una semana fuera de Belaire, viendo cuanto se podía ver. Yo había aprendido a trepar por las rocas, a encender el fuego con leña mojada, a orientarme, y a caminar el día entero sin preocuparme por no saber adónde iría a parar. Preparativos, llamaba a todo esto Siete Manos; y a medida que mi resolución de marcharme de Belaire Pequeña se fortalecía, me dedicaba a esos preparativos con más entusiasmo, con más atención. Y Siete Manos terminó por saber —aunque nunca lo mencionamos— que los preparativos que hacíamos eran en realidad, míos, no de él.

Yo tenía una camisa azul de lana, y pan, y una pipa nueces y frutas secas; tenía una hamaca de cuerdas, liviana y resistente, que Siete Manos había trenzado para mí, y una lámina de plástico para colgar sobre la hamaca y convertirla en una tienda. Tenía los Cuatro Potes y algunas otras dosis; y unas gafas nuevas que Mis Ojos me había hecho. Eran amarillas y transformaban en pleno verano la blanca mañana de mayo; me las quitaba y me las volvía a poner para entretenerme, y de vez en cuando miraba hacia arriba, las copas de los árboles, buscando santos.

—¿En los árboles?

Porque los santos vivían siempre en lugares apartados, y a menudo en casas construidas en los árboles. No sé por qué. Algún día, pensaba, viviré en un árbol, como esos santos de antaño; elegiría un roble corpulento o un arce de ramas bajas, como algunos que había visto al pasar. Ya amaba al santo que yo mismo iba a ser. Veía con una claridad extraña a aquel anciano, oía casi, aunque no del todo, oír las historias fascinantes que contaría... Cuando el sol llegó al medio cielo me arrastré hasta un bosquecillo, a orillas de un arroyo pantanoso donde a veces iban a beber las vacas salvajes. Y me senté a fumar.

Después de eso ya no tuve nada que hacer excepto seguir andando. Había pasado apenas una mañana de mi aventura, y ya empezaba a parecerme interminable, decidí, pues, aligerar esa carga. De los Cuatro Potes, el plateado aligera las cargas. Contiene muchos gránulos negros, como de carbonilla, de distintos tamaños; yo ya había visto a la Mbaba cómo abría el Pote y se tragaba uno. Sabía, además, que para aligerar la carga de una caminata antes tienes que saber claramente a dónde quieres ir, y cómo y cuándo supones que llegarás. Yo conocía el camino a Ese Río, sabía que para llegar a él y al puente de hierro que habíamos cruzado con Siete Manos tendría que caminar hasta casi la caída de la noche; abrí bruscamente el Pote, algo indeciso y un poco temeroso por lo que pudiera ocurrirme, pues nunca lo había hecho antes, elegí uno de los gránulos negros y me lo tragué.

Un poco después, cuando me acercaba a un enorme arce que sombreaba el camino, mis pasos se hicieron más lentos. También el rumor del viento entre el follaje se hizo más lento y más débil, como un quejido, y luego más lento aún, y al fin se apagó hasta que dejé de oírlo. Las voces de los pájaros, y los movimientos de las hojas eran también más lentos; la luz del sol se diluyó en una penumbra azul que todavía era luz diurna, como la luz de un eclipse; yo me quedaba mirando una rama, y luego una hoja; tenía, entre un paso y el siguiente, tiempo de sobra para estudiarla con profunda atención, y mientras tanto la luz del sol persistía y el suave arrullo de un pájaro se extendía nota a nota hasta el infinito. Estaba esperando, con una enorme paciencia a que mi pie derecho descendiera. Parecía que nunca iba a hacerlo, cuando la hoja y el arrullo y el quejido mudo del viento se alejaron, mi pie golpeó contra el suelo, y me encontré de pronto delante de Ese Río, aguas abajo del puente de hierro,

mirando al sol que se ponía. Me eché a reír, asombrado. ¡Aligerar una carga! Había viajado toda una tarde millas y millas y no lo había notado. Comprendí entonces las risas contenidas de los viejos cuando piensan un poco sorprendidos en la larga faena que han llevado a cabo después de tragarse uno de esos gránulos negros.

Me volví y contemplé el camino que había dejado atrás, las hojas de los árboles arremolinadas por la brisa del atardecer, y lamenté no haber disfrutado de la caminata. Te aligeras de una carga, comprendí entonces, que antes has transportado cientos de veces; o cuando estás obligado a hacer un viaje, y no tienes ganas. No era para viajes nuevos ni para aprendices de santo. He aquí una lección, reflexioné, y eché a rodar el potecito, que rebotó y se hundió en la oscura creciente del río.

En la otra margen de Ese Río el sol iluminaba todavía las cimas de los cerros, pero entre los matorrales y raíces de la orilla caía ya la noche y empezaba a hacer frío. Una rana saltó y desapareció. Me puse las manos bajo las axilas y me senté a contemplar el paso de la corriente; estaba cansado —había recorrido un largo camino— y me preguntaba si no habría encendido más de lo que podía turnar. De pronto un gorgoteo y un chapoteo y un hombre apareció caminando a las zancadas por el río. A la zancadas: el agua le llegaba hasta el pecho, él adelantaba los hombros con los movimientos vigorosos, de un hombre que camina sobre zancos dejando atrás una estela. Pasó de largo sin advertir mi presencia entre las sombras; se desplazaba con rapidez junto con la corriente.

¡Prodigioso! Sin saber muy bien por qué, eche a correr tras él por la ribera, tropezando con las rocas, y hundiéndome en el fango. Por un momento perdí de vista, y luego lo vi otra vez entre el follaje, alejaba serenamente por el agua, y la trenza rubia y la empapada camisa blanca le flameaban al viento. Seguí un rato abriéndome paso entre los Sauces y las lianas de la orilla y el fango que me succionaba las botas, y volví a verlo, ahora de pie como un hombre normal, sobre un muelle de madera construido por encima del agua, riéndose con una mujer que le frotaba el cuerpo con una toalla mientras él se exprimía el agua de la trenza. En el momento en que se volvían a ver quién andaba entre los matorrales, perdí pie y me deslicé como una nutria en el río pantanoso.

Me ayudaron a salir, riendo y preguntándose cómo era que me encontraba allí, y pasó un rato —un rato balbuceante— hasta que comprendí que eran del habla. Me izaron hasta el muelle, que por una sucesión de peldaños se comunicaba con una casa a la orilla del río. Y amarrado al muelle, y ahora sin el peso del hombre, flotando sobre el agua, estaba el artefacto que le permitía caminar por el río: dos grandes cilindros de metal liviano, con un asiento entre ambos, y manillares, y anchos pedales para hacerlo andar.

Era un cuerda Bucle, lo supe enseguida. Iba a decirle cómo me había sorprendido verlo caminar río abajo, cuando un niño salió corriendo de la casa, y de repente me

vio y se detuvo, perplejo.

Era un par de años más joven que yo, de piel morena, y el pelo descolorido por el sol. Llevaba un palo y estaba desnudo, excepto una cinta azul atada al cuello.

Mientras pensaba de qué modo podría explicarle quién era y por qué estaba allí, otro niño salió también por la puerta y se detuvo al verme. Tenía también la piel morena y el pelo descolorido por el sol; llevaba un palo y excepto una cinta roja atada al cuello estaba desnudo.

Eran los únicos mellizos que yo había visto en mi vida. Mientras exprimía mis ropas empapadas, no podía dejar de mirarlos. Ellos también me miraban, no porque hubiera en mí nada extraordinario; me observaban con una expresión que entonces no comprendí, pero ahora reconozco: la mirada de quienes no están acostumbrados a ver gente extraña.

—Este es Retoño —dijo el hombre—, y aquel es Pimpollo. —Tuve que reírme, y también él se rio.

—Mi nombre es Costura; Sin Luna se llama ella. Ven a secarte.

Cuerda Bucle, como yo había supuesto; y la mujer tenía que ser Hoja; no estaba seguro en cambio del nombre de los dos chicos, tal vez porque eran dos.

Dentro de la casa, con los reflejos del sol poniente sobre las aguas que centelleaban y rutilaban en el techo y en las paredes oscuras cubiertas de esteras, era como si estuviéramos, también nosotros, debajo del agua. El gorgoteo del río me daba sueño, y sentado allí, en compañía del caminante acuático y su familia, me sentía como un pez que visita a unos peces amigos. Costura continuaba hablando mientras cargaba una pipa de vidrio; tenía una buena voz, con resonancias extrañas que me hacían reír, y más aún a Sin Luna. Le pregunté por qué no vivía en Belaire Pequeña.

—Bueno —dijo, señalando a los dos chicos con una cuchara repleta de pan, les gustaba el agua, y el arroyo que atraviesa Belaire Pequeña no era bastante para ellos. La Mbaba decía que parecían tristes, y yo dije entonces que si era agua lo que querían, volverían y se quedarían aquí; y que si querían ver gente (otra gente, además de nosotros) se quedarían en Belaire Pequeña. Bueno, se entienden entre ellos mejor que con nadie, de modo que se quedan aquí.

—Aquí hemos nacido —dijo Pimpollo.

Retoño añadió:

—Es nuestro sitio.

—Los llevé de nuevo allí, sabes, por un tiempo —dijo Sin Luna—. Es la patria de ellos, de algún modo, como era la mía y todavía lo es. Pero les gusta aquí.

—¿No van a ser del habla?

—Bueno, si nosotros lo somos, también ellos lo serán, ¿no te parece? Hay dos del habla con verdad en la casa del río y ningún río en Belaire Pequeña, de modo que

todo está bien.

—Y era mejor para los niños, además —dijo Costura—; la gente se ocupaba demasiado de ellos, había quienes venían de muy lejos sólo para verlos un rato, y él no quería que se ensoberbecieran; les había explicado que en realidad no había en ellos nada tan fuera de lo común. Los niños callaban, se limitaban a sonreír con una sonrisa idéntica; ellos sabían que eran muy extraordinarios, y también nosotros lo sabíamos.

Había un olor a humo espeso y seco en el cuarto, casi más fácil de respirar que el aire. Mientras Costura me hablaba, unas bocanadas de humo le brotaban de la nariz y de la boca como si fueran palabras.

—No sé por qué te extraña que hayamos dejado Belaire Pequeña —dijo, mientras esparcía nuevas migajas de pan sobre las cenizas azules. Parece que tú has decidido lo mismo, y a una edad mucho más temprana.

—No —empecé a decir, pero sí, pensé, lo había decidido, y no tenía intenciones de regresar, no al menos por muchos años; sin embargo, me había entristecido que los niños, Retoño y Pimpollo, no pudieran estar siempre allí, en el mejor lugar del mundo—. En realidad, bueno, estoy explorando; volveré algún día; sería terrible que no pudiera volver. Y terrible me pareció, sí, por vez primera.

—Bueno —dijo Sin Luna levantándose—, en todo caso quédate aquí todo el tiempo que se te ocurra. Tenemos sitio.

Cuando les transmití todas las noticias que pude recordar de Belaire Pequeña, y las luces que Sin Luna había encendido empezaron a menguar. Subí, detrás de los niños, por una escalera de caracol hasta una alcoba con ventanas de vidrio, abiertas a la noche clara y a la Luna Pequeña. Me caía de sueño, pero pasó largo rato antes de que estuviéramos quietos bajo las mantas. Acostado, escuchaba con asombro a Retoño que terminaba las palabras de Pimpollo y luego Pimpollo las de Retoño, como si fuesen una misma persona. Con risitas contenidas o riendo a carcajadas de cosas que yo no entendía, rodaban uno sobre otro como si fueran nutrias; a la luz del sol tenían la piel morena, pero a la pálida lumbre de la noche parecían blancos contra los cobertores oscuros.

Tenían tesoros para mostrarme, amontonados a los pies de la cama y guardados en cajas; un caparazón de tortuga, un ratón de nariz respingada en un nido de hierbas. Y retirado con cautela de un escondite en la pared, el mejor de estos tesoros. Era un cubito de plástico transparente; dentro del plástico, posada como para volar, una mosca. Una mosca de verdad. Un cubo de plástico, y allí, en el centro del plástico, vaya uno a saber cómo, ¡una mosca! Con las cabezas muy juntas, movimos el cubo a la luz de la luna.

—¿De dónde viene? —pregunté—. ¿Tiene una historia? ¿Dónde lo encontrasteis?

—Nos lo dio el santo —dijo uno, mientras el hermano buscaba algún otro tesoro

que pudiese mostrarme, pero yo lo interrumpí.

—¿Un santo? ¿Qué santo?

—El que conocemos —dijo Retoño.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es?

—No sé —dijo uno—. Él decía que era una lección. La mosca cree estar en el aire, porque puede mirar todo alrededor, y no ve nada que la retenga. Y, sin embargo, no puede volar. Y que eso sirva de lección, decía él.

—No era más que un regalo —dijo el otro.

—¿Puedo verlo? —pregunté, y mi vehemencia los sorprendió sin duda—. ¿Está lejos de aquí?

—Sí —dijo uno.

—No —dijo el otro—. No está demasiado lejos. A una mañana de camino. Nosotros podemos llevarte. Quizá no le gustes.

—Le gustas.

Se miraron y se echaron a reír.

—Tal vez esto nos pasa —dijo Retoño.

—Porque somos dos —dijo Pimpollo, y se quedaron mirándome, sonrientes y abrazados.

Con la genuina hospitalidad de los cuerda Hoja, dejaron que yo mismo decidiese dónde quería dormir, pero pasé muchas horas desvelado, escuchando el gorgoteo del río de aguas pardas, pensando en el santo que vería al día siguiente, ya ¡tan pronto!

# Tercera Faceta

Por la mañana, entre risas y chanza, Costura nos llevó en el artefacto a la otra orilla de Ese Río. Nunca conocí a nadie que se sintiera tan feliz de levantarse a la mañana, excepto quizá yo mismo, ese día, ya que iba a conocer a un santo verdadero. Retoño y Pimpollo se habían puesto camisas de abrigo para protegerse del frío y de la neblina espesa que flotaba sobre el río y sus fragantes tributarios, pero yo tiritaba. Sin Luna me había dado un poco más de pan, y una bonita botella de plástico con soda de uvas, que ella misma había preparado en el invierno, y un beso.

—En otoño iré a la madriguera —me dijo—. Les diré que te he visto y que estabas bien.

Yo pensé en los mil mensajes que podría traerme —¡y a sólo un día de mi partida!—, pero callé y asentí, el gesto indiferente de un aventurero, y me encaramé en el artefacto detrás de Costura.

Durante un tiempo los mellizos y yo navegamos por la ribera de un tributario de Ese Río, turbulento al comienzo, y más manso a medida que avanzábamos entre orillas boscosas; cuando la niebla se disipó al fin, y el sol brilló en el cielo, alto y ardiente, llegamos a una cala; allí, amarrada entre los árboles jóvenes de la orilla, había una especie de barca pequeña; más que una embarcación parecía una fuente. Era algo Angélico de plástico blanco y (como tantas cosas de este mundo) utilizado sin duda para un fin que los ángeles no habían previsto; y en verdad, con aquellas curiosas aristas y salientes y la forma tan extraña, no había sido construida para navegar. El aire estaba tan caliente y quieto que Retoño y Pimpollo se quitaron las camisas de abrigo, y yo me senté sobre ellas y miré cómo impulsaban el bote. Unas flores blancas se alejaron de la cala junto con nosotros, y los mellizos las sacaron del agua para usarlas como sombreros; desnudos, bajo las sombras cambiantes del follaje, con flores en el pelo, llevaron el bote aguas arriba.

En un tranco poco profundo, donde las aguas se precipitaban en cascadas sobre piedras oscuras, amarramos el bote y caminamos río arriba hasta el angosto lecho

pedregoso. Alimentado aún por la nieve tundida de montañas distantes, el aliento del torrente era frío en los bosques que estaban calentándose. Al cabo de una larga caminata, pisoteando los helechos tiernos de la orilla, Retoño y Pimpollo me indicaron que no hiciese ruido, y trepamos por una barranca. Más allá de los árboles que bordeaban el río había un pequeño prado bañado por el sol y cubierto de florecillas blancas, y allí, en una pendiente en medio de las flores, yacía el santo.

Estaba profundamente dormido. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y roncaba; los pies, calzados en grandes botas, apuntaban hacia arriba; con la cabellera blanca extendida por el suelo alrededor de él, y la barba alrededor de la cara pequeña y morena, parecía una flor de cardo. Estamos trepando la cuesta y Retoño cuchicheó algo al oído de Pimpollo y lo hizo reír. La risa despertó al santo: se sentó y miró en torno, perplejo. Al vernos, estornudó ruidosamente, se levantó con un gruñido, y cruzó el prado tambaleándose, hacia el bosque. Retoño dio un grito y se lanzó a perseguirlo como si el santo fuese un pájaro que hubiéramos espantado. Pimpollo lo siguió, y yo me quedé atrás, avergonzado por el modo con que se habían acercado a él.

Después de corretear durante un rato por el bosque adonde el santo había desaparecido, regresaron jadeantes.

—Está en un árbol —dijo Pimpollo.

—Ya nunca más lo encontraremos —dijo Retoño, lamiéndose un dedo y pasándolo por el largo rasguño que tenía en un muslo.

—¿Por qué no lo dejáis en paz? —pregunté—. Si hubiéramos esperado, se habría despertado solo.

—Pimpollo se rio —dijo Retoño—, y lo despertó...

—Retoño me hizo reír —dijo Pimpollo—, y se escapó.

—Te vio a ti, fue por eso me dijo Retoño. A nosotros no nos tiene miedo.

Yo hubiera querido encontrarlo a solas; quizá ya nunca pudiera concederme alguna gracia. A los mellizos no les interesaban realmente los santos; ahora perseguían un saltamontes con el mismo entusiasmo con que habían perseguido al viejecito. Durante un rato se quedaron quietos, cuchicheando y pellizcándose, y al fin se acercaron al tronco en que yo me había sentado.

—Lamentamos de veras que el santo se haya asustado —dijo Pimpollo—. Pero de todos modos ya lo has visto, y ahora sabes qué aspecto tiene. Volvamos a casa.

Me hablaba amablemente, pues había advertido mi decepción, pero dijo, además, que aun cuando partiéramos en ese momento, llegaríamos a la casa mucho después del anochecer; el día terminaba.

—Yo me quedaré —dije.

Me miraron sin comprender.

—Tal vez baje del árbol por la mañana pueda hablar con él, y pedirle disculpas

por haberlo despertado. Eso es lo que haré.

—Bueno —dijo uno de ellos—, si es eso lo que quieres. Pero nosotros te trajimos aquí. ¿Sabrás volver?

Con una decisión repentina que me sorprendió a mí mismo, tanto como esperaba que los sorprendiera a ellos, les dije:

—No volveré. No, mellizos.

No volveré, id a cazar vuestros saltamontes. Sospecho que me quedaré aquí, y lo esperaré, y viviré con él, y llegaré a santo.

Los mellizos volvieron a sentarse, pensativos; me miraban, miraban al bosque y se miraban entre ellos. Al fin Retoño se acercó y con aire grave me besó la mejilla; Pimpollo lo imitó, besándome la otra mejilla. Fueron a buscar mi carga, que había quedado en el linde del prado, y la pusieron junto a mí. Y sin una palabra más se volvieron hacia el río y desaparecieron entre los álamos temblones de la orilla.

Una virtud hay que reconocerles a los cuerda Hoja, viven muy pegados a la tierra, pero saben elevarse si se presenta la ocasión.

Anocheció y yo seguía esperando, mientras una nube de jevenes danzaba en el aire inmóvil. Cuanto más pensaba en mi decisión, más sensata me parecía; pero cuanto más sensata me parecía, menos me tentaba la idea de levantarme e internarme en el bosque que ahora susurraba junto al prado.

Practiqué lo que le diría para disculparme —un simple «Hola, qué tal», o algo parecido— pero lo practiqué hasta sentir que tenía un peso convincente. (La práctica consiste sólo en acentuar lo que se quiere decir). Aunque en realidad fueron los besos de los mellizos, que aún me quemaban las mejillas, los que a la larga me llevaron al bosque, y pensar como me sentiría si volviera a la casa... es decir, siempre y cuando encontrase el camino. A ellos, que eran cuerda Hoja, no les importaría, por supuesto; se alegrarían de volver a verme... y por algún motivo eso empeoraba las cosas.

Así que me levanté en la penumbra creciente y eché a andar bosque adentro, en silencio para no molestar al santo, estaba en los alrededores. Allí, en la espesura, era casi noche cerrada, y la oscuridad iba aumentando, y una brisa inquietante susurraba y crepitaba entre los árboles. Pronto ya no pude dar un paso sin llevarme algo por delante. Me había topado con un roble enorme y añoso, ancho como un muro, que parecía ser el patriarca del bosque, y me senté allí, entre las raíces protectoras.

Imposible tender mi hamaca en aquella oscuridad, pero el aire no se movía y la telaraña del follaje había atrapado una estrella; podía quedarme allí a pasar la noche. Pensar en la casa del agua o en Belaire Pequeña no tenía sentido, si quería tanto, como aseguraba, llegar a santo, pero no era difícil no recordar a Belaire mientras estaba allí sentado con las rodillas encogidas. Lie un poco el pan, recogiendo con cuidado las migajas sueltas.

Tenía para varios días, y siempre podría recurrir a las raíces y bayas de las que

Siete Manos me había hablado, aunque las bayas no estaban todavía maduras. Si en verdad llegaba a sentir hambre, podría matar a algún animalito y asarlo con las brasas de una hoguera, y comer la carne, como lo hacían en otros tiempos. Y si en verdad es un santo, pensaba, no dejará que me muera de hambre; aunque, quizás ese fuera mi destino. Sería triste, sí, pero mi vida serviría entonces de ejemplo para las gentes, y me convertiría en un capítulo de la historia de ese santo, y nunca moriría. Mira ¿eso era lo que Pintada de Rojo me había querido decir? Pensé en Una Ves al Día, en que acaso mi historia llegara alguna vez a oídos de ella y entonces ella sabría... sabría algo.

Y el tiempo pasaba y yo seguía allí, acurrucado, contemplando los destellos de cielo azul que asomaban de pronto entre el inquieto follaje, e imaginándome muerto.

—Si vas a quedarte ahí toda la noche —me dijo una vocecita por encima de mi cabeza—, podrías buscarme un poco de agua. —Volví con un sobresalto de entre los muertos y miré arriba, a las sombras. Alcancé a vislumbrar la blancura de la barba entre el follaje oscuro del roble en el que estaba recostado. No recordé lo que había pensado decirle. La barba desapareció; un objeto oscuro se precipitó desde lo alto, lo esquivé, y cayó ruidosamente junto a mí. Era un balde de plástico. Lo recogí y allí me quedé sosteniendo el balde, los ojos fijos en la copa del roble.

—¿Y? —dijo la vocecita.

Eché a andar a tientas por el bosque y cuesta abajo, y llené el cubo en el arroyo de aguas negras, y volví con él, tropezando en la espesura. Cuando estuve otra vez al pie del roble, una soga con un gancho en el extremo bajó de las ramas. Amarré el cubo y vi cómo subía en la oscuridad.

—La has derramado casi toda.

—Está oscuro.

—Bueno. Tendrás que ir otra vez.

El cubo volvió a bajar y yo fui a llenarlo tratando de ser más cuidadoso. La cara no volvió a aparecer. Seguí con la cabeza levantada mirando hacia arriba hasta que el cuello empezó a dolerme; oí algunos golpes y el gluglú del agua, pero el santo no dijo nada más.

A las primeras luces de la mañana, cuando me desperté entumecido y tiritando y miré hacia arriba, todo se me aclaró: lo que en el árbol me había parecido una masa de negrura impenetrable era una casita de ramas entretejidas y restos de muchas cosas angélicas, construida con cuidado sobre los corpulentos brazos del roble, con ventanucos y una chimenea que asomaba por entre las ramas. Había una soga tendida de un ventanuco a una rama; de ella colgaban dos camisolas.

Ni una sola vez se me había ocurrido pensar que tal vez los mellizos estuvieran equivocados, y que aquel viejecito no fuese un santo; daba por supuesto que ellos, de algún modo, sabían lo que decían. Y en ese momento, mirando allá arriba la casa del

árbol, ya no tenía por qué dudar. En casas como esta habitaban los santos, desde hacía muchas vidas, en los tiempos en que andábamos errantes; el enorme abeto de San John y el roble de Santa Maureen, y el árbol cuyo tocón tiene todavía una marca en el bosque de Belaire Pequeña, donde fue a vivir San Andy después de la muerte de Santa Bea.

—¡Santos de los árboles! —exclamé, como dicen los viejos cuando algo los desconcierta.

¿Tendría que llamarlo? No sabía su nombre; y ahora, a la luz del día, a pesar del agua que le había traído, me pareció que él no deseaba que yo me quedase allí, al pie del árbol. Sin duda estaría sentado en la casita, esperando a que me marchase. Exaltado como me sentía por haberme encontrado tan al comienzo del viaje con un auténtico santo, no se me había ocurrido tener en cuenta los sentimientos de él. ¡Y yo cuerda Palma, por añadidura! Sentí una oleada de vergüenza, y me alejé en silencio del roble. Me senté en un sitio cubierto de musgo, desde donde aún podía verlo, fumé y esperé.

Acabo de un rato no muy largo vi que la puerta se abría, y que de ella caía una ingeniosa escala de sogas, y que por la escala, lenta pero confiadamente, bajaba el santo; parecía estar conversando con alguien invisible, con gestos de asentimiento y desaprobación; llevaba un cepillo y una toalla andrajosa.

Había salido a tomar un baño. Y allí estaba la escala de sogas que subía hasta la casa, todavía moviéndose luego de que el santo saltara a tierra.

¿Me atrevería? Sólo echaría una ojeada mientras él estuviera fuera. Treparía por la escala y me asomaría a mirar. Pero cuando llegué a la puerta, olvidé mi resolución y entré de un salto.

¿Por dónde empezar a describir lo que vi cuando estuve adentro? Las paredes de zarzas habían sido reforzadas con barro y musgo, y una rana grande que atravesaba oblicuamente la casa formaba un arco bajo dividiéndolo en dos; el suelo era irregular, subía y bajaba acomodándose a las ramas que lo sostenían. El techo era bajo, con remates en ángulos insólitos, y por todas partes, colgados del techo, en las repisas de las paredes, en los cubículos de los rincones, sobre arcones y mesas, había cosas de las que yo nada sabía pero que reconocí como tesoros: objetos angélicos, fabricados con artes olvidadas mucho tiempo atrás, todavía útiles, si alguien supiese cómo servirse de ellas. Había al parecer más misterios del pasado y cosas angélicas en aquella casita que en toda Belaire Pequeña.

Tan absorto estaba en la contemplación de los tesoros que no me enteré del regreso del santo hasta el momento en que empezó a trepar por la escala y la casa crujió y se movió. No había sitio donde pudiera esconderme. Recogí de prisa mi saco y me lo eché al hombro, y ya iba a irme cuando me detuve, asustado y confundido. La cara del santo —al principio asombrada, luego disgustada— apareció en el

umbral. Entró con cuidado por la puerta, y cuando estuvo dentro —era más menudo que yo— me miró de arriba abajo. Yo estaba demasiado azorado para poder hablar. De pronto se le ocurrió una idea; sonrió, se acercó a mí, y me tendió la mano.

—Adiós —me dijo con cortesía, y yo le estreché la mano morena.

El santo dio media vuelta y se detuvo de espaldas bajo la arcada de la rama, esperando a que me fuese. Pero yo no me decidía a partir. Detrás de él, las manos se le cruzaban y descruzaban, impacientes. Inspirado, busqué en mi saco la botella de soda de uvas que me diera Sin lama; y cuando él volvió la cabeza para ver si me había marchado, se la mostré, sonriendo, pues aún no me atrevía a hablarle. El santo miró un momento la botella, y luego empezó a balancearse sobre sus grandes botas, hacia delante y atrás. Yo aguardaba. Por fin salió de la arcada, se agachó debajo de una mesa atiborrada de objetos, y sacó un vaso de vidrio, viejo y tosco. Sin mirarme, puso el vaso sobre la mesa y yo le acerqué la botella. De pronto levantó la cabeza, con una sonrisa tan ancha que apenas le cabía en la cara diminuta.

—Me llamo Guiño —me dijo—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Junco que Habla es mi nombre.

Puse el brebaje sobre la mesa, y los dos vimos una mota de sol que entraba por la ventana y hendía el corazón purpúreo de la botella. San Guiño rompió el sello y las burbujas subieron en tropel. Se sirvió un vaso lleno, espumoso y crepitante, y volvió a tapar la botella para que las burbujas no se escaparan. Levantó el vaso y bebió dos sorbos largos y ruidosos. Un momento después eructó, con un sonido breve musical, y me sonrió.

—¿Sabías —me dijo mientras se sentaba con lentitud en una desvencijada silla de madera y junco, y alzaba el vaso a la luz del sol— que en tiempos muy remotos, para conservar las frutas del verano las hervían hasta convertirlas en una papilla espesa, como miel, muy dulce, y que así se las comían?

Había otra silla semejante a la que él ocupaba, y me senté en ella lentamente.

—No —dije—, no lo sabía, pero ahora lo sé.

—Sí —dijo.

Me miraba con curiosidad, meneando la cabeza y sorbiendo la soda. Me apoyé en los brazos de la silla. Sabía —aunque no me atrevía aún a creerlo del todo— que había llegado al lugar que tanto había buscado, y que podía quedarme.

# Guarta Faceta

**Y** yo me decía a medida que transcurría el verano y él no me echaba, cada vez que cruzaba con el cubo de agua y veía la casa en el árbol en medio de las hojas cuchicheantes, que así como yo había encontrado a Guiño, tal vez él me hubiera encontrado a mí, alguien a quien había esperado largamente. Y sonreía al pensar en nuestra buena fortuna, aun mientras llevaba a cabo aquella complicada tarea de izar me hasta la puerta, izar el agua, meterla dentro, y por fin verterla en la Garrafa.

Instalada sobre la mesa, la Garrafa me llegaba al mentón: era de plástico, amarilla y brillante, pulida y sin aristas. Tenía una tapa que alguna vez había sido transparente pero que ahora era gris. El agua que salía por la pequeña espita, aun después de estar guardada un día entero, era tan deliciosa y fresca como a orillas del arroyo. Pintada o de algún modo impreso en el frente se veía la figura de un hombre, o una criatura semejante a un hombre, de piernas gruesas y musculosas como las de un corredor y con los brazos extendidos. Una mano gorra sostenía un vaso del que se derramaba un líquido anaranjado; la otra levantaba un dedo grueso como un garrote. La cabeza del hombre, anaranjada como el líquido del vaso, era enorme para el cuerpo, una gran esfera, y tenía una expresión de júbilo frenético, de una felicidad inimaginable y chillona. Eso era la Garrafa.

Pregunté si Guiño la había traído de la ciudad y la conservaba como recuerdo. Había hecho un viaje a la ciudad cuando era joven y por las noches solía contarme historias de ese viaje.

La tomé para traer en ella el resto de las cosas que había encontrado, porque era grande y liviana. Me la até a la espalda con una correa. San Guiño me contaba de la ciudad silenciosa, más silenciosa que cualquier otro lugar, porque casi nada vivía allí que pudiera hacer ruido. En los tiempos antiguos habían estado allí no sólo los hombres sino las poblaciones que vivían a expensas de los hombres, pájaros y ratas e insectos; todos habían desaparecido junto con los hombres, Guiño había caminado a través del silencio, y había subido a los edificios, llevando la Garrafa para poner en

ella las cosas que encontraba.

Cuando narraba las historias de la ciudad y de las cosas que allí había encontrado, yo pensaba que Guiño podía ser cuerda Huesos, o aun Bucle, aunque la cuerda de los Bucle no tiene ningún santo. Pero yo no estaba muy convencido. Cuando lo leía con las gafas puestas, trabajando en la mesa, ensimismado en los misterios de las palabras crósticas. Hermoso en su ensimismamiento, espantando alguna mosca y cruzando y descruzando perplejo los grandes pies, estaba seguro de que era de la cuerda Hilo de San Gene. Pero tampoco eso me convencía.

—¿Por qué no le preguntaste?

—¿No le pregunté qué?

—De qué cuerda era.

—Bueno, si yo no lo sabía, ¿cómo iba a saberlo él?

—Pero vosotros sabíais de qué cuerda erais.

—Sí. Y si Yo hubiera conocido a San Guiño en los túneles de Belaire, con sus amigos y sus ocupaciones, y los sitios en que prefería vivir, también habría sabido de qué cuerda era. Tu cuerda, sabes, es algo que descubres cuando te examinas, como cuando te miras a un espejo y descubres que tienes el cabello rojo. En Belaire Pequeña estás en una cuerda, una cuerda es... bueno, una cuerda, como un trozo de soga, no como el nombre que llevas. Está más claro, ¿no?

—Bueno. Continúa. ¿Qué dijiste que hacía, tan ensimismado, que te hacía pensar que era cuerda Hilo?

Trabajaba en sus palabras crósticas.

—Cuando San Ervin fue al roble a aprender de Santa Maureen a ser un santo, ella nunca le permitió subir a la casa que había construido en la copa, nunca, ni una sola vez, en todos los años que él estuvo allí. A veces ella se enfadaba con él y le decía que se fuera, que la dejara en paz; pero él no se iba, insistía en quedarse, le llevaba regalos y ella los tiraba; y él se escondía y ella lo descubría y lo perseguía con un palo para que se fuera, bueno, es una historia muy larga, pero al final cuando Santa Maureen se estaba muriendo, San Ervin fue a verla; ella estaba demasiado débil para echarlo, y él lloraba porque ya nunca llegaría a ser santo y ella le dijo: «Bueno, Ervin, ya tienes una historia; ve y cuéntala». Y murió.

Cuando hacía algunos días que yo estaba en la casa del árbol, le dije a Guiño, un poco turbado, a qué había venido, y él, como Santa Maureen, sólo dijo:

—¿Quieres ser un santo? ¿Un santo? ¿Qué haces aquí, entonces? ¿Por qué no estás en eso?

—Pensé —le dije, con la cabeza gacha—, que tal vez podía quedarme aquí contigo, y escuchar y observar, y ver como llegaste a santo, y aprender a hacer lo mismo.

—¿YO? —Chilló Guiño consternado—. ¿Yo? ¡Vamos, yo no soy un santo!

¿Cómo se te pudo ocurrir? ¡Yo un santo! Hijo, ¿no te enseñaron a hablar con verdad en los túneles? ¿Y es posible que no lo hayas oído en todo cuanto yo decía? ¿Te sueno acaso como San Roy?

—Sí —respondí con verdad.

Apabullado, Guiño volvió a las palabras crósticas.

—No, no —dijo al cabo de un momento—. Te explicaré. Un santo te contará historias de su vida.

—Y es lo que tú haces, del tiempo en que fuiste a la ciudad, y de todas las cosas que allí encontraste.

—Hay una diferencia. Las historias que yo te cuento no son de mi vida, sino de nuestra vida, nuestra vida de hombres. Esa es la diferencia entre la sabiduría y el conocimiento. Admitiré que conozco algunas cosas, muchas si te hace feliz haberme encontrado; por inútil que sea ese conocimiento. Pero la sabiduría... No soy un ángel, y si algo sé es que la sabiduría no nace por fuerza del conocimiento, y algunas veces no puede, sencillamente, nacer de él. Si lo que buscas es conocimiento, bueno, no he tenido a nadie con quien discutirlo durante muchos años, así que me alegro de que hayas venido; si es sabiduría, entonces será mejor que la busques donde puedas encontrarla; no aquí.

—¿No sería posible tener conocimientos y, sin embargo, ser un santo?

Guiño rumió un momento esta idea.

—Supongo que sí —dijo—, pero el hecho de que fuera un santo no tendría nada que ver con tus conocimientos. Sería como... Puedes ser alto, o gordo, o tener los ojos azules y ser un santo... ¿entiendes?

—Bueno —dije, aliviado—, quizás entonces podría empezar por buscar el conocimiento y entre tanto contar con que la suerte me haga sabio.

—Por mi parte estoy de acuerdo dijo mi santo. ¿Qué te gustaría saber?

—Ante todo —le dije—, ¿qué es eso que estás haciendo?

—¿Esto? Son mis palabras crósticas. Mira.

Sobre la mesa, donde caía el sol de la mañana, había una delgada lámina de vidrio. Debajo del vidrio había un papel, cubierto con unos dibujos minúsculos que reconocí como impresión; eso ocupaba casi todo el papel, excepto un recuadro, un recuadro dividido en cuadrados pequeños, algunos negros y otros blancos. Sobre el vidrio que cubría el papel, Guiño había trazado diminutos signos negros —letras, los llamaba— encima de los cuadraditos blancos. El papel estaba arrugado y amarillento, y en un lado tenía una mancha pardusca.

—Cuando yo era niño en Belaire Pequeña —dijo, encorvándose sobre el vidrio y ahuyentando una araña que se había instalado como una letra sobre un cuadradito blanco—, encontré este papel en un arcón de los cuerda Huesos. Nadie supo decirme qué era, cuál era la historia. Una comadre dijo que creía que era un acertijo, tú sabes,

como los acertijos de San Gene, pero diferente. Otra decía que era un juego, como los aros, pero diferente. Bueno, no diría que fue sólo por eso por lo que me marché de Belaire, pero pensé que podría averiguar qué clase de acertijo o juego era, y cómo resolverlo o jugarlo. Y lo resolví, casi todo, aunque eso fue sesenta años atrás, y aún no he terminado.

Metió la cabeza debajo de la mesa y buscó algo entre las cosas que allí guardaba.

—Hablé con mucha gente, anduve por largos caminos. Lo primero que averigüé fue que para poder descifrar mi papel tenía que aprender a leer lo que estaba escrito. Era un buen consejo, pero en ese entonces ninguna de las personas que yo conocía sabía cómo hacerlo.

Sacó una caja de madera y la abrió. Dentro de la caja había unos bloques voluminosos y oscuros que YO había visto antes.

—Eso es el Libro —dijo.

—Estos son libros —dijo San Guiño.

—Hay un montón —dije.

—He estado en sitios —dijo él, levantando el Libro que estaba arriba de todos—, donde los libros llenaban edificios casi tan grandes como Belaire Pequeña, desde el suelo hasta el techo. —Alzó la cubierta para mostrar el papel cosido por dentro, que esparció ese olor peculiar del libro, ese olor mohoso del papel—. El libro —continuó con voz pausada como si hablara en sueños, poniendo el dedo bajo las letras más grandes—, trata de mil cosas. —Los dedos de Guiño vagabundearon por el resto de la página, mientras decía algo como para sus adentros y se detuvieron sobre una línea de escritura roja al pie de la página—. Tiempo, vida, libros —dijo—, pensativo, y bajó la cubierta.

—Hay gente —dijo, golpeando con suavidad el bloque gris—, y a veces me encuentro con ellos, que se pasan en esto la vida entera, escudriñando los secretos de los ángeles. Se han dado vuelta, sabes y miran siempre hacia atrás; y aunque todo cuanto yo quería era resolver mi acertijo, cuanto más aprendía a leer la escritura, más me daba vuelta yo mismo. Es infinita la escritura de los ángeles; lo anotaron todo, hasta los detalles más pequeños, de cómo hacían las cosas. Y todo puede encontrarse en los libros.

—¿Quieres decir que si pudiéramos leer la escritura podríamos hacer las cosas que ellos hacían? ¿Volar?

—Bueno. Ellos tenían una frase, decían: «la necesidad es madre de la invención», y no puedo imaginarme una época en la que una necesidad interior nos haga comenzar otra vez. Pero me es más fácil imaginar que todo eso pertenece al pasado, y que ha quedado aquí, arrumbado en estos libros, como esos juguetes que ya no te divierten, pero que son toda una parte de tu infancia y no te decides a tirarlos.

»Esos ancianos, sabes —dijo poniendo a un lado todo lo que era libro y

deslizándolo otra vez debajo de la mesa—, ni soñarían con tratar de seguir las instrucciones del millón de libros de instrucciones. Les basta con saber que en un tiempo todo fue así. Que pueda volver a ser así... es como si te rieras de las penas de tu juventud, y te alegraras de que hayan pasado.

Volvió a inclinarse sobre el antiguo acertijo. Suspiró. Se mojó un dedo y limpió una mancha en el vidrio.

—Pones letras en los casilleros —explicó—, de acuerdo con las instrucciones escritas. Pero las instrucciones mismas son el acertijo: son las claves de ciertas palabras que divididas en letras llenarán los casilleros vacíos. Cuando has descifrado cada clave, y adivinado la palabra, y reordenado correctamente todas las letras poniéndolas en los respectivos casilleros, las letras en los casilleros te transmitirán un mensaje. Y tendrán sentido leídas en una línea horizontal.

Tal vez no fue eso exactamente lo que dijo, porque en verdad no entendí. Pero entendí por qué le había dedicado tantos años: si tan bien lo habían escondido, lo que a la larga develaran los casilleros tenía que ser algo de importancia extraordinaria. Miré lo que componía el mensaje lleno de huecos como la boca de un viejo:

—¿Qué dice?

HAY COS COS EN SAN DI O Z RES DL: LAS CAL ES SE D N A SI  
MISMOS NOMBRES BON T S  
COMO COM TE DE CIUD NOS PERO SON LOS TIR NOS  
DE EU PA QUE RESU ITAN EN EL SUELOTE ER SO DE ESTA TIERRA  
LIBRE

Guiño tenía razón, era un acertijo o un juego: tú te equivocaste en pensar que tenía que ser importante, ya que tan bien lo habían escondido; los ángeles los resolvían o jugaban con ellos en pocos minutos, o en una hora, y luego los estrujaban y los tiraban.

Los ángeles... Si pudiera creer sólo una parte de lo que me contó Guiño, aquellos cien años que precedieron a la Tempestad tienen que haber sido la época más maravillosa para vivir, desde que ha habido hombres. Yo pasaba largas horas soñando despierto con aquellos tiempos, preguntándome cómo habrían sido realmente. Las historias que alimentaban mis ensueños manaban de Guiño como agua de manantial; pienso que él había sido como yo de joven, y que lo era todavía, en cierto modo, aunque bufara cada vez que yo hablaba de lo maravilloso que tuvo que ser.

—¡Maravilloso! —dijo—. ¿Sabes que una de las causas más frecuentes de mortandad en ese entonces era que la gente se mataba?

—¿Cómo que se mataba?

—Con armas, como las que te describí; con venenos y drogas, arrojándose desde

los edificios más altos; empleando cualquier cantidad de máquinas que los ángeles construían para otros fines.

—¿Y lo hacían con deliberación?

—Con deliberación.

—¿Por qué?

—Por tantas razones como las que tienes tú para decir que fue un período maravilloso.

Bueno, eso no me convencía, claro; y seguía pasando las siestas bochornosas del estío perdido en mis ensueños, imaginando a los ángeles en los momentos de la agonía final, la soberbia increíble y sin sosiego de aquellos sueños (la Carretera a lo largo y lo ancho del mundo, la Luna Pequeña arrojada al cielo de la noche) y que al fin los impulsó a buscar la muerte saltando desde los altos edificios, pues nada los satisfacía (aunque yo pensaba que Guiño podía estar equivocado: quizás habían creído que eran capaces de volar).

Ah, qué populoso era el mundo en aquellos tiempos; lo imaginaba tanto más vivo que en estos períodos de calma en que nada cambia y el alumbramiento de una idea nueva puede arrastrarse durante muchas generaciones. En aquellos tiempos las cosas se comenzaban y concluían en una sola vida, las grandes fuerzas se entrechocaban y eran devoradas por otras nuevas. Era como una carrera monstruosa entre la destrucción y la perfección; tan pronto como una parte del mundo era conquistada, la conquista se volvía contra los conquistadores, como la Carretera que los mataba a miles; y del mismo modo, los sueños mecánicos que los ángeles llevaron a cabo con un trabajo y un ingenio inconcebibles, esos sueños que se propagaban por el aire como semillas votantes, durante todo el día, y que pasaban invisibles a través de las paredes y los muros de piedra, y los cuerpos de los propios ángeles cuando se sentaban a esperarlos, y que aparecían simultáneamente ante todos los ángeles para prevenirlos o instruirlos, un sueño soñado por todos para que todos pudieran actuar de común acuerdo; hasta que se descubrió los sueños que les atravesaban los cuerpos eran de algún modo venenosos, no me preguntes cómo, y que millones enfermaban y morían jóvenes y no podían tener hijos, pero tampoco podían dejar de soñar por más que los sueños mismos les advirtieran que los sueños los estaban envenenando, incapaces o temerosos de despertar y encontrarse solos, hasta que la Liga Larga despertó a las mujeres y las mujeres dejaron de soñar: y todo esto aconteció en lo que dura la vida de un hombre.

Y todo se precipitó cuando la Tempestad se hizo inminente. La Tempestad era el fin de la carrera; las soluciones eran cada vez más extravagantes y más desesperadas, y los desastres más tremendos, y los ángeles soñaron entonces los sueños más descabellados, que viviríamos eternamente, o casi, que abandonaríamos la tierra, esta tierra estragada, y que flotaríamos en ciudades suspendidas entre la tierra y la luna,

para siempre; un sueño irrealizable a causa de las Guerras que estallaban y los millones que morían en un millón de formas diferentes, y todas a manos unos de los otros. Y la Liga Larga crecía por doquier y en secreto mientras las soluciones desesperadas se derrumbaban o estallaban en las caras mismas de los creadores; la Liga Larga en lucha secreta con los ángeles, que apenas conocían la existencia de la Liga. Hasta que la Liga fue el único poder cuando las Leyes y la Goma de Mascar se consumió el mundo de los hombres ron durante las Guerras y en las luchas por conservar el mundo de los hombres.

Fue entonces cuando los del habla con verdad hablaron por los mil teléfonos de la Comuna de Belaire Grande; y mientras los millones de luces se apagaban, y los sueños mecánicos se desvanecían, dejando a los ángeles abandonados en la terrible oscuridad, las Plantadoras, de mil brazos y mil ojos y más sabias que cualquier ser humano, exploraron por mandato de los ángeles otros cielos y otros soles y regresaron trayendo los árboles del pan y quién sabe cuántas cosas más que ahora se han perdido; y nadie era capaz de comprender todo lo de pronto estaba aconteciendo; y en seguida llegó la Tempestad, que como decía Siete Manos, va estaba anunciada, y todo empezó a detenerse y siguió deteniéndose hasta que al fin todos aquellos millones se encontraron de pronto en los antiguos bosques, donde nunca habían estado, y mirando alrededor con asombro el viejo mundo, como si fuese un mundo extraño, tan extraño como lo habían sido en realidad todos aquellos sueños.

Fue como si una esfera de vidrio multicolor flotase entonces por encima del mundo, puesta allí por el esfuerzo y el poder inimaginable de los ángeles, tan hermosa y extraña y tan necesitada de cuidados, que para ellos no había otra cosa, y olvidaron el mundo mientras miraban cómo flotaba. Y de pronto la esfera desapareció, destruida por la Tempestad, y el mundo fue otra vez como había sido antes, excepto unas pocas incurables heridas. Pero dispersos por todo este mundo viejo y vulgar, desparramados a lo largo de estos años de destrucción, perdidos en los lugares más insólitos y aplicados a los usos más inverosímiles, hay fragmentos y pedazos de esa gran esfera; fragmentos que puedes recoger y mirar a la luz del sol y maravillarte... aunque nadie podrá volver a juntarlos.

Estábamos en el prado tendidos sobre las hierbas amarillas del fin del verano y contemplando las nubes que desfilaban solemnes por el cielo. Una helada había atacado el bosque dejándolo polvoriento y fragante, rumoroso y amarillento, y, sin embargo, el verano continuaba: él verano mecánico del Pequeño San John.

—Guiño —dije—, ¿hay ciudades en el cielo? Guiño se rascó detrás de la oreja y se recostó apoyando la cabeza en las manos.

»Las ciudades angélicas del cielo. Así llamaba el Pequeño San Roy a las nubes como esas. Pero hay una historia. Cuentan que en los días de la Tempestad los ángeles construyeron ciudades cubiertas con cúpulas de vidrio, que por algún medio

podían flotar como nubes. No lo sé. No dudo que pudieran. Y se decía que algún día, tal vez después de miles de años, los ángeles volverían; las ciudades se posarían sobre la tierra y los ángeles saldrían a ver qué había ocurrido aquí mientras ellos estaban flotando. Bueno. Hmmm... Nadie, ningún ángel ha vuelto... No sé... Tal vez se confundieron con Luna Pequeña, que era realmente una ciudad en el cielo. Donde vivían ángeles, aunque ahora todos están muertos, sorprendidos allí por la Tempestad y sin poder regresar; todavía han de estar allí, supongo. ¿Quién sabe? La flor está abriéndose, ¿ves allí?

La semilla pardusca, que tanto se le parecía, flotaba muy cerca.

Si pudiera mirarla aún de más cerca, pensé, descubriría que tiene una nariz larga y facciones pequeñas, como las de Guiño. La semilla le rozó la arrugada camisa blanca y se elevó otra vez, hacia otra parte. La brisa decidiría.

—Fragmentos y pedazos —dijo Guiño, soñoliento—, fragmentos y pedazos.

Se había dormido. Yo seguía contemplando las nubes, poblando con ángeles los valles y cañadas.

# Quinta Faceta

**F**ragmentos y pedazos: una bola y un guante de plata. Un retrato angélico del Tío Plunkett de San John. Una casa en la que una vieja y dos niños indican el tiempo, y en medio los hombres muertos de piedra. Una pierna artificial; una esfera transparente sin nada dentro excepto toda la doctora Botas; una mosca encerrada en un cubo de plástico; una ciudad en el cielo. No, no era posible volver a juntarlos; no obstante era como si cada uno de esos objetos me transmitiera algún mensaje, una señal, como si apuntara con un dedo al siguiente, y que de algún modo, al final de la serie, yo encontraría algo precioso que se había perdido... quizá sólo conocimiento, pero algo que yo deseaba encontrar antes que ninguna otra cosa.

—Lo has encontrado.

¿Yo? ¿Quién es este yo? ¿No me dijo Mongolfier que no sería yo quien vendría aquí, sino sólo un reflejo, un sueño que no se ha borrado, y que no tiene mucho que ver conmigo, así como el retrato angélico del Tío Plunkett, obra de manos no humanas, no es realmente Plunkett? ¿Por qué dices, entonces, que yo he encontrado algo?

Porque ningún otro encontró la bola y el guante de plata: esta bola y este guante. Ningún otro los buscó. Ningún otro siguió la serie del principio al fin... dando luego el último paso. Quizá cualquier otro hubiera podido... pero eres tú quien nos encontró. Tú con quien yo hablo ahora: sólo tú que hablas conmigo. Bien, ¿qué ibas a contarme de Plunkett?

Yo... sí. Sí: iba a contar ahora cómo vi el retrato, y lo que me dijo Guiño... ¿Conoces mejor que yo esa historia?

—Continúa. No es a mía quien le cuentas.

Yo le había preguntado a Guiño por la casita que Una Vez al Día me había mostrado, y por los cuatro muertos de piedra.

—Sé lo de las cuatro cabezas de piedra —dijo—, cuatro cabezas que son una montaña; pero no son los cuatro muertos de la historia que yo conozco. Tal vez las

cuatro cabezas de piedra representan a los cuatro hombres muertos; o quizá sea una broma de los cuerda Susurro. ¿Qué te dijo de ellos? «Y locos, por añadidura». Bueno, ¿quién puede entender a los Susurro? Pero hay una historia.

»En los días de la Tempestad, cuando las luces y los teléfonos de la Comuna se apagaron para siempre, y San Roy el Grande nos llevó por los caminos, había entre nosotros un muchacho, John, que con el tiempo llegó a ser San John. San John había sido criado por una tía, que era del habla, y por un tío, de nombre Plunkett. Los trabajos de Plunkett, de naturaleza secreta, fueron uno de los últimos proyectos de los ángeles que la Tempestad desbarató: conquistar la inmortalidad. El secreto dejó de serlo a causa de un desliz de la esposa de Plunkett, quien le reveló a John que aunque el Tío Plunkett estaba muerto y enterrado, lo que ella no cuestionaba, también estaba vivo en un lugar subterráneo próximo a Clevelen, en el lejano oeste, cerca de donde había estado la Comuna.

»Entonces San John desistió de acompañar a los del habla y volvió a Clevelen a buscar al Tío supuestamente vivo, a pesar de que cuando iba hacia el oeste pasó por la tumba donde lo habían enterrado. Al cabo de una larga búsqueda, John encontró el sitio que le había descrito la mujer de Plunkett; y por ese entonces también otros lo habían encontrado, algunos desesperados por aprender lo que los ángeles sabían de la inmortalidad, otros que querían destruir la obra, y todo lo que habían hecho los ángeles.

»Lo que habían encontrado y que ahora no dejaban de vigilar, y por lo que disputaban ferozmente entre ellos, eran cinco esferas transparentes sin ninguna abertura, y al parecer sin nada dentro. Sujetos a cuatro de esas cinco esferas había unos retratos angélicos, grises y lustrosos; cuatro caras. Una de ellas era el Tío Plunkett de San John.

Hubo muchos que se resistieron a que San John se llevara al Tío. Durante un tiempo discutió con ellos defendiendo a Plunkett de quienes querían destruir las esferas, si eran destructibles, y de quienes querían abrirlas, o tratar de manejarlas. Entonces intervino la Liga. Las mujeres de la liga vinieron y dijeron que ellas decidirían la cuestión —así como estaban decidiendo tantas otras— y que nadie tocaría las esferas o las estudiaría excepto ellas. San John no estuvo de acuerdo; y una noche se apoderó en secreto de las esferas que de algún modo eran Plunkett, y huyó.

»Durante muchos años y a lo largo de muchos peligros, John conservó al Tío Plunkett, aunque los del habla se burlaran de él y la esfera pareciese vacía. Llegó a ser un gran santo en la vejez, y vivía en una playa junto al campamento que los del habla tenían entonces cerca de Nueva Neyork en los días de la Liga Larga; y vivió todo el tiempo con Plunkett. Y si Plunkett habló alguna vez, nadie lo oyó.

»Después de la muerte de John, el Tío Plunkett fue a parar al carretón de San Andy, junto con muchas cosas, preciosas e inútiles; y lo mismo que tantas otras, la

bola y el guante de plata de la historia, las gafas para la noche, la máquina de sueños, al fin se perdió, o quizá la vendieron, nadie lo recuerda, pues a nadie en ese entonces le interesaba demasiado. A la Liga Larga sí le interesaba: corrían rumores de que estaban buscando al último de los cuatro hombres muertos, algunos decían que para destruirlo como habían destruido a los demás, o para impedir que cayera en manos del enemigo, decían otros; pero los del habla no intervenían en estas disputas. Y con el tiempo no se supo más de él.

Yo hacía preguntas, pero Guiño respondía siempre encogiéndose de hombros y meneando la cabeza: ¿por qué había cinco esferas y sólo cuatro retratos? Si las cinco esferas eran todas iguales, ¿por qué decían que había sólo cuatro hombres muertos? ¿Cómo era posible que dijese que estaban vivos?

—Pregunta a los ángeles, pregunta a la Liga Larga —dijo Guiño—. Sólo ellos saben. Yo no sé otra cosa que la historia de John; si los cuerda Susurro saben más, no lo dicen... pero pienso que no saben mucho más y que los cuatro hombres muertos son sólo un juego, como los tres sueños de Oliva, las siete estrellas errantes, las nueve últimas palabras del Pequeño San Roy. Sin embargo, hay una cosa; algo material, y que llegó a mis manos por una vía que no te explicaré. Mira...

Y como la Mbaba cuando acudía a los arcones para probar la veracidad de una historia de la vida errante, Guiño se levantó y rebuscó y de una hendidura de la pared sacó el ajado retrato angélico del Tío Plunkett que John había encontrado sujeto a la esfera, y que había traído consigo cuando se apoderó de Plunkett. En el retrato Plunkett vestía una camisa con botones y casi no tenía pelo, sólo una especie de nebulosa gris alrededor de la cabeza. Debajo de la barbilla rasurada sostenía una tarjeta con algo escrito. No miraba de frente, sino un poco de soslayo, como si hubiese oído que alguien lo llamaba. Las rajaduras del cuadro le cruzaban la cara como las cicatrices blancas de una herida terrible. La boca, abierta en una amplia sonrisa, mostraba los dientes, que relucían como la dentadura para todos. No sé por qué, pero al verlo me eché a temblar.

—A lo mejor —dije al fin— estaban equivocados. A lo mejor las esferas no eran para lo que ellos creían, y nunca hubo cuatro hombres muertos; la confundieron con alguna otra historia, o por alguna razón la entendieron mal. Probablemente.

Guiño me sonrió y me palmeó la mejilla.

—Probablemente —dijo—. Vayamos a buscar setas.

Nunca pensé que un hombre tan viejo como Guiño fuese a pasar el invierno en un lugar tan inhóspito como la casa del roble, pero aunque el otoño se nos venía encima, Guiño no hablaba de mudarse. Mataba el tiempo trabajando con algún libro o contemplando con melancolía el cristal que cubría las palabras crósticas, pues las noches eran ya desapacibles y por la mañana una niebla fría entraba en la casa; así que pasábamos las veladas arropados hasta las orejas en los Tres Osos, como Guiño

llamaba a las mantas de cueros y vellones cosidos. Nos envolvíamos temprano en las mantas, y fumábamos y charlábamos durante las largas noches viendo cómo el carbón de leña se consumía y apagaba en el pequeño hogar.

—Este fuego —le dije— pronto no nos servirá de mucho.

—No —dijo él—. Por suerte no lo necesitaremos.

El bosque se había vuelto transparente. Ahora, desde las ventanas de la casa se alcanzaba ver el prado y el arroyo helado entre las rocas escarchadas. Guiño y yo trabajamos en la casa para protegerla del frío; tapamos las grietas con barro y musgo, colgamos de las paredes las gruesas mantas que él había guardado en el verano. Cerramos el hornillo y la chimenea. Hicimos una nueva puerta de entrada para ponerla sobre la antigua, y discutimos sobre cómo podríamos unir las para que no dejaran pasar el aire. Un día en que la quietud y la cuajada oscuridad de las nubes parecían anunciar una copiosa helada, Guiño sacó de algún sitio unas gruesas láminas de plástico, diáfanas, grandes tesoros; pusimos una capa por fuera, y otra por dentro en todos los ventanucos. Luego Guiño movió los dos sillones-cama de frente a las ventanas.

—¿Está llena la Garrafa, hasta el tope? —preguntó.

—Sí...

—Entonces supongo que estamos listos.

En un brasero pequeño puso unas ramitas y agregó unos trozos de carbón; cuando los carbones se chisporrotearon buscó un pote pequeño de plata angélica bien cerrado, y lo abrió. Tomó entre los dedos una buena pulgarada de un polvo negro, lo observó arrugando la frente, volvió a echar una parte en el pote, y el resto lo esparció sobre las ascuas. El polvo no humeó, pero el olor era denso y penetrante, tan extraño que no podría compararlo con ningún olor conocido. Hicimos los preparativos finales; Guiño volvió a cerrar con cuidado el pote y lo uso junto a él; miró en torno, con un dedo en los labios, para cerciorarse de que todo estaba a punto. Yo había empezado a sentir un calor y una somnolencia deliciosos, pero consciente siempre, como si pudiera estar dormido y despierto a la vez. Esa parecía ser también la idea de Guiño, y nos arropamos en los Tres Osos, más abrigados ahora gracias a unos lienzos plateados que Guiño había atado todo alrededor; nos acomodamos, y allí invernamos durante tres meses.

En la tarde de aquel primer día hablamos poco; estábamos cada vez más quietos y en silencio, como dormidos, pero contemplando el sol claro y frío del crepúsculo, que desaparecía detrás de una masa borrosa de árboles negros allá en las montañas, del otro lado del prado. Más tarde, cuando la luna llena iluminó la tierra silenciosa y desnuda, oímos los crujidos y crepitaciones de la escarcha. Las nubes se amontonaron, cubriendo la faz blanca de la luna. Por la mañana estaba cayendo la primera nevada, esparciendo sobre el suelo un polvo fino y helado que el viento huracanado levantaba

en remolinos.

La Garrafa conservaba el agua tan templada en el invierno como fresca en el estío. Al menos una vez por día yo cargaba una pipa con el pan de Santa Bea, trío y escamoso. En las horas de luna llena, San Guiño salía gruñendo de las mantas y encendía el carbón y quemaba un poco más del polvo negro. A veces, cuando había alguna breve racha de calor, nos escurríamos fuera de nuestros Osos y abríamos las dos puertas del frente y bajábamos por la escala, con movimientos solemnes y cautelosos como dos viejos inválidos; y luego, un momento después, estábamos otra vez arriba, extenuados, pero habiendo visto muchas cosas.

Dormíamos con un sueño extraño, total, del que sólo salíamos pasado el mediodía, para volver a caer en él a la caída de la tarde; muchos días pasaban sin un comentario, vislumbrados apenas entre un sopor y otro. La nieve se amontonaba en el bosque; en una ocasión pasamos un día entero siguiendo las idas y venidas de un zorro que corría a ciegas por el prado desnudo, y observando los ajetreos de los grajos y gorriones; al fin nos dormimos cuando ellos se durmieron. Dos ardillas del roble descubrieron por fin como entrar en la casa, y correteaban felices sobre nosotros, respirando nuestro aliento; durmieron en el regazo de Guiño durante los tres meses de borrascas ininterrumpidas y violentas que amortajaron de escarcha la floresta; a la mañana siguiente, espléndida y azul, el hielo parecía una música, una música demasiado deslumbrante. Las ardillas dormían. Nosotros dormíamos, mientras a nuestros pies se arremolinaban el polvo y el musgo y las espinas de las hojas. Éramos ya una parte del amado roble de Guiño, oyendo crujir y crepitar las ramas en el viento, apenándonos cuando una mole de hielo quebraba una rama delicada. La nieve caía con un ruido sordo sobre el tejado, y resbalaba hasta el suelo. Yo parpadeaba menos; había notado con frecuencia que cuando parpadeaba, casi siempre me dormía. Mi mano izquierda estuvo posada sobre mi mano derecha durante medio mes.

En una tarde blanca de aquella estación interminable, un día templado en que Guiño había conseguido levantarse y sacar del pote un poco de polvo para atizar una vez más nuestra profunda hibernación, le pregunté:

—¿De dónde viene?

—¿De dónde viene qué? —preguntó él, mirando alrededor pensando que me refería a algún animal.

—El polvo —dije—. ¿Y cómo hace esto?

Ya había empezado a hacerlo; el olor penetrante flotaba en el aire, intenso y metálico, como el aliento cálido de una garganta de bronce, y sentí que mis ancas se movían buscando una postura más cómoda en el sillón en el que vivía apoltronado.

—Pregunta a los ángeles cómo lo hace y qué hace —dijo Guiño—. Ellos te lo dirán, aunque tú no entenderías. ¿No te das cuenta? Escúchalo; tienes tiempo.

Con mucho esfuerzo y cuidado volvió a instalarse en el sillón mientras yo trataba de escuchar cómo trabajaba el polvo. Empezaba a entender lo que Guiño quería decirme; y sabía que al final del invierno sabría cómo hacía lo que hacía; aunque no podría explicárselo a nadie que no hubiese pasado todo un invierno con ese polvo.

—Y de dónde viene —estaba diciendo Guiño, mientras se acomodaba en el asiento—. Bueno... hay un cuento...

»Dije que dormíamos mucho; pero cuando despertaba me sentía extrañamente lúcido y perspicaz, como si todas las cosas tardaran en revelármeme, con lenta precisión, para sorprenderme luego, mostrándome más de lo que yo había imaginado, no sólo los movimientos del zorro en acecho sino las largas y enmarañadas historias de San Guiño, que entretanto se desarrollaban, serpenteantes pero nítidas, como el arroyo de melocotón que corría en el crepúsculo del prado negro y blanco.

Guiño siguió hablando, hablando del polvo, y de otros polvos y medicinas que preparaban los ángeles; de cómo los ángeles, luego de haber alterado el mundo, habían alterado a los hombres para adaptarlos al mundo alterado, pavimentando y rehaciendo las entrañas más profundas del hombre como lo hicieron con la superficie de la tierra. De las hijas de la medicina, decía Guiño, la medicina es a las hijas de la medicina lo que una rama seca es a un árbol. La medicina es como una pintura; las hijas de la medicina son como un cambio de color en un cristal. La medicina te cambia, combate tus enfermedades, ahoga tus penas; las hijas de la medicina te invitan a que te cambies tú mismo, y a eso no puedes negarte. Una medicina dura lo que una comida; las hijas de la medicina te dejan transformado hasta mucho después de haber desaparecido de tu cuerpo. Cuatro de las hijas de la medicina están contenidas en los Cuatro Potes, el primero te quita casi todas las enfermedades, y el último, el pote blanco-marfil de contenido blanco, fue preparado para resolver un problema extraño causado por el primero de los potes.

—Los ángeles aprendieron a curar los males que matan a los hombres en plena juventud —dijo Guiño—, y esperaban que así podrían vivir eternamente. En eso se equivocaron, pero habían tenido tanto éxito en conservar vivos a los hombres que les pareció que muy pronto habría en el mundo gente saludable. Por demás, tan sanos como si fueran inmortales, ya que nada los podría matar excepto su propia estupidez, y que salían de los vientres de las mujeres como hormigas de un hormiguero, sin que hubiera alimentos ni espacio suficiente para todos. Piensa en el miedo, en la aversión instintiva que sientes cuando pateas un nido de hormigas y las ves allí, pululando: eso mismo sintieron los hombres hacia los de su propia especie, y sobre todo hacia las Leyes y la Goma de Mascar que más que ninguna otra cosa soportaban la pesada carga de mantener en pie el mundo del hombre.

»Y entonces, gracias a un método que hemos olvidado, un método semejante a las hijas de la medicina pero mucho más sutil, se esterilizaron. Tardaron algunas

generaciones, pero al fin consiguieron que esa esterilidad fuese permanente: se transmitía e madre a hija. Y entonces prepararon la hija de la medicina que está en el cuarto de los Cuatro Potes, para que provocara otra vez los fenómenos internos que el método inventado por ellos había detenido. Una mujer que toma de ese pote puede concebir durante un tiempo, pero su hija nacerá estéril, hasta que también ella tome la medicina del pote. Es como si hubiéramos nacido sin ojos, transmitidos como un preciado legado y las hijas decidieran si los aceptaban o rechazaban.

»Y, quizás, habría resultado, si no hubiese sobrevenido la Tempestad; los hombres hubieran podido decidir cuántos tenían que ser, así como habían decidido construir la Carretera y poner una luna falsa junto a la luna real. Y en los inviernos que vinieron después, en las Guerras y catástrofes, murieron millones a causa de aquello que los ángeles creían haber extirpado, y sólo unos pocos nacieron con el nuevo método.

»Y aquí estamos nosotros, los pocos que quedamos, incapaces de recomponer lo que hicieron; llevando fuera una parte de nosotros, en el pote blanco; cargando todavía con el peso de la elección de aquellos hombres.

»Durante un invierno, cuando yo tenía cinco o seis años, había salido en busca de mi madre, Di una Palabra, y la encontré en una habitación con cortinas; yo había entrado sin hacer ruido, y ella no me vio, pues estaba muy atenta a lo que decía la vieja comadre Risa Alta, y que yo no alcanzaba a oír. Vi de pronto que Siete Manos estaba con ellas, y por eso no quise acercarme (en esa época mi nudo con él estaba más enmarañado). Me senté en cuclillas y los observé a la luz invernal. Risa Alta tenía abierta la caja de los potes, y con un dedo empujaba hacia mi madre el pote blanco, a través de la mesa. A mi madre le brillaba la nariz a causa del sudor, y tenía una sonrisa extraña, fija. Tomó el cuarto pote y lo puso obra vez sobre la mesa.

—No —dijo—. Este año no.

Siete Manos no dijo nada. ¿Lo deseaba? ¿Importaría que lo deseara? No dijo nada, pues la elección de los ángeles era sólo para Di una Palabra.

—Este año no —dijo ella, y sólo miró a Risa Alta, quien frunció los labios y asintió. Puso el pote en el cuarto sostenedor, metió el sostenedor en la en la caja y cerró la tapa, con un ligero chasquido.

El chasquido me despertó.

—Los ángeles —estaba diciendo Guiño—, con aquellos teléfonos y automóviles y Carreteras, solían decir: «Es un mundo pequeño. Cada día más pequeño». —Meneó la cabeza—. Un mundo pequeño.

Fumamos, y luego hablamos del invierno. De los inviernos de las Guerras, y de este polvo negro que había mantenido con vida a quienes combatían a los ángeles, y de cómo él, Guiño, había llegado a tenerlo; y del invierno en que se manifestó la Liga Larga; y el invierno en que San Roy el Grande cerró la puerta de la Comuna de Belaire Grande, y comenzó la larga vida errante de la gente del habla, y de la pierna

que San Roy había perdido; y del resto del mundo, del otro lado de los océanos, desde donde nunca llegó una palabra...

—¿La pierna que perdió? —pregunté.

—A causa del frío —dijo San Guiño—. Congelada y gangrenada por el frío, y tuvieron que amputársela. En años anteriores, la ciencia de los ángeles hubiera podido ponerle una nueva pierna natural; pero tuvo que contentarse con una artificial.

Patente como agua a la luz del crepúsculo...

—¿La que está ahora en la madriguera? —pregunté.

—Así es. —Interminable, la nieve continuaba descendiendo, ciega, silenciosa—. Y lloras, decía San Roy, sólo después, y cavilas, y piensas que más te valdría estar muerto. Pero te has procurado una artificial, aunque no como las que hacían los ángeles. Es de madera pero funciona; y te obligas a levantarte y caminas, sintiéndote ridículo y dolorido. Pero no te desanimas, y un día puedes conformarte con tu suerte. No podrás bailar, quizás, y por mucho tiempo no podrás hacer el amor, pero vas tirando. Aprendes a vivir con ella. Hasta te ríes; Roy se reía, claro. Pero siempre, aun en los tiempos de fortuna, tuvo una pierna de menos.

»Y lo que Roy pensaba, él que fue testigo de la Tempestad, era que en adelante todos seríamos como él: todos hombres sin piernas. Quizás, ocurrió porque decidieron ser estériles, o por algo anterior, el propósito angélico de dar al mundo una forma que conviniese a los hombres, a martillazos, no importaba a qué costo... de cualquier modo perdimos esa carrera terrible.

»Y nos dejó sin piernas.

Hoy el crepúsculo parecía eternizarse, había comenzado casi al final de la mañana deslizándose insensiblemente hacia la noche sin luna.

—Y nosotros sabemos reír. Tenemos nuestros sistemas, y nuestra sabiduría. Pero aún una sola pierna. Y una pierna de menos no se cura como un constipado. Aprendemos a vivir con ella. Lo intentamos.

Guiño cambió de posición en la silla; un movimiento casi imperceptible.

—Bueno, estos son los cuentos del invierno. Mira qué gris es hoy la luz, el mundo está soñoliento como yo. Y Belaire Pequeña está cerrada ahora, todos metidos dentro, contando las viejas historias... y la primavera llega, cuando llega.

Y dormimos otra vez, sin habernos movido. Los días pasaban entre incesantes remolinos de nieve; el tránsito del sol era rápido, y velado y frío. Sin estrellas, sin luna durante muchos días; el zorro y los pájaros.

# Sexta Faceta

**U**n día, después que la lluvia gris hubo desleído la nieve salpicada de negro de los últimos montículos, y ya muchas aves habían regresado, y cuando los bosques, luego de desperezarse y bostezar se poblaron de pronto de nuevos aromas, Guiño y yo nos deslizamos por la escala, y una vez en el suelo, mirando alrededor, parpadeando y tratando de mantenernos de pie y erguidos, respiramos el aire nuevo cargado de olores.

En el último plenilunio, Guiño, después de estudiar el aire de la noche, y contar dos veces con los dedos alguna cosa, había guardado el pote de polvos; no obstante, los primeros días templados nos sorprendieron durmiendo aún el final de nuestro largo sueño, todavía en la cama como hacemos a veces en una mañana espléndida, sabiendo que tendríamos que levantarnos pero en cambio nos damos vuelta y acurrucamos bajo el desorden de las mantas hasta que el sol está alto. Al fin vagabundamos por los bosques, saludando a las otras criaturas que despertaban de la hibernación: una babosa, una tortuga calentándose al sol, una marmota tan flaca que parecía vestida con las ropas abultadas de otra; y a los árboles también; y cuando Guiño y yo nos detuvimos a observar a la marmota, que husmeaba el aire, me sentí agradecido por haber salido indemne, por haber sobrellevado otro invierno que acaso muchos no habrían podido soportar; un invierno que ahora había terminado, un invierno que es la mitad de la vida. La vida es verano y es invierno, un día es mitad sueño y mitad vigilia, y mi especie es el hombre, los hombres que han vivido y han muerto; y yo había salido con vida de otro invierno para poder estar ahora allí, en la tierra que despertaba, aspirando el olor de los bosques anegados. Pensé en Una Vez al Día, la vi claramente viajando por lugares remotos. Me senté, abrumado por pensamientos y recuerdos, y al mirar a Guiño lo vi viejo y arrugado; el invierno lo había debilitado y envejecido a pesar del polvo, y supe que algunos habían muerto en Belaire. Comprendí que lo que el polvo de Guiño había hecho era suspender: suspender lo que ahora se precipitaba sobre mí con una violencia intolerable. Todo

había comenzado otra vez cuando el efecto del polvo se desvaneció, y era enorme. Suspiré para sacármelo de dentro, pero no pude; y de pronto me eché a llorar, con sollozos largos y jadeantes, allí sentado sobre la tierra que ahora estallaba alrededor.

En Belaire Pequeña estarían renovando los cuartos en homenaje a la primavera. Los cuerda Bucle estarían corriendo las paredes y abriendo las puertas a lo largo del Sendero, los suelos de tierra nueva se transformarían en suelos duros, y dejarían que entrara el sol. Belaire se abre al calor como una larva, y los cuerda Hoja la adornan y decoran e invitan a la gente a ver cómo se despliega. QUITAN los aislantes, narren de los cuartos las hojas y el invierno, las sillas predilectas son arrastradas a lo largo del Sendero hasta sitios soleados y predilectas; y una promesa nueva hace que las cuerdas vibren con ideas y risas.

—Y por eso quieres volver —dijo San Guiño.

—¿Qué? ¿Volver? ¿Por qué lo dices?

No contestas cuando te hablo, no oyes lo que te digo. Te has pasado la mañana mirando por la ventana, como si no hubiera modo de salir de la casa, y cosas que hacer, además; no me refiero sólo a acarrear y arreglar, ahora hay cosas que ver ahí fuera, y árboles y plantas en flor. Y tú estás aquí dentro, sentado.

—Esto no es estar dentro.

—Tú sabes lo que quiero decir. Todo te pica, pero no sabes dónde rascarte.

—Bueno, no puedo volver. Claro que no.

—Claro que no.

Habría enjambres de abejas y expediciones al otro lado de Montaña Pequeña para ver el nuevo pan, y los pájaros de la Mbaba estarían de regreso; y pronto llegarían los viajeros de la Lista, y acaso también ella esta vez, y tenía que contarle tantas cosas.

—Supongo —comenté— que hay otros sitios en el mundo.

—Sí —dijo Guiño—, supongo que sí; otros sitios, e igual de hermosos.

Dejé la ventana y bajé deprisa por la escala de sogas, casi enfadado con Guiño. Porque él tenía razón: fui hasta el prado florecido y allí me senté y me permití pensar. Sí, quiero volver, ahora, en primavera, quiero volver ahora; el deseo me apretaba y lastimaba la garganta. El deseo fue tan fuerte y duró tanto ese día, que casi no me sorprendí cuando mi nostalgia hizo que entre los árboles frondosos de la orilla aparecieran dos chicos pálidos, más desgarrados que cuando yo los conociera, y con cintas anudadas al cuello. Entre otras cosas más importantes, yo había olvidado, durante el invierno, quién era quién.

Treparon el barranco, como de costumbre, ociosos, metiendo las narices entre las matas en busca de animales; uno de ellos me vio y me saludó con la mano y yo le respondí. Era como si se hubieran pasado todo el invierno del otro lado del recodo, esperando el primer día templado.

—Hola —dijo, creo que Retoño—. ¿Ya eres un santo?

—No —respondí—. Todavía no.

—Bueno —dijo el que venía detrás—, en Belaire desean volver a verte.

—Sin Luna estuvo allí en el otoño —me dijo el primero—; y otra vez en la primavera; tu madre te echa de menos.

El otro hermano se sentó en cuclillas en el prado y se pasó una mano por los cabellos rubios y lacios, quitándose una hoja.

—Tal vez —dijo—, si has estado un año entero y todavía no eres santo, tendrías que volver y empezar de nuevo más adelante.

—Tal vez —dijo el otro.

—Tal vez —dije yo, pensando en mi madre, y en lo poco que Sin Luna pudo decirle y en la tranquilidad con que yo me había marchado, sin preocuparme por los sentimientos de ella o los de algún otro. Sentí en mí una ola de vergüenza e inquietud y me incorporé de un salto, con los puños crispados.

—Sí. Sí. Tendría —dije—. Quizá...

—¿Dónde está el santo? —dijeron los mellizos casi a la vez.

El santo. Me volví y miré hacia el bosque. Disimulada entre los espinos, una cara morena aureolada por una cabellera blanca nos espiaba como una tímida bestezuela salvaje. Cuando advirtió que yo lo había visto, desapareció rápidamente entre las sombras. Yo me encontraba a mitad del camino entre los bosques el tronco tirado donde estaban los mellizos; los dos miraban absortos algo que acababan de encontrar.

—¡Esperad! —les grité; y ellos alzaron los ojos y me miraron, sorprendidos—. No tenían prisa.

Recordé la primavera pasada, cuando me abriera paso entre esos mismos árboles, buscando al santo; en aquel entonces no era más que un bosque, un bosque como cualquier otro. Ahora, como un rostro que se ha aprendido a querer, me era tan familiar que el bosque primitivo se había desvanecido para siempre. Y el único que yo conocía era este, con el sendero —secreto como el Sendero— que corría junto a los abedules en flor y la espesura de las siempre-verdes, y seguía cuesta abajo hasta el terreno de los hongos. Y cuesta arriba por la pizarra moteada de verde y la barranca de zarzas enmarañadas hasta donde crecían los viejos robles, y hasta el roble más viejo. Y hasta Guiño, que parecía acongojado, sentado con la cabeza gacha al pie del árbol.

Trepé lentamente y me senté junto a él sin hablar. Él no me vio, pero en ese momento advertí que miraba al suelo no aplastado por la congoja, sino observando con mucha atención algo que había en la hierba: una hormiga negra y de las más grandes. Sacudiendo las antenas, iba y venía entre las hierbas inclinadas.

—Se ha perdido —dijo Guiño—. No puede encontrar el hormiguero; se ha desorientado. Nada peor puede ocurrirle a una hormiga. Para una hormiga estar perdida es una tragedia.

—¿Una tragedia? ¿Qué es eso?

—Tragedia, una palabra antigua; la descripción de algo terrible que le sucedía a alguien; dadas ciertas circunstancias y alguna falta tuya, podría sucederse a ti, o a cualquiera. Era como el habla con verdad, pues mostraba que todos tenemos una misma naturaleza, que no podemos cambiar, de modo que el sufrimiento es inevitable. Si esta hormiga volviera al nido alguna vez, y pudiera contar lo que ha soportado y sufrido, ese relato sería una tragedia. Pero no puede, aunque vuelva al hormiguero. En cierto modo, ninguna hormiga ha soportado hasta ahora la tragedia de haberse perdido; esta es la primera, pues las hormigas no cuentan lo que ven y no pueden prevenir a las otras. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

Guiño alzó los ojos y clavó en mí una mirada larga, serena.

—Bueno. Creo que he agotado todas mis historias, junco, las importantes. Y ahora que esos dos idénticos han vuelto, regresarás a casa, supongo.

¡No, Guiño! Durante aquel invierno yo había aprendido con él a hablar con verdad, y el peso y la ternura de lo que ahora decía no tenía respuesta. Me arrodillé a su lado y esperé. Pero no dijo más; siguió observando a la hormiga que iba y venía entre las hierbas como un hombre en la oscuridad.

—Dime qué he de hacer —dije al fin.

—No, no —respondió Guiño, como si hablara consigo mismo—. No... Supongo, sabes, que toda esa charla descabellada de que soy un santo, me ha afectado un poco. Bastante en todo caso como para que deseara contarte una historia que pudieras recordar, y repetir. Pero no es ninguna historia, sabes, no es más que «y entonces, y entonces, y entonces» hasta el infinito... Un santo, no. Si fuese un santo, no te diría, ahora, lo que tienes que hacer. Y como no soy un santo, no puedo decírtelo.

Pensé en Siete Manos, y en el día en fuimos a ver la Carretera. Me había dicho: «Si te propones ir a alguna parte, tienes que saber que llegarás. De algún modo, por algún camino». Pensé en Costura y Sin Luna, viviendo allí, en la casa del río, pero atados por fuertes cuerdas a Belaire. Pensé en Una Vez al Día. No: por más que Belaire me llamara, no podía regresar. Todavía no.

—Guiño —dije—, tú me dijiste, hablando de los cuatro hombres muertos, que si quería saber más tendría que preguntárselo a la Liga Larga, o a los ángeles.

—Ya no hay Liga, ni ángeles.

—La Lista de la doctora Botas es hija de la Liga. Y sabe cosas que la Liga sabía.

—Eso dicen ellos.

—Bueno —dije, y respiré hondo—. Entonces iré a preguntarles.

Guiño se quedó callado, y me miró, parpadeando como si acabara de advertir que yo estaba arrodillado junto a él, y se preguntara cómo había llegado allí.

—Tal vez —dije—, no llegue a ser un santo. Tal vez no. Pero aún quedan

historias por aprender, y por contar.

Me incliné y con un dedo abrí entre las hierbas un camino para la hormiga, que interrumpió sus ajetreos, desconcertada. Me pregunté si me echaría a llorar. Yo había querido ser un santo.

—Conozco el camino —dijo Guiño—. O lo conocí en un tiempo.

Lo miré. La cara morena se le arrugaba en los comienzos de una sonrisa. No había querido decirme lo que tenía que hacer; pero yo había elegido lo que él hubiera elegido para mí.

—Me pregunto, sin embargo, si te dirán lo que quieres saber.

—Había una chica —dije—, una chica de cuerda Susurro, que años atrás se fue de Belaire a vivir con ellas. Si pudiera encontrarla, ella me lo diría.

—¿Te lo diría?

No contesté. Lo ignoraba.

—Bueno —dijo Guiño—, escúchame y te diré cómo llegar hasta ellos. Eso es lo primero.

Yo no podía pensar al mismo tiempo en Belaire Pequeña, en Una Vez al Día y en las indicaciones que Guiño iba a darme. De modo que levanté un momento la mano, con la palma hacia Guiño, como hacen las comadres antes de escuchar un cuento, y traté de ser como un recipiente vacío. Guiño me explicó entonces cómo tenía que ir hasta donde habitaba la Lista; y me lo dijo de una forma que yo no podía olvidar, porque en cierto modo él era un santo: era mi santo.

Nos levantamos, y tomados del brazo fuimos hacia el prado deslumbrante salpicado de nuevas flores. Los mellizos corrieron a saludar al santo, y Guiño los acarició y rio entre dientes y fue otra vez el viejecito que ellos conocían. Y nos sentamos a conversar, y las cejas de Guiño bailaban arriba y abajo mientras se palmeaba las rodillas con las manos diminutas. Los mellizos nos dieron noticias de los túneles, lo poco que sabían. Guiño escuchaba y bostezaba al calor, y fin se tendió de espaldas sobre la barranca.

—Sí, allá todo sigue como antes... Sin cosas nuevas, y si las hubiera, uno no podría saberlo... bueno. Y entonces, y entonces, y entonces... Otra primavera y, además, ya hace calor... Tan pronto viene como se va...

Guiño se había dormido, con las manos debajo de la cabeza, y respiraba tranquilo en el cálido viento del sur.

Nos alejamos sin hacer ruido. Yo junté mis cosas, pero le dejé a Guiño mi hamaca de cordones: un regalo bien modesto.

—Esta noche llegaremos a la casa del río —dijo Retoño; y Pimpollo añadió—: Y mañana podrás estar en casa.

—No —dije—. No pienso volver. Pero iré con vosotros hasta el río. Allí buscaré la Carretera.

—Me pareció que ya no querías ser un santo —dijo Retoño.

—No sé nada de santos. —Habíamos llegado a la orilla del arroyo—. Pero decidí marcharme de casa y creo que tengo que quedarme afuera.

Cuando nos internábamos en el bosque volví la cabeza y alcancé ver a Guiño, durmiendo en el prado. Me pregunté si volvería a verlo.

Me pregunto si lo habré visto alguna vez.

# Septima Faceta

**A**l amanecer yo estaba en un cruce de la Carretera, dispersando a puntapiés las brasas rosadas del fuego de la noche. La Carretera se perdía hacia el sur en una región boscosa que resplandecía en la claridad de la mañana, y hacia el oeste apuntaba a tierras todavía nocturnas. Por encima de mi cabeza, apoyado en pilares inoxidables, había una señal verde que dominaba la Carretera y que crujía y oscilaba al viento. Tenía unas letras ininteligibles para mí, excepto las dos flechas de blanco manchado: una de ellas señalaba al sur, la otra el oeste. Levanté mi pequeño campamento y me encaminé al sur.

Por la tarde había llegado a la región de los bosques. La Carretera penetraba en la floresta; descendía por los barrancos con árboles corpulentos, y subía otra vez grácilmente en matorrales y arbustos que quebraban la superficie gris como la primavera resquebraja el hielo de un río. El movimiento líquido de las sombras arbóreas se derramaba sobre ella, y cuando crucé un arroyo que era como una herida profunda en el cemento, noté que entre las piedras que llevaba el agua había trozos de Carretera. ¿Y si algún día desapareciera del todo arrastrada por las aguas? Pensé en Guiño, cuando hablaba de la esfera angélica hecha trizas.

Siete días estuve en la floresta, espesa siempre, sin un solo claro, cada vez más frondosa y más antigua (aunque no tan antigua como Carretera). Era un sitio venerable, y se estaba bien allí; en todo caso era bueno recorrer la Carretera. La noche la transfiguraba; hacía pensar que mil años antes no había habido allí ningún bosque; quizá hasta había habido casas, o ciudades y ahora no había más que árboles, enormes e indiferentes, matorrales espesos e impasibles, sólo turbados por las alimañas. Pero aquí la Carretera ya no era para el hombre; y con el tiempo sería avasallada por la floresta. Los fuegos que yo encendía eran un agujero grande e informe en la oscuridad, y ahuyentaban a las alimañas, aunque yo oía ruidos; y las naciones de insectos cantaban toda la noche. Yo dormía en medio de esos cantos con un sueño liviano, y mis sueños eran como una vigilia y mis vigiliass como un sueño,

siempre poblados por aquellas máquinas incesantes.

Era como si la floresta me hubiera devorado, y yo hubiera olvidado que había vivido en otros sitios. Seguía teniendo miedo por las noches, pero eso parecía natural; durante el día caminaba volviendo la cabeza a los lados y sólo veía árboles. Hasta me detenía a hablar conmigo mismo (cosa que los del habla con verdad hacen constantemente, cuando están solos), y miraba alrededor, y la floresta me observaba. Me había convertido en parte de la floresta. Tanto, que cuando en una noche sin luna oí entre despierto y dormido que dos animales grandes se acercaban con pasos sigilosos, me limité a esperar, inmóvil, como una bestezuela acosada, alerta pero incapaz de despertarme del todo y gritar o escapar. Y los animales se alejaron.

Y a la mañana siguiente no estaba seguro de que hubiesen estado allí. Me senté a fumar a la luz del amanecer, preguntándome si tenía que sentirme agradecido por haberme salvado. La floresta me había convencido por completo de que no había otro hombre que yo en el mundo, y sólo cuando volví a oír unas voces humanas que cantaban comprendí que había sido un hombre quien había pasado junto a mí durante la noche. Los pájaros cuchicheaban entre ellos y hasta la luz del sol parecía caer tintineando, pero las voces humanas eran un sonido distinto, que reconocí en seguida entre los rumores de la floresta. Por una razón que recuerdo pero que no entiendo del todo, me escondí cuando oí que se acercaban por el camino que yo acababa de dejar. Me asomé entre los grandes helechos al borde de la Carretera, y los vi venir por la cinta ancha y grisácea. Pero no era un hombre, sino un gato, y luego dos, y luego tres: tres gatos enormes. Yo había visto gatos antes, caras tímidas y salvajes en los bosques, y uno o dos que vivían en Belaire y cazaban ratones y topos. Aquellos gatos no eran de la misma especie; no sólo porque eran grandes —erguidos sobre las patas traseras habrían tenido casi mi estatura— sino porque aquel andar pausado, sigiloso, era deliberado, y los ojos, luminosos como farolas, tenían una mirada tan observadora e inquisitiva, tan serena e inteligente. Yo había oído hablar de un gato semejante: el gato que había ido a Belaire con Oliva.

Me olfatearon, y siempre tranquilos y sigilosos se acercaron a mi escondite; por un momento tuve miedo, pero no parecían amenazantes, sólo interesados. Y de pronto Carretera abajo aparecieron quienes cantaban: diez o doce figuras de negro, con anchos sombreros negros que les oscurecían los rostros. Cuando advirtieron que los gatos habían visto entre los helechos algo que les interesaba, dejaron de cantar, y tan interesados como los gatos, fueron hacia mí. Yo me incorporé y salí a la Carretera. Ellos parecían más sorprendidos que yo, pues, claro está, era yo quien estaba buscándolos, aunque no esperaba encontrarlos tan pronto.

Los saludé cuando se reunieron alrededor de mí, y sonreí. Uno dijo:

—Es un muchacho de Belaire.

—¿Cómo fue que encontraste el campamento? —dijo otro.

—No sabía que lo había encontrado.

—¿Qué quieres de nosotros? ¿A qué has venido?

El tono apremiante y hostil me impedía responder; tartamudeé. El que había hablado primero, un hombre alto, largo de brazos y piernas, llegó hasta mí de una zancada y me tomó por el brazo, lo sujetó con fuerza y me miró fríamente a la cara.

—¿Qué eres? —dijo en voz baja y apremiante—. ¿Espía? ¿Mercader? No queremos nada con vosotros. ¿Nos has seguido? ¿Están los otros escondidos en los bosques?

Habían estrechado el círculo alrededor de mí, los rostros secretos e inexpresivos.

—He venido —dije—, a... a veros. En Belaire Pequeña no tratamos de este modo a los visitantes. No os seguí, venía delante de vosotros. No he venido con mala intención, y estoy solo. Muy solo.

Fue asombroso ver cómo callaban, perplejos, y empezaban a echarme miradas furtivas; pues yo, por supuesto, había hablado con verdad. Y con la fuerza de un golpe comprendí de pronto que ninguno de quienes me enfrentaban era del habla. Hasta era posible que Una Vez al Día, suponiendo que la encontrase, ya no fuera del habla; nadie a quien yo pudiera conocer, en centenares de kilómetros a la redonda, hablaba con verdad. Sentí que se me cerraba la garganta y empecé a sudar en el aire fresco.

Otro hombre de barba entrecana y movimientos tan gráciles como los del gato que estaba junto a él, se acercó a mí.

—Allá vosotros tenéis vuestros secretos —dijo—. Y sois cautelosos. Nosotros tenemos los nuestros. Este campamento es uno de esos secretos. Ante todo estamos sorprendidos.

—Bueno —dije yo—. Nada sé del campamento de que hablas, y si ahora siguiera mi camino, nunca podría volver a encontrarlo. Si queréis, eso es lo que haré.

No había más que decir. Ellos querían ir a ese campamento, y yo no quería perderlos de vista; ellos no querían llevarme, y no sabían cómo librarse de mí. Yo era un verdadero problema.

Los gatos, aburridos, habían echado a andar, y algunos de los hombres los habían seguido, como respondiendo a una llamada. El problema de qué hacer conmigo no estaba resuelto, pero los gatos parecían decidir en nombre de todos. El hombre alto me tomó de nuevo por el brazo, esta vez con menos fuerza, aunque me miraba aún con ojos sombríos, y echamos a andar Carretera abajo detrás de los gatos. (Muchas discusiones y titubeos eran zanjados de este nodo entre la gente de la Lista como supe más tarde: los gatos decidían).

A poco de andar, un ramal de Carretera se separó de la Carretera; descendía en una cuna pronunciada, quebrada por momentos y al parecer iba a perderse en los bosques; pero ya en el fondo del barranco se enderezaba de pronto y volvía a la

Carretera, que ahora corría en otra dirección, bajo un puente vestido de hiedras como con una larga túnica. Entonces comprendí que habíamos bordeado uno de esos saltos mortales que yo había visto en la Carretera tantos años atrás. Entre los árboles, el lomo ancho y encorvado se elevaba y descendía en círculos; era evidente que el bosque entero estaba cosido a la Carretera, si uno sabía verlo. ¿Adónde va? Le había preguntado yo a Siete Manos. A todas partes, había respondido él.

A esa altura abandonamos la Carretera, y unos bosques que me parecieron impenetrables, aunque había senderos ocultos, y así llegamos a un claro pequeño y pedregoso y allí, en el linde del claro, estaba el campamento: un edificio angélico, bajo y de techo plano y de amplias ventanas, ahora tapiadas con troncos. Delante había dos hileras de deterioradas estacas de metal, casi de la altura de un hombre que en otros tiempos habían sido máquinas, no pude imaginar de qué especie.

Junto a la puerta estaba sentado un hombre viejo y flaco, con un sombrero negro, que nos saludó sacudiendo lentamente un bastón. Ya los gatos lo habían encontrado, y se habían sentado al sol junto a él sacudiendo las colas y lamiéndose. El hombre alto que me aferraba el brazo me llevó delante del viejo, y me señaló.

—Se quedará afuera —dijo, y me miró. Yo me encogí de hombros y asentí, como si eso me pareciera correcto, y el hombre cruzó la puerta.

Le sonreí al viejo desde donde estaba, en el claro de piedra, y él me devolvió la sonrisa, sin mostrar sorpresa, ni aprensión, aunque era sin duda el guardián y el portero. Apoyado contra la pared lateral del edificio había un cubo grande de plástico, liso y brillante como la Garrafa de Guiño, sucio y cuarteado, pero de colores vivos, amarillo y rojo; y en un costado, pintada o estampada, la imagen de una concha marina. Empezaba a hacer calor en el sol; al fin me aventuré a acercarme y me senté con el viejo a la sombra del edificio.

Intercambiamos nuevas sonrisas. No era más el portero del edificio que las hileras de podridas máquinas angélicas que teníamos delante de nosotros.

—Años atrás... —dije.

—Sí, oh, sí —dijo él, asintiendo pensativo y mirando hacia arriba.

—Años atrás una muchacha vino a vosotros desde Belaire Pequeña. Una muchacha joven, se llamaba Una Vez al Día.

—Nadando —dijo el viejo.

Al oír eso ya no supe qué decir. Tal vez el viejo deliraba.

Esperé un rato y empecé otra vez.

—Esa muchacha —dije vino aquí, quiero decir quizás no aquí, pero vino a vivir con vosotros... Bueno... preguntaré a los demás.

—No ha vuelto todavía —dijo el viejo—. ¿Todavía ha vuelto?

—No ha vuelto todavía...

—Fue al lago del bosque, hace un rato. ¿Hablas de ella?

—No sé, yo...

El viejo me miró como si me estuviera comportando de una manera extraña.

—Salió anoche a encontraros —dijo— cuando Brom supo que estabais cerca. ¿No es así? Y volvió temprano esta mañana, después de veros. Luego se fue a dormir. Ahora está en el lago. Me parece.

Creía que yo había venido con los otros, desde lejos. Y que la había visto... Y la había visto, sí: entre la vigilia y el sueño; dos habían pasado junto a mí. Un hombre y alguien más, que sin duda era un gato. Me levanté de un salto, alarmando al viejo.

—¿Dónde está ese lago? —dije en voz alta.

Él señaló un claro en el bosque, que mostraba un sendero.

Tan grande como es el mundo, tan pocos como somos, y que ella pasara junto armen la oscuridad de la floresta y yo no lo hubiera sabido. Yo corría por el bosque como al encuentro de un amigo perdido tiempo atrás, pero de pronto pensé que quizá no tendría que correr hacia ella: quizá no era ella a quien yo conocía, quizá ni siquiera me reconociese, por qué estoy aquí, para qué, y yo, sin embargo, seguía corriendo. El sendero subía casi en vertical por una loma de rocas musgosas; del otro lado podía oír las cascadas de agua. Trepé, resbalando en el musgo, y llegué gateando a la cresta, y miré hacia abajo.

Un lago de aguas profundas y rizadas con hojas a la deriva. Una pequeña cascada que se vertía en el lago, saltando y repicando; alrededor, las rocas húmedas y brillantes, negras, verdes y bronceadas. Y a la orilla del lago, una muchacha que bebía arrodillada, con las manos bajo el agua límpida y los pechos rozando la superficie. Al lado, bebiendo también, había un gran gato blanco con manchas negras. Él me había oído y cuando alzó la cabeza y me miró, el agua le resbaló por la blanca barbilla. Ella notó que el gato me miraba, y alzó también la cabeza, enjugándose con las manos la boca y los pechos. Pareció que iba a sonreír brevemente con la boca abierta, y, en seguida, la cara se le inmovilizó, alerta como la de un gato, y observó cómo yo bajaba con cuidado por las rocas hasta la orilla opuesta del agua.

Pero esta no es ella, pensé; la chica que yo había conocido no tenía pechos; las aureolas oscuras eran entonces como bocas cerradas, como capullos sin abrir. La cabellera espesa era ahora negra, y los ojos muy azules; las cejas arqueadas hacia abajo le daban una expresión de hosquedad; pero no era ella. Habían pasado seis primaveras; en mi cara apuntaba una barba. Yo no era yo.

—Una Vez al Día —dije, a la orilla del lago poniendo las manos sobre las rocas mojadas, como ella.

Ella no dejaba de mirarme, y una vez más le asomó a los labios la sonrisa que yo había visto desde arriba, pero ahora, de cerca, pude oír el breve jadeo, y cuando vi que el gato junto a ella también sonreía. Comprendí que la de ella era una sonrisa de

gata, una sonrisa que mostraba los dientes con un bufido de desdén.

No sabía qué decirle. El gato se había mostrado sin reticencias y ella se había mostrado como el gato. Me saqué a tirones el pantalón y la camisa y entré en el agua helada. Ella me observaba, inmóvil; en dos largas brazadas, llegué a la otra orilla y toqué las rocas, a los pies de ella. En ese momento ella se levantó y retrocedió, como si temiera que yo fuese a tocarla. El gato, cuando salió del agua con el cuerpo entumecido y chorreante, dio media vuelta y se fue en silencio.

Y entonces ella, abandonada y perseguida, dio también media vuelta y sin decir una palabra corrió alejándose de mí.

La llamé a gritos, y estuve a punto de seguirla, pero de pronto entendí que eso sería lo peor que yo podía hacer. Me senté donde ella había estado, viendo cómo se secaban y borraban de la piedra las huellas mojadas de los pies, y escuché: el bosque estaba callado; ella no había ido muy lejos. No había nada que yo pudiera hacer excepto hablar.

No recuerdo lo que dije, pero dije mi nombre, y volví a decirlo, le dije cómo había venido desde lejos, y cuánto me había sorprendido que ella hubiera pasado junto a mí en la noche.

—He andado más millas de las que me creía capaz —dije—, y no tengo ningún otro regalo para ofrecerte, pero en cambio todo lo que quieras... —Le dije que le recordaba a menudo, que pensaba en ella en la primavera, que había pensado en ella esa primavera después de pasar el invierno en un árbol y que el pensamiento me había hecho llorar; pero, dije—, no te he seguido, no te he perseguido, no, por el Dinero que me diste dije que no lo haría, y no lo hice; pero había historias que quería escuchar, secretos que aprendí de un santo, Una Vez al Día, un santo con quien viví, secretos de los que quería saber algo más; tú tienes la culpa, por haberme puesto en un sendero del que no he conseguido apartarme, y al menos podrías llamarme por mi nombre, para que yo sepa que eres la chica que recuerdo, porque...

Estaba ante mí. Se había puesto una túnica de negro aterciopelado, adornada de estrellas, negra como sus cabellos.

—Junco que Habla —dijo, mirándome intensamente a los ojos, pero como sonámbula, viendo otra cosa, algo que no era yo—. ¿Cómo pensabas en mí cuando yo no estaba?

Ha hablado con verdad, me dije, tuve esa esperanza, pero el de ella era un lenguaje enmascarado, oculto detrás de una cara inexpresiva, como la de un gato o como los rostros secretos e inexpresivos de quienes me habían descubierto en los bosques.

—¿Tú nunca pensabas en mí?

El gato volvió de los bosques, cauteloso, y pasó junto a nosotros.

—Brom —dijo ella, no como si lo llamara sino sólo como si dijese el nombre. El

gato nos miró un instante de reojo, y se alejó por un sendero que subía al campamento. Ella lo observó un rato, y luego fue detrás de él—. Vamos entonces... —y todos los años entre ahora y el primer día que la había visto se llegaron de pronto y desaparecieron, pues ella me había dicho esas mismas palabras cuando la había seguido hasta el cuarto de Pintada de Rojo, cuando teníamos los dos siete años, como si yo necesitara que me protegiese, y ella tuviera que ceder, de mala gana.

No me preguntó cómo había llegado hasta allí, así que se lo dije.

—¿Eres un prisionero? —me dijo.

—Eso creo —respondí.

—Está bien.

Algo más, no sólo años habían pasado por Una Vez al Día, no sólo una máscara que disfrazaba el habla. La chica que me había besado el día que le mostré una familia de zorros, la que se acostara conmigo como Oliva se acostaba con el Pequeño San Roy, va no existía, se había desvanecido para siempre. Y a mí no me importaba, no me importaba para nada, nada me importaba mientras pudiera seguir a esa muchacha que había encontrado ahora, a esa muchacha de la túnica negra tachonada de estrellas, para siempre.

# Octava Faceta

**A**l anochecer, sentado entre ellos reunidos en asamblea, no dejaba de observarlos, aunque estaban tranquilos, con las espaldas apoyadas contra las paredes del campamento en la creciente oscuridad. No era en verdad una discusión acalorada.

—Podríamos atarlo a un árbol —propuso uno de ellos, moviendo las dos manos en círculo como si estuviera atándome y luego apalearlo hasta que muera.

—¿Sí? —dijo el hombre más anciano, el de la barba entrecana—. ¿Y si no se queda quieto mientras lo atamos y apaleamos?

—No me quedaría quieto —dije yo.

—Lo sujetaríamos —dijo el primero. Usa la cabeza.

Una Vez al Día sentada lejos de mí, con Brom, miraba una a una las caras de los hombres a medida que hablaban, indiferente al parecer. Yo nunca podría escapar a través del bosque.

—Si tuviéramos un cuchillo —dijo otro, bostezando—, le cortaríamos la lengua. Así no podría hablar.

—¿Eres tú quien se la va a cortar? —dijo Una Vez al Día, y cuando el hombre no respondió, sacudió la cabeza con desdén.

—De todos modos, no tenemos ningún cuchillo —dijo el hombre, no demasiado amilanado.

—Tenían miedo, sabes, miedo de que yo regresara y dijera a todos dónde estaba el campamento, y fueran a invadirlos o a robarles; había ladrones todavía; no tenían por qué confiar en mí. Simplemente, no sabían qué hacer.

—Si fuéramos bondadosos con él —dijo Una Vez al Día—. Y si le diéramos cosas.

—Sí, sí —dijo una voz, alguien ahora perdido en las sombras—, y un día se siente oscuro, ¿y de qué sirve entonces toda la bondad?

—Él no es así —dijo ella con una voz apagada.

Y durante un largo rato nadie dijo nada más. Yo me sobresalté cuando alguien se

levantó de pronto cerca de la puerta; era el viejo portero: entró, volvió a salir un momento después, empujando delante de él una esfera de luz blanca, fría y brillante, y cuando la soltó flotó como una semilla de cardo, iluminando con un leve resplandor a los hombres y mujeres allí reunidos. Yo estaba abstraído, pensando en mi suerte, pero cuando el viejo soltó la Luz, y la Luz flotó, me acordé de Oliva y de la luna llena; miré a Brom y a los otros gatos que estaban allí, que me observaban con el mismo franco candor de quienes discutían si me apalearían o no hasta que muriese. Y de cuando en cuando Oliva murmuraba al oído del Pequeño San Roy unos terribles secretos.

—Tengo una idea —dije, procurando que no me temblara la voz—. Supongamos que no quiera irme. —Todos me miraron con la misma afable indulgencia con que se escucharán unos a otros—. Supongamos que me quede con vosotros y no regrese nunca más. Podría ser útil, llevar y traer cosas. Y luego envejecería y moriría de muerte natural; y vuestro secreto quedaría a salvo. —Permanecieron tranquilos, pero no como si estuviesen pensando: parecía que no me hubiesen oído—. Soy fuerte, y sé muchas cosas. Sé muchas historias. No quiero irme.

Ellos me miraron, y miraron la Luz que se movía levemente junto con la brisa. Por último, un hombre joven se inclinó hacia delante y dijo:

—Yo sé una historia. —Y la contó.

Así fue como pasé esa noche entre Brom y Una Vez al Día, sin dormir, aunque ellos se durmieron casi al instante. No habían vuelto a hablar de apalearme o mutilarme; no se dijo nada más, excepto la historia, y al final sonreí como los otros, aunque no la había entendido.

Y no mucho después de dormirme, antes del alba, ella me despertó.

—Los gatos están en camino —me dijo, el rostro sombrío y extraño.

Por un momento no recordé quién era. Me levanté, trastabillando, tiritando de frío, y fumé un poco con ella, y bebí algo caliente que me ofreció en un tazón; sabía a flores marchitas. De cualquier modo calmó mis temblores, eso y un largo capote negro que ella me dio, riendo cuando me lo puse. También los otros se rieron, cuando me vieron con ese disfraz. En aquella larga noche, mientras mis miedos se disipaban, aprendí algo: que los del habla con verdad no necesitan ser valientes, pues siempre saben qué pasa por las cabezas de los otros. Y sólo porque ellos no habían hablado como yo, les había tenido miedo, cuando en realidad no querían hacerme daño. Era la primera vez en mi vida que había tenido miedo de los hombres, y comprendí que en adelante iba a ocurrirme con frecuencia —el miedo, la confusión, la incertidumbre—, y que tendría que ser valiente. Y pensar que en la madriguera, donde la gente moría en paz y de vejez, nada sabían de todo eso.

Los gatos estaban en camino, era hora de partir. Hubo algunas discusiones acerca de quién llevaría qué cosa, entre las que habían empacado la víspera; yo cargué sobre

los hombros un gran envoltorio negro y brillante cuyos crujidos me permitieron adivinar que era una carga de pan seco, suficiente para muchos durante todo un año. Parecía justo que yo cargara con él. Y nos pusimos en marcha por la Carretera silenciosa y oscura, en una larga hilera, los gatos borrosos a la distancia mientras a la izquierda el cielo brillaba detrás del bosque.

Cuando el sol llegó al cenit y los gatos se cansaron de caminar, buscamos un sitio donde pasar el resto del día, dormir y holgazanear con ellos hasta que cayera la noche, cuando se sentirían inquietos y querrían echar a andar otra vez. En un prado de montaña donde entre los pinos y los abedules oscuros crecían unas altas hierbas plumosas, Una Vez al Día y yo, tendidos boca abajo y con las cabezas muy juntas, rompíamos las cápsulas de los granos de juncia y mascábamos las puntas dulces.

—Cuando yo era chico —dije—, pensaba que me iría de Belaire en busca de las cosas que habíamos perdido, y que las llevaría de vuelta para guardarlas en los arcones tallados...

—¿Qué encontraste?

—Nada.

—Oh.

—Encontré un santo, sin embargo; un santo en un árbol. Y pensaba quedarme a vivir con él, y aprender a ser santo también yo. Y lo hice.

—¿Eres un santo?

—No.

—Bueno —dijo ella sonriendo, con la hierba entre los dientes—. Eso es una historia.

Me reí. Por primera vez desde que había vuelto a encontrarla, Una Vez al Día era la chica que yo había conocido en la madriguera.

—Y él te dijo que vinieras aquí a buscarnos.

—No. Hubo una historia, una historia que tú empezaste, de cuatro hombres muertos... —Una nube le ensombreció la cara, y desvió los ojos—. Y mi santo decía que la Liga conocía esa historia. Pero no vine por eso.

—¿Por qué?

—Vine a buscarte. —Yo mismo no lo había sabido, no lo supe hasta que la vi en la laguna; pero luego todas las otras razones ya no eran ninguna razón. Arranqué otra juncia, con un crujido de la cápsula fibrosa. ¿Por qué estarán hechos así, me pregunté, en segmentos que se unen tan perfectamente? Hinqué los dientes en la semilla dulce—. Yo solía pensar, en Belaire, que tal vez te habías ido a vivir con la Lista, y que no te habías sentido bien, y que una primavera te llevarían de vuelta, muerta. De nostalgia. Hasta veía la cara que tendrías, pálida y triste.

—Claro que me morí —dijo—. Fue fácil.

Mi expresión de desconcierto hubo de haber sido cómica, pues ella se rio, con una

risa grave, complacida; adelantándose sobre los codos, acercó su carga la mía, arrancó de un tirón la hierba de entre mis dientes, y me besó con los ojos y la boca abiertos.

—Me gusta que hayas pensado en mí —dijo—. Me apena que estuvieses oscuro.

No entendí lo que quería decir.

Tú pensabas en mí —dije—. Tienes que haber pensado.

—Quizá —dijo—. Pero luego me olvidaba.

El gato Brom junto a ella mostró todos sus dientes afilados en un enorme bostezo, la lengua áspera se le arqueó en la boca y bizqueó; ella apoyó la cabeza sobre las manos, como lo había hecho el gato.

—Me gusta —dijo; y se quedó dormida.

Aquel viaje duró muchos días, mañanas y noches de largas caminatas, e intervalos de ocio, calurosos, en que dormíamos. Mientras caminaba, la Lista entonaba un interminable canturreo que al principio no tenía para mí ningún sentido, pero que pronto llegó a interesarme. Empecé a distinguir quienes tenían mejor voz y estaba atento a que empezaran a cantar. Me di cuenta de que el canto era para ellos un modo de aligerar una carga; como el segundo de los Cuatro Potes, el que yo había usado: estiraba tanto el tiempo que al fin se desvanecía, y las millas iban quedando atrás sin darnos cuenta. Y no dejaron de cantar hasta un amanecer, cuando llegamos a una gran telaraña en la Carretera, donde unos enormes cuellos y hombros de cemento sostenían las calaveras vacías de unos altos edificios ruinosos, de los que el vidrio y el plástico habían sido arrancados hacía cientos de años; estaban llegando a casa, despertando del sueño del movimiento.

Esta vez no se detuvieron cuando el sol llegó al cenit, por el contrario, apresuraron la marcha, señalándose uno a otro los mojones que veían, ruinas grandes o pequeñas en la selva; y desde una curva ancha y amplia de la Carretera, con gritos de júbilo, vieron el hogar. Una Vez al Día me lo señaló. Yo alcancé a distinguir, a lo lejos, un rectángulo negro, tan negro que era como un agujero recortado en el mediodía.

—¿Qué es? —pregunté.

—El paso-muralla —dijo ella—. ¡Vamos!

Abandonamos la Carretera por un ramal de cemento y salimos de repente a una de esas espaciosas plazas desnudas, vastas y resquebrajadas, ventosas, inútiles, como si los ángeles hubieran querido demostrar allí cuánto terreno podían cubrir de piedra todo a la vez. Había edificios alrededor de la plaza, algunos ruinosos, otros intactos; uno de ellos tenía un color azul anaranjado, como el primero de los Cuatro Potes, y un pequeño campanario encima. El edificio más grande, en el centro, se alzaba desde el suelo con unas enormes costillas arqueadas; y allí, ocupando casi todo el frontispicio, estaba el rectángulo negro. Las hiedras que cubrían el edificio como una

barba enmarañada no crecían en esa negrura, y la luz del sol no lo iluminaba; era como una ausencia. Yo bizqueaba mirándolo.

Había otros, gatos y gente, que salían de los edificios saludándonos y dando gritos; y una mujer anciana, una cabeza más alta que yo, avanzaba a grandes pasos delante de la gente, mientras una enorme gata atigrada se le restregaba contra las faldas. Los Brazos largos sostenían un cayado. Pero caminaba como si no lo necesitase; llamó por señas a Una Vez al Día y la abrazó con una carcajada. Una Vez al Día la tomó por los hombros y dijo un nombre que sonó como un suspiro: Zhinsinura. Los ojos de la vieja se posaron en mí, y me apuntó con el cayado.

—¿Y dónde lo encontraste? —le preguntó a Una Vez al Día, siempre bajo el brazo de ella—. ¿O lo ha enviado Oliva Pelogris, a anunciarnos que estamos todos muertos?

Riendo, Una Vez al Día se acurrucó entre los brazos de la vieja, pero no contestó.

—He venido a quedarme —dije en alta voz—. Y Oliva está muerta desde hace muchas vidas. La mujer se rio.

—Traes carga —dijo—. Pan, ¿verdad? Ven, déjalo aquí; lo probaremos. Si en este momento yo estuviese oscura, te preguntaría algo. Que te quedes es una cosa, pero... bienvenido de todos modos a Ciudad Servicio. Alzó el cayado y señaló alrededor los edificios que se alzaban en la plaza de piedra.

Me rodeó los hombros con un brazo tan vigoroso como el del hombre barbado que me había sujetado en la selva, y echamos a andar, juntos, hacia el agujero negro que Una Vez al Día llamaba el paso-muralla. Los largos trancos de Zhinsinura nos llevaban en línea recta hacia el agujero, y aunque yo trataba de apartarme, ella me sujetaba con fuerza; y así se seguimos hasta que el agujero se alzó sobre nosotros, fantasmal y amenazante, una oquedad impenetrable y vertiginosa. En un momento sentí un miedo ilimitado: si entrábamos allí nos perderíamos en la negrura, ciegos; y de pronto tropezamos con él. O no tropezamos: hubo un instante en el que sentí como el crujido de un nudillo, todo dentro de mí... y ya estábamos en el agujero, no en la oscuridad sino en el recinto más grande que yo hubiese conocido; vasto, resplandeciente de luz; como si yo tuviera una gota de lluvia en los cristales de mis gafas, la luz centelleaba de un modo raro, refractándose en todas partes y en ninguna. Volví la cabeza hacia el muro negro que acababa de atravesar y me encontré mirando afuera. ¡Paso-muralla!

Y yo miraba asombrado la estancia que el muro negro iluminaba, la casa que albergaba a la Lista de la doctora Botas. Zhinsinura se alejó con Una Vez al Día por el suelo de losas blancas y negras, con tacones que repiqueteaban y voces que reverberaban, pues el recinto subía y subía hasta las costillas metálicas de la bóveda. En aquella gigantesca caja de resonancia, tan distinta del interior de los túneles, donde los cuartos se apiñaban como las celdas de una colmena, había gente como

para ocupar toda una ciudad. En el fondo del salón una gran repisa sobresaliente era como una segunda planta, a la que se llegaba por un tramo de escaleras sostenido en el aire desde el techo por medio de maromas; la gente, sentada en el borde de la repisa y en los escalones con las piernas colgando, hablaba a gritos con los que estaban en la planta baja; los recién llegados apilaban las mercancías y se sentaban sobre ellas, conversando con los amigos que los besaban, mientras los niños iban y venían por el embaldosado trayendo bebidas. Nubes de humo de pan se elevaban de los grupos de visitantes, y los grandes gatos olisqueaban el aire y maullaban. Todo el recinto bullía y zumbaba con el farfulleo de la antigua lengua de la Lista (si bien algunos callaban de repente cuando se volvían a mirarme) y nadie parecía sorprendido por haber transpuesto el umbral de la Noche y encontrarse en un palacio de tesoros angélicos.

Porque eso era. Una Vez al Día corrió hacia mí por el piso, esquivando a los amigos que le tendían las manos. Y me llevó al centro de aquella barahúnda.

Todo a lo largo de las extensas paredes laterales había arcas y arcones y armarios angélicos; algunos me llegaban a la cintura y eran de plástico blanco y brillante, otros eran altos, con puertas engoznadas de cristal, y todos contruidos en plata angélica; había tantos que el duro resplandor de las superficies parecía reducir la temperatura del salón, enfriarlo. Algunos de los arcones bajos y abiertos tenían espejos encima, inclinados de tal modo que parecían multiplicar lo que había dentro... Sólo a los ángeles se les podía haber ocurrido...

Una Vez al Día corría de uno a otro de aquellos arcones y armarios mostrándome los objetos de los que me había hablado, «y aquí está esto y aquello de que te hablé y aquí está aquello de que te hablé», y tenía los ojos grandes y brillantes y estaba contenta y yo la amaba. Me llevó de la mano a ver los grandes cuadros adosados a lo largo de las paredes por encima de los arcones; aunque eran tan grandes que yo no hubiera podido dejar de verlos, ella sentía la necesidad de mostrármelos, y me los señalaba. Los colores de aquellos cuadros parecían tan brillantes como el día en que los ángeles los pintaron: uno representaba zanahorias, remolachas y alubias; en otro había huevos y unas botellas blancas; uno era una vaca, que sonreía como un hombre, lo que era ridículo. Mientras estaba allí, en actitud solemne, señalando la vaca, Una Vez al Día vio a alguien, y dijo en voz baja:

—Zher.

Era un hombre. Un muchacho de pelo rubio, de nariz rosada y hombros tostados por el sol, estaba sentado en un círculo de gentes casi todas mayores, que parecían mantenerse a cierta distancia, aunque le sonreían, y de vez en cuando uno se aproximaba para acariciarle el brazo o tocarlo. Una Vez al Día fue hasta ellos. El muchacho, Zher, alzó los ojos y la miró, a ella a quien conocía, y me miró a mí, que era un extraño, y la mirada fue la misma en las dos ocasiones. Una Vez al Día entró

en el círculo y se arrodilló delante del muchacho; él la miró, con ojos inquisitivos, pero como si no buscaran nada. Ella le acarició la cara y las manos, y le besó la mejilla, y sin una palabra volvió y se sentó conmigo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Zher —dijo ella—. Este año llega a la mayoría de edad, y hoy ha recibido la primera carta de la doctora Botas.

—¿Qué es eso?

—Es una carta. De la doctora Botas.

—¿Por qué está desnudo?

—Porque quiere.

Zher sonrió apenas, y luego un poco más; parecía haber una risa dentro de él, y los que estaban alrededor también sonrieron, y se miraron unos a otros, y miraron a Zher, y él al fin se rio, y todos rieron con él. En alguna parte alguien dejó caer algo que resonó, ¡bum!, y las orejas de todos los gatos se enderezaron, y la cabeza de Zher se movió en redondo con los ojos muy abiertos.

—¿Tú también recibiste esa carta de la doctora Botas? —pregunté.

—Sí. Cada mes de mayo desde que cumplí la edad de él, la primera en el verano después que vine aquí; y justo antes de partir para el campamento, cuando te encontré.

—¿Fue así para ti cuando recibiste esa carta?

—Sí. Exactamente igual. Me sentí así.

—¿Estabas callada? ¿Tienes que estarlo?

—No necesariamente. Estás ahí, nada más, sobre todo después de la primera. No tienes nada que decir. Todo está dado. Todo es como tiene que ser. Si hablas, es sólo... sólo para divertirte. Sólo por hacer algo.

—Cuando hablas conmigo... ¿es así como hablas?

Una Vez al Día se alisó con la mano el pelo negro y no me contestó, y yo no me atreví a insistir. En el salón caía la tarde; el centelleo azul de la luz del día se transformaba en un oro polvoriento.

—¿No es hermoso Zher? —dijo.

—Sí.

—Hermoso.

—Sí.

A la puesta del sol comenzaron los cantos, iniciados por el ronroneo de algún gato, Brom o la bestia atigrada de Zhinsinura, y continuados luego por uno de los gritos, y luego otro: risitas y zumbidos y gruñidos, leves y apagados, todas las voces ronroneando, abriéndose paso en la algarabía, y callando una a una a medida que la noche avanzaba, y el acento agudo y triste de Una Vez al Día casi prolongado hasta el final, hasta que todos enmudecieron. Y las Luces se apagaron.

Tal vez los ángeles supieran cómo oscurecer aquellos globos fríos durante el día; la Lista los guarda en bolsas negras, y los saca por la noche. Las Luces eran muchas, pero aun así, en el vasto recinto había recovecos y rincones oscuros. Ninguno de los que estaban alrededor de Zher se movió para acercarle una Luz, y pude ver en la penumbra que el cuerpo claro le brillaba como si tuviera dentro una lámpara encendida.

# EL TERCER CRISTAL



UNA CARTA DE LA DOCTORA BOTAS

# Primera Faceta

—**Y**espera hasta que lo haya insertado.  
—¿Qué? ¿Tengo que empezar de nuevo?

—No. Está bien. Este es el segundo cristal: mira cómo es de pequeño; sin embargo, todo está ahí: Guiño y Retoño y Pimpollo; toda esa parte.

—¿Cuántos más? El sol se está poniendo. Mira las nubes, allá abajo: rosadas y amarillas.

—El tercero es casi siempre el último.

—Ángel... dime ahora...

—No. Todavía no. Dime: ¿qué pasó al día siguiente, en Ciudad Servicio?

Bueno, esa noche dormimos; ella me llevó arriba, por la amplia escalera que conducía a la gran plataforma en la parte posterior del recinto. El entresuelo, la llamaban (la Lista conocía palabras semejantes, palabras que caían en el suelo de piedra ángel y repicaban como monedas antiguas; entre suelo). Allí, habían preparado alcobas, cerradas por cortinados y paredes bajas, que me recordaron un poco la madriguera. Una Vez al Día encontró un nicho vacío, con pilas de cojines, y allí nos acostamos, ella hablando sin cesar como para empujarme a los brazos de la Lista a fuerza de historias, hasta que los bostezos no la dejaron seguir hablando. Se sentía tan feliz de estar allí, y yo estaba tan contento con ella viéndola feliz, que era como el dolor de un sentimiento indescriptible...

—Oh, doctora Botas... los haces... no, les permites que sean... ¡tan felices, tan pocas veces!

La Lista de la doctora Botas puede hacer algo que yo nunca pude, y que Una Vez al Día había aprendido en los años que pasó con ellos: duermen siestas cortas, como los gatos. Una Vez al Día dormía un rato y pasaba despierta otro rato igual, y dormía un poco más y despertaba otra vez. Durante toda aquea noche sentí que ella se levantaba y se iba y volvía a observarme, esperando impaciente a que yo acabara de dormir; pero yo estaba hundido en pesadillas profundas, los sueños de alguien que

duerme en una casa extraña. Cuando al fin desperté, fue con un grito que me arrancó de golpe de no sé qué aventura; me quedé acostado con los ojos clavados en el vacío, tratando de recordar dónde estaba. Salí a tropezones de atrás de las cortinas y me encontré en el borde mismo del entresuelo, contemplando el enorme salón a la luz de una mañana clara que el paso-muralla teñía de un delicado azul. Una Vez al Día estaba allí de pie, encorvada y con las manos sobre las rodillas, junto a un hombre moreno, menudo y enjuto, que estaba sentado y sostenía una bola azul de cristal transparente, haciéndola girar para que la luz la atravesara. Mordisqueaba una minúscula pipa de madera de la que se elevaba una cinta de humo blanco.

Cuando llegué hasta ellos, tropezando con los grupos que se quedaban callados cuando yo les sonreía, vi en la muñeca del hombre moreno el brazalete de gemas azules que Una Vez al Día le había dado el día del trueque en Belaire Pequeña. Se llamaba Houd, pero cuando él lo decía parecía tan leve, largo e indecible como el suspiro de un gato. Otros se reunieron alrededor, y todos observaban mi trenza y mis gafas con la misma franca curiosidad que los gatos, y mi desconocimiento de la Doctora Botas y la Lista los dejaba perplejos; y yo, aunque conocía las palabras, no entendía mucho de lo que decían. Afuera en la mañana, Brom, el gato blanco y negro, se paseaba por la ancha plaza de piedra, y Una Vez al Día y los otros se volvieron a observarme mientras yo hacía lo que tenía que hacer, va que el paso muralla era una novedad para mí: intenté cruzarlo y salir. No funciona en esa dirección; llegué muy cerca de él (siempre exhalaba un aliento caliente, un olor metálico), pero... no, en esa dirección no funciona. Miré a los otros, y todos sonreían con la misma sonrisa.

—No funciona en esa dirección —dijo Houd desde su pipa, y Una Vez al Día se acercó y tironeó de mí.

—Es de una sola dirección —dijo riendo—. ¿No te das cuenta? Sólo una.

Me tomó de la mano, cruzamos el embaldosado blanco y negro del salón y salimos por las pesadas puertas de cristal alineadas todo a lo largo de la pared de atrás para volver hasta la fachada. A la luz natural del día, y precipitarnos de cabeza contra la piedra, con Brom junto a nosotros, y ahogarnos en aquella negrura ilimitada, pero por supuesto no nos ahogamos, y ya estábamos otra vez dentro, jadeando y abrazándonos.

—Una dirección —dijo—, ¡sólo una! Yo lo he aprendido, lo he aprendido; todo tiene una sola dirección, ¿no te das cuenta?

Y me pareció que el hombre moreno, Houd, me observaba para ver si yo había oído todo lo que ella había dicho; y yo supe que no.

Hay otras cosas que quienes no conocen el paso-muralla tienen que hacer: yo intenté meter el brazo y retirarlo enseguida.

Nunca más volví a intentarlo.

En Belaire Pequeña decíamos un mes como podíamos decir un minuto o una

milla: para los ángeles esas palabras significaban cosas exactas, y cada mes y cada minuto y cada milla tenían siempre la misma extensión. Para nosotros significan simplemente mucho o poco, depende. Y también para la Lista, los minutos y las millas, aunque ellos saben cuánto dura un mes. Lo cuentan en días, treinta o uno más o uno menos hacen un mes, doce meses hacen un año, y vuelves otra vez al comienzo; y por una razón que ellos me explicaron pero que no puedo recordar, cada cuatro años agregan un día invernal que no tiene número.

Para mí, el nombre de un mes es el nombre de una estación. He conocido años con dos marzos y ningún abril, o en los que octubre llegaba en pleno septiembre; pero el calendario de la Lista me fascinaba, porque no sólo contaba los días por cualquier razón que uno quisiera contarlos: incluía también las doce estaciones.

Al edificio del tejado naranja y la torrecilla blanca lo llamaban Veintiocho Aromas, y era allí donde preparaban la mayor parte de las medicinas y pociones que los han hecho famosos. Una Vez al Día me llevó allí, y nos sentamos a una mesa pequeña puesta entre dos asientos, íntima en la penumbra (Veintiocho Aromas había tenido en otros tiempos ventanales de cristal, pero casi todos se habían roto y los habían tapado con ramas y plástico). Había muchas mesas semejantes a la nuestra, de madera falsa, con vetas y todo, y sin ninguna raspadura en quién sabe cuántos siglos.

Sobre la mesa había una hermosa caja, como las que la Lista confecciona para guardar objetos preciosos, y Una Vez al Día, con un celo reverente, le quitó la tara.

—El calendario —dijo.

Dentro de la caja había dos pilas de láminas cuadradas y brillantes, una pila mostraba la cara y la otra el reverso; más o menos de este tamaño: dos manos hubieran bastado para cubrirlas. La lámina superior, con la cara hacia arriba, mostraba una escena, y debajo de la escena había hileras de cuadrados, un poco como las palabras crósticas de Guiño. En la escena había dos niños, más jóvenes que Una Vez al Día en nuestro primer junio, en medio de un prado todo cubierto de pálidas flores azules que los niños juntaban con rostros absortos y apacibles. El chico llevaba un pantalón corto, ella un vestido minúsculo del mismo azul de las flores.

Una Vez al Día tocó una palabra negra debajo de la imagen.

—Junio —dijo.

Había una piedrecita, untada con resina de pino en un cuadrado al pie de la figura; ella la quitó y la movió al cuadrado siguiente. Diez días de junio. La campana que pendía en el frente del paso-muralla tañó cuatro veces, clara en la penumbra, y fuimos al gran salón para la velada.

Cuando pasaron veinte días, y la piedra hubo recorrido todos los cuadrados, volvimos a los Veintiocho Sabores. Ese día había otros mirando, y estaban allí al calor mientras las grandes manos de Zhinsinura pasaban la lámina de junio a la otra pila cara abajo, y mostraba la siguiente. Todos suspiraron satisfechos, aaaah.

Esa escena me hizo saber, y reí al saberlo, que los ángeles, por extraños y antiguos que fuesen, eran hombres, y sabían lo que saben los hombres. Los mismos niños, ella siempre de vestido azul, yacían sobre unas hierbas verdes, más oscuras que las de junio, blanqueadas en los largos días de calor, y contemplaban un cielo en el que se apilaban unas grandes nubes cambiantes, las ciudades del cielo. Pero lo que me hizo reír: las hierbas y ellos estaban en lo alto del cuadro, y miraban abajo las nubes que flotaban: y eso es lo que te pasa en verano, cuando miras las nubes.

—Julio —dijo Una Vez al Día. Sonó la campana de la tarde.

En julio fuimos juntos a buscar cosas, plantas y piedras y tierra y hongos que la Lista emplea para hacer medicinas; y cuando nos cansábamos de buscar, nos tendíamos a contemplar las nubes.

—¿Qué significa oscuro y claro? —pregunté—. ¿Por qué dices de alguien que está oscuro, y otras veces que está claro?

Ella no contestó; apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos.

—¿Es un juego? —pregunté—. Recuerdo lo que decía el Pequeño San Roy, a propósito de Oliva, que cuando estaba oscura era muy oscura, oscurísima, y cuando estaba clara era más clara que el aire.

Ella soltó una risa que le hizo temblar el vientre chato.

—Sabía eso —dijo.

—¿Qué quiso decir?

Por un momento ella siguió allí, tendida y silenciosa, y de pronto se levantó sobre un codo y me miró.

—¿Cuándo piensas regresar a Belaire Pequeña? —dijo.

El nombre me sonó raro; era la primera vez que se lo oía decir y sonaba como un lugar imposiblemente remoto.

—No pienso regresar —dije, prometí que no lo haría.

—Oh, ellos lo han olvidado. Si te fueras, no le importaría a nadie; nadie preguntaría a dónde fuiste.

—¿Te importaría a ti? —dije, porque no le había oído decir ni que sí ni que no; sólo había creído oír que a ella no le importaba, y no podía ser. Por un momento sentí frío, o calor, en el corazón, y me apresuré a añadir—: De todos modos no quiero que me corten la lengua.

—La lengua —dijo ella, y se rio—. Oh, es que estaban oscuros. Ahora... —Y apartó de mí los ojos, cerrando la boca, como si hubiera recitado mal un acertijo, revelándome la respuesta. Pero a mí nada se me había revelado.

—Era una broma de Roy —dijo Una Vez al Día—. Sólo una broma; una vieja broma. ¡Mira, mira, nos estamos cayendo!

Debajo de nosotros —sí, abajo— el cielo se desplomaba, cuajado de nubarrones. Por algún sortilegio nos mantuvimos sobre las hierbas, cruzados de piernas y

tranquilos, pero estábamos cayendo, interminablemente en ciudades, en rostros, en animales monstruosos y blancos, tomados de las manos para sostener el tejado del mundo: extraño, cuando las nubes se desplazan a tus pies y el cielo es la hierba.

Y la lámina de julio que daba vuelta dejó siete en una pila, cinco en la otra.

Los dos niños del calendario descansaban en un boscaje umbrío; el niño dormía, con un sombrero de paja sobre la cara y una larga pajuela amarilla en la toca, los piecitos desnudos muy separados. Vestida de azul, ella estaba sentada junto a él, mirando más allá de un prado del mismo amarillo paja; una torre de los ángeles con una cúpula cónica; y las nubes grises de una tormenta de verano que crecía a lo lejos. Agosto.

Tuvimos una casa de sombra que compartimos durante el estío, debajo de dos arces que crecían juntos sobre una loma, y también nosotros podíamos mirar a lo lejos, aunque todas las obras de los ángeles hubieran desaparecido, y Una Vez al Día no usaba un vestido azul: ningún vestido. Los contornos de nuestra casa cambiaban a medida que pasaba el día, y los cuerpos morenos de los invitados se movían junto con la sombra.

—Cuatro puertas a lo largo de la espina dorsal —dijo Houd. Balanceaba una pierna descarnada sobre la otra rodilla, y la pipa de madera le asomaba por debajo del sombrero ancho que le oscurecía la cara—. Y aunque aprietes con todas tus fuerzas, no podrás abrirlas. Esta es mi opinión.

—Eso es porque están abiertas —dijo Una Vez al Día, bostezando—. El calor me amodorra.

—Tan difícil como cerrarlas —dijo Houd.

—No —dijo ella—. Se abren solas; como se abren una a una las puertas de un corredor cuando sopla el viento; y que no se hable más: están abiertas.

—Piensas eso porque estás clara —dijo Houd, y Una Vez al Día bostezó y estiró el cuerpo menudo y bruñido sobre la hierba apelonada y los pechos se le achataron; me sonrió con una sonrisa somnolienta.

—Ha llegado el sol —dijo alguien—. Que todos se corran un sitio.

Sombra.

Por la noche uno soltó una luz que había traído, pero la brisa la llevó a la deriva hacia Ciudad Servicio, y uno por uno todos la siguieron hasta allí. Ella y yo vaciamos juntos mientras la luna salía y transformaba nuestra casa de sombra.

—¿Te parece —preguntó de pronto, separándose de mí por medio de una serie de lentos cambios de postura— que hay cuatro puertas a lo largo de tu espina dorsal? ¿Y cómo piensas que se abren?

—No sé —dije, siguiéndola.

—Yo tampoco.

Se oyó el apagado retumbar de un trueno, como si alguien enorme, más allá del

horizonte, gruñera entre sueños; y mientras yacíamos juntos nuestra casa de luna se alejó también, poco a poco, debajo de nosotros, dejándonos salpicados de una luz quieta y tría.

Y la lámina de septiembre de la mesa calendario mostraba ocho en una pila, cuatro en la otra.

—A ella la conozco —dije cuando la vi—, y ahora reconozco también a esos dos.

—¿Cómo podrías conocerlos? —me preguntó.

—Porque tú me los mostraste. Mira: allí está la vieja, que sale cuando está oscuro; y ¿ves?, ahora espera, adentro, en este pie, y los dos niños están fuera...

—No, te equivocas.

—Y en los próximos meses ella estará fuera, y ellos dentro.

—No, no estarán —dijo—. Son sólo dos, como todos los otros dos...

—Oscuro y claro —dije—, eso me dijiste, ¿no lo recuerdas?

—¡No! —grito, para que me callara.

La lámina que observábamos mostraba un día dorado del verano mecánico del Pequeño San John. Los dos niños caminaban juntos con caras radiantes; él llevaba algún libro en bandolera, colgado de una cinta y ella sostenía con orgullo una brillante manzana de septiembre. En todo esto la lámina era igual que las demás: él y ella, ella con vestido azul, en un día del color del mes indicado, exprimido del mes como de una fruta. Pero en ese mes, sólo en ese, había alguien más; los niños caminaban sonriendo hacia una casita roja de tejado puntiagudo, y se alcanzaba ver a una viejecita asomada apenas a la puerta.

Y sí, se pondría oscuro, aunque ahora hiciera buen tiempo; y la vieja saldría, y los dos niños tendrían que retirarse a algún sitio, hasta que pasaran los meses oscuros, ¿no es así? Ni siquiera los ángeles, en las ciudades aisladas y protegidas, no hubieran olvidado que en el verano mecánico, templado y perfecto del Pequeño San John, una vieja esperaba...

—¡No! —dijo ella, y huyó de mí.

—Necesito comprender —le dije, cuando la encontré entre las almohadas del entresuelo—. Tienes que decirme la verdad. Había una casita en la pared, que tú me mostraste, donde guardaban la pierna de San Roy. Los niños salían cuando estaba claro, y la vieja cuando estaba oscuro. En medio estaban los cuatro hombres muertos, que nunca cambiaban. Indicaba el tiempo. Lo mismo que las láminas.

—Sí, el tiempo.

—Sí. Pero, cuando nosotros la mirábamos, pasó una nube por el cielo, y la vieja no salió; y la última vez que la vi, el día que te marchaste, era primavera, y, sin embargo, allí estaba la vieja...

Tendida boca abajo, con la cabeza sobre los brazos como un gato, ella no te miraba; de pronto se volvió hacia mí.

—Entonces —dijo—, ¿indicaba el tiempo?

—No sé. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Por qué no puedo oírlo en lo que dices?

Ella apartó otra vez los ojos.

—Las láminas indican el tiempo. Los ángeles las hicieron para indicar los meses, y ellos no engañan. Esto es todo.

—¿Por qué entonces huiste de mí?

Una Vez al Día no dijo nada, y aunque seguía tendida e inmóvil sentí que huía de mí, más lejos. Quise perseguirla pero ella corría, le aferré los hombros con mis dos manos para detenerla, para retenerla: pero había volado.

Hay ciertos sueños, esos sueños en los que partes con una misión urgente, o a hacer un trabajo, y te lo explican todo; pero cuando vas a los sitios a que te han mandado no son los sitios a donde te proponías ir, y la naturaleza del trabajo cambia; la persona que ibas a buscar se transforma en la que te mandó; la cosa que tenías que hacer se transforma en un sitio, y el sitio en un cofre de tesoros o en un rumor horrendo; y nunca puedes llegar a la meta porque nunca es la misma meta; y, sin embargo, buscas y buscas, sin que esos cambios te sorprendan, decidido, sólo tratando interminablemente de hacer esa cosa cambiante que tienes ahí.

—Una Vez al Día —dije, y apoyé mi mejilla contra su pelo, que le escondía el rostro—. Una Vez al Día, dime que no hay invierno; dime que el invierno nunca llega, y te creeré.

# Segunda Faceta

**E**n un día tormentoso, de lluvia torrencial, que yo hubiera llamado el primer día de noviembre pero que el calendario llamaba el veinte de septiembre, fui a los Veintiocho Aromas, convocado por Zhinsinura. La encontré sentada frente a la mesa calendario con la lámina de septiembre delante de ella.

—¿Te has preguntado quiénes son? —me dijo.

—Sí —respondí.

—Sólo dos —dijo—. Como todos los otros dos en este mes. La tercera es una mujer vieja, a quien ellos van a ver en este mes para pedirle consejo. —Me sonrió. La cabellera gris y suelta le agrandaba la cabeza solemne, y los ojos de párpados hinchados parecían siempre tristes; pero tenía una sonrisa vivaz y genuina—. ¿Y qué tal andas ahora, muchacho de los túneles?

—Bien —dije, y no habría dicho nada más, aunque por otra parte Zhinsinura no oiría en mis palabras lo que yo quería decir; qué andaba bien y qué no andaba bien—. ¿Puedes decirme, sin embargo, qué es una carta de la doctora Botas?

Había otros allí, trabajando y esperando, algunos que yo conocía. Me había acostumbrado a sentirme observado en Ciudad Servicio; en aquel momento hubiera preferido estar a solas con Zhinsinura, pero esa no es la costumbre de la Lista.

—Es una carta —dijo—, de la doctora Botas.

Sentí que me miraba. Bajé los ojos y observé las largas manos de Zhinsinura que acariciaban los bordes pulidos de la lámina.

—Hay algo ahí —le dije con cautela—, una cosa que ignoro.

—Siempre habrá algo así, espero.

—Eso es lo que ella quiere decir, parece. Eso de lo oscuro y lo claro, sabes, no es fácil de entender. En un momento pensé haber visto un sendero, a propósito del invierno que llega; pero no era más que otro enigma, y ella parece decir que los enigmas son respuestas.

—Todo enigma es su propia respuesta —replicó Zhinsinura—. Eso es fácil. Pero

¿cómo un enigma podría conocer su propia respuesta? No pienses que me burlo de ti, de ningún modo. Es algo secreto. Los del habla con verdad no han creído demasiado en tales secretos, eso es todo. Tú le preguntas por su secreto, aunque quizá no sepas que se lo preguntas, y ella no te lo puede decir, pues no lo conoce. Y no quiere conocerlo.

—¿Cómo puedes tener un secreto que no conoces? —pregunté.

Los otros miraban ahora para otro lado. No les gustaba esa conversación, no a los más jóvenes; los mayores ya no escuchaban; pero Zhinsinura entrelazó los dedos de las manos y se inclinó hacia mí sonriendo.

—Bueno, dinos, ¿cómo haces tú para hablar con verdad? —me preguntó—. Cambiemos tú y yo un secreto por otro.

—Eso no es ningún secreto —dije—. Es algo que aprendes tan bien que olvidas que lo sabes.

—Bueno, pues —dijo ella—, ahí lo tienes.

—Pintada de Rojo había dicho: para los cuerda Susurro un secreto no es algo que no quieren decir, sino algo que no se puede decir.

—Hay una cosa ahí —dije con lentitud, como un estúpido—, que no sé y quiero saber. Tiene que haber una forma de aprenderlo, puesto que todos vosotros lo sabéis. Si no se puede decir, lo aprenderé de cualquier manera.

Los ojos serenos de Zhinsinura parecían encapotados y arrugados de tanto mirar.

—¿Entiendes lo que pides? —dijo con dulzura—. Los secretos, sabes, una vez que los conoces, los conoces para siempre. No puedes volverte atrás y estar otra vez afuera sin saberlo. No hay salida.

—Como el paso-muralla —dije.

—¿El paso-muralla? —dijo ella, sonriendo—. No hay tal cosa.

Todos se rieron con benevolencia como si alguien hubiera dicho un chiste viejo en el momento oportuno. Las risas despertaron a Fa'afa, la gata atigrada que siempre estaba cerca de Zhinsinura. Ella le acarició la cabeza, y la gata se echó otra vez.

—La Liga, sabes, nunca quiso a los del habla con verdad. Tal vez porque las mujeres del habla no quisieron entrar en la Liga en tiempos muy remotos, o no ayudaron más tarde, después de la Tempestad, cuando hubieran podido, y sólo se preocuparon por ellas mismas. Y luego, el orgullo herido de la Liga, quizá; que todos vosotros hubierais sobrevivido sin que ella os ayudara. Y sólo mucho después de que las mujeres anunciaran que la Liga se había disuelto, Oliva fue a los túneles. La Liga pensaba que nunca harían las paces con vosotros; y hubo quienes, para vergüenza de la Liga, trataron de prevenir a Oliva. Bueno. Todo eso es pasado.

»Pero nosotros, desde entonces, en todas estas vidas sucesivas, hemos cambiado: yo visitaba a menudo vuestros túneles, oh, hace ya tanto que ahora no es ni claro ni oscuro. Había un muchacho allí... bueno, un muchacho, un viejo, un hombre viejo ha

de ser ahora, si todavía vive, que me pidió que me quedara allí con él, con todos vosotros. Yo quería quedarme, aunque tenía miedo; a la larga él fue más sensato; pero creo que los dos sabíamos que acabaríamos mal. Y a pesar de todo, creo que lo más difícil es venir desde allí. Tu chica pudo porque ella es una prima; tú... bueno, no lo digo para asustarte.

Desvió la mirada, levantando el brazo largo y enjuto para sacudir y bajar los brazaletes. Sonó la campana del atardecer. Meditó un momento; luego dijo:

—Sí, hay una cosa que no sabes. Sí, hay un modo de conocerla, aunque no en esta época del año; y de todos modos, es demasiado pronto para ti. Quédate; escucha y aprende; y no pidas lo que no te se da. —Corrió la piedra engomada del día veinte al veintiuno—. Dices que ella inventa enigmas para ti. Bueno, yo te diré otro. No temo decírtelo porque ah, aunque no es en absoluto un enigma, tú pensarás que lo es; y entiende, si vas a quedarte aquí, tendrá que ser a tu manera y no a la nuestra; y entiende, no es el día y el momento, de todos modos.

»Este es el enigma: puedes atarte un cordel en el dedo para recordar algo, hasta que olvides que tienes un cordel en el dedo. En ese caso habrás olvidado dos veces y para siempre. Este calendario es un cordel en el dedo... y la carta de la doctora Botas es cómo lo olvidamos, dos veces y para siempre.

»Por ahí puedes buscar un sendero. Conozco vuestro famoso Sendero. Si pretendes encontrarlo aquí, piensa esto: sendero es sólo un nombre para el sitio en que te encuentras. A dónde vas a ir por él es sólo una historia. A dónde has ido por él es sólo otra historia. Algunas de las historias son agradables; otras no. Eso es oscuro y claro.

Yo seguía sentado delante de ella, cabizbajo, con la lámina de septiembre entre nosotros, y escuchaba; y hubiera podido entender, como ella, si alguna vez en todos mis años de crecimiento me hubiesen contado una historia que no fuera cierta.

—¿Te despidió? —me preguntó Una Vez al Día. Estaba sentada en el suelo entre las cestas de manzanas que iban trayendo por el paso-muralla, ayudando a los niños a separar las malas, que echarían a perder las demás.

—No —dije—. No creo que me despidiera.

Una Vez al Día frotó una manzana contra la túnica de estrellas y me la alcanzó: una manzana anaranjada ahora ruborosa como una mejilla.

—Me alegro —dijo.

Yo me había equivocado con ella. No se ponía una máscara para esconderse de mí; pero una opacidad la velaba desde dentro, y velaba su transparencia como una neblina vela las transparentes mañanas otoñales. Pero en lo alto el cielo es azul. Zhinsinura me había enseñado todos los caminos que no llevaban a los secretos de la Lista; ignoraba que yo ya había entrado en esos secretos, a la orilla del lago, en la floresta; no, mucho antes, en una partida de rodilla-de-quién en Belaire Pequeña, que

ahora parecía tan remota como los tiempos en que los ángeles volaban; y yo siempre había sabido que no hay camino de salida. Nunca, en verdad, me había vuelto a mirar.

Ella tenía razón, sabes, creo, a propósito del paso-muralla; no hay tal cosa.

—¿Sí?

—Quiero decir que no era una cosa, como una puerta, era sólo una condición. Una condición del aire allí en la puerta, aire alterado, como el hielo, que no es más que agua alterada.

—¿Era eso?

—Pienso que lo habían hecho mucho tiempo atrás, para calentar el lugar. Dijiste que echaba un aliento caliente. Yo pienso que era sólo una máquina, una máquina que produce calor...

—Puede ser. Y la casita de la pared, allá en los túneles, no era más que un bom-bom, un barom, una cosa para anunciar el tiempo. ¿Es todo así, sólo así y nada más? ¿Cómo es posible que sepas tanto y no entiendas nada?

—Perdona.

—No; no. Lo que pasa es que esta es la parte difícil de la historia, la que fue más difícil de vivir, la más difícil de contar; y si tú no la entiendes, no tendrá ningún sentido. Tienes que tratar de imaginarme allí, ángel; tienes que imaginar, porque si no puedes hacerlo, yo no existiré. Nada existirá.

—Sí. Continúa.

Veintiocho Aromas era en octubre como una discusión entre olores. Había allí un largo mostrador, de madera falsa como las mesas, y detrás un gran espejo, deslucido y salpicado de motas oscuras, y sobre él, dibujadas en blanco, dos personas, un hombre con delantal y sombrero de copa, y un chico a quien el hombre ofrecía lo que parecía ser una versión gigantesca de los Cuatro Potes. Era allí, en Veintiocho Aromas, donde la Lista guardaba y preparaba las medicinas. Unas raíces enroscadas de color castaño colgaban del techo, y sobre el plástico había montones de hojas secas y arrugadas y capullos machacados. En los grandes hornos y artesas de acero inoxidable detrás del espejo se horneaban, lavaban y mezclaban las cosas: la cocina, la llamaban. Houd, el hombre moreno, que era muy ducho en todo esto, iba y venía con una copa de confusión, observando y sonriendo.

—¿Una copa de confusión?

—Ellos hacían confusiones de hojas y todo eso, hirviéndolas en agua. Había confusiones para despertarte, y otras para dormirte. Había confusiones que te ponían fuerte o débil, tonto o listo, caliente o frío.

—Confunde lo claro y lo oscuro —dijo Houd—, y te da una tregua; por un rato piensas sólo en la contusión, y no en todo.

—¿Todo?

—Eso es Relatividad —dijo Houd.

En aquella casa repleta de cosas también colgaban unas hojas largas y doradas, puestas a secar, ringlas y ringlas de esas hojas que Houd y los otros fumaban en unas pipas pequeñas; y que exhalaban un aroma también seco y dorado. Estaban colgadas cerca del calendario, cuya lámina de octubre, con los niños rastrillando hojas de naranjo para quemar, Houd cambió por la de noviembre: los mismos niños caminando del brazo, asustados tal vez, dejando atrás los árboles desnudos de follaje en los que graznaban unos cuervos negros. Una hoja bruñida y rizada volaba delante de los niños, en una línea curva y negra que significaba Viento.

Creo que Houd era una criatura de noviembre, como yo. Solía pasarse buena parte del día sentado sobre un gran tocón a la orilla de la plaza de piedra que ocupaba Ciudad Servicio, arropado hasta las orejas, y allí se le podía visitar. El humo blanco de la pipa de Houd era entonces como el humo de las hojas de naranjo que quemaban los niños del calendario; pero las hojas amontonadas al pie del tocón eran grises, y él, Houd, tenía el color de noviembre: castaño y nudoso como la madera.

—No se parece a vuestro pan —me dijo—, y no te hace ningún bien inhalarlo: inhala una cantidad suficiente y te matará, así decían los ángeles, que lo inhalaban a carradas... Te lo cuento sólo porque en realidad sabe bien, una vez que te acostumbras. —Le ofreció la pipa a Una Vez al Día, que la rechazó con una mueca, y me la pasó. Era un sabor acre, áspero, que armonizaba con el día, otoñal, quemado y umbrío.

Houd olfateó el aire y se puso otra vez la pipa entre los dientes que gustaban de ella.

—Conoces cosas ahora que no volverás a conocer en el año. Es en este mes, dicen, cuando puedes ver la Ciudad.

—La Ciudad —dijo alguien, como en un susurro de deleitado horror; y los niños dijeron—: Cuéntanos, cuéntanos de la Ciudad.

—Dicen que fue en un día como este —empezó Houd, alzando una palma amarillenta—, en un cielo como este cargado de nubes que giran en el viento, un viento que casi podéis ver, que sabéis que pronto traerá una vez más la lluvia fría. ¿Veis allá ese nudo gris de nubes que parece la cara de una gata atigrada?

Podría bostezar, sí, ahora podría bostezar, y de ella saldría, también de un color de piedra gris y tierra escarchada, la Ciudad. La Ciudad que los ángeles arrancaron de la tierra como una raíz. Estaría muy lejos, flotando allá arriba, pero, aun así, veríais las altas torres cuadradas, como cristales que crecen sobre una roca; y abajo, el gran muñón de tierra que se desprendió con ella, y raíces de árboles como plumas en lo alto, y puentes que cuelgan arrancados de raíz, y túneles de los que salen caminos que no llevan a ninguna parte. Y las nubes flotarían y ondularían alrededor, ocultándola a medias, acaso el antiguo humo de la Ciudad, hasta que se acercara (si no fuera engullida otra vez rápidamente dejándote sin saber qué decir) y pudierais ver el

centelleo de los innumerables cristales, y los fragmentos de roca y tierra que se le desprenden sin cesar de las raíces, y cómo gira empujada por los vientos poderosos, y da vueltas en el cielo eternamente como una enorme rueda.

»Y por esas calles perfectas donde no vive nadie, caminan los hombres muertos, también ellos hechos de piedra o algo peor; y allí están petrificados, en la vida como en la muerte, y soñando, inmóviles.

—Eso daría escalofríos.

—La historia misma los da —dijo Una Vez al Día, acurrucándose.

—Es como este mes —dijo Houd—. Es el escalofrío del mundo porque llega el invierno.

La historia misma los da... El Pequeño San Roy llamaba a las nubes las Ciudades del Cielo; y Houd a la Ciudad la llamaba nube, y ponía en ella a los cuatro hombres muertos para dar escalofríos a los niños, un escalofrío del mes de noviembre. Y mucho tiempo atrás Siete Manos había dicho que todas las cosas perdidas van a parar a la Ciudad del Cielo, para hacer reír a la Mbaba cuando se le pierden las gafas. En algún lugar un sol quemado empezaba a ponerse, ahumando el cielo y la tarde.

—En verdad viene el invierno —dije.

—Oh, viene el invierno —dijo Houd—. Pero sólo cuando viene. —Eché unas bocanadas de humo y sonrió—. Eso es Relatividad —dijo, y todos se rieron, por supuesto, todos menos yo, por supuesto.

La enorme floresta que rodeaba la plaza de piedra donde estaba instalada Ciudad Servicio (dos dedos de una mano gigantesca a punto de pellizcarla y quitarla de allí, como si Ciudad Servicio fuese un insecto diminuto) no parecía adelgazarse ni hacerse insustancial en el invierno, como en los bosques de Belaire. Era mucho más grande que aquellos bosques, y daba la impresión de crecer muy rápido, no como los bosques de Belaire y los edificios cubiertos de hiedra, que parecían aún más asentados en la floresta que cuando yo había llegado la primavera anterior. Todavía se alcanzaba ver la Carretera a través de los árboles negros; pero eso no duraría siempre.

La selva era impetuosa; el mundo era lento pero fuerte. Del mismo modo que Ciudad Servicio retrocedía hacia la selva, así la Carretera se resquebrajaba y se anegaba en arroyos en los días de invierno. Y así también, pensaba yo, se anegaba Belaire; alrededor de ella se desplomaban los puentes, los senderos que llevaban al mundo iban cerrándose, poco a poco sin duda aunque para siempre. Todos nuestros habitáculos estaban manchados y aplastados por el mundo y el invierno; en Ciudad Servicio las hojas se hacinaban en los fondos, se amontonaban en desorden sobre la plaza de piedra, se abrían paso en el bosque de Guiño hacia la casa del árbol; y la escarcha las envolvía en los tejados de Belaire Pequeña, junto con los excrementos de los pájaros y los nidos del año anterior.

No obstante, si en Belaire la guerra inmemorial del hombre con el mundo ya no

proseguía, al menos se la recordaba. Tal vez porque la lista de la doctora Botas no habitaba en el plácido valle de un río sino en una selva enorme e impaciente, pero al parecer ellos habían olvidado esas cosas; ya no intentaban defender el mundo, ni siquiera recordaban cómo los ángeles habían luchado y triunfado y perdido. Pero es así: toda la trama de la vida de la Lista estaba basada en algo que trataban de olvidar.

Porque la doctora estaba allí, recluida durante el invierno, entre aquellas paredes; podía subir por la escalera hasta el entresuelo, el paso-muralla la dejaba pasar, y miraba por todos los ojos que yo miraba, aunque yo nunca la viera.

Tendrían que haber parecido infantiles, los de la Lista, tan pronto tristes como entusiastas, con aquellos oscuros y claros, y aquellas discusiones triviales e interminables. Pero no eran infantiles; parecían mayores, no ancianos; adultos, con historias, con una sabiduría antigua, modales anticuados, una actitud cauta, circunspecta... y ¿cómo era posible, me preguntaba yo, que pudieran cambiar como niños y jugar como gatitos, que para ellos el ayer y el mañana fuesen tan poco reales como un sueño, y a la vez parecer circunspectos?

Como un sueño, sí... Yo pensaba que el invierno pondría triste a Una Vez al Día, oscura, sabes; pero era siempre la misma, o nunca la misma; y fuera lo que fuese el juego o truco de lo oscuro y lo claro, era algo que pasaba día a día, momento a momento, y no según las estaciones. En el entresuelo buscábamos sitios para estar solos durante los largos atardeceres; a veces la tristeza de esos atardeceres la entristecía... no, en la tristeza de los atardeceres a veces ella se entristecía, y entonces dejábamos brillar una luz, temprano, para fingir que ya era de noche. El cuerpo de ella bruñido por el sol del verano se ponía pálido otra vez, y el vello que le sombreaba los brazos y las piernas era más oscuro. Y soñábamos juntos en medio del gentío. Yo pensaba que era por timidez, una timidez anticuada como los modales de todos ellos, que nunca hablara en otros sitios de esas cosas, y nunca quisiera que se hablara de ellas, aunque no hubieran sucedido. Pero no era timidez. Era porque no quería señalar nada; quería que cada momento fuese el momento único, tan imponderable como un sueño. No había palabras: ella no quería ninguna.

Y entonces desperté. Y ahora sólo sé que soñaba, y que estoy despierto.

# Tercera Faceta

**E**n ese mes cayeron las grandes nevadas, y los niños del calendario, arropados hasta la nariz, apilaban la nieve y le ponían cara y unas ramas como brazos y un sombrero como los sombreros de los hombres de la Lista. En un día del mes siguiente, febrero, estábamos acostados en el entresuelo y mirábamos caer la nieve, que se transformaba en lluvia; y en ese aire velado los árboles negros parecían avanzar lentamente hacia nosotros, pero no, no se acercaban. Una vez al día estaba echada contra Brom, y se mordía con cuidado las uñas de las manos para que le quedaran del largo que a ella le gustaba, y las frotaba contra la piedra áspera de la pared para alisarles los bordes. Alrededor, oíamos contar los pequeños cuentos de invierno, cuentos de puertas en los bosques, puertas diminutas en lo alto de una escalera carcomida, y adentro una luz; se abre un resquicio y unos ojos miran afuera.

Era el tiempo del largo ocio de la Lista; aun admitiendo que esperaban algo alguna vez, podía decirse que poco hacían ahora excepto esperar la primavera. Era ese tiempo, cuidadosamente calculado, cuando nacía la mayoría de los niños; abajo, un grupo arrullaba a un recién nacido, una niña supuse por la forma en que lo celebraban. Dos niñas mayores, de pie junto a un arcón abierto en la larga fila de arcones Mancos, jugaban interminablemente a cambiarse de ropa; una de ellas se despojaba de un cinturón negro y rutilante y lo canjeaba por una peluca y unas pieles falsas; se colgaban alhajas y cintas deterioradas, relojes de pulsera y andrajos de camisas, y se pavoneaban ante los ojos críticos y la envidiosa admiración de la otra. Yo las observaba, disfrutando por momentos de la pálida desnudez de las niñas; sus voces subían hasta donde descansábamos nosotros, quedas y confusas.

—La puerta del codo —decía el soñoliento narrador cerca de nosotros—, la puerta abre un resquicio y por él entra el invierno, soplando en el corazón.

Yo pensaba en Guiño, arropado y soñoliento, diciendo Es un mundo pequeño.

Y sí, ya ves: circunspectos, como dije, y cautos: porque ellos no van a desaparecer, la Lista nunca elegiría eso, aunque yo pensaba a veces que la nieta final

era para ellos la desaparición. No, pero serán absorbidos por completo, pues han olvidado, dos veces y para siempre, la lucha inmemorial del hombre contra el mundo, han olvidado dos veces y para siempre el cordel que alguna vez estuvo atado en los dedos de todos los hombres; y como ostras en un secreto banco de ostras, sólo avanzarán a favor de la corriente, y se reunirán en concilios cerrados, como los gatos, contando interminablemente las doce estaciones mientras la selva y el agua y el invierno devoran las obras de los ángeles y la Carretera, y acaso también Belaire Pequeña...

—El mes más corto es febrero —dijo Una Vez al Día, probando contra la mejilla los bordes lisos de las uñas—; o también el más largo.

El piso bajo pertenecía tanto a los gatos que iban venían como a las personas que caminaban entre ellos. Dije que había gatos que vivían en Belaire Pequeña; pero la Lista parecía vivir con los gatos y no al revés. Houd me había explicado que los gatos de la Lista no eran de la misma familia que los otros gatos que yo había conocido; aquellos animales grandes, pacíficos, sabios, eran descendientes de una raza que los ángeles habían inventado, por así decir; una raza que obtuvieron a partir de la antigua raza de los gatos, alterándolos por los mismos medios con que habían alterado a los hombres, y por la misma razón: la conveniencia. Y en las mil generaciones que siguieron, habían sido alterados todavía más, mediante una cuidadosa selección de las parejas. Cazaban poco, pero comían los alimentos preparados para ellos en las cocinas de los Veintiocho Aromas; casi nunca les oí dar esos gritos misteriosos, atormentados, como los de un bebé perdido, que yo había oído en los bosques de Belaire Pequeña. Dije que los de la Lista eran adultos: pero en ese momento, mirando desde el entresuelo el piso bajo por donde los gatos iban y venían pensé que los adultos eran los gatos, y las gentes los niños de los gatos. Y así como los niños aprenden modales observando a los adultos, así la Lista aprendía de los gatos.

Me sentí orgulloso de esa pequeña prueba de inteligencia; no tenía ninguna idea de lo cerca que estaba de la verdad, y por lo tanto estaba tan lejos de ella como siempre.

Zhinsinura entró a través del paso-muralla, y otros tras ella, vestidos con traperíos, abrigadas ropas invernales puestas de cualquier manera, sólo para protegerse del aire helado.

Vamos a la selva —nos gritó—. Venid.

—¿Por qué? —preguntó Una Vez al Día.

—Se ha perdido una gata. Ayudadme a buscarla.

La gata Puff era una hembra de color naranja, de gran melena enmarañada, cansada, vieja, ciega de un ojo. Faltaba desde hacía dos días, explicó Zhinsinura mientras nos metíamos trabajosamente en nuestras prendas de abrigo, lo que no habría preocupado a nadie si se trata de Brom o Fa'afa, pero Puff en el invierno...

Zhinsinura dijo que nos diéramos prisa.

La selva era un mundo anegado, negro y desesperanzado; lloviznaba aún, y yo no entendía cómo pensaban encontrar algo más que lodo y viejos bancos de nieve en los que caerían de cabeza, pero ellos caminaron durante todo el día como si en realidad siguieran un sendero. Nos dispersamos, y pronto nos perdimos de vista, y yo me encontré avanzando penosamente al lado de alguien a quien no conocía, envuelto en gris hasta los ojos. Azotaba la nieve sucia con un palo, exhalando por la nariz vaharadas de humedad.

—Ayúdame —le dije, pues uno de mis pies había quedado atrapado en algo, bajo la nieve.

—Día de perros —dijo.

Me ayudó a liberarme.

—¿Qué dijiste?

—Día de perros. —El hombre sacudió el palo, indicando la selva—. Febrero es el mes de hambruna para los perros. Dicen que cuando no encuentran nada de comida dan vueltas en círculo y corren y corren hasta que el más débil cae, y entonces él es la comida. No sé. Supongo que es justo. Pero por lo general encuentran algo.

Como Puff, pensé, vieja y fría como era. La historia en Belaire Pequeña era que todos los perros habían sido comidos o exterminados hacía ya mucho tiempo, pero entre estos árboles...

—Día de perros —dijo él otra vez, mirando a un lado y a otro lado por encima de las bufandas grises que le cubrían la boca. Nos detuvimos un momento para orientarnos. El goteo implacable me llenaba los oídos, y casi no podía escuchar otra cosa. Las altas copas de los árboles se perdían en la niebla, y los troncos negros parecían podridos de humedad. La selva crepitó de improviso muy cerca de nosotros, y nos volvimos con rapidez: dos de nuestra partida aparecieron entre los árboles, vestidos de negro como el día. Los llamamos a voces y seguimos andando; y ahora mis ojos miraban a uno y otro lado como los de mi amigo gris.

Durante largo rato atravesamos un monte de matorrales, espeso y áspero, y las ramas nos arañaban y golpeaban, y las raíces nos hacían trastabillar. Del otro lado del matorral el terreno caía bruscamente en una especie de depresión; en la parte más baja había una oscura con un borde de escarcha fina como pape. Cuando llegamos al borde del cuenco, mi compañero vio una cosa en la orilla opuesta, y yo vi otra.

El vio a Puff, a la izquierda, trepando fatigosamente por la nieve para llegar a la cresta del barranco.

Yo vi a Una Vez al Día, a la derecha, también trepando, tratando de alcanzar a Puff.

Los dos señalamos y dijimos: ¡Mira!, al mismo tiempo. Una Vez al Día estaba sin duda del lado ciego de Puff, pues la gata continuaba trepando, desesperadamente,

hundida en la nieve hasta la barbilla; y en ese preciso momento oímos de qué estaba huyendo. El ruido desgarró la niebla, un aullido áspero, exasperado, repetido, y que me paralizó de terror. Una Vez al Día también se detuvo, pero Puff continuó trepando. A la izquierda los árboles crepitaron y se sacudieron, y un animal apareció de golpe. El hombre a mi lado mostró los dientes en una mueca, y siseó asustado, y el animal —una criatura de color amarillo sucio, flaca y cabezuda— se detuvo, y sacudiendo bruscamente la cabeza de un lado a otro, miró a Una Vez al Día y a Puff que desaparecía por encima de la loma. Los árboles detrás de él hablaron, y un animal rojo irrumpió como una exhalación; este no se detuvo, y encorvando el lomo continuó corriendo nieve arriba. El amarillo lo siguió. De entre los árboles saltó un tercero, de piel manchada; resbaló, cayó en el agua, salió chapoteando a la orilla y trepó detrás de los otros.

Una Vez al Día había llegado a la cresta y estaba ya en el lado opuesto, desafiando a los perros inmovilizados por la nieve, y mi compañero había bajado al borde de la charca, y gritaba y agitaba el palo, antes que yo me librara al fin de mi parálisis y me deslizara tras él. Mientras bordeábamos la charca, hundidos hasta las rodillas en estiércol y agua negra, otros dos perros salieron ladrando de la espesura, y al vernos se detuvieron. Retrocedieron y corrieron de un lado a otro mientras nosotros tratábamos de trepar por el barranco, sin atrevernos a volverles la espalda, gritándoles como ellos nos gritaban a nosotros. Dos hombres aparecieron entonces entre los árboles, siguiendo las huellas de Una Vez al Día, y mi amigo el palo se arrancó de un tirón la bufanda gris que le envolvía la cara y la agitó saludándolos, y los perros, al ver a los hombres, corrieron en otra dirección.

Sintiendo el peso del agua, con sollozos dolorosos y fríos, llegamos a la cresta. Puff, Una Vez al día y los perros habían desaparecido. La nieve, removida y pisoteada, se fundía en montículos a lo largo del suelo negro y anegado; y desde mis pies, y alejándose por la nieve en una enloquecida carrera de gotas, había un largo reguero de sangre.

Sangre de gato: a ese pensamiento me aferré. Sangre de Puff. Pobre Puff, vieja al fin y al cabo, triste, sí, pero de todos modos es sangre de gato... Los dos de negro se adelantaron a mí, a todo correr, señalando el rastro de sangre. Yo continuaba paralizado. El hombre que llamaban Palo se acercó a mí, con un chapaleo de botas empapadas.

—Día de perros —dijo—; todo un mes de hambruna. Si están juntos lo intentarán...

—No —dije.

Se alejó, siguiendo a los otros, sacudiendo rápidamente la cabeza.

—Si ella se ha quedado con la gata-le oí decir, los atraparán a ambos, oh sí, los arrastrarán a la espesura. Escucha el silencio ahora, sabes lo que eso significa...

No, no, no, ha perdido el juicio, pensé, mientras corría detrás de él, y luego retrocedía para escrudifiar la nieve; ha perdido el juicio al ver sangre de gato, pues eso era en verdad sangre de gato. ¿Por qué, por qué insiste?

—Los perros son perros son perros son perros en todo caso —dijo Palo.

—¿Por qué no miras, simplemente? —le grité, mientras con los pies entumecidos levantaba terrones de fango—. ¿Por qué no te callas de una vez y ni iras?

—Humo de madera —dijo Palo, deteniéndose.

Yo lo oí y lo vi al mismo tiempo: un borrón de hollín en la arboleda, más oscuro que el día gris. Palo echó a correr, llamando a voces a los otros. Yo me detuve, todavía tratando de hablarme con verdad a mí mismo, atemorizado, sin saber qué podía significar ahora un fuego, allí en la floresta. Palo se volvió y me llamó agitando la mano, y desapareció en un grupo de árboles.

Entre los árboles había un sendero, y al final del sendero una cabaña de troncos apoyada en un viejo muro de piedra ángel; un humo ceniciento salía por un agujero en el tejado de zarzas. El perro amarillo, el primero que Palo y yo habíamos visto junto a la charca, se paseaba impaciente delante de la puerta. Retrocedió al vernos, y cuando nos acercamos escapó a todo correr. Los dos de negro llegaron a la cabaña desde otra dirección y desaparecieron dentro, en la oscuridad, como si hubieran transpuesto el paso-muralla; me pareció que se reían. Palo los siguió. Yo fui el último en llegar, y los oí hablar allí dentro.

Entré.

En medio del resplandor de las llamas y el humo, los de los mantos negros descansaban al calor riendo quedamente. Zhinsinura también reía; junto a ella dormía la vieja Puff; y entre los brazos de Zhinsinura estaba Una Vez al Día, con los ojos brillantes a la luz de las llamas, y sonriendo. Me arrastré hasta ella, todavía con un nudo de miedo en el estómago, para tocarla, para comprobar que era ella.

—Estás bien —le dije, y los otros se rieron.

—Sí —respondió—. La doctora estaba allí.

—¿La doctora? ¿Qué doctora?

Ella se limitó a menear la cabeza, sonriendo.

—¿Cómo, qué sucedió? ¿Cómo llegó aquí este fuego? ¿Cómo, qué...?

Zhinsinura me puso una mano firme sobre la muñeca.

—Silencio —me dijo—. Aquí se está bien ahora.

Los otros habían callado, y Puff despertó un instante y me escrutó con su ojo único. Comprendí que en ese momento no me enteraría, que acaso nunca me enterase de lo que había ocurrido, de quién era la sangre sobre la nieve, porque entonces no era ahora; ahora se estaba bien. Yo no tenía que pedir lo que no se me daba. Me senté lentamente, mientras me decía: si yo hubiera estado entre los perros, nunca hubiera encontrado este lugar agradable, pues no lo habría buscado.

—Sí —dije—. Sí, se está bien ahora; con el fuego y todo, sí.

—Él estaba oscuro —dijo Palo, en cuyo rostro, que yo veía a través de las llamas, se dibujaba una ancha sonrisa—. Oscuro hasta para gritar. —Se acomodó poniendo las manos por detrás de la cabeza y mostró más dientes—. Día de perros —dijo satisfecho. Y así descubrí lo que significaba oscuro y claro.

—No me describiste la lámina de febrero.

—No la recuerdo bien. Recuerdo que estaba rayada, ¿entiendes?, el calor o algo la habían transformado en una red de líneas entrecruzadas. Recuerdo que era casi toda negra, como el mes. Ellos estaban en un puente, me parece, sobre un río helado, y en el río había una cosa enorme. No lo recuerdo.

»En la pálida lámina de marzo el ruedo del vestido azul se rizaba como la línea que en noviembre indicaba el recorrido de la hoja muerta, la curva que significaba Viento. Estaban en el viento, de pie en la cresta de una colina pardusca que parecía la cresta del mundo; no se veía nada alrededor, nada más que un cielo inmenso, pálido y purpurino. El viento que soplaba desde atrás les enmarañaba los rizos y sostenía bien altas las cometas, tan altas que parecían manchas minúsculas.

»En la parte todavía techada de una de las ruinas de Ciudad Servicio, entre las pilas y fardos de la lista allí almacenados, Una Vez al Día encontró la cometa. Nos sentamos en medio del desorden y escuchamos a Zher, mientras Una Vez al Día preparaba una nueva cola, trabajando con mucha atención. Tenía los ojos bajos y su boca parecía obedecer las mismas órdenes que las manos: cerrándose con firmeza cuando ajustaba una cuerda, abriéndose luego y frunciendo los labios para escoger otro harapo; cuando tropezaba con un nudo, sacaba ¡apunta de la lengua!

—Cuando hay luna llena en marzo —dijo Zher—, la liebre enloquece. —Abrió los ojos y miró fieramente alrededor—. Da patadas. —La pierna de Zher pateó el suelo con un golpe sordo—. Aprieta los puños y no lo puede aguantar, no lo puede aguantar. —Miró otra vez en torno, torciendo la pierna para volver a patear—. Cuando otra viene, le grita: «¡No hay sitio, no hay sitio!». Aun cuando haya sitio de sobra.

Una Vez al Día se rio de la extravagancia de Zher, y volvió a su tarea. De todo lo que hacían allí, en Ciudad Servicio, los ensimismamientos de Una Vez al día me parecían lo más hermoso porque yo la amaba, pero en eso todos eran como ella. Todo lo que hacían lo hacían con completa atención. Era como si la cosa por hacer mandase al que la hacía, como si el arca fuese el amo.

Por supuesto, las cosas que hacía la Lista no eran muchas. Una de ellas era remontar cometas en el mes de marzo. Había muchísimas en aquel edificio, rotas o sanas, colgadas entre una pila de botas plásticas y capas grises y un perchero de paraguas plegados. En el día propicio, fino y ventoso, un día que era como una escoba nueva y tiesa para el invierno, todos subirían a la cresta bronceada de una

loma, con los sombreros atados bajo las barbillas y el traperío prendido de cualquier modo ondeando al viento, y todas las cometas de colas brillantes treparían muy alto. O acaso no.

Como quiera que sea, en un día apacible y tragante, cuando en la floresta brotaban unas cosas pálidas, movieron la lámina de las cometas, y hubo tres en una pila y nueve en la otra; los que estaban allí para presenciar el cambio suspiraron satisfechos cuando apareció abril.

Un aguacero de plata, que caía sesgado, salpicaba el fango de las charcas. En las charcas de bordes de plata se reflejaba un verde tierno y vago, amortajado por la lluvia, todo alrededor. Sólo en esta lámina la niña no vestía de azul; los dos, ella y él, llevaban unos gabanes de color amarillo; las pantorrillas de la niña emergían en una curva de las anchas boyas amarillas. El paraguas, sin embargo, era azul; y aunque también llovía en otros fineses, sólo en abril la Lista sacaba los paraguas, para regarlos.

En un día lluvioso los observé a través del paso-muralla, paseando por la ancha plaza de piedra con los paraguas en flor. Algunos tenían remiendos, otros estaban torcidos o les faltaba una varilla, algo no se abría mal, como alas de murciélago. Houd estaba entre ellos; tenía un paraguas de listas grises y verdes más grande que los otros y de mango y me sonreía como si pudiera verme a través del paso-muralla como yo podía verlo a él.

Comenzaron a entrar cuando la campana sonó cinco veces, y no al atardecer sino en pleno mediodía. Sacudieron el agua de los sombreros con los paraguas abatidos — por alguna razón no estaba permitido hacerlo adentro— y trama el olor del templado lluvioso y cosas verdes, helechos, frotos y capullos de flores centelleantes de gotas. Mientras se reunían allí, Zhinsinura, sentada en una silla alta, los observaba como los gatos, con la misma mirada, una curiosidad mansa habitual. Sin palabras indico que se sentaran riendo a penas. Las grandes manos, hicieron callar a los niños a medida que se iba sentando frente a ella, acomodándose con la paciencia de la Lista para esas cosas. Al cabo de un rato había dos semicírculos, uno interior sólo de mujeres y muchachas, y uno exterior de hombres y muchachos.

Una Vez al Día pasó delante de mí, enjugándose con las manos la lluvia clara que le mojaba el rostro; me sonrió y fue a sentarse con las mujeres. Yo hubiera querido sentarme junto a ella, pero era el día en que la Lista rememora a la Liga Larga y a Madre Tom, y en ese día los hombres saben dónde tienen que estar; se sientan atrás y no hablan.

Del otro lado del paso-muralla, la lluvia arreció un momento, como en un repentino sollozo, y en seguida menguó. Todos callábamos. Zhinsinura se puso a hablar, y los gatos empezaron a interesarse.

# Guarta Faceta

—**E**n el último mes del invierno —comenzó, casi como si hablara sólo a la gata echada a sus pies—, que es el primero de la primavera, el hielo del río, que había sido sólido y podía soportar pesos, se resquebrajó y los grandes trozos cristalinos se alejaron a la deriva, entrechocándose: un bonito espectáculo.

»El hielo preguntó: ¿Cómo pudo el río cumplir semejante tarea? Y el río hubiera podido responder: El hielo se impuso una tarea que no podía concluir, y todo lo que quedó sin hacer siguió siendo el río; y quien deshizo lo que tú hiciste, bueno, no fui yo sino el tiempo y los cambios, y YO sigo aquí.

»Digo que el río hubiera podido responder de este modo, pero no responde, pues no queda hielo a quien responder.

»Si fuéramos a contar una historia de los tiempos antiguos, diríamos que los hombres fueron ángeles que podían volar: eran la superficie quieta, frágil del hielo. El río, que fluía rápido e invisible bajo la superficie, podría llamarse las mujeres y la liga. Y en cuanto al tiempo y los cambios, buenos, siempre han sido los mismos, sin otro nombre.

»Ahora bien, los hombres de aquellos tiempos decían a las mujeres: “Mirad; nosotros hemos lanzado al cielo la Luna Pequeña, las plantadoras se han salvado del sol, y hemos de esforzarnos en desarrollar más y más estas obras. Los hombres están muy ocupados y tienen que aprovechar el tiempo; tras, las más capaces, podréis ayudar también en estas tareas. Pero mientras construimos una nueva luna y la ponemos junto a la vieja, estáis aún gobernadas por la luna vieja; no aprovecháis el tiempo; esa es vuestra mayor debilidad”.

»Y Madre Tom le dijo a la Liga: “Esa es vuestra única fuerza. La primavera llega, y el hielo se resquebrajará en todos los ríos. El tiempo necesita de vosotras, y os utilizará oscuras o claras”.

Extendió el brazo por detrás de la silla y alzó una caja alta que puso delante de ella. El frente de la caja imitaba una especie de arcada; y cuando Zhinsinura dio

vuelta a algo en el contrafrente, con fuerza, la arcada se iluminó, y fue como si estuviéramos mirando dentro de un huerto donde un árbol frutal florecía, y donde una mujer enorme y gorda saludaba. Saludaba: quiero decir que no era un retrato de la mujer saludando; saludaba, alzaba la mano, hacía un saludo, la bajaba a un costado; luego la alzaba otra vez, saludaba, y la bajaba, luego la alzaba otra vez y saludaba. Mientras la mujer saludaba, Zhinsinura seguía hablando, con las manos apenas apoyadas en la caja.

—A Madre Tom le habían hecho una Operación. Había sido hombre, y luego transformada en mujer. Y muy bien, por lo demás, pues aquellos eran los tiempos de todas las posibilidades e invenciones. Las partes femeninas de Madre Tom eran reales, tan reales como lo fueran sus partes masculinas; a sus partes femeninas las llamaba Janice, en recuerdo de tina mujer asesinada en la Carretera, de quien ellos las habían sacado: Janice estaría contenta, si supiera. En aquel entonces los doctores podían reemplazar unas partes por otras, así, sencillamente, y con su criterio angélico suponían que todo terminaba ahí; pero de las partes femeninas de Madre Tom empezó a crecer una persona, una mujer, que de oscura a clara sobrepujó al hombre que antes había sido Madre Tom. Madre Tom decía: «Janice me está cambiando la mente». Madre Tom pesaba tanto como dos mujeres, y tenía una voz de tordo de agua, y quería ser toda una Mujer, hasta quería estar en la Liga de las mujeres.

»Los ángeles tenían un chiste en aquellos días, acerca de la Liga. Cuando la higa se reúne, decían, unas mujeres con pechos de paloma cruzan las manos delante de ellas y entre unos búcaros de flores cortadas arengan a las otras mujeres. Todas llevan sombreros floridos, y sólo dicen tonterías. —De un bolsillo hondo Zhinsinura sacó una nuez, y un cascanueces.

—Era un buen chiste —continuó—, pero los ángeles no sabían por qué era gracioso.

»He llorado —dijo— pensando en los esfuerzos de los hombres que querían aprovechar el tiempo; y los he imaginado llorando. Madre Tom lloraba con frecuencia después de esas reuniones, en que las mujeres habían vuelto a luchar entre ellas más que con los ángeles; lloraba cuando las oía en sueños, ultrajadas y temerosas y airadas y tontas, y por sobre todas las cosas Femeninas. “¡Femeninas!”, lloraba Madre Tom. “¡Femeninas!”. Estaba empezando a saber, supongo, para qué había venido y eso la alegraba. Nunca más volvería a ser hombre, decía, ni por todas las plantadoras del universo, ni por todo el Dinero del banco, o por todas las ciudades del cielo.

»Madre Tom desconcertaba a la Liga, y durante mucho tiempo no la aceptaron, pero ella no dejaba de hablar, cada vez que se lo permitían, y a medida que pasaban los años la historia que ella contaba era más larga y hablaba del porvenir, lo que ella alcanzaba a ver; y de los hombres, puesto que ella había sido hombre; y de lo oscuro

y lo claro, aunque ¿qué decir de esto último? Las mujeres empezaron a escuchar, algunas; y a comprender; pero a veces miraban para otro lado, y sonreían, y no escuchaban, y esperaban a estar bien otra vez.

»«¡Estar bien!», chillaba Madre Tom. “¡Estar bien!”. Porque a medida que envejecía, y más mujeres de la Liga la escuchaban, menos lloraba y más gritaba Madre Tom.

»Los ángeles, entonces, cometieron un error. Ellos siempre habían pensado que la Liga era divertida, y que Madre Tom era aún más divertida. Pero Madre Tom conocía a los hombres, y seguía hablando, y envejecía y gritaba, y cuanto más la escuchaban más envejecía y más gritaba; hasta que los hombres fueron como alguien que tiene en la mano un pájaro que trata de escapar: lo aprieta con fuerza, y el pájaro muere; no lo aprieta y el pájaro escapa. Los ángeles apretaron con fuerza, y el pájaro escapó. Siempre hacían lo mismo.

Zhinsinura rompió y comió la nuez con calma abstraída.

—Y va veis —dijo—, los ángeles entendieron el chiste al fin: mientras las mujeres trataran de aprovechar el tiempo y colaboraran en las fabulosas empresas de los ángeles, no habría nada que temer, pero tan pronto como las mujeres callaran, que era lo que Madre Tom les aconsejaba, entonces las empresas de los ángeles correrían peligro. Y lo que hicieron entonces fue enviar a dos o tres al huerto de Madre Tom, este huerto, a que la mataran. Madre Tom se acercaba entonces a los ochenta. Y la mataron.

»Si fuerais a contar una historia de los tiempos antiguos —prosiguió Zhinsinura—, recordaríais que cuando los ángeles mataron en el huerto a Madre Tom era el día más corto del invierno, el primero del verdadero invierno, pero en el que los días, aunque lentamente, empiezan a alargarse hacia la primavera. Como luego de una larga vida Madre Tom había logrado al fin hacerse entender por las mujeres que amaba, los ángeles creyeron durante mucho tiempo que el pájaro estaba muerto. El hielo aumentó, pero el río era más hondo; el hielo callaba, el río hablaba consigo mismo, sin que nadie escuchase.

»El río hablaba de Madre Tom. Fue en aquellos días cuando hicieron este cuadro, para recordarla, y mil cuadros parecidos que las mujeres conservaron. Ellas decían de Madre Tom: cuando estaba oscura era muy, muy oscura, y cuando estaba clara era más clara que el aire.

»De las cosas que Madre Tom había dicho. Del porvenir: de cómo los hombres que durante el día planificaban el porvenir, y luchaban con él, y fracasaban contra él, y aprovechaban bien el tiempo, volvían a casa cada noche: y cuando los hombres hablaban, ellas recordaban el consejo de Madre Tom: callad.

»De los huertos y las ropas y la escasez de alimentos y de cómo las luces continuaban apagándose. De los hijos de ellos y de lo que era más hermoso, e

historias de Dinero, y de qué pasaría cuando las luces se apagaran para siempre. De los últimos prodigios e los ángeles y de cómo pronto no habría nada imposible y los hombres les darían todo lo que ellas quisieran.

»Todo lo que ellas quisieran... —Zhinsinura se pasó la mano por los ojos y tocó la caja en la que la Madre Tom saludaba interminablemente—. Yo me hubiese puesto oscura, oscura, oscura, entonces; entonces me pongo oscura sólo de pensarlo. ¡Qué difícil, qué difícil! Ser instrumentos del tiempo cuando quienes se creen los amos del tiempo cuentan cuentos interminables e inútiles para esclavizarlo, cuentos que las mujeres, aun entendiéndolos, nunca podrían contradecir. Ves a tu propia especie como un gato enfermo que come y no se satisface, que engulle y vomita gusanos. Y, sin embargo, callas. Y no sabes nunca, como instrumento que eres, cuándo, en qué momento te necesitarán..., o si por ventura no te has equivocado, y tu verdadera tarea es la de satisfacer el hambre insaciable de los ángeles. “Todo lo que ellas quisieran”. No fue Madre Tom, no, y ella había sabido que no... fue aquel largo fuego lo que fraguó el instrumento del tiempo, torneándose sin cesar a la llama de lo oscuro y lo claro hasta que la tarea quedó concluida.

»Para los ángeles, la Tempestad fue la época más oscura desde el principio de la especie; porque ¿qué sabe el hielo de la primavera? Y aunque la Liga era ya adulta entonces, y conocía de memoria todas las historias cuando se reunieron aquí por primera vez, después de la caída de las Leyes y la Goma de Menta aquí en este suelo de Ciudad Servicio y en mil lugares parecidos; y aunque recordaban a Madre Tom, y ahora sabían lo que había querido decir, y algo sabían de cómo ponerse a ayudar, no estaban claras aún en ese entonces. Porque recordad, hijas, recordad: pese a todo cuanto las mujeres de la liga comprendían, pese a aquella oscuridad y aquella claridad, ellas también eran ángeles. Nunca lo olvidéis, porque no conocieron gloria mayor. Yo les he sentido aquí reunidas, entonces, en aquellos tiempos; y sé que por muchos conocimientos que tuvieran, era terror, oscuridad y pánico lo que sentían; y que aunque más tarde hicieran alguna otra cosa, la tarea de ellas en aquel momento consistía sobre todo en ver morir a los ángeles. Porque con un sonido que era como un llanto y tina carcajada, el hielo se había quebrado al sol.

Las mujeres que estaban frente a Zhinsinura, algunas de ellas, habían escuchado absortas, con el mentón entre las manos; otras habían estado ocupadas haciendo callar a los niños, o apartando a los gatos, o cambiando de lugar. Los niños jugaban para distraerse, como hacen los niños cuando se habla de cosas serias. Porque al fin y al cabo era una vieja, viejísima historia, escuchada cientos de veces; aquel era solo el día de abril que la Lista había señalado Fara que la contase toda entera. Y quizá era yo quien la había escuchado con más atención.

En el huerto, Madre Tom alzaba la mano, saludaba, bajaba la mano.

—Nosotras —dijo Zhinsinura—, somos las hijas de la liga, y recordamos a Madre

Tom. Nosotras sentimos que esas mujeres de antaño están todavía aquí, donde guardaban y repartían los víveres que alguna vez atestaron las mil alacenas destruidas; aquí, donde ellas preparaban brebajes para salvar vidas olvidadas; a donde ellas volvían de largos viajes y traían historias y cosas angélicas que aún conservamos; donde ellas hacían planes, y se consiguieron los acuerdos que transformarían al mundo en lo que hoy es; y donde renunciaron al fin a aquella lucha: nosotras no olvidamos, aunque no lamentamos nada, así como nadie lamenta en la vejez la muerte va lejana de un padre o de una madre.

»Si fuerais a contar una historia de los días en que la Liga maduró y se convirtió en la muy famosa liga Larga, diríais que un gato siente curiosidad cuando no está cómodo. Que la curiosidad de ellas descubriera los secretos de las hijas de la medicina y de todas las medicinas de los ángeles lo agradecemos. Que revelaran a los cuatro hombres muertos, el más horrible entre todos los secretos de los ángeles, y lo, destruyeran, nos estremece de terror: y alabamos que se hayan atrevido. De que conocieran a la doctora Botas y llegaran así a entender lo oscuro y lo claro como hoy lo entendemos, ¿qué se puede decir? Mas la Liga que fue ha desaparecido; la curiosidad ha quedado satisfecha; la lucha ha terminado. Oscuro o claro, el mundo está más claro que antes.

Meneó la cabeza, sonriendo, y se sacudió de la falda los restos de cáscara de nuez.

—Pensad, sin embargo —dijo envolviendo a todos en una mirada y con una sonrisa más ancha—, pensadlo un tiempo y descubriréis qué extraño es, cría taras, qué extraño en verdad, muchísimo más extraño que feliz o triste. Mayo se acerca ahora, y esa comunión: lo más extraño de todo. No quiero el secreto de nadie: solo pensad por un momento que ahora estamos aquí, y que eso fue entonces, y que ha conducido a esto, ¡y qué extraño es!

En los rostros alrededor de mí, mientras Zhinsinura exhortaba, era como si empezara a hacerse la luz: la única cosa que yo había sabido y ellos no, al parecer. Hasta hubo un murmullo de risas que brotó aquí y prendió allí, y sonó más profundo entre los hombres y se extinguió como se extinguían nuestros cantos a la caída de la noche. Al oírlos así, de esa extrañeza, me pareció que por primera vez desde que estaba con ellos los veía como personas comunes, como los del habla con verdad, quiero decir.

Con esa risa de ellos fue como si el día concluyera. La lluvia continuaría hasta la noche, o toda la noche; en el centelleo plateado de las gotas, la tarde era ya oscura. Zhinsinura seguía sentada, con Madre Tom delante de ella, y cascaba nueces y las comía, mientras el resto de nosotros se estiraba y empezaba a moverse, caminando y hablando otra vez.

Yo me abrí paso hasta donde estaba Una Vez al Día sentada delante de la caja en

la que la Madre Tom saludaba. Ahora en el huerto había sombras, y el eterno saludo de Madre Tom era más lento. Viendo que Una Vez al Día lo miraba, yo también lo miré.

—¿Qué quiso decir? —le pregunté— cuando dijo «mayo se acerca, y esa comunión».

—Se refería a nuestras cartas de la doctora Botas —dijo Una Vez al Día, sin apartar los ojos de la caja.

Había un árbol florecido en el huerto, y ahora, cerca de él, pude ver un gato diminuto acurrucado a los grandes pies de Madre Tom. La mano de Madre Tom se alzó, y un pétalo se desprendió del árbol. La mano se alzó todavía más y saludó, y el pétalo llegó al suelo. Madre Tom sonrió y el gato cerró los ojos apaciblemente. Madre Tom bajó la mano; la sonrisa se le apagó cuando la mano descansó contra el flanco. De pronto, un temblor instantáneo pareció estremecer todo el huerto. El rostro de Madre Tom se endureció, con tina expresión sombría y aprensiva; los ojos del gato se abrieron, súbitamente alertas. La mano de Madre Tom se alzó, como siempre el rostro se le aclaró en una sonrisa, los ojos del gato empezaron a cerrarse... y en ese mismo instante otro pétalo cayó del árbol.

Cuando estaba oscura, decían ellas, era muy, muy oscura, y cuando estaba clara era más clara que el aire.

Madre Tom saludaba y volvía a saludar. Cada vez el rostro se le ensombrecía, aprensivo, para luego aclararse en una sonrisa; cada vez, cuando ella sonreía, el gato cerraba los ojos. Y cada vez otro pétalo se desprendía del árbol y caía balanceándose al suelo.

—Si nos quedamos mirando un tiempo —dije no le quedará un solo pétalo. Y el árbol dará fruto.

—No —dijo Una Vez al Día—. No, no dará.

Había un rompecabezas que le gustaba mucho a San Gene: enroscar una tira de papel y cerrarla en un aro. Ahora, decía, sigue con la punta del dedo la cara de afuera. Pero sin tocar la de adentro. Pero la de adentro siempre comenzaba antes de que llegaras al final de la de afuera; antes de acabarse, el aro siempre volvía a empezar.

—Ese es un enigma —dije—. Me prometiste, el mes pasado, que nunca más me hablarías en enigmas.

—Enigmas... no recuerdo dijo ella.

Madre Tom saludó. El gato se durmió. El pétalo cayó. De pronto sentí que me sofocaba, que estaba encerrado para siempre en un cubículo pequeño y sin aire, y comprendí: todos los pétalos que caían eran un solo pétalo. Los saludos de Madre Tom eran un solo saludo. El invierno no llega nunca.

# Quinta Faceta

—¿Cuándo irás? —le pregunté.

Mayo había reconstruido nuestra casa de sombra en la colina; las hierbas que habíamos aplastado brotaban otra vez, doradas y verdes.

—Pronto —dijo ella— vendrán a avisarme.

Habían estado yendo, uno por uno, pendiente abajo hacia el río, y cuando volvieron de ver a la doctora Botas, muchos de ellos desnudos, los viejos parecían niños y los jóvenes ancianos. Todos habían recibido la carta y sus secretos se consolidaban y fortalecían y se me cruzaban y entrecruzaban por todas partes. Yo me acercaba a ellos, uno por uno, a los que ahora eran ya mis amigos, y descubría que habían desaparecido, aunque todavía me miraron. Y el saludo moría en mis labios. Hasta los niños más pequeños, excluidos lo mismo que yo, parecían más tranquilos, y jugaban a juegos que yo desconocía con gatos que parecían inquietos y recelosos. Y aunque era la Lista la que se había... se había desmaterializado, parecía en cierto modo que era yo quien no estaba allí, que yo sólo era el destello de un recuerdo y un malentendido en medio del peso sólido de la magia.

—Y si ahora no fueras —le dije—, ¿y si no fueras este año?

—¿Qué quieres decir? —me preguntó, no como si realmente quisiera saber, sino como si yo hubiera dicho algo sin sentido, que a ella no le interesaba. Una ola espesa de desesperación cayó sobre mí, abrutándome. Jamás, por más cuerda Susurro que ella fuese, me hubiera hecho esa pregunta en Belaire Pequeña: ¿qué quieres decir?

—Quiero decir lo que digo —respondí en voz baja—. De verdad digo lo que digo.

Me miró, y el azul de sus ojos era tan vacío y opaco como el cielo detrás de nosotros. Volvió la cabeza, miró a los saltamontes: brincaban sobre la hierba húmeda; miró a Brom, que los perseguía, con delicadeza, aunque era tan enorme. No me oía. Tendría que decírselo todo en palabras.

—No quiero que vayas a buscar esa carta —dije.

Durante el año había vivido con ella, y ella se había convertido poco a poco en alguien que yo conocía: no la chica que yo había conocido antes sino, mes a mes, alguien que yo conocía. No había pedido lo que no me daban, sin embargo, ella misma se había dado a mí. Y yo sabía que cuando ella recibiera la carta, volvería a sentarse lejos de mí, como si hubiera echado a volar de aquí a Luna Pequeña.

—Escúchame ahora —dije, y aterré la muñeca delgada—. Podríamos irnos de aquí. Tú dijiste que a ellos no les importaría, y con seguridad ahora les importaría menos que nunca. Podríamos irnos esta noche.

—¿Ir adónde? —Me sonrió como si Yo le estuviera contando algún cuento fantástico, una de las bromas de ellos.

—Podríamos volver a Belaire Pequeña. —Yo quería decir: a Belaire, donde nacimos, a Belaire y los santos y el Sistema de Archivo, y las comadres que desatan nudos, en vez de apretarlos todavía más como hacen aquí los viejos; Belaire, donde hay una prueba para cada historia y los secretos al menos tienen nombre. Podríamos ir a casa, eso quería decir.

—No era mi casa —dijo ella, y el corazón me dio un salto, porque oí que ella me había oído—. No era mi casa, era sólo un sitio, un sitio en el que yo estaba.

—Pero entonces, cualquier parte, cualquier sitio que te guste, sólo...

—No —me dijo ella con dulzura, mirando las hierbas, el brillo de los saltamontes. Quería decir: no me oscurezcas ahora, no justamente ahora.

A lo lejos alguien venía hacia nosotros, con una túnica negra sin mangas y un sombrero ancho. Houd. Se detuvo a cierta distancia y nos observó un momento. Luego levantó el bastón con que caminaba, llamando a Una Vez al Día, y dio media vuelta, y se alejó.

—Tengo que ir ahora —dijo ella, incorporándose.

—¿Sabes que con esto te pierdo? —dije, pero ella no respondió; echó a andar detrás de Houd hacia Ciudad Servicio.

Apoyé la cabeza en las rodillas y miré las hierbas que crecían entre mis pies. Las briznas de hierbas, los brotes diminutos, los bichos todavía más diminutos, eran claros, más claros de lo que siempre me parecieran antes. Pensé en eso.

—¡No!

Me levanté de un salto, y Brom dejó de jugar para observarme. La alcancé cuando ya cruzaba la plaza de piedra calentada por el sol. El invierno había resquebrajado la piedra, poniéndole en la cara arrugas diminutas, como las ponen los años en una cara humana.

—Una Vez al Día —dije detrás de ella—Me voy. No sé adónde, pero me voy. Volveré dentro de un año. Pero prométeme: prométeme que pensarás en mí. Piensa en mí, siempre. Piensa en... piensa en Belaire, y en los zorros, y en el Dinero, piensa en cómo vine y te encontré, piensa...

—Zorros... no me acuerdo —dijo ella, sin volverse a mirarme.

—Volveré y te preguntaré otra vez. ¿Pensarás en mí?

¿Cómo puedo pensar en ti si no estás?

La tomé por el hombro, súbitamente furioso.

—¡Puedes! ¡Basta! Háblame, habla conmigo, no podré soportarlo si tú no... Está bien, está bien —porque ella estaba cerrando su cara contra mí, apartándose, sacando mi mano de su hombro como si fuera algún impedimento accidental, una rama seca, un abrigo viejo—; pero escucha: por más que digas, sé que puedes oírme: ahora me iré, y los dos podremos pensar, volveré en la primavera.

—Esto es primavera —dijo, y se alejó a través de la plaza. Yo la miré: viva, vívida y blanca por un momento contra la inmensa negrura ausente del paso-muralla; y un instante después, ya no estaba. Guiño: no estaba. Como si no hubiera existido.

Y pensé entonces con una piedra fría en el corazón: ¿y si ella me hubiera hablado con verdad, y si hubiera oído en todo lo que le dije que era tan imposible para mí estar lejos de ella todo un año, un mes, un día, como para Brom hablar o para San Guiño mentir?

No recuerdo el resto de aquel día, qué hice conmigo mismo. Tal vez me quedé donde había sido abandonado, en aquella piedra. Pero al atardecer, antes que ella volviese, fui a los Veintiocho Aromas en busca de Zhinsinura.

Estaba de pie con otros viejos junto al largo mostrador, examinando con ellos un gran trozo de pizarra lisa, toda recubierta con cera de abejas, de modo que se podía escribir encima. Luego de pensarlo un momento, Zhinsinura llamó a una de las mujeres y le entregó una vara puntiaguda; mientras las otras sonreían y asentían, la mujer se inclinó y trazó un signo sobre la cera. Zhinsinura la besó, y la mujer se alejó con una o dos de las otras.

—Yo también quiero ir —dije, y Zhinsinura bajó hacia mí los ojos encapotados—. He pasado todas vuestras pruebas. No he pedido lo que no se me daba: pero ahora pido esto.

Zhinsinura levantó la mano para que las otras estiraran, y tomándome por el hombro me llevó hasta mesa calendario, donde podíamos hablar a solas.

—No hubo ninguna prueba —dijo—. Pero te preguntaré una cosa: ¿por qué viniste aquí?

Había un montón de respuestas para esa pregunta, aunque sólo una importaba.

—Había una historia —dije, una historia de cuatro hombres muertos. Un hombre sabio me dijo una vez que quizá vosotros conocíais el final de esa historia. Supongo que estaba equivocado. No importa ahora.

—Esos cuatro hombres muertos están muertos —dijo ella, con la barbilla apoyada en la mano—. La Liga los destruyó. Destruyó las cuatro esferas transparentes que no tenían nada dentro; destruyó todas menos una, que se ha perdido para siempre, y es

como si la hubieran destruido...

—Había cinco.

Fila sonrió.

—Sí. Así es, había cinco.

En los ojos encapotados de Zhinsinura estaban las respuestas a aquel misterio; la última prueba consistía en no preguntar.

—No me importa ahora. Sólo quiero quedarme aquí, con ella. Y no puedo, a menos que sepa lo que vosotros sabéis, a menos que comprenda...

—¿Y si eso no ayudara? Me parece que vosotros, los del habla con verdad, creéis demasiado en el conocimiento y la comprensión y esas cosas.

—No. Por favor. Ni siquiera es comprensión lo que quiero. Ella... Yo... yo quiero, quiero ser, ella. Quiero ser ella. No quiero ser más yo. No me sirve. Nada de lo que sé me sirve. No sé si ser ella es mejor que ser yo, pero va no me importa. Me rindo. Ayúdeme. No me resistiré.

Zhinsinura escuchaba y se mordía un dedo, pensativa. Ahora no había nadie con nosotros excepto la gata Ea'ata a quien no le interesábamos. Miré la lámina de mayo, entre nosotros dos: los niños (que en un año no habían envejecido un solo día) estaban en una casa de madera con una puerta ancha, tinajas con pilas de pasto segado y amarillo; el sol se reflejaba en el pasto y le iluminaba las mejillas y los ojos bajos y placidos. Agachados y con las manos sobre las rodillas, observaban a una gata pequeña y atigrada, echada de costado y de quien mamaban tres, cuatro, cinco gatitos. Me pareció que estaba viendo a la familia de zorros que yo había descubierto tiempo atrás para Una Vez al Día. ¿Los olvidaría yo también?

Zhinsinura se inclinó y me acarició la mejilla; sentí los anillos que se le enganchaban en mi barba.

—Quiero a Botas —me dijo en voz baja—. Vieja como soy, tan vieja como cualquiera, no me cambiaría por nadie. Quiero a Botas: por eso te daré lo que pides. Y ojalá te aproveche como a mí. Pero recuerda: no esperes que haga algo. Hará lo que hace, y no hay a quién pedir cuentas, ni a Botas, ni a mí o a tu joven amiga, ni tampoco a ti, como verás.

»Pero ya son demasiadas palabras. No te ayudarán. —Se levantó y me guio hasta el mostrador donde estaba apoyada la pizarra cubierta de cera.

—Pasa esta noche a solas —dije.

—Ven mañana temprano y búscame. Yo te llevaré. Tendrás tu carta de la doctora Botas. —Me puso en las manos la cara puntiaguda—. Ahora firma la Lista.

Allí estaban las marcas de todos ellos; allí estaba la de Una Vez al Día. Yo no tenía marca: con cuidado y torpemente rasqué en la Lista el signo Palma de mi cuerda.

Pasé la noche a solas, pero no llegué a dormir. Me quedé acostado pensando que

aunque era Una Vez al Día quien me había llevado allí, a esto tenía que haber apuntado también el camino que yo tomara en un principio. Había visto a los cuatro hombres muertos, y Una Vez al Día me había susurrado los inaudibles secretos de Oliva; había partido con el propósito de ser un santo y resolver aquellos misterios, y había aprendido que el invierno es la mitad de la vida. Pero al corazón de Una Vez al Día no pude acercarme más, y nunca podría acercarme ni así si no daba ese último paso. Pensé en Zher, en como lo había visto el día de mi llegada a Ciudad Servicio, pensé que Una Vez al Día estaría ahora sentada entre las viejas, como él entonces, como si tuviera dentro una lámpara encendida. Mañana yo sería como ella. Y de lo único que me arrepiento, ahora, es de no haber empacado mis cosas aquella noche y abandonado para siempre Ciudad Servicio.

Fui temprano a buscar a Zhinsinura, temblando y bostezando por el frío de la mañana y la ansiedad, y la seguí entre los árboles hasta la orilla del río. Allí, amarrada con cordeles plásticos, había una balsa de troncos; un hombre y una mujer de la edad de mis padres estaban esperando, sentados dentro.

Él y yo, cuando Zhinsinura acabó de instalarse, soltamos la embarcación y con unos reinos gastados y pulidos remamos río abajo por las rápidas aguas de mayo.

Navegamos en silencio; no se oía otra cosa que los latigazos del río contra los flancos de la balsa y las risas susurrantes de la floresta. Zhinsinura fumaba tabaco, moviendo la pipa entre los dientes de un sitio a otro.

—A propósito de la carta —me dijo una vez— solo tenemos un chiste viejo. Los ángeles decían que en toda carta hay tres partes: el Saludo, el Cuerpo, y el Cierre Cortés.

Yo escuché la colección de palabras antiguas y no dije nada. Sobre los barrancos del río se amontonaban los escombros de edificios en ruinas, ahora invadidos por los árboles, y apenas revelados por algún ángulo, una línea recta en el moho, de factura angélica. Los dejamos atrás deslizándonos por el río entre el follaje lánguido de los sauces como entre tenues colgaduras, y al cabo de un rato tropezamos con un muelle; dimos media vuelta y amarramos la balsa.

Un sendero subía desde el muelle hasta... ¿qué palabra decían?, un claro, un lugar recoleto de sauces jóvenes y pastos tiernos, al que llegaba el sol. Había allí algunos de la Lista y nos vieron llegar, pero no se dieron por enterados; algunos estaban desnudos. En el centro del claro se alzaba una casa pequeña de piedra ángel, que el tiempo había hundido a medias en la tierra; una senda estrecha descendía hasta la puerta baja. Zhinsinura llevó aparte a los dos que habían viajado con nosotros; los dos asintieron a la vez, me sonrieron y se sentaron a esperar. Como lo hiciera delante del paso-muralla, Zhinsinura me tomó con fuerza por el hombro y me guio sendero abajo hacia la oscuridad de la casita.

No había más que una ventana pequeña. Por un momento la oscuridad centelleó

con el resplandor del sol que yo aún tenía en los ojos. Vi que la pequeña habitación cuadrangular estaba vacía; luego vi que no estaba vacía. Había una caja, o pedestal, claro como el vidrio o más claro; en el interior unas bolas o botones plateados y negros. Y en lo alto de la caja una esfera transparente, del tamaño de la cabeza de un hombre, y sin nada dentro.

—La quinta —murmuré.

—Botas —explicó ella. Se estaba poniendo en la mano un guante plateado, un guante plateado que brillaba como el hielo—. Siéntate —dijo.

Yo me senté; de todos modos no creía que mis rodillas fueran a sostenerme; Zhinsinura pretendía mover con la mano enguantada uno de los botones. El botón giró. En un instante la esfera se volvió negra, con un leve sonido, como un aliento sofocado; era ahora tan negra que ya no parecía una esfera; un círculo negro recortado del mundo.

—Ahora cierra los ojos —dijo Zhinsinura—. Es mejor cerrar los ojos.

Los cerré; pero no antes de ver que con el guante plateado trataba de hacer girar otra de las bolas dentro de la caja; y que el círculo negro se estaba levantando del pedestal, avanzando como una Luz; y que venía hacia mí.

Y entonces empezó ese tiempo del que tengo que contarte pero no puedo; el tiempo en que Botas estuvo allí, y yo no estuve. El tiempo en que yo no estaba en Junco que Habla, y Botas sí; el tiempo en que Botas vivía, cuando ella era junco que Habla, y yo no lo era; cuando yo no era nada. De todo eso no tengo recuerdos —yo no estaba allí— y aunque el ser de Botas había teñido a Junco, coloreándolo para siempre, él nada recuerda, lo olvidó todo incluso cuando yo volví a él; porque aunque Botas tiene numerosas vidas, no tiene memoria. Sólo recuerdo lo último que hizo Botas: cerró los ojos. Y luego ella lo dejó. Fue entonces, cuando Botas se fue, cuando yo tuve mi carta: mi carta era yo mismo.

—Abre los ojos —dijo Zhinsinura.

Eso, «abre los ojos», entró por las puertas de Junco. Yo no era, y eso entró en la nada; pero, siempre rápido encontró el viejo sendero que esas cosas han tomado antes innumerables veces, y echó a correr. Sólo que ahora, como si fuera una Luz, pudo ver el sendero, infinitamente largo. El Sendero era Junco, las paredes eran sustancia de Junco, y las manos-de-serpiente, los incontables peldaños y recodos y desvíos y aposentos eran él, arcones rebosantes de tunco, todo era Junco; siempre. Junco era manivelas, pasadizos, escaleras, un sendero para que las palabras llegaran a lo más hondo. Y yo... yo era nata; pero cuando Zhinsinura dijo eso, «abre los ojos», yo, desde algún diminuto centro del no-ser me desenrosqué y construí a junco para que lo recibiera: el sendero que esas palabras tomaron y el sitio a donde el sendero conducía se desenroscaron de un salto y a la vez. Las palabras observaron cómo me observaba a mí mismo mientras yo hacía un lugar con el sendero, para que las palabras fueran

por él hacia el sitio en que yo lo hacía. Un lugar como de esteras, esferas parecidas a los árboles del pan pero unas dentro de otras, esferas de brillante complejidad hechas sólo de materia que se hace, y cada esfera metiéndose en una más grande justo a tiempo para permitir que el «abre los ojos» escapara hacia las más pequeñas; hasta que las palabras y yo hubimos recreado a junco para que nos contuviera a ambos; y los tres, en un fugaz y silencioso acoplamiento, unimos nuestros caminos. Y abrí los ojos.

La esfera negra se estaba alejando de mi cara, volviendo al pedestal para posarse. Zhinsinura, con el guante de plata, pretendía mover un botón. La esfera se posó, Zhinsinura movió el botón. La esfera era otra vez transparente. Botas dormía.

Zhinsinura me dijo:

—¿Puedes andar? Ahora nos iremos.

Todo aquel lugar que yo había hecho para contener a Abre los Ojos se desvaneció como una nube, y en un tiempo apenas más breve que el que yo había tardado en hacer el lugar, hice un nuevo junco con un nuevo sendero para recibir esas nuevas palabras. Y supe entonces (inmóvil, incapaz de moverme, con las manos apretadas alrededor de las rodillas encogidas, la boca tan abierta como los ojos) que antes había hecho oh cuántos millones, y que los había perdido a todos, y que todos me habían cambiado; ellos eran menos reales que las nubes y yo más cambiante que un pendón al viento; y supe que seguiría haciendo otros, millones de otros, y todos tan distintos como este de... ¿qué? ¿Cómo había sido yo, un momento antes? ¿Qué era esa cosa inmensa que acababa de saber? Traté de aferrarme a algo para Ser, una casa en la que Estar, y no pude; y el Terror se precipitó por entre las rutilantes esferas de junco, y me encontré haciendo una casa para que él la habitara, y prefiriendo olvidar que alguna vez no había vivido en el Terror. Luchaba por rehacer, recuerdo, pero la lucha fortalecía aún más la casa del Terror, y allí yo sólo era Junco y tenía miedo.

Pero entonces hubo luz, porque Zhinsinura me había llevado afuera.

Y la morada del Terror fue menos que un recuerdo porque el Sol ocupó todo mi espacio.

Doraba casi y casi reía pensando que tendría que construir una casa no sólo para todas las palabras sino también para todas las cosas que tienen nombre. Hubo un Sauce. Aconteció, y hubo Pasos sobre la Hierba; y hubo una Persona que yo Conocía. Cada vez que yo volvía la cabeza mil cosas ordenaban sus senderos y se preguntaban qué habría luego, y cada vez que me volvía mil juncos se hacían y deshacían tintineando, suspirando, susurrando, estallando.

Me detuve, inmóvil como de piedra. La mano de Zhinsinura que tiraba de la mía me hacía retroceder. He de tener cuidado. Sería difícil que en esta prisa, algo, algo no llegara a extraviarse. He de tener cuidado al trazar el Sendero, para que ningún nombre se extravíe. Esperad, esperad, suplicaba; pero ellos no esperaban. ¿Y cómo

podría yo hacer una cosa con tanta prisa como para que lo albergara todo? Yo estaba rígido como una piedra por el esfuerzo, y el Terror era lo único que sabía acomodar; pero ante la puerta del Terror me detuve: algo estaba despertando en mí, algo despertaba para ir al encuentro de todo aquello con lo que no podía encontrarme.

Lo que despertaba en mí era, diré, Botas. Diré que aunque Botas se había marchado, también se había quedado. Diré que Botas despertó, y que habló y dijo desde la casa dentro de mí: Olvida. Olvida que alguna vez no fuiste la casa perfecta que siempre estás haciendo, y que ya sea una casa de oscuridad o de Luz, ella misma se hará. En cuanto a cualquier nombre que entre en ella, jamás podría extraviarse, pues si la casa es perfecta, ¿por qué entonces el Sendero que lleva a la puerta no ha de estar trazado con la misma perfección?

Diré que Botas dijo esto, diré que esto era lo que decía la carta; hasta diré que las palabras de ella me quitarían aquella rigidez pétrea. Yo flameaba como un pendón al viento, y lloraba y sonreía a la vez. Eso diré: pero el secreto, oh el secreto, es que Botas no tiene nada, absolutamente nada que decir.

# Sexta Faceta

**E**l tiempo, pienso, es como caminar hacia atrás alejándote de una cosa: de un beso, digamos. Primero está el beso; das un paso atrás y sólo ves los ojos, y luego ves los ojos enmarcados en la cara cuando te sigues alejando; luego la cara es parte de un cuerpo, y luego el cuerpo está enmarcado en el vano de una puerta, y luego la puerta enmarcada entre los árboles. El sendero se alarga, la puerta es más pequeña, y ves los árboles, y la puerta desaparece, y luego el sendero se pierde en los bosques y los bosques se pierden en las colinas. Y, sin embargo, en algún lugar del centro está todavía el beso. A eso se parece el tiempo.

Yo sé que en mi centro es ahora el tiempo en que yo no era, el tiempo en que la doctora Botas era. Eso es el beso. La carta llegó, no entonces sino en mi primer paso atrás: cuando regresé, como recién nacido, al lugar en que había vivido siempre: Junco y este mundo. Y, sin embargo, allí, en el centro, está Botas: a veces, en los momentos en que el corazón me golpea el pecho con latidos lentos y duros, o un sueño se desbarata o un momento presente cae hecho añicos, tengo un recuerdo, un sabor de cómo fue haber sido Botas. Creo que si me hubiera quedado a vivir en Ciudad Servicio, repitiendo ese beso cada año, habría llegado a tener tanto de Botas como de mí mismo, a compartir a junco con Botas, como se compartía con ella toda la Lista. Pero va entonces, mientras sentado en el muelle esperaba la balsa de regreso, sabía que siempre llevaría a Botas conmigo.

Dije esperaba. Traté, sí, de esperar, durante un rato, pero no muy largo: en cambio me transformé en un hombre muelle, que no espera nada. Yo no tenía ningún mientras.

—¿Alguien puede remar? —preguntó Zhinsinura a algunos de los que estaban allí conmigo—. Él no puede.

La balsa llegó deslizándose por la corriente parda, chocó contra el muelle, madera mojada sobre piedra. Los dos que venían a bordo se levantaron y me miraron por debajo de los anchos sombreros, y uno de ellos me arrojó una soga blanca; una soga

que vi y miré, allí donde había caldo, pero que no recogí. Oí que se reían, y yo también me reí, pero, enseguida, olvidé de qué, absorto en la tarea de observar cómo levantaban los largos rencos con un crujido de maderas. Suspiré un largo suspiro, como si en ese instante dejara de llorar: un suspiro por la vasta plenitud de todo.

Me pusieron a bordo, subió Zhinsinura, y cuando la barca giró aguas arriba, giró el mundo en mis ojos, como un vértigo.

Supongo que fueron ellos, los dos de la balsa, quienes dijeron a Zhinsinura la noticia de Una Vez al Día. Me parece recordar que hablaban con ella, y que los tres se volvían a mirarme. Si oí que nombraban a Una Vez al Día no pude entonces hacer una casa bastante grande corto para contener el nombre; miraba las olas rizadas del agua junto a la barca, los ojos brillantes del sol entre las hojas. Yo no podía saber, no podía sospechar que estar ausente por un tiempo, estar habitado un tiempo por una criatura más simple, menos contundida, más naturalmente sabía que yo, podía transformarme de ese modo, transformar el mundo de que estoy hecho, pero yo estaba aprendiéndolo, con una felicidad creciente estaba aprendiéndolo. Mientras la balsa navegaba y yo me deslizaba a través del día, como se deslizaba el día a través de mí, estaba aprendiendo a dejar que la tarea fuese el amo; lo que sólo consiste en no hacer otra tarea que aquella que me ha elegido a mí para que yo la haga. Sin sufrimiento alguno, cualquier gato lo sabe, cualquier criatura excepto el hombre, que necesita aprenderlo. Dejar que la tarea sea el amo es una ardua tarea para los hombres, y la más ardua de todas para los hijos de los ángeles, aun los descendientes muy lejanos. Pero es posible aprenderla: aprenderla es el único modo de aprenderla, pues soy un hombre. Allá lejos y hace tiempo los ángeles se enfrentaron al mundo en una lucha agónica, una lucha incesante; pero yo aprendería, sí, en el largo verano mecánico del Pequeño San John, aprendería a vivir con el mundo, aprendería. Era tan fácil, al fin y al cabo, tan dolorosamente fácil. Los bondadosos amos de las tareas se multiplicaban en mí, y de los ojos caían lágrimas saladas, así corto ahora caen de los tuyos.

Zhinsinura cruzó la balsa y se sentó junto a mí. Incapaz de hablar y darle las gracias, apoyé la cabeza en su regazo. Ella me acarició el cabello.

—Una Vez al Día —me dijo— se ha marchado al oeste con algunos de los que partían para el trueque esta mañana. No fue elegida para ir; ella misma eligió. Le dijo a Houd: No volveré hasta que Junco se haya marchado, hasta que se haya marchado para siempre.

Dos veces y para siempre. Hay casas, casas siempre y más allá del tiempo, en las que es mucho más difícil vivir que en el millón de casas pequeñas que hay dentro; justo entonces yo estaba disfrutando de una pequeña en las ondas que entrecruzaban en los bajos del río.

—Si yo lo hubiera sabido —dijo Zhinsinura, no dijo nada más; porque, ¿qué hay

que decir? Luego—: Junco puedes quedarte todo el Tiempo que necesites; pero, queremos que ella vuelva. Algún lía.

¡Qué sabia era al decirlo en ese momento! Porque yo estaba claro, y ella se daba cuenta; y aunque yo sentía que a lo lejos una casa oscura empezaba a alzarse alrededor de todo lo que hacía, yo estaba claro entonces, y observaba a los esquiadores acuáticos. Suspiré, de alivio tal vez porque junco, y también Una Vez al Día, se quitaban de encima un peso enorme e imposible. Pensé con felicidad en lo triste que hubiera sido no poder volver a casa. Creo que me dormí.

—Estoy muy cansado ahora, ángel. Necesito descansar.

—Descansa.

—Quita tu cristal, no hay nada más, nada más que decir.

Sólo el final. No será largo.

Ha salido la luna. Está en creciente ahora. Había luna llena cuando decidí venir. ¿Tanto tiempo hace que estoy aquí?

—No. Más.

Las nubes están espesas. Supongo que allá abajo no alcanzan ver la luna... Oh, ángel, quítalo, páralo, no puedo más.

# EL CUARTO CRISTAL



EL CIELO ES HIERBA

# Primera Faceta

—**Y** empezamos de nuevo con otro, el cuarto.

—Tal vez no tendrías que derrocharlos. No acabamos el último.

—No te preocupes. ¿Puedes continuar ahora?

—¿Me dijiste para qué necesitas estas cosas, estos cristales? Si me lo has dicho, lo he olvidado.

—Sólo para ver... para saber qué fuerte eres. Quiero decir, para saber si la historia podría ser distinta, según quién...

—Según quién sea yo.

—Según quién la cuente.

—¿Ha cambiado?

—Sí. En pequeños detalles. No creo... no creo que nadie amara a Una Vez al Día tanto como tú, quiera decir tanto como en esta historia. Y nunca había oído hablar de una mosca encerrada en un cubo de plástico.

—¿Me hablarás de él, de ese que yo soy? ¿Es un hombre?

—Lo es.

—¿Lo amas?

—Sí.

—Me pregunto por qué he pensado en eso. ¿Por qué tú me lo recuerdas?... No, bueno, no tengo que saberlo, ¿verdad? Bueno Continuaré.

Te contaría cómo pasaba el tiempo allá, en Ciudad Servicio y sin ella, sólo que no recuerdo casi nada, lo que no es sorprendente. Recuerdo solo que me parecía vacía, y llena a la vez. Y recuerdo los gatos: cambiando de sitio, discutiendo y olvidando las discusiones, descendiendo (por peldaños más claros para mí que las palabras) hacia el reposo, y del reposo al sueño, y del sueño a un sueño más profundo. Observarlos me daba sueño y yo también me dormía.

Y entonces me marché. No recuerdo cómo elegí un día, ni si yo estaba oscuro o claro; ni tampoco como elegí una dirección, excepto que no fue el oeste. Me

recuerdo, sí, en julio, sentado sobre una roca lejos de Ciudad Servicio y haciéndome amigo de una vaca.

Mi barba era más larga; no me la había recortado como es costumbre en los túneles. Junto a mí estaba mi campamento: un gran cuadrado negro de algo que no era tela pero parecía tela, y que Zhinsinura había sacado de los tesoros de la Lista. Tenía un lado plateado y el otro negro, y envuelto en ella, aunque era tan delgada como los mantos finos de la Lista, me sentía caliente y seco sobre el suelo mojado. Llevaba conmigo pan suficiente como para casi todo un año, si no fumaba mucho, en una de esas bolsitas secas que hace la Lista; y también llevaba los Cuatro Potes y algunas otras dosis; y papel azul de liar, de la cuerda Bucle; y cerillas, que a veces se encendían y otras no, no tan buenas como las de mi gente. Y en el campamento de plata junto a mí atado estaba sentado Brom, observando con recelo a la vaca, y listo para escapar.

¿No hubieras imaginado que Brom la seguiría a ella, a Una Vez al Día? Yo sí. Pero me siguió a mí. O yo lo seguía a él: es más sencillo así con un gato; yo no sabía hacia dónde encaminarme, y él era el aventurero. Y fuimos a dar allí, en julio, a aquellas pasturas, por las que era bueno pasear, y donde había ratones y conejos para que Brom cazara, y vacas en la lejanía. Yo llevaba un sombrero negro de ala ancha. En todo el tiempo que viví en Ciudad Servicio nunca había usado un sombrero de hombre, pero el día de mi partida Houd se sacó el suyo y me lo puso en la cabeza. Me quedó bien. No fue como si yo lo hubiera ganado, aunque nunca había querido ponerme uno porque me parecía que no lo había ganado. Me quedó bien y nada más.

La vaca al parecer había perdido al ternero. Tenía hinchadas las ubres y mugía quejándose. Quizá porque hacía varios días que yo acampaba allí pacíficamente, o tal vez por la doctora Botas, la vaca se me acercó. Yo no me inmuté, seguí sentado y fumando, y Brom bufó y la vaca se fue. Se acercaba y volvía a alejarse como en una pequeña danza. Bueno, pensé, no hay forma de que yo pueda manar de ti para aliviane, amiga. Por fin se acercó lo bastante como para que pudiera tocarla, aunque rechazó mi mano cuando lo intenté. Tenía unos ojos maravillosos: grandes, lánguidos y castaños, parecidos de una manera casi cómica a los de una mujer hermosa; y pestañas sedosas y largas.

Al cabo de un día de esto (¡la infinita paciencia de la doctora Botas!), la vaca consintió de algún modo, y aprendí a acariciarle y apretarle las ubres. Una vez que la leche empezó a fluir, se quedó allí, tranquila como una piedra, y me dejó hacer, y hasta quizá dio un suspiro de alivio. ¿Podrán suspirar? La leche fluía en chorros rápidos, delgados. Cuando empezó a mermar, me saqué el sombrero indestructible y lo puse en el suelo debajo de ella, y los últimos chorros cayeron en el fondo del sombrero; y yo, no sin ciego recelo, probé la leche. Tibia, blanca y espesa, así sabía; me pregunté si recordaría el sabor de la leche que había tomado en mi infancia, pero

no lo recordé, o tal vez sí, puesto que me gustó. Cuando iba al arroyo a lavar el sombrero, pensé que si la vaca se quedaba cerca, yo podría alternar la leche con el pan y el agua, y supuse que no me haría daño: tenía buen sabor, y esa era la mejor señal.

Se quedó y Brom ya no bufaba cuando la veía acercarse, aunque no puedo decir que alguna vez hicieran buenas migas. Cuando reanudé la marcha (cuando Brom reanudó la marcha, quiero decir) y yo le seguí, ella me siguió. Le puse Fido de nombre, un nombre que los ángeles, había dicho Guiño, daban a los animales en los tiempos antiguos. Viajar con los dos era un poco tedioso, pero ¿he dicho que yo era paciente? Si los perdía, me detenía y esperaba, y al cabo de una tarde o un día los dos habían vuelto a mí.

Pensarás tal vez que yo estaría oscuro, más oscuro que nunca. No es así. Me sentía feliz. Era verano, un verano maravilloso, cálido y seco; el mar de hierbas era infinito y se movía en ráfagas de plata, como peces que saltaban en un estanque. Por compañía tenía al gato, Brom, y para leche una vaca; para entretenerme tenía a Junco. En las horas en que Pido comía pasto y Brom cazaba o dormía, yo me internaba por los senderos que Botas me había mostrado. Lo quería a Junco. Parecía haber en él meandros infinitos, escondrijos y lugares extraños en los que él se ataba al mundo y a las palabras, a otras gentes, a las cosas que conocía y le gustaban y no le gustaban.

Sólo más tarde, en el invierno, empecé a tenerle miedo.

Alrededor de octubre (sin el calendario de la Lista dependía otra vez de mis viejas conjeturas) el mar de hierbas se tiñó de cobre y la lluvia cayó en pendones sesgados; empecé a buscar un sitio donde pasar el invierno. Era la primera vez que elegía hacer algo desde que partiera de Ciudad Servicio; pensé que quizá había olvidado cómo se elegía. De todos modos, el sitio me encontró a mí realmente: todo cuanto hice fue buscar la Carretera, y recorrerla unos días, y luego abandonarla en un pequeño desvío que (yo sabía) me conduciría otra vez a Carretera; y me encontré mirándola a la cara.

Era sólo una cabeza, de unas tres veces mi altura, y el cuello grueso descansaba sobre una plazoleta de piedra resquebrajada y herbosa; todo alrededor crecían los bosques, con pilas de hojas en el suelo. Tal vez antes había estado pintada, pero ahora era de un blanco opaco, excepto los regueros oscuros de herrumbre que le corrían desde las cuencas de los ojos como lágrimas sucias. Pero como sonreía de gran oreja a gran oreja, se hubiera dicho que lloraba de felicidad, una felicidad insoportable.

No cabía duda de que era una cabeza; los dos ojos saltones, la nariz redonda como una bola; la boca sonriente que había sido alguna vez un espacio abierto, el labio inferior ancho y plano con unas oxidadas chapas de metal que eran como una hilera de dientes cariados. Sólo que era absurda como cabeza, un glóbulo perfecto. De pie delante de ella, tuve la impresión de haberla visto antes, pero ni siquiera ahora recuerdo dónde.

Había una puerta de metal en la parte de atrás que la herrumbre había carcomido hasta dejarla delgada como un papel, y la atravesé. Dentro estaba oscuro y sofocante, con olor a cerrado durante quién sabe cuánto tiempo, y unas pequeñas alimañas que habían descubierto el modo de entrar, huyeron de Brom y de mí. Con la puerta abierta pude ver qué clase de sitio había sido: nada menos que una cocina. Parecía una miniatura de la de Veintiocho Aromas. ¿Y para qué, allí, en medio de la nada, donde lo único que pasaba era la Carretera? Tal vez los ángeles habían querido demostrar que podían poner una cocina en cualquier sitio... Un techo la dividía en dos, a la altura de la nariz; había una puerta allí, y trepé hasta ella apilando trastos. Dentro estaba muy oscuro, pero alcancé a distinguir la curva del cráneo donde yo me encontraba, y las concavidades de las órbitas. Al cabo de un rato de tropezar a ciegas con vieja basura y nidos nuevos, encontré algo metálico, un caño quizás, y con él vacié a golpes las grandes pupilas redondas y dejé que entrara la luz.

Tardé un par de días en quitar la suciedad y descubrir que el suelo era sólido y que el cráneo no tenía goteras. Construí una escalera para que Brom y yo pudiéramos subir al cráneo, aseguré la puerta en la nuca, y puse unos postigos en los ojos, para cerrarlos por la noche. Tengo cierta habilidad en esas manualidades tradicionales y pasé varios días transportando a la cabeza las hierbas secas que Pido comería cuando llegase el invierno. (Por supuesto, junté demasiado poco). Me asombraba ver que aunque la cría de Fido tenía que estar ya muy crecida, cada vez que le apretaba las ubres seguía fluyendo leche.

Abajo, en las artesas de plata angélica, podía hacer fuego; hasta había una campana de plata angélica encima de ellas, con un orificio de salida; de modo que no había demasiado humo; el calor subía, e hice allí camastro de ramas y hojas y agujas de pino, y lo cubrí con mi negro y plata. Y colgué allí mi sombrero cuando empezó el invierno.

Si hubieras estado allí, si hubieras estado en el fondo de los bosques y hubieras mirado arriba entre los árboles desnudos pulidos por la lluvia (ahora al parecer llovía todos los días), habrías visto la cabeza en que vivíamos, de un blanco hueso bajo la llovizna, mostrando en una sonrisa idiota los dientes oxidados; y mirando hacia ti (pero no a ti; a la nada; a nadie) estaríamos Brom en el ojo izquierdo, y yo en el derecho. Tenía mucho tiempo, mientras esperaba, para pensar en lo que podía haber sido aquella cabeza. Estuve solo durante todo el invierno, y se me ocurrieron muchas explicaciones. Una vez me puse oscuro de miedo cuando llegué a la conclusión de que eso en que yo vivía no era algo que habían hecho los ángeles sino uno de los propios ángeles, sepultado bajo piedra hasta el cuello en aquel lugar desolado, muerto con una sonrisa-llanto, una cocina en la boca y yo en su cerebro... Me costó quedarme allí y no salir corriendo, asustado.

Bueno, lo superé. Tuve que hacerlo. No tenía otro lugar adónde ir.

Fue en ese invierno cuando adopté la rapiña como medio de vida. En cierto modo, todos viven ahora de la rapiña; por cierto, la Lista, con un palacio repleto de tesoros de los ángeles, y los túneles con arcones; Guiño rapiñaba conocimientos. Pero hay algunos que no tienen otra ocupación: como Teeplee.

Un día se me ocurrió que quizá pudiera reemplazar los postigos de madera que había hecho para mis ojos por un poco de vidrio y aun un plástico bonito y transparente. De regreso a la cabeza había pasado por una gran ruina, y elegí ese día para ir allí a ver si encontraba algo que pudiera aprovechar. Era un día templado de diciembre, luminoso y castaño y estimulante; acababa de pasar mi tiempo de nacimiento; había vuelto el recodo de los diecisiete.

La ruina había sido uno de esos lugares donde los ángeles fabricaban miríadas incontables de alguna cosa, un edificio bastante grande como para que la cabeza o las cabezas se levantaran por encima de los bosques que crecían alrededor. Un alto muro se alzaba solo, como recortado, con todas las ventanas vacías; raro, porque aunque la luz del sol entraba ahora más libremente por todas aquellas ventanas, el edificio parecía todavía más ciego. Los grandes árboles habían entrado con pies y manos en los muros de otros edificios derruidos, pero habían dejado casi intacta la espaciosa e inevitable plaza de piedra; las hierbas crecían parduscas y erizadas sobre las extrañas colinas de escombros. Aunque los grajos chillaban y las ardillas silbaban, me pareció que había allí más silencio que en ningún otro sitio. Se podía ver dónde las sendas se habían cruzado entre los edificios en ángulos perfectos; la más ancha conducía al más grande y menos ruinoso, y subí hasta la oscura boca aliena. Estuve a punto de entrar, pero me detuve a pestañear en la oscuridad, y descubrí que el recinto no tenía piso. Me había detenido al borde de un abismo de varias veces mi altura. Allí abajo algo se escurrió: alguna alimaña que había encontrado un sitio en que vivir. El ruido casi imperceptible se repitió en un eco prolongado.

Los polvorientos rayos de luz que entraban por las ventanas vacías no iluminaban la oscura maraña de abajo. Sin embargo, alcancé ver una pared por la que era posible descender. Había bajado un trecho cuando me pregunté si podría volver a subir, y me detuve. Pateé algo del borde en que me había detenido y oí cómo resonaba abajo, en las profundidades; me senté y me restregué el hombro para quitar algo que había caído sobre él.

Me volví. Lo que había caído sobre mi hombro era un guante, y dentro del guante había una mano. Grité, pero no pude levantarme pues el borde era demasiado estrecho. La mano estaba unida a un cuerpo largo coronado por una cara pálida. Bajo unas cejas rizadas unos ojos brillantes de suspicacia se clavaban en los míos.

—Veamos —dijo, y el puño se apretó sobre mi hombro.

El guante que le cubría la mano era de plástico negro y lustroso, con un ancho puño tieso del que colgaba un fleco de plástico. Impresa o pintada en el puño había

una borrosa estrella blanca. Yo no sabía si asustarme o asombrarme. De la cabeza a los pies el hombre estaba envuelto en un ropón pesado y brillante, recogido en una caperuza con una cuerda; era una tela listada con franjas anchas en rojo y blanco, excepto en el hombro donde había un rectángulo azul con hileras regulares de estrellas blancas. De la caperuza roja y blanca emergía viboreando el cuello, tan largo que se doblaba en la mitad, como roto; el pelo era una cerda de color metálico, cortada casi al ras. A pesar de mí mismo, sonreí; y aunque el apretón no se aflojó, él también sonrió. Tenía unos dientes parejos y sanos, y verdes como la hierba.

—¿Un saqueador? —dijo.

—No sé —respondí, aunque la palabra me pareció familiar—. Andaba buscando un poco de vidrio. Pensé que aquí podría encontrar algo que sirviera, un poco de vidrio o de plástico transparente...

—Saqueador —dijo, moviendo afirmativamente la cabeza y con una sonrisa verde. Me soltó el hombro y se sacó el guante. La mano era pálida y centelleaba de anillos; me la tendió y dijo—: Choca. —Yo supuse que me ayudaría a levantarme, pero cuando me tomó la mano se limitó a... a sacudirla, rápidamente, de arriba abajo, y luego la soltó. ¿Era una advertencia, un saludo o qué? Seguía sonriendo, pero por alguna razón los dientes verdes hacían que fuera difícil adivinar por qué sonreía. Pasó deslizándose por delante de mí, recogiendo los faldones listados, y empezó a bajar con rapidez apoyándose en unos rebordes que yo no había notado antes; luego se volvió y me indicó que lo siguiera.

No era fácil seguirlo. Se deslizaba como una araña o una ardilla muro abajo y por encima de las enormes e innominadas pilas de herrumbre y escombros. De tanto en tanto una de las grandes ventanas de allá arriba proyectaba sobre él un rectángulo de luz de diciembre, y el manto soberbio resplandecía un instante y volvía a apagarse, como una lámpara listada. Entonces recordé.

—No soy un saqueador —dije. Y, en seguida, en voz más alta, para hacerme oír por encima de los múltiples ecos de nuestro descenso, grité—: Creía que todos los saqueadores habían muerto.

El hombre se detuvo y se volvió a mí, mitad dentro y mitad fuera de la luz de una ventana.

—¿Muertos? —preguntó—. ¿Has dicho muertos? ¿Eso has dicho? ¿No ves aquí esta cosa Nacional? —Sacudió el manto a la luz—. Esta cosa Nacional que ves aquí ha estado muerta desde que la hicieron, y todavía está como nueva; y supongo que mucho después de que yo mismo esté igual de muerto, el cuerpo de alguien será amortajado en esta antigua gloria. Así que no digas muerto. Sígueme, nada más.

# Segunda Faceta

—**L**os saqueadores —me dijo Teeplee son como buitres.

La habitación a la que al fin me condujo, allá abajo en las entrañas de la ruina, era pequeña y estaba iluminada por la luz cruda de una lámpara. Por el camino yo había atisbado una cara humana en un portal oscuro, y una espalda humana que desaparecía en otro; y debajo de la mesa a la que estábamos sentados un niño revolvía en silencio las cosas, aprendiendo el oficio, supongo, porque en el cuarto había tantas antigallas que era como estar dentro de un arcón, sólo que aquí no había ningún orden.

Teeplee, además de decirme cómo se llamaba, me contó que los otros que vivían allí eran su familia, y que todos los niños eran suyos. ¡Todos! «Mi pandia», los llamaba. Como dije, yo había recordado: los saqueadores eran hombres que en los días del poder de la Liga no se sometían a la Liga, y merodeaban llevándose todo lo que podían de los despojos de los ángeles, y los utilizaban y los canjeaban y vivían todo lo posible como habían vivido los ángeles; y lo que más atesoraban eran las mujeres que podían concebir en la antigua forma, sin intercesión, una y otra vez como las gatas. Naturalmente, para la Liga los hombres que pensaban que las mujeres de cualquier clase podían considerarse tesoros eran el enemigo, y había que perseguirlos; de modo que sentado allí con Teeplee en aquel antro de cosas angélicas tenía la impresión de estar viviendo centenares de años atrás.

—¿Buitres? —dije.

—Tú sabes, buitres. Estos pájaros grandes, de alas anchas y cabezas calvas que viven de las cosas muertas. —Se incorporó majestuosamente envuelto en el manto—. Los buitres son Nacionales —dijo—. Son el pájaro Nacional.

—No sé qué es Nacional —dije—, excepto que era algo de los ángeles.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Teeplee, apuntándome con un largo dedo—. ¿Nunca viste ángeles? Todos calvos, o casi calvos, como los buitres.

Por un momento pensé que quería decir que él realmente había visto ángeles, pero por supuesto, se refería a retratos, y sí, yo había visto uno, el retrato gris del Tío

Plunkett, calvo como un buitre.

Empezó a revisar pilas de cosas en ese cuarto y en el contiguo, buscando el vidrio o el plástico que yo necesitaba.

—Lo que es un saqueador —dijo mientras buscaba (y yo empecé a notar que había una suerte de orden incongruente en el lugar)—, bueno, es alguien, como yo, que vive de lo que los ángeles hicieron y que no se estropea. «No se estropea» significa que no se tira. Mira, los ángeles pensaron en un tiempo que sería bueno tener cosas que se utilizaran una sola vez y luego se tiraran. No recuerdo por qué lo pensaron. Pero al cabo de un tiempo se dieron cuenta de que si seguían así pronto habrían tirado a la basura todas las cosas del mundo, así que cambiaron de idea e hicieron cosas que durarían siempre. Para la época en que lo consiguieron, todo acabó, pero las cosas todavía duran... ¿Qué te parecen estos?

Me mostró una caja llena de fondos de botellas, verdes y pardos.

—Yo había pensado en algo más grande —dije.

Los puso a un lado, sin desanimarse.

—Dije —prosiguió—, que viven de las cosas de los ángeles. Eso significa que puedes vestirme con ellas, como con esta cosa Nacional, o cambiarlas por cosas de comer, o regalarlas a las mujeres o algo así, o quizá —se inclinó hacia mí con la cara muy cerca, sonriendo—, también comértelas. Encuentras la comida de los ángeles, y te la comes.

Me miraba con un aire de triunfo y no pude menos que echarme a reír.

—¿No estará un poquito rancia?

—Dije «no se estropea» —me respondió Teeplee muy serio—. Dije «los saqueadores son como buitres»; dije «los buitres viven de cosas muertas». Mira, muchacho... a ver, mira esto.

Había encontrado un trozo de plástico negro, combado y rayado.

—Yo había pensado en algo más transparente.

Tiró el plástico al suelo y buscó en otra parte.

—Mira —dijo—, esa idea de hacer cosas que no se estropean consiste en hacerlas muertas desde un principio y así no tienen por qué morir. Hay metales muertos, esto es plata angélica, que no se oxidan ni se deforman ni deslucen; y telas muertas como esta Nacional y plásticos que son como madera muerta que no se reseca ni se pudre ni se raja. Y lo más extraño de todo: los ángeles podían fabricar comida muerta. Comida que nunca se pone rancia, nunca se pudre, nunca se estropea. Yo la como.

—Yo tengo comida así. La fumo.

—¡No, no! ¡No esa maléfica sustancia rosada! Me refiero a comida, comida que se come. Mira, mira esto. —Se estiró en puntillas y de un estante alto bajó un bote de metal, de un brillo apagado, como de plástico—. Metal —dijo—, esto no se oxida, y una anda de plástico encima. Ahora observa y escucha. —Había una anilla en la tapa,

y Teeplee metió el dedo y tiró. Yo supuse que la anilla se desprendería, pero no, hubo un siseo, como una inspiración, y la tapa entera se levantó en una graciosa espiral—. Mira —dijo, y me mostró lo que había dentro; parecía aserrín, o viruta de madera—. Patata —dijo—. No ahora, no tal como está, quiero decir; pero mezcla esto con agua y te llevarás una sorpresa: puré de patata, eso es lo que es, y tan bueno como nuevo.

—¿Tan bueno como nuevo? ¿Qué gusto tiene?

—Bueno. Muerto. Pero a comida. Échalo en agua y obtendrás algo así como un puré de patata hecho por los ángeles, un puré milenario. —Escudriñó reverente el interior del bote y sacudió la sustancia: sonó con un ruido seco, arenoso—. Hasta una roca —dijo—, hasta una montaña cambia en mil años. Pero los ángeles podían hacer una patata muerta desde el principio, y por eso no cambia. Podían hacer una patata inmortal.

Se sentó, súbitamente pensativo o maravillado.

—Nada de vidrio hoy. Vuelve dentro de dos, tres días, ya veremos. —Le pidió al niño que me guiara hasta la salida—. Pero recuerda —dijo cuando me marchaba—, te costará.

Volví; volví a menudo. Aquel fue un invierno largo, y Teeplee era bueno como compañía. Yo hablaba de una casa oscura, de olvidarlo todo para siempre. Y es extraño: a solas en mi cabeza, tenía a veces la impresión de estar a punto de perderme a mí mismo y sin remedio, pero con el viejo Teeplee me sentía cómodo, quizá porque yo no había visto nunca nada tan raro como un saqueador.

Lo que quiero decir, lo de perderme a mí mismo: cuando estaba solo, también entonces parecía que Yo tuviera allí alguien con quien hablar. Me despertaba en mi cabeza fría (el fuego se había apagado hacía largo rato) y acostado y envuelto en mi negro y plata hablaba con ese otro, y él respondía y así seguíamos durante horas y discutíamos como dos comadres que trataran de contar la misma historia de dos formas distintas.

De lo que hablamos era de Botas. En el corazón de la historia estaba la carta de Botas, pero yo la había olvidado, había olvidado que su mensaje era Olvida.

Y al fin me levantaba y ordeñaba a la vaca y me sentaba y fumaba, y a veces volvía a trepar hasta mi camastro frío, y a hablar todo el tiempo con ese otro de algo que olvidábamos olvidar.

Yo había querido ser ella, realmente, le explicaba; era verdad. Todavía lo es. Yo no tengo la culpa; nadie es responsable, decía, ni Botas, ni ella, ni siquiera yo; yo elegí, no te das cuenta, ¿y qué decir ahora? Pero él decía: ¿por qué entonces estás aquí y no allá? No lo intentaste lo suficiente. Yo sé que te equivocas, le replicaba; no puedo recordar por qué, pero no es así, es todo lo contrario; de todos modos lo intenté, intenté... No lo suficiente, decía él. Y tratábamos de volvernos de espaldas; eso no sirve.

Lo que me aterrorizaba era haber fracasado en el intento de transformarme en ella, y que en ese intento hubiese dejado de ser yo. Mis viejos yoes me amedrentaban cuando volvían a mí en los momentos que preceden al sueño (¿te he dicho que había aprendido a llamarlos? Sí) y tenía la impresión de que en vez de haber aprendido algo, cualquier cosa, había sufrido una herida, una herida grave e incurable; que, por más que tratase, ya nunca más podría pensar y sentir lo que decía, ni decir lo que realmente pensaba y sentía. Y un siseo de miedo me recorría el cuerpo. Me asomaba a mis ojos y me preguntaba si el día no estaría lo bastante templado como para ir a ver en qué andaba Teeplee.

Y entonces pasábamos el día juntos envueltos hasta la nariz en las indestructibles sustancias angélicas: él en el manto listado, y yo con capa negra y sombrero; y trepábamos por los viejos escombros, y hablábamos de las cosas de antaño hasta que se nos entumecían las manos y los pies; y luego regresábamos en una larga caminata por la escarcha crujiente, y en la guarida de Teeplee descargábamos nuestros tesoros y discutíamos quién se quedaría con qué. Como yo iba más que nada por la caminata y la compañía, y siempre se quedaba con la mejor parte, aunque yo siempre simulaba un regateo para que no se sintiera incómodo. Teeplee me disputaba artefactos muertos, inservibles, y sólo los cedía al cabo de largas cavilaciones y de mucho insistir en que podían servir para algo.

A veces hacíamos expediciones de dos o tres días, si Teeplee había descubierto un buen tramo de vivienda, como decía él; a veces llevaba a uno de los chicos, nunca a una esposa. («Esto es trabajo de hombres», decía, adelantando la barbilla).

Conocía muchas cosas de los ángeles, aunque yo nunca sabía hasta dónde podía creerle. Le pregunté por qué toda la vivienda que yo había visto era siempre igual: cada habitáculo derruido siempre idéntico, con un cuarto para una cocina, uno de piedra para el lavado. ¿No se le había ocurrido a ninguno de los ángeles un modo distinto de disponer las cosas? Teeplee dijo que si eso me sorprendía, tendría que haber viajado tanto y tan lejos como él. Había viviendas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, me dijo, y sí, en todas partes eran iguales de acuerdo con las normas angélicas, y así podían viajar miles de kilómetros, de Costa a Costa, y tener otro cubículo idéntico a aquel de donde habían venido. Dijo que algunos hasta llevaban uno a la rastra a todas partes, como la casa de un caracol, por si llegaban a algún sitio donde no todo fuera del gusto de ellos.

—Imagínatelos —dijo—, recorriendo a gran velocidad distancias enormes, que tú no podrías recorrer aunque vivieras numerosas vidas, y en todas encontrar una vivienda idéntica, y que ellos quisieran que fuese así, además.

Pero ¿cómo podía saberlo? Quizá había otra explicación, totalmente distinta. Tal vez hubiese una Ley.

—Un día escarchado, en un lugar de grandes bloques desmoronados hundidos por

su propio peso en la tierra —como si la tierra misma hubiese engullido un bocado grande, demasiado grande de las obras de los ángeles—, encontré una buena presa: una gran caja de tornillos relucientes, como nuevos.

—Como nuevos —dijo Teeplee temblando de frío y envidia. Durante todo el camino de regreso no hizo más que preguntarme si no los había perdido, si no estarían más seguros si él los llevaba, y así sucesivamente; y cuando estuvimos otra vez en el sofocante calor de la guarida, y los pusimos sobre la mesa, Teeplee se desenguantó una mano y la hundió entre los tornillos susurrantes; palpaba la perfecta espiral de los bordes, clavaba la uña del pulgar en las ranuras.

—Un tornillo —dijo—, bueno, un tornillo no es como un clavo, no es como atar una cosa con una cuerda. Un tornillo, un tornillo tiene... —cerró con fuerza el puño — un tornillo tiene autoridad. —Luego me preguntó, como si mi respuesta no tuviese importancia: ¿Para qué los quieres?

—Bueno —dije—, necesitaría un par de guantes.

Teeplee se enguantó de prisa la mano desnuda.

—Seguro —me dijo—. Claro que los necesitarías. Unos buenos guantes, abrigados, no como estos. —Levantó los negros dedos plásticos y los meneó. ¿Por qué habría una estrella pintada en cada puño?

—Pues a mí me parecen buenos —dije. Indestructibles.

—Tú dices «guantes» —dijo—. Estos son como manos desnudas, comparadas con otros que he visto. —Me miró de reojo—. Aunque no un par. —Alzó la mano para atajar cualquier protesta de mi parte, y fue a buscar en el otro cuarto.

Volvió con algo envuelto en un trapo mugriento.

—Hay guantes —comentó—, y guantes.

Desenvolvió el trapo y puso sobre la mesa un guante de plata que brillaba como hielo.

—¿Crearás, ángel, que hasta verlo allí —más como una mano que como un guante, como la sombra brillante de una mano—, había olvidado que con un guante como ese Zhinsinura había manejado a Botas, había olvidado por completo que con un guante como el que le robaron a San Andy habían puesto a Botas en mi lugar? Es así: sólo cuando vi el guante de Teeplee sobre la mesa destartada me acordé de aquel otro... no, aún más: cuando lo vi, todo aquel momento me fue devuelto, intacto, prodigioso, terrorífico: vi la habitación pequeña, la esfera transparente y el pedestal; vi a Zhinsinura que se calzaba el guante, y le oí decir Cierra los ojos. Demasiados prodigios se sucedieron luego; lo había olvidado.

—He visto un guante como ese —dije, cuando el momento, no se desvaneció, pasó.

—Ver es una cosa —dijo Teeplee—. Tener es otra.

—Y conozco una historia de un guante igual, quizá de este mismo. —Había un

lugar, un lugar único y pequeño, un punto en que todas las comadres de mi vida parecían entrecruzarse. Sentí que mi mente bizqueaba.

—Qué hay de los tornillos —dijo Teeplee.

—Sí, sí —dije—. Tómalos. —Teeplee los tomó, lentamente, sorprendido por mi indiferencia, preguntándose si no habría hecho un mal trueque—. ¿Dónde lo encontraste? —pregunté.

—Bueno, bueno, esa es la cuestión.

—¿No había, con él, cerca de él, una bola... una bola de plata, bueno, tal vez no de plata, pero de este color?

—No.

—¿Estás seguro? A lo mejor estaba. ¿Irás otra vez allí? Yo podría ir contigo.

Me miró entornando los ojos.

—¿Qué pasa con esa bola?

—No sé qué pasa —dije, riéndome de su confusión y de la mía—. No lo sé. Ojalá lo supiera. Sólo sé que daría todo lo que tengo por conseguirla, aunque no es mucho.

Teeplee se rascó la calva cabeza de buitre y miró el guante con tristeza.

—Ni siquiera es un par —dijo.

De modo que ahora tenía esa cosa en qué pensar. Durante mucho tiempo no me lo puse; estaba ahí intacto e imposible, entre mis cosas, y de cualquier manera que lo doblase siempre tomaba la forma de una mano viva, aunque era fino y casi imponderable. Cuando al fin me lo calcé, se deslizó voraz por mis dedos y hasta la muñeca, como hambriento de una mano humana después de largos años volví a sacármelo en seguida. Creo que tenía miedo de lo que mi mano pudiera hacer dentro de él. Desde ese día sólo lo miraba y pensaba... pensaba en círculos.

Había otras cosas, además, para ocupar las noches. El otro argumentaba que de ese modo yo lo deseaba todavía más, y yo le daba la razón. De cualquier manera mi reconstrucción de aquellos pálidos y escasos sueños crepusculares era débil. A veces vacía allí con los faldones levantados agitando con fuerza la cosa inútil y derramando al mismo tiempo lágrimas frías igualmente inútiles.

No, realmente, no tendrías que reírte.

# La Tercera Faceta

**L**legó un día en que comprendí que era invierno para siempre; aunque había días en que no helaba, y días en que brillaba el sol, el frío y la lluvia siempre volvían.

Aquel día había comenzado bien, pero la tarde arrastró de vuelta las nubes, que otra vez se deshicieron en lágrimas. Hacia el anochecer la llovizna era apenas un lento lagrimeo, pero las nubes colgaban aún bajas y hinchidas. Yo fumaba, sentado, apilando en la concavidad del ojo unas cenizas de color rosado con las que jugueteaba el viento húmedo. No, no habría primavera este año; el bosque estaba enlodado de desesperanza, y trío hasta la médula. No muerto del todo, no congelado; había nevado poco durante el invierno. Sin esperanzas.

—Agradece —me dijo—, que ella no estuviera allí cuando volviste. Ella sabía que no volverías de Botas parecido a ella; sólo un pobre inválido, ni una cosa ni otra; ni tú mismo a quien ella había amado, ni ningún otro.

—No comprendo, —le dije—. Nunca he comprendido, y ahora no me queda nada. Por ella abandoné mi sensatez más profunda, me convertí en un estanque límpido para que ella se mirara en él. Y ahora sólo está ese cielo vacío.

—Bueno, ¿no te das cuenta? —dijo él. Tú querías volverte transparente, y mientras tanto ella trataba de ser opaca.

—Como el paso-muralla, —dije.

—Ella tenía que volverse opaca; tú tenías que volverte transparente. No queda fuerza en el mundo más poderosa que el amor, pero... Opaca —dije yo—. Sí.

—Transparente —dijo él.

—Ni una sola vez, cuando yo le revelaba que había visto algo en ella, ella había dejado de cambiarlo para esconderse un poco más de mí.

—Ella misma no quería saberlo, —dijo él—. No hay culpa en eso.

—Era como si yo entrara detrás de ella en una caverna, señalando mi camino con una cuerda larga; y justo cuando llegaba al extremo de la cuerda, y yo no podía seguir andando, la doctora Botas me quitaba la cuerda.

—Era el único camino, de todos modos —dijo él—. Así que no hay salida. En eso estamos de acuerdo.

—Bueno —dije yo—, ha llegado el momento entonces de aligerar esa carga.

Fui al atado que guardaba todos mis bienes y saqué el estuche de los Cuatro Potes. Volví con él a la ventana, le quité el sello y lo abrí. El primer pote era azul y contenía una sustancia anaranjada; los dos colores de la casa llamada Veintiocho Aromas; que preparaba medicinas para cualquier enfermedad. El segundo pote era negro y contenía la sustancia rosada que me había librado en sueños de mi nudo con Siete Manos. El tercero era plateado; con gránulos negros que aligeraban las cargas. El cuarto era blanco marfil, y contenía la poción blanca de los ángeles que Di una Palabra había rechazado (no, dijo, este año no). Recogí el cigarro que había dejado encendido en el reborde de la ventana; lo sostuve con los dedos, cerrando los ojos contra el humo, y pensé. Pensé en Houd de pie delante de aquel espejo en el que un hombre de sombrero alto le daba a un muchacho unos pots gigantes, «Confunde lo oscuro y lo Mero», había dicho, y «durante un rato piensas sólo en la confusión y no en todo».

—¿Todo? —preguntaba yo.

—Eso es Relatividad —decía él.

Bueno, Relatividad entonces, cualquier cosa que sea; probaremos una confusión. Abrí el pote plateado y el negro; de uno saqué un gránulo negro, como carbonilla, y me lo tragué. Me humedecí el pulgar y froté la sustancia rosada del otro pote; y luego me restregué con el dedo el interior del labio. Y luego seguí fumando, levantando una pila de ceniza en la ventana, que el viento, ahora más fuerte, dispersaba en la humedad.

Había en mi cabeza espacio apenas suficiente para el juego, aunque la gente de pie que miraba desde atrás tapaba los ojos-ventana y los oscurecía. Los jugadores estaban sentados en círculo, mejilla a mejilla, y con las rodillas levantadas. Jugaban con una sola pelota, y aunque charlaban mucho, no discutían cómo iniciar el juego: la pelota estaba en la rodilla de mi madre.

—¿Rodilla-de-quién? —decían, y la comadre Risa Alta pasaba la pelota a la rodilla de mi Mbaba—. La bola y el guante de plata —decía la Mbaba—. Se han perdido; pero en cuanto el resto, mira: —Y abría la boca para mostrar una dentadura perfecta, verde como la hierba.

—¿Rodilla-de-quién? —decían, y la pelota pasaba a la rodilla de Pintada de Rojo, y de la de ella a la de Siete Manos, quien decía—: Un día, gran hombre, un día, —y volvía a Pintada de Rojo que estaba diciendo—: Un nudo en la cuerda... eso me hace reír. —Entre las pinzas largas y firmes de Pintada de Rojo, la pelota se detenía en el aire—. ¿Rodilla-de-quién? —decían, y la pelota iba a la rodilla de Una Vez al Día. Ella alzaba los imposibles ojos azules, decía—: Por siempre jamás.

—Pregunta a las mujeres —decía Siete Manos, y le pasaba la pelota a En un Rincón, quien decía tu mando lentamente—: Más livianas que el aire, más livianas que el aire.

—Un chiste viejo de Roy —decía Una Vez al Día y me pasaba a Pintada de Rojo—. Numerosas vidas —decía ella—, numerosas vidas en el instante que separa el nacimiento de la muerte.

—Esto es primavera —decía Una Vez al Día, y con mano vacilante movía las pinzas hacia la pelota, posada en la rodilla de Pintada de Rojo. Zhinsinura sacudía lentamente la cabeza mientras las pinzas se acercaban.

—¿Cuántas vidas tiene un gato? —preguntaba.

—Nueve —decía Pintada de Rojo.

—Fallo —decía Houd, que llevaba un brazalete de gemas azules; y la mano de uñas amarillentas ponía la pelota sobre su propia rodilla.

—¿Rodilla-de-quién? —decían todos, y las pinzas iban en busca de la pelota—. El Gran Nudo y la Primera Trampa hacen juntos la Trampa Pequeña, la Trampa Pequeña y la Expedición hacen la Segunda Puerta Pequeña, o la Gran Trampa Abierta en cuerda Hoja decía Pintada de Rojo, y la pelota rodaba otra vez de rodilla a rodilla.

—La mosca ve todo alrededor —decía Retoño, y me movía a la rodilla de Capullo.

—Y no ve nada que la retenga —decía Retoño— y, sin embargo, no puede moverse.

—Y que eso sea una lección —decía Pimpollo, y me pasaba a la rodilla de Guiño—. Somos todos hombres sin piernas —decía Guiño, bostezando—. Una pierna perdida no se cura como un constipado.

—¿Tires un santo todavía? —decía Retoño, y Pimpollo me pasaba a la rodilla angulosa de Una Vez al Día, y Guiño decía—: Fragmentos y añicos, —y me pasaba a la rodilla de otra chica, una chica envuelta en un manto negro tachonado de estrellas, con un gran gato a sus pies—. ¿Cómo puedes pensar en mí —decía ella—, cuando no estoy?

—¡Fallo! ¡Dos fallos! —decía el gato. La pelota era recogida y enviada a la rodilla de Zher. Una Vez al Día decía en voz baja—: Hermoso.

—Al fin y al cabo —decía Pintada de Rojo en una pausa—, es sólo un juego.

—¿Rodilla-de-quién?

La pelota empezaba a dar vueltas, rápida.

—El objeto —decía Houd es no descubrir nunca que estás jugando.

—Para volverte transparente algún día —decía Pintada de Rojo—. Librarnos así de la muerte.

—Para aprender a vivir con ella —decía Guiño—. Lo hemos aprendido, lo hemos intentado. Tenemos nuestros sistemas y nuestra sabiduría...

—¿Cómo se habla con verdad? —preguntaba Zhinsinura—. Contémonos tú y yo un secreto.

—Enigmas... no puedo acordarme —decía Una Vez al Día.

—El Saludo, el Cuerpo, y el Cierre Cortés. Por ahí puedes encontrar un sendero.

—Un sendero decía Pintada de Rojo.

—Es sólo un nombre —decía Zhinsinura.

—Está escrito sobre tus pies —decía Mbaba.

—Para el lugar en que estás —decía Zhinsinura.

—Cuando andábamos errantes —decía Mbaba.

—Adónde has ido a buscarlo —decía Zhinsinura—, es sólo una historia.

—Y entonces, y entonces, y entonces —concluía Guiño—. Algunas de las historias son agradables.

—Eso es relatividad —decía Houd.

—Y otras no. Eso es oscuro y claro.

—Él estaba oscuro —decía Palo, y recogía la pelota con unas pinzas de madera negras y mojadas. La pelota resbalaba entre las pinzas ramosas. No podía retenerla. Y habían jugado tan bien hasta entonces.

—¿Cuántas vidas tiene un gato? —decía Puff Rápido.

—Numerosas vidas —decía Pintada de Rojo—, en el instante que separa el nacimiento de la muerte. —Palo conseguía sostener la pelota y ponérsela en la rodilla, y todo el mundo decía—: Aaah.

—¿Rodilla-de-quién? —decían todos—. Rodilla de la doctora Botas —decía Una Vez al Día en voz baja—: Esto es primavera.

—Y el habla con verdad es...

—Transparente —decía Pintada de Rojo.

—Y oscuro y claro es...

—Opaco —decía Zhinsinura.

La pelota con que jugaban era una avellana. Las pinzas de Zhinsinura eran como un cascanueces.

—Opaco, transparente —decía la pelota—. Como el paso-muralla.

—Fallo —decía Una Vez al Día, con cierta tristeza, pero como si lo hubiera esperado.

Zhinsinura, sonriendo, tomaba la pelota entre los dedos.

—¿Paso-muralla? —decía—. No hay tal cosa. —Puso la avellana en el cascanueces.

—Tres tallos —decía Teeplee—. La partida ha terminado.

Zhinsinura partía con calma la avellana.

Alcé la vista al oír el crujido. Por encima de mí, una agrieta delgada corría a lo ancho del cráneo, ramificándose como dedos.

El cigarro se me había apagado en la mano. Brom dormía, pero no en la cama donde se echaba siempre. La puerta del suelo dejaba ver el fuego que ardía con llanas sombrías y bajas. Afuera en las noches había un sonido pesado, y comprendí qué era: lluvia. La fisura del cráneo se ensanchó con un pequeño crujido, y yo me levanté de un salto y gritando, y desperté a la doctora pero no a Brom.

—¿Qué doctora?

—Eso no es justo —dije—. No fueron realmente tres tallos.

—Sí —dijo la doctora. No era vieja, aunque tenía el pelo blanco y unas manos arrugadas con que se sujetaba mi negro y plata alrededor del cuerpo. Se movió, y la cama crujió debajo de ella. Me miró con los ojos quietos muy abiertos.

—Porque yo sé —dije—, sé cómo se habla con verdad.

—Sí —dijo la doctora.

—Lo mismo que lo oscuro y lo claro.

—Sí —dijo la doctora.

—Sí —dije—, porque cuando hablas con verdad, lo que haces es explicar a quien quiera oírte lo oscuro y lo claro, en ese mismo momento. Cuanto mejor cuentas una vieja historia, tanto más estás hablando del presente.

—Sí —dijo la doctora.

—Así que yo siempre he sido oscuro y claro. Nunca tuve que aprenderlo porque no lo sabía.

—Sí —dijo ella.

—Y nunca dejé de decir lo que realmente sentía y pensaba, ni de pensar y sentir lo que decía, porque ¿cómo hubiera podido hacer otra cosa?

—Sí.

—Entonces no hay ninguna diferencia. Son lo mismo.

—Sí.

—¿Y eso significa entonces que no hay paso muralla?

—Sí.

—Bueno. Está bien. Dos fallos, entonces.

—Sí.

—La partida continúa.

—Sí.

—Bueno. Está bien. Pero —dije, sentándome—, si son la misma, ¿cuál es la diferencia?

—Sí —dijo la doctora.

Sonó otro crujido allá arriba y me agaché de prisa.

Miré. La grieta se ensanchaba. La lluvia se colaba, manchando el blanco grisáceo. Brom miró el techo del cráneo, y luego se volvió hacia mí. Fui hasta mi atado, removí los Cuatro Potes, y busqué mis gatas.

Me las puse.

—Creo que ha llegado el momento de retirarse.

La doctora me observó mientras yo me acercaba a la cama en que estaba acostada.

—Esto nos abrigará, es bastante grande —dije y tiré del negro y plata que la cubría.

En la penumbra me pareció que había una gata con ella en la cama; pero por supuesto ella era la gata. Se dio vuelta con gracia cautelosa y en cuatro patas salió de la cama y caminó por el suelo. Las pantorrillas y los muslos atigrados eran como los de Fa'afa de la Lista; ayudándose con las manos cruzó el suelo para ir a asomarse a la ventana. Allí se sentó con las rodillas levantadas y las manos en el reborde. La cola giró en abanico y le cubrió las zarpas. Por encima de nosotros el cráneo crujió y se partió; cayó un polvo blanco y fino.

—De todos modos —dije, con la voz adecuada—, tenemos que irnos.

La mirada de ella fue de mí a la lluvia, y de la lluvia a la puerta del suelo. Con pasos sordos, silenciosos, se acercó a la puerta y desapareció. Brom la siguió. Yo me colgué el atado al hombro, recogí el negro y plata, y me puse el sombrero. Eché una mirada hacia arriba: el cráneo se había cuarteado.

Los encontré esperando junto a la puerta de salida, con la pensativa repugnancia de los gatos frente a la lluvia. Brom tendría que decidir por sí mismo; titubeando me acerqué a la doctora y me arrodillé delante de ella. El viento húmedo que soplaba por la puerta la hacía tiritar, pero cuando vio que yo tenía puesto el guante de plata —no sé cómo ni cuándo me lo había puesto— se tranquilizó y levantó los brazos lentamente para deslizarlos alrededor de mi cuello. Con un grito apagado que no recuerdo (¿era Sí o No?). Pasé un brazo por debajo de ella y la alcé. Y nos internamos en la noche y la lluvia.

Las hojas rezumaban bajo mis pies mientras con pasos vacilantes yo bajaba la pendiente dejando atrás a cabeza. Las rachas de viento y lluvia soplaban sobre el camino, y yo ame tambaleaba con mi carga.

Me pareció oír a mis espaldas que la cabeza que acababa de abandonar se desmoronaba al fin; traté de mirar hacia atrás, pero todo era bosque y oscuridad, y las manos de la doctora me sujetaban. Sentía el aliento de ella, suave y cálido, como si estuviera dormida, y aunque en cada traspié, cada sacudida la presión de mis manos era más fuerte, ella estaba serena; hasta parecía acurrucarse contra mí debajo del manto.

Cuando llegué a la Carretera, ancha y desnuda, me detuve. Escudriñé en ambas direcciones, pero todo era viento y lluvia y piedra y esqueletos borrosos de árboles negros.

—Creo —dije, jadeando ya—, creo que conozco un sitio adonde podríamos ir.

—Sí —dijo la doctora, la voz amortiguada por el negro. Suspiró; suspiré; y partimos rumbo al norte.

Era una larga caminata. Después de todo, yo había tardado varios meses en llegar hasta allí, tan lejos en el sur, desde mi casa: la caminata hasta los bosques de Guiño, y rumbo al sur hasta Ciudad Servicio, y después de eso todo un verano, siempre yendo hacia el sur; y la carga más pesada cada día.

—Y para colmo la lluvia —sollozaba yo, con los pulmones doloridos—, y la primavera que no viene.

Cuando llegó por fin el lluvioso amanecer, y desde la cresta desnuda y moteada de nieve de una colina contemplé el ancho valle de Ese Río, de cuyo lecho escondido se elevaba un vaho blanco, como un aliento invernal, yo había tenido las manos y los brazos apretados durante tanto tiempo que supe que la parte más difícil sería aflojarlos.

—En algún lugar —le dije—, al pie de estas colinas y del otro lado de Ese Río hay un bosque; y en ese bosque, si lo conoces, hay un sendero. El sendero es cada vez más claro a medida que caminas por él, hasta que se ensancha bajo los árboles, y ves una puerta. La puerta se aclara también a medida que te acercas, hasta que la tienes delante, y entonces entras y miras; una chica de ojos azules tan opacos como el ciclo está jugando a los aros, y te mira cuando entras. Pero no puedo dar un paso más.

Me dejé caer de rodillas y deposité mi carga en el suelo. Lentamente, temblando, estiré las manos mientras mis músculos volvían a replegarse, resistiéndose. Levanté la tela y miré lo que había traído, y me si habría merecido la pena venir desde tan lejos con esa morralla.

Había una bonita jarra de plástico y un embudo, con el que yo había recogido agua de lluvia, cosas que escasean. Había una pala, no demasiado oxidada, Y un trozo de cordel blanco. Había un Libro, casi por completo enmohecido, que yo pensaba regalarle a Guiño si volvía a verlo alguna vez. Fragmentos Y añicos de plata angélica: uno de ellos, me dijo Teeplee, era un collar de perro; yo pensé que podía ser útil. Y —lo más pesado de todo— una máquina, herrumbrosa donde no estaba revestida de plástico, que parecía algo así como una versión mecánica de las palabras crósticas de Guiño: tenía hileras de teclas pequeñas con letras en ellas, y otras piezas inexplicables. Teeplee la llamaba, con cierto desdén, la máquina de deletrear. Yo la había conservado para ver si con ella podía aprender a deletrear.

—De todos nodos es demasiado pesada —dije—. Demasiado pesada.

—¿Así que has dejado atrás tus días de saqueador? —dijo Teeplee—. Yo tenía entendido que los del habla nunca tiraban nada.

Mi corazón latió más lentamente. La cresta de la colina y el valle emparchado de niebla parecieron diluirse, de modo que si yo los presionaba apenas un poco iras con mis sentidos, podría ver a través de ellos. Presioné: lo que vi fue el canino que

conducía a la ruina de Teeplee, Y el viejo en persona envuelto en estrellas e barras. Y o había caminado la noche entera y había llegado no a casa cargando a la doctora, sino a este lugar cargando un montón de chatarra. Probablemente allá, atrás de mí, mi cabeza seguía aún indemne. No tenía importancia. No pensaba volver.

—No, no los he dejado atrás —dije. Mi voz sonó débil e incierta en aquella realidad. Pero allí ya tienen muchas cosas.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A casa ahora que llega la primavera. —Y era cierto; la lluvia lo había anunciado y yo no lo había sabido: pero ahora, allí donde yo seguía de rodillas delante de esa pila inmóvil, era evidente: en los arbustos que me rodeaban, mojados por la lluvia, cada Botita de agua en cada rama tenía dentro de ella un ojo de verdor, y el viento que combaba las hierbas cobrizas mostraba los tiernos brotes nuevos. Naturalmente, Botas no habría revelado nunca un secreto semejante, jamás murmuraría que la primavera no podía dejar de llegar hasta que yo hubiese olvidado que ni siquiera era posible. Eso es oscuro y claro, pensé; esto es primavera; ahora se está bien. En ese momento me libré de la doctora: y al librarme sentí que caía, lentamente hacia atrás en el hueco de un par de manos que me <sup>esperaban</sup>, unas manos que nunca vería pero que indudablemente estaban allí.

—¿Qué te parece esto, sin embargo? —dijo Teeplee, y sacó del ropón una cosa pequeña, un trocito de hielo invernal, no, otra cosa—. Hice un pequeño viaje —dijo.

No era hielo, no; parecía tina de esas bolas que colgaban como suspendidas en el agua del pedestal de Botas. Levanté el guante de plata que daba la mano.

—Dámela —dije. Teeplee hizo como si fuera entregármela, pero la soltó: tal vez la tiró, pero se cayó al suelo: mi guante empezó a sonar, un silbido, extraño salió de él y a la vez de alguna otra parte, La bola vino flotando y se posó en mi palma, gentil como un pájaro.

Y juntos el guante y la bola dieron una nota doble. Una nota que alguna máquina oyó aquí en la Ciudad, ¿no es cierto? Algún oído angélico que durante quién sabe cuántos siglos había estado esperando oírlo: y Mongolfier empezó a prepararse.

—No vale mucho todo esto —dijo Teeplee, empujando mis tesoros con la punta del pie—. No por algo de tanto valor como esa bola, que además está en perfectas condiciones.

—Muy bien —dije; busqué y saqué de la manga una brillante moneda del antiguo Dinero, la moneda con la que me habían comprado. La retuve un momento, sintiendo bajo el pulgar el mechón de pelo en la cara del ángel grabada en la moneda, pero ya no me importaba. Había encontrado lo que se había perdido y podría llevarlo a Belaire y ponerlo en su sitio otra vez, y contar la larga, la extraña historia de cómo lo había encontrado; y de todos modos, que le diera la moneda a Teeplee a cambio de la bola de San Andy tampoco me libraría, porque ocurre con el Dinero lo que con

cualquier otra cosa, cualquier cosa que los hombres hagan: todo va en una sola dirección.

# Guarta Faceta

**E**ra casi verano cuando llegué al fin a la cresta de la colina que domina el valle de Belaire Pequeña, porque en verdad ese lugar existe. Tenía más detalles de los que yo recordaba en mi confusión, y era verde por supuesto, pero lo reconocí. Había partido en esa misma época tres años atrás.

Al principio pensé en correr colina abajo lo más rápido posible y buscar el sendero que llegaba a la puerta de los cuerda Bucle; pero algo me retuvo. Instalé mi campamento, como lo había hecho todas las noches a lo largo del camino, y me senté. Llegó la noche, y una luna casi llena; el día otra vez. Pensaba: cuando baje la colina seré como Oliva, llegaré de improviso desde muy lejos, con un gran gato de ojos francos y amarillos, y un secreto terrible que contar.

No te dije que en mi primer campamento, después de separarme de Teeplee, Brom me había encontrado. Me asustó escurriéndose hasta mi fogata, y solté una carcajada cuando vi que era él. Pero después de olerme para comprobar que era yo, y de estudiar el campamento, se echó sobre las patas con un suspiro y se durmió. Un gato.

Fue Brom el primero que vio a mi visitante. Había pasado otro día. No me había decidido aún a bajar la colina y cruzar Ese Río, y yacía de espaldas contemplando el verde dorado de las hojas nuevas, sin pensar en nada, cuando oí que Brom hacía ese ruido —ak-ak-ak-ak— que algunos gatos les hacen a los pájaros, o al cielo sin ninguna razón. Rodé sobre mí mismo para ver por qué se reía —un halcón, tal vez revoloteando en las alturas— y me incorporé de golpe con un grito.

Alguien se estaba dejando caer desde el cielo nublado en una enorme sombrilla blanca.

Era una gran semiesfera de un blanco translúcido. Unas sogas corrían desde los bordes, manteniéndola tensa por encima de una bola de aire; y de las sogas colgaba un hombre copio una mosca presa en una telaraña. Se <sup>sujetaba</sup> de las sogas, sacudiendo ociosamente los pies mientras descendía. Me levanté de un salto y eché a correr,

siguiendo el largo descenso de la sombrilla arrastrada por el viento. Parecía crecer al acercarse una cúpula enorme, ondulante; pude ver con claridad al hombre entre las sogas. Me saludo con las manos y luego dedicó toda su atención a tironear de las sogas para que la sombrilla se posara en el prado de la ladera y no en los árboles. Corrí tras él. Se precipitaba hacia el suelo, rápida y bruscamente, y parecía seguro que se estrellaría en el suelo con una Fuerza tremenda a pesar de la sombrilla, que ahora parecía una idea descabellada y nada práctica. Contuve el aliento cuando los pies del hombre chocaron contra el prado. Se tiró al suelo de bruces en ese momento, pensando, supongo, amortiguar así la caída; y tras él cayó la bóveda, un simple lienzo después de todo, derrumbándose y luego flameando al viento.

La sombrilla trató perezosamente de elevarse otra vez con la brisa, pero el hombre estaba ya de pie; y mientras la sombrilla se alejaba arrastrándolo, luchaba por librarse de ella, tratando de detenerla con Feroz obstinación. Al fin se liberó, y tironeó del lienzo que ondeaba y flameaba en el suelo como una niebla compacta. Me acerqué con una piedra y la tiré sobre el lienzo para retenerlo. Fue fácil entonces; el Hombre dobló de cualquier manera la tela y se volvió a enfrentarme.

—Mongolfier —y no supe qué responder.

Era un hombre pálido y serio, de pelo negro y lacio que siempre le tiraba sobre los ojos. Estaba enfundado de arriba abajo en una vestimenta de color pardo, con casaca y pantalón de muchos bolsillos, y unas botas extrañas y lustrosas que le llegaban hasta las rodillas, atadas con metros de cordones. Sonrió y yo saludé con la cabeza, e iba a acercarme cuando el hombre dio un salto atrás sin dejar de mirarme con aquellos ojos grandes y negros, ojos como sólo he visto en animales salvajes que han sufrido alguna terrible herida.

En ese momento Brom saltó, cauteloso, de entre los arbustos a mis espaldas; y al verlo el hombre dio un grito. Retrocedía y parecía a punto de caer, llevaba a la espalda un bulto tan grande como él mientras desesperado buscaba a tientas en un estuche del costado. Sacó algo de repente. Era una especie de artefacto con mango y un dedo de metal negro, con el que apuntó a Brom. Se quedó allí sosteniendo la cosa inmóvil como una piedra, mirando. Al fin Brom, notando el miedo del hombre, se escurrió detrás de mí y se sentó, espionando con cautela. El hombre volvió a guardar el objeto, y sin apartar los ojos de Brom, se sentó en cuclillas, con la base del bulto enorme tocando el suelo. Presionó un punto negro en su cinturón y se puso de pie. El bulto quedó allí sobre el prado.

—Mongolfier —dijo otra vez. El bulto no tenía correas y era de forma irregular. Estaba envuelto en algo parecido a mi manto negro y plateado, que lo ceñía como si la tela estuviera mojada, o como si el viento soplara sobre ella desde todos los puntos cardinales a la vez.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté—. ¿Cómo soltaste el bulto?

El hombre alzó una mano indicándome que callara. Con la otra buscó en uno de sus numerosos bolsillos y sacó otro artefacto, pequeño y negro. Se lo pegó a la oreja, moviéndolo como para fijarlo allí; parecía una gran oreja postiza, grande y negra. Y eso es lo que era. Hizo con la mano un ademán de «ven aquí», mirando de reojo la oreja artificial, pero cuando yo me adelanté, retrocedió de un salto.

—Eres más asustadizo que una vaca que yo tenía —dije; al oírme inclinó la cabeza y prestó atención a la oreja. Torció los ojos y se mordió el labio.

—Más asustadizo dijo con una voz lenta, como quien habla en sueños, y nos miramos, confundidos.

Volvió a llamarme con la mano, y yo iba a avanzar hacia él cuando comprendí qué ocurría. No hablábamos de la misma manera. No entendía nada de lo que yo le decía, ni yo entendería una palabra de lo que él pudiera decirme. Pero la oreja postiza parecía entender; le murmuraba al oído lo que yo decía y luego él trataba de responder en mi lengua. Si así era, pasaría mucho tiempo antes de que pudiera preguntarte qué había estado haciendo allá arriba en el ciclo, de modo que me senté con calma y empecé a hablar.

También él se sentó, al cabo de un rato, y escuchó, a la oreja, no a mí, asintiendo a veces, otras alzando las manos como confundido; cerraba el puño frente a la boca hasta que los nudillos se le ponían blancos. Comprendía con relativa rapidez algunas cosas difíciles que yo contaba, pero cuando le dije: «Buen tiempo», pareció perplejo. Más tarde en ese día pudimos hablar bastante bien; él escogía con cuidado las palabras, tantas veces inteligibles como incomprensibles para mí. Nunca tenía quietos los ojos; iban y venían como flechas de aquí para allá buscando el origen de cualquier ruido: pájaros, insectos; una mariposa voló cerca de nosotros y él se incorporó de un salto. Y allí estaba sentado conmigo, sin que mi presencia lo alarmase, como si nos hubiéramos citado allí hacía tiempo, para hablar; en cambio cualquier cosa trivial y natural lo sobresaltaba. Lo único que lo distraía del miedo era escuchar y hablar y en eso se empeñaba con insistencia.

Por fin me dijo que callara. Levantó las rodillas enfundadas y cerró las manos alrededor.

—Sí —dijo—. Ahora te diré a qué he venido.

—Bueno —dije yo—. También podrías decirme cómo.

Los dientes le rechinaron de impaciencia, y yo con un gesto le indiqué que se calmara.

—He venido —dijo—, a recuperar una propiedad nuestra que tú tienes, creo.

Lo extraño era que yo no había usado con él la palabra «propiedad». No creo que la haya usado dos veces en mi vida.

—¿Qué propiedad?

De uno de los bolsillos sacó un hermoso guante de plata, opaco a la luz del sol.

—Un guante —dijo— como este; y más importante, otra cosa, una cosa pequeña, como una, como una...

—Bola —dije. Ahora era a mí a quien le tocaba tener miedo—. ¿Podrías —le dije, y disfruté del miedo—, podrías contestarme una pregunta?

—Tres —dijo, levantando tres dedos—. Tres preguntas.

—¿Por qué tres?

—Lo tradicional.

—De acuerdo. Tres —dije. Las anuncié a la manera de la Lista—: Ah: ¿qué es la bola y el guante, y qué relación tienen con los hombres muertos, como el Tío Plunkett?, y ve: ¿cómo supiste que yo lo tenía?, y se: ¿de dónde has venido?

Cuando oyó mis preguntas, con los ojos vueltos hacia la oreja artificial, empezó a asentir; me miró, y por primera vez esbozó una sonrisa, una sonrisa extraña, sombría, más remota que el rostro hermético e impenetrable de antes.

—Muy bien —dijo—. Las contesto empezando por la última, también lo tradicional. He venido —señaló el cielo— de allí. De una Ciudad que hay allí, algunas la llaman Laputa. Sé que tienes nuestra propiedad por el sonido que hace, no el que tú oyes sino otro, mucho más sutil, que una máquina detectó allá en la Ciudad. Y tiene mucho que ver con el hombre Daniel Plunkett a quien tú llamas muerto, y a quien he traído de la Ciudad. Eso es todo. —Y señaló la forma negra acurrucada entre las hierbas del prado.

—Eres un ángel, entonces —dije—, si me hablas de estas cosas. —Él dejó de sonreír para escuchar, y luego indicó que no entendía—. No me parece —dije al cabo de un rato—, que tres preguntas sean suficientes.

Se acomodó, asintiendo, como dispuesto a empezar una larga tarea. Intentó tres principios distintos, y cada vez se detenía como ahogado, como si cada palabra fuese un pedazo de él mismo, que le arrancaban con dolor de las entrañas. Me dijo que no había ciudades en el cielo, sólo aquella llamada Laputa, que los ángeles habían construido poco antes de la Tempestad; era una gran semi-esfera de una milla de ancho en la base y toda transparente, una delicada filigrana de paneles, para indicar que estaban unidos de tal modo que podían sostener su propio peso, y no eran de vidrio, no, sino de algo... nada en verdad... una materia o una condición que permitía el paso de la luz y que no era nada en sí misma, pero de la que nada podía escapar...

—Como el paso-muralla —dije yo, y él me miró, pero no dijo que no había paso-muralla. Trató de explicarme cómo se calentaba el aire adentro, y que el aire de afuera era más frío, y se embarulló, y yo le dije que entendía: por ese motivo la Ciudad era más liviana que el aire.

—Sí —dijo—. Más liviana que el aire.

Y así subió hasta el cielo, toda una milla, y sostenida por su perfecta simplicidad, había flotado allí desde entonces, mientras generaciones de ángeles nacían y vivían y

morían allí. Habló de máquinas y motores, y yo me preguntaba al principio por qué habrían elegido llenar la Ciudad de esas cosas, hasta que vi que él quería decir que las máquinas todavía eran perfectas: todavía hacían lo que estaban destinadas a hacer. Yo miré la oreja artificial, y luego el bulto en el prado; él advirtió mi mirada.

—Sí —dijo— incluso eso funciona todavía.

Me contó cómo después de la Tempestad los ángeles habían vuelto a buscar a los cuatro hombres muertos, la mayor de las obras angélicas; habían encontrado tres, destruidos por la Liga, y uno se había perdido; y habían buscado a aquel perdido, Plunkett, lo mismo que la Liga, pero ellos lo habían encontrado antes, y se lo habían llevado a la Ciudad del Cielo.

—Pero —dijo—, faltaba una parte: una bola, y el guante que la hacía funcionar y que... y que... —Y el hombre se detuvo y tuvo que empezar de otra forma, para explicarme a Plunkett. Le llevó mucho tiempo, porque tenía que detenerse a pensar, y se mordía los nudillos y se golpeaba las botas de impaciencia; sentí la tensión de él, y lo interrumpí con preguntas hasta que me gritó que me callara.

Empezamos a entendernos mejor cuando le dije que yo había visto una imagen de Plunkett. Respiró hondo y me explicó: la esfera que era Plunkett se parecía a esa imagen, que no reproducía la cara de Plunkett, sino lo que era él mismo. En vez de mirar la imagen y ver cómo era la cara de Plunkett, tenías que encasquetarte tú mismo la esfera, y durante el tiempo en que la usaras, como una máscara, durante todo ese tiempo tú no estarías allí y Plunkett estaría; Plunkett volvería a vivir en ti, tú mirarías por los ojos de Plunkett; no, Plunkett miraría por tus ojos. La esfera era sólida con Plunkett, y sólo esperaba a alguien dentro de ella para llegar a ser; como... como el significado de una palabra que espera una palabra para ser el significado de...

—Como una carta —interrumpí. Él asintió con lentitud, no muy seguro de lo que yo había dicho—. ¿Y la bola y el guante?

—Para borrar la esfera —dijo. La esfera no era más que un recipiente; ahora contenía a Plunkett, pero con la bola y el guante podía vaciarla, y Plunkett ya no estaría, y la esfera parecería un espejo vacío en el que no se mira nadie, y que podría reflejar a algún otro. El hombre muerto estaría muerto.

—Dos veces y para siempre —dije—. ¿Eso fue lo que les pasó?

—Creo que sí.

—Excepto el quinto —dije.

—Hubo sólo cuatro —dijo él.

—Hubo cinco —dije yo.

El hombre se levantó y fue hasta la mochila. Se había calzado el guante de plata, y con él apartó la tela negra que envolvía la mochila. Sobre la hierba había una caja o un pedestal transparente, con hileras de borlas negras y plateadas, suspendidas, como

flotando en el agua, y en lo alto una esfera transparente del tamaño de la cabeza de un hombre, y al parecer sin nada adentro.

—Eran cuatro —dijo—. Hubo un experimento, con un animal. Lo hicieron porque no sabían si al obtener esa... esa imagen... no lo matarían, o le harían daño; si mataba al animal, bueno, eso no importaba, pero no podían correr el riesgo con un hombre, como sabían bien. Sin embargo, el experimento fue un éxito. Y lo llevaron a cabo con cuatro personas. —Se sentó otra vez, y levantó las rodias—. Así que el quinto, el que tú dices: ese fue el experimento. Era una gata, una gata llamada Botas.

Había caído la noche. El valle estaba oscuro allá abajo, y las sombras de los árboles se extendían sobre la pendiente de hierbas, pero nosotros estábamos todavía a la luz: él enfundado en marrón, apretándose las rodillas, y yo, y la cosa que era Plunkett aunque Plunkett estuviera muerto.

—Yo he sido esa gata —dije.

El miedo miró por los ojos del hombre, de rostro pálido y tenso.

—Y yo —me dijo—, yo he sido Daniel Plunkett.

—Y luego regresaste.

—Y luego regresé.

—Ángel —le dije—, ¿a qué has venido?

—He respondido a tus preguntas —me replicó—. Ahora tú me responderás a mí.

—Se acomodó, se ajustó la oreja, y preguntó—: ¿Te gustaría vivir eternamente, o casi?

# Quinta Faceta

**T**oda la noche hasta que salió la luna yo traté de contestarle. Traté de explicarle cómo había visto a los cuatro muertos de piedra, y cómo había tiritado a pesar del calor; cómo, para resolver aquel misterio, seguí a Una Vez al Día hasta Ciudad Servicio y fui Botas; cómo los cuatro hombres muertos siempre fueron para mí una encrucijada, por la que yo doblaba para internarme en una oscuridad más profunda. Y toda la noche él trató de explicarme, y habló de procesos e imágenes que no causaban dolor ni daño. Los dos hablábamos, y a pesar de que él tenía un oído angélico, no nos comprendíamos.

—Tú me pides —le dije que yo sea tu hombre muerto en lugar de Plunkett. Aun cuando comprendiera para qué lo necesitas, yo no podría elegir ser un hombre muerto. ¿No te das cuenta?

—Pero no te quitaría nada de lo tuyo —dijo, temblando por el esfuerzo—. No más... ¡no más que lo que puede quitarte un vidrio escarchado cuando imprimes en él la huella del pulgar!

—No sé —dije—. Botas estaba allí, cuando yo no era. Viva como siempre. A ella no le importaba, no creo que le importara; pero a un hombre sí le importaría. Me acuerdo de una mosca, encerrada en un cubo de plástico, que podía ver todo alrededor, pero no podía moverse. Me da miedo.

—¿Mosca? —le dijo a su oreja—. ¿Mosca? —No conseguía que tuviera algún sentido. Yo me dispuse a fumar, y noté que me temblaban las manos, decía él con desesperación. Froté una cerilla pero la cabeza voló, chisporroteando, y golpeó a Brom, que se levantó de un salto con un aullido, y como si fuera poco (la mosca y la llama y Brom y yo, tan estúpido) el hombre se arrancó la oreja artificial de la cabeza, la arrojó al suelo y se echó a llorar.

—¿Qué pasa?

—Es que... bueno, haces que parezca ridículo. —No lo era. Era valiente, era extraordinario, el mejor hombre de entonces. Cuando bajó, entiendes, no sabía qué

podría encontrar; él sólo conocía la Ciudad... y el mundo en que Plunkett había vivido. Mongolfier tenía la impresión de que la tierra allá abajo lo iba a engullir como una boca. Excepto en imágenes, jamás había visto a un animal. Y a pesar de todo saltó desde el sitio en que habitaba y vino a cambiar nuestras vidas. No era ridículo.

—Lo único que yo quería era mostrar mi asombro. No tengo palabras para sus sufrimientos; ante él, yo me sentía viejo e impotente, como ante un niño enfurecido. Yo no podía entender lo que decía, y a él lo hacía llorar, y es todo lo que...

—Si hubiera podido hablar como hablas tú, habría sido claro. Habría dicho que cuando los ángeles levantaron la Ciudad, no fue por desesperación, ni para huir de la ruina que ellos mismos habían creado: estaban orgullosos de ella, era la última esperanza y la invención mayor del hombre, y así preservarían los conocimientos que habían conducido a la creación de la Ciudad a salvo del común de los hombres insensatos que querían destruir todo lo que ellos necesitaban. Plunkett fue la obra más compleja y preciosa de todas, y cuando lo usaron por primera vez, ocurrió como con otras cosas que habían rescatado: recordaron la ciencia y el arte con que lo habían hecho.

—Pero aprendieron también algo inesperado, algo terrible y maravilloso: aprendieron lo que significa ser hombre. Como tú aprendiste de Botas lo que significa estar vivo, ellos aprendieron de Plunkett lo que significa ser hombre: y no era lo que ellos habían pensado, no, en absoluto.

—Ya ves, tú piensas que todos los hombres del tiempo de Plunkett eran ángeles, capaces de volar, y consumidos por la pasión incontenible de alterar el mundo y convertirlo en un mundo para el hombre, sin misericordia, sin paciencia, sin miedo. No era así. El común de los hombres de aquel entonces no eran más ángeles que tú. Incapaces de comprender el mundo de los ángeles, no sabiendo cómo hacer algún prodigio, sufrían sólo por el hambre de los ángeles, sufrían ciegamente por el hundimiento del mundo de los ángeles. Plunkett fue uno de ellos. Zhinsinura decía que también las mujeres de la Liga eran ángeles: los ángeles aprendieron de Plunkett que también ellos eran hombres.

—Y el primero de ellos que miró por los ojos de Plunkett y lo supo, ya nunca más habló, cuando estuvo de vuelta.

—Me haces temer por este que ahora soy. Qué difícil, qué difícil... Más difícil que Botas, ha de ser, mucho, muchísimo más...

—Sí: porque aunque Botas no tiene memoria, tú sí la tienes. Y también Plunkett la tenía: volvían de él recordándolo todo, la vergüenza de Plunkett, su dolor, su confusión, Todo lo que él Necesitaba. El mensaje de Botas era Olvida: el mensaje de Plunkett era Recuerda.

—Dijeron entonces que llevaba a la locura, que había sido un error, que no volverían a usarlo. Pero volvieron a usarlo. Los más valientes aprendieron a soportar

a Plunkett, y a discutirlo. Y mientras en los túneles contaban las historias de los santos, y envejecían en el habla; y mientras la Lista recordaba a la Liga, y envejecía en Botas, nosotros envejecíamos en Plunkett. Todo cuanto sabíamos era aprender a vivir con el sufrimiento de Plunkett: nuestro sufrimiento. Olvidamos todos los planes; pasaron cientos de años, nuestro orgullo se desvaneció, sólo estudiábamos a Plunkett, nuestra esperanza se transformó en terror, nuestra huida en exilio.

—Pero ¿por qué no se detuvieron? ¿Por qué no regresaron? ¿No podían haber recuperado la Ciudad, cuando vieron que se habían equivocado?

—No. El mundo que ellos habían abandonado era el mundo de Plunkett: eso era todo lo que sabían de la tierra. Plunkett les enseñó que el dominio de los hombres no había sido suficiente; y por lo tanto, el mundo de allá abajo tenía que haber muerto, y con él los hombres. Era la única posibilidad.

—Pero no es así. Ha cambiado, nada más. Podrías volver; no os guardamos rencor. Tenéis que volver. Es vuestro hogar.

—El hogar... ¿Sabes qué enorme es el mundo? Yo lo sé. Los vientos soplan siempre hacia el oeste alrededor del mundo, y la Ciudad gira con ellos, y una vida vuelve al lugar donde comenzó. Yo nací por encima del mar: cuando fui mayor, el mar estaba aún allá, debajo de nosotros. Cuando atravesamos tempestades, no son las tempestades que caen sobre la tierra; las conocemos en el sitio donde nacen; las atravesamos y no nos hacen temblar. Cuando aquí nieva, sabes, la nieve vuela hacia arriba; el relámpago está tan cerca que podemos tocarlo, y no viene del cielo: sube desde la tierra. Yo nunca le he tenido miedo.

—A lo lejos, cuando las nubes se abren, vemos la tierra: borrosa y encantadora y posible, como cuando tú contemplas una montaña distante, supongo, y te atrae, pero nunca la visitas. No: este es mi hogar. Fue el de Mongolfier. Por amor al hogar, oscuro con el miedo y los sufrimientos de Plunkett, saltó a tierra, para buscarte a ti, a ti que nos curarías; a ti, que habías encontrado la bola y el guante que podían liberarnos de Plunkett; a ti que secarías nuestras viejas lágrimas.

—Si él hubiera podido hablar como tú, te habría dicho todo esto...

—¿Cómo es que tú hablas como yo, y él no podía?

—Tú nos enseñaste. También nosotros somos ahora del habla con verdad, junco.

—¿Y tú? ¿Lo eres, ángel? Sabes cómo es ser... otro, regresar del no ser, tambalearse de vuelta por todos tus caminos, como si cayeras de una altura, y ver, y ver... ¿Lo sabes?

—No. Yo sólo sé lo que ellos han dicho: que lo más cruel era haber sido Plunkett; que pesado como eres, cargar contigo es a la larga una felicidad, que después de Los días de silencio, es fácil; que yo podría aprender a vivir contigo, como nadie pudo hacerlo con Plunkett. Plunkett nos hizo valientes, dicen, y tú nos has hecho felices. Pero no a mí, todavía; tengo miedo de cargar tu peso.

—¿Y Mongolfier pudo? ¿Le procuré algún alivio?

—No. Nunca más se atrevió, después de Plunkett. Te trajo aquí. Ellos le decían: él la vio funcionar: pero nunca se atrevió.

—Haces que me avergüence. Que me avergüence, con todo eso, de por qué al final acepté que él me trajera, a mí, o a lo que él quisiera traer, consigo.

—¿Por qué?

—Porque..., bueno: desde que era pequeño, algo en mí creyó siempre en una Ciudad del Cielo. No como creía Guiño, como un tal vez, ni como creía la Lista, como una historia, ni como el Pequeño San Roy, para quien era una idea bonita, sino como algo real. Tan real como las nubes. Y un ángel había caído de allí y decía que él me llevaría. Y por más que él dijera que yo, criatura mortal, no sentiría ningún cambio, que seguiría sentado allí en el prado tal como estaba entonces mientras él desaparecía con... con algo semejante a una placa del Sistema de Archivos, si se le hubiera podido decir eso: aun entonces yo hubiera pensado que tal vez pudiera verlos, ver cómo eran: aquella cúpula, aquellas nubes. Eso es todo.

—Pero primero dormí. Nuestra lucha me había extenuado. Me envolví en mi negro y plata y durante un rato contemplé la luna; Brom vacía junto a mí, rugiendo. Mongolfier no dormía; estaba sentado muy erguido, con la espalda contra un árbol, y observaba.

»Soñé esa noche con los túneles, que yo corría por el Sendero hacia dentro, a través de cuartos grandes y pequeños donde están guardados los arcones y las comadres estudian las cuerdas, girando en una espiral cerca del centro y dejando atrás gente que fumaba y niños que jugaban, internándome por estrechos pasadizos de piedra ángel hacia las entrañas profundas, pequeñas y sombrías. Me desperté sin haber llegado al centro, y pensando que al fin y al cabo yo nunca había sabido dónde estaba exactamente el centro de Belaire, y vi entonces a Mongolfier todavía sentado allí, más pálido aún por la vigilia, y con el... el Revólver, como él lo llamaba, en el regazo, esperando.

—Está bien —dije—. Está bien. —Me restregué los ojos y me senté.

Él se levantó, muy rígido, y tendió la mano para recibir la bola y el guante de plata. Los busqué en mi bolsa; me llamaban quedamente por debajo del traperío apilado encima.

—Bien —dijo cuando los tuvo, la voz ronca por la falta de sueño, pero tranquila por primera vez desde que lo había encontrado. Me llevó por el prado hasta donde Plunkett se erguía entre las flores—. Siéntate, siéntate —dijo—, y cierra los ojos.

Yo me senté, pero no cerré los ojos. Observé la bruma de plata que se elevaba del valle de Ese Río. Observé a Mongolfier junto a la máquina: se calzo mi guante y con él acercó la bola al pedestal en el que estaba Plunkett, y la soltó: como si la hubiera arrojado, la bola entró en la caja cristalina, alineándose con las otras bolas. El silbido

cesó en cuanto entró en la caja. Con la mano enguantada, Mongolfier trataba de mover la bola, la manga, y al fin lo consiguió. La esfera que estaba en lo alto del pedestal, más clara que vidrio, se enturbió, como si se estuviera llenando de humo; Mongolfier movió otra manga hasta que la esfera estuvo negra; tan negra como el paso-muralla: un hueco negro en la mañana.

—Plunkett está muerto —dijo—. Cierra los ojos. —Con el otro guante, el guante que él había traído, movió una manga negra, y la esfera se levantó del pedestal.

—Cierra los ojos —dijo otra vez, preocupado, mirándome de soslayo desde la máquina.

—Está bien —dije, pero no los cerré. Me puse el sombrero. Me lo saqué. La esfera negra avanzaba con lentitud delante de mi cara. Hubo un momento en que sentí el miedo ilimitado que había sentido delante del paso-muralla cuando tropecé con él, y entonces cerré los ojos.

Y los abrí aquí.

—Sí. Y ahora tendrás que cerrarlos de nuevo, la historia está contada...

—Espera. Deja el guante. Tengo miedo. ¿Miedo?

—Miedo por él, por mí. ¿Qué hago, ángel, solo, apresado como la mosca, cuando no estoy aquí diciendo esto?

—Nada. Si sueñas, son| los sueños de que despiertas ya habiendo olvidado. Pero no creo que sueñes: no, nada probablemente.

—Me parece estar todavía en aquel prado, y que yo, mi historia quiero decir, ha venido aquí sólo para ser contada. Pero no puede ser así. Todo esto ya lo he dicho antes.

—Sí.

—¿Por qué no recuerdo?

—Tú no estás aquí, junco. Aquí no hay nada de ti excepto... excepto algo así como una placa del Sistema de Archivos, que sólo puede revelarte por...

—Interpenetración.

—Interpenetración, sí. Con otro. Que ahora se ha ido, y que volverá cuando tú te vayas. Pero nada de lo que se te diga mientras estés aquí podrá afectarte, así como la imagen de Plunkett tampoco podría sonreírte si tú le sonrieras; cuando estés todavía en otro, te sorprenderá otra vez encontrarte a ti mismo aquí, te sorprenderá que un momento antes estuvieras sentado en el prado con Mongolfier; y contemplarás maravillado la cúpula, las nubes; y contarás otra vez tu historia. Qué vas a ser cuando no estés aquí sino en tu pedestal, no lo sabemos; sólo sabemos que cuando vienes a veces estás despierto, y otras veces estás dormido...

—¿Cuántas veces? ¿Cuántas?

—... y siempre preguntas lo mismo. Cuando nuestro hijo... cuando mi hijo sea mayor, junco, y te lleve consigo si se atreve, habrás despertado aquí trescientas veces,

en el doble de años.

—No. No, ángel...

—Numerosas vidas, junco. Lo dijo Pintada de Rojo.

—Pero ella se ha ido. Todos se han ido. Y yo... ¿qué hice, entonces, ángel, en mi vida? ¿Llegué a viejo? ¿Bajé alguna vez esa colina? Y Una Vez al Día... Oh, ángel, ¿qué ha sido de mí?

—No lo sé. Están aquellos que habiendo sido tú, han adivinado; han soñado o imaginado cómo volviste a Belaire, el santo que llegaste a ser. Mongolfier dijo que él te observó, después que fue a buscarlo el viejo helicóptero, vio cómo lo observabas maravillado, cómo lo mirabas cuando se elevó en el aire; eso es todo lo que sabemos. No sabemos nada más, junco, salvo lo que tú nos cuentas. Todo es tú aquí ahora, junco.

—¿Y me entero cada vez? ¿Y en seguida lo olvido? ¿Como si yo fuera Madre Tom dentro de la caja, como la tira de papel que San Gene enroscaba?

—Sí.

—Entonces libérame ahora, ángel. Déjame dormir, ya que no puedo morir. Libérame, pronto, mientras aún puedo soportarlo...

—Sí. Duerme ahora, hombre valiente; duerme otra vez, junco; cierra los ojos, cierra los ojos. Olvida.

—Sólo que... espera, espera. Escucha: el que yo soy, tienes que tratarlo bien, ángel, cuando vuelva, recuerda. Mira, toma mi mano, toma su mano. Sí. No la sueltes. Promete.

—Sí. Prometo.

—Quédate con él.

—Para siempre. Prometo. Ahora cierra los ojos.



JOHN CROWLEY (Presque Isle, Maine, en 1942). Escritor estadounidense. Su padre era oficial del Cuerpo Aéreo del Ejército de los EE.UU. Creció en Vermont, Kentucky donde fue a la escuela secundaria y la universidad.

Se licenció en Literatura Inglesa y posteriormente en Cinematografía y Fotografía en la Universidad de Indiana. Se trasladó a Nueva York después de la universidad para hacer películas y encontró trabajo en documentales, una ocupación que sigue explorando.

Comenzó a publicar en 1975 y desde 1993 es profesor de Escritura Creativa en la Universidad de Yale. Ha recibido el premio de la *American Academy and Institute of Arts and Letters* y dos veces el *World Fantasy*. Es autor de novelas y relatos cortos, en los que predomina la ciencia ficción y la fantasía. Compagina la escritura de libros con la de guiones para cortometrajes y documentales de cine y televisión. *Little Big* (1981), que recibió el *World Fantasy* 1982 a la mejor novela, ha sido llamada «una obra maestra» por Harold Bloom, quien la incluye entre los cinco mejores novelas de un escritor vivo.